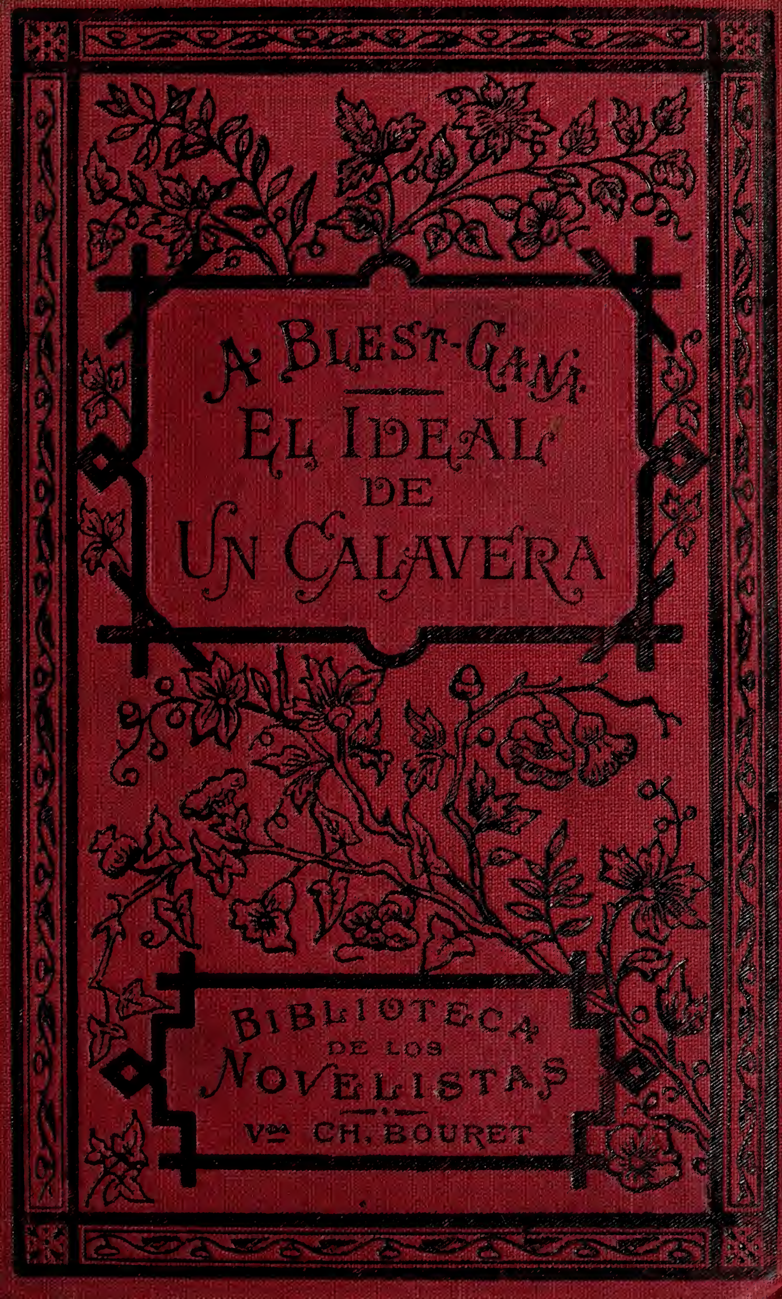
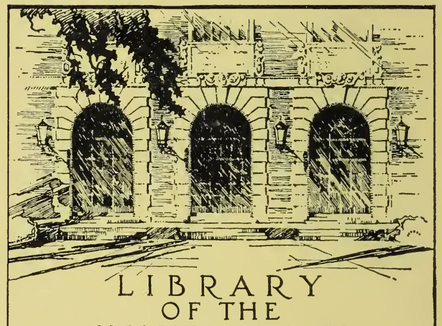

A. BLEST-GANA
EL IDEAL
DE
UN CALAVERA
BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS
Vda CH. BOURET



EL IDEAL

DE

UN CALAVERA

PARÍS — IMPRENTA DE LA V^{da} DE CH. BOURET

ALBERTO BLEST GANA

EL IDEAL DE UN CALAVERA

NOVELA DE COSTUMBRES

Tercera edición

TOMO SEGUNDO



LIBRERÍA DE LA Vda DE CH. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23

MÉXICO
Avenida Cinco de Mayo, 45

1918



EL IDEAL
DE
UN CALAVERA

TERCERA PARTE

EL IDEAL

I

Una mujer joven, llegada de Valparaíso á Santiago á principios de marzo de 1837, era el blanco á que la sociedad aristocrática de la capital dirigía el nutrido fuego de sus variados comentarios. Hablábase de ella en todos los salones con el interés que despierta la que, por el concurso de sus dotes personales y de felices circunstancias, aparece en la escena social en el triunfante carro de la moda.

En los corrillos femeniles se hacían descripciones de sus trajes, de sus adornos, de sus alhajas, con el

espíritu analítico que sólo las mujeres y los sabios emplean en sus observaciones peculiares.

Al mismo tiempo, entre los hombres jóvenes consagrados á los efímeros pasatiempos que constituyen la vida de la clase elegante, y entre esos filósofos de salón entregados á soltería perpetua y que, olvidados por los años, parecen renovarse con las nuevas generaciones que van ocupando el público escenario, la preocupación no era menor acerca de la recién llegada, bien que el espíritu de investigación se dirigiese por distinta vía.

Los hombres, reconociendo la intachable elegancia de la que era objeto de tan prolija atención, trataban de buscar en el pasado de su vida, alguno de esos episodios del corazón que muchos desean descubrir en la historia de una mujer hermosa, para edificar sobre esa base el pretencioso edificio de sus esperanzas. Preguntábanse todos si la insinuante coquetería, que al parecer dominaba en su carácter, no era el disfraz con que el semblante encubría el luto del corazón, herido de las aflicciones de la ausensia ; buscábanse en sus acciones señales que diesen indicio de que alguno de sus improvisados adoradores pudiese creerse preferido ; estudiábase, en una palabra, su pasado y su presente, con la porfía que los ociosos saben desplegar siempre que no se trate de nada serio, ni que demande algún trabajo á sus dormidas facultades intelectuales.

Así, muchas mujeres sufrían largos insomnios pensando en el modo de imitar cierto corte ó cierto adorno de alguno de los vestidos de la nueva reina de la moda.

Muchos hombres empleaban largas veladas, espiando sus pasos, analizando sus palabras y aun escribiendo á Valparaíso para inquirir los hechos de su vida.

Y hombres y mujeres hablaban de ella sin cesar, honrábanse con su amistad, y se empeñaban á porfía en festejarla, con ese carácter de la hospitalidad de las altas clases sociales, que prodigan las atenciones á sus huéspedes, por cuanto de tales atenciones resulta, ante todo, la inefable satisfacción del amor propio.

La joven, objeto de tan señalada atención, justificaba, por su elegancia, por su belleza y conducta, los distintos puntos de vista bajo los cuales, acabamos de ver, la consideraba la sociedad santiaguina. Suma gracia y exquisito gusto en el vestir ; perfección notable de facciones, animadas del fresco tinte de la juventud y de la expresión de una coquetería innata ; febril entusiasmo por la vida ruidosa y frívola del mundo, he aquí las prendas con que había conquistado su resplandeciente corona de mujer á la moda, Inés Arboleda, á quien las peripecias de la historia presente, llaman, tras larga ausencia, á figurar en su escena.

Casada Inés con Juan Miguel Sendero, después de acontecimientos que serán explicados en lugar oportuno, había residido desde entonces en Valparaíso, á donde los vastos negocios de su padre llamaron á Juan Miguel. Valparaíso comenzaba entonces á adquirir la importancia de centro comercial de la República : el comercio patrio y el extranjero, preludiaban por su desenvolvimiento rápido, la importancia que en pocos

años más debía adquirir entre los puertos del Pacífico, la pobre caleta que en los tiempos de la conquista, pertenecía á una estancia del esforzado gobernador de Chile don Pedro de Valdivia. La vasta escala de especulación en que giraba la fortuna pecuniaria de su padre, dió muy pronto á Juan Miguel Sendero una posición social que los ingleses, que componían entonces la mayor parte del alto comercio de Valparaíso, rodeaban de consideraciones dándole el título de *honorable*. Esta circunstancia colocó á Inés Arboleda en una escena digna de su hermosura y de las relevantes dotes que de la naturaleza había recibido para representar el papel, cuyo fin, en la terrestre comedia, es *brillar en sociedad*. Justo era pues, que á su llegada á Santiago, después de dos años de ausencia, recibiese también las ovaciones de una sociedad que nunca ha consentido en ser sobrepujada en buen tono por la de un puerto que, desde ese tiempo, afecta ser de mayor importancia y consideración que la capital de la República.

Durante los dos años trascurridos desde el casamiento de Inés hasta su reaparición en esta historia, su carácter no había experimentado más transformación que el natural desenvolvimiento de sus dotes primitivas, á favor del tiempo y de las circunstancias. El deseo de avasallar corazones sin comprometer el propio en las rugosas tortuosidades de la pasión, deseo que es el fondo de la coquetería, á que por desgracia el corazón de la mujer tiene demasiadas tendencias, había llegado á ser de Inés el exclusivo objeto y el fin más serio de sus desvelos. El trato del mundo y los homenajes lisonjeros que tributa á la

hermosura y á la riqueza, habían completado lo que al principio era en ella un germen de coquetería. Casada por obedecer á su ambición y á sus padres, habíale faltado la soberana influencia del amor y el predominio de un ser querido, para cegar la fuente de su inclinación natural. Agregábase á ésto que su marido era demasiado buen comerciante para ser celoso. Absorto en sus cálculos, nunca atravesaban por su espíritu esos relámpagos de inquietud, que hieren á los hombres de corazón en medio de las dulzuras de un hogar, cuya atmósfera, nublada por las apacibles sombras de la tranquila posesión, está al abrigo de los rayos de los amores violentos. Colocado así su guardián natural fuera del círculo en que hubiera podido ejercer la prudente vigilancia de un marido previsor, Inés paseó dentro de ese círculo su coquetería, como en su carro se paseaban los vencedores de los tiempos heroicos. Tal había sido su existencia en dos años de vida conyugal. Santiago supo esto por las vías que hemos indicado; las cartas y los viajeros. Santiago, so pretexto de hospitalidad, quiso mostrar á Inés que los salones de su gente de tono no tienen menos atractivos que los de Valparaíso. Con tal propósito, visitáronla las más encopetadas familias, festejáronla á porfía, y le dieron ocasión de lucir su elegancia en algunos bailes. Á la fecha en que principiamos esta tercera parte, fuera de los que habían tenido lugar se hablaba mucho de otro baile que una de las más ricas familias preparaba como despedida á Inés, que debía regresar en breve tiempo á Valparaíso.

Pocos días antes del señalado para esa fiesta, un

incidente natural dió lugar al primer encuentro de Inés con Manríquez. Hallábase éste de guardia en el palacio, como perteneciente al escuadrón de húsares, que era entonces la escolta del Presidente de la República. El joven oficial, retirado en una pieza del zaguan que servía de cuarto de bandera, se encontraba leyendo las cartas de Eloísa y Abelardo. No había en su semblante la expresión de avidez que se pinta en el rostro de los muchachos que recorren á hurtadillas las páginas quemantes de ese libro, que algunos escritores han querido embellecer, añadiendo sus formas retóricas á la elegante sencillez de los originales, que reflejan dos grandes corazones; no era tampoco la expresión del cinismo que mancha con sus impuras interpretaciones la doliente historia de una pasión inmensa, que los siglos han tenido que admirar mal su grado, y á pesar de los anatemas de la hipocresía. Manríquez sentía con su lectura la íntima emoción del poeta que lee á Byrón, esa especie de vaga melancolía del artista que admira un hermoso modelo. Sus ojos dejaban á veces el libro, recorrían distraídos las molduras del techo y las imperfecciones del entablado, como buscando la forma material de una idea que fulguraba en sus pupilas y en sus bellas facciones cubiertas de visible tristeza. Y en aquel momento, era muy distinto del bullicioso calavera que marcaba con orgullosa mirada, entre libertinos y gente de medio pelo, el círculo de sus antojos: al verle con su libro olvidado en la mano, con el rostro y el cuerpo como doblegados al peso de una melancolía tenaz, hubiérasele tomado más bien por el artista que se entrega á los poéticos conjuros en que se invoca la

presencia del ideal, para resolver el ardiente problema de la vocación.

En uno de esos instantes, el roce de un vestido de mujer llamó su atención hacia el zaguán.

Inés entraba de visita á palacio con su hermana.

El oficial se puso de pie, cual si un resorte le hubiese dado un impulso, dilatáronse sus órbitas, extendióse su cuello como para llevar más adelante sus ojos, y sus dos manos se apoyaron convulsivamente sobre una mesa pequeña en que dejó caer el libro. Parecíale que acababa de ver esa visión que invocaba su alma con tanto anhelo : aquello se le figuró durante rápidos segundos, una aparición sobrenatural, ó una ilusión de sus deseos.

Dejó su puesto casi corriendo, llegó al umbral de la puerta, y vió á las dos jóvenes, á quienes el edecán de servicio introducía al salón. Pero su espíritu, fácil de serenarse, no dudaba ya : ¡ era Inés ! Inés más hermosa que antes, que venía á evocar los recuerdos de su primero y único amor !

Manríquez volvió á su asiento y apoyó la frente en los brazos que cruzó sobre la mesa.

II

Como un relámpago que difunde súbita y abundante luz sobre algún paisaje sombrío, fué el cúmulo de recuerdos que con la presencia de Inés iluminó en la memoria de Manríquez el cuadro de sus pasados amores. En él las emociones eran tan rápidas como violentas : así, su espíritu abismado por los recuerdos

que á un tiempo se reflejaron engalanados con la tinta fantástica que presta la imaginación á los sucesos pasados, se levantó, en medio de esa luz, vigoroso como siempre.

Antes de cinco minutos, Manríquez dejó la actitud en que se encontraba, y salió de nuevo á la puerta del zaguán.

Sus ojos se dirigieron al salón, pero las ventanas estaban cerradas.

Entonces empezó á pasearse agitado á lo largo del cuarto, resuelto á esperar la salida de Inés

La visita de la joven era una visita de etiqueta, de modo que no duró más de un cuarto de hora. Ese cuarto de hora había sido un año de meditaciones para el oficial. Su alma parecía haber reconcentrado todo su poder en los oídos, porque oyó el ruido de los trajes de las dos hermanas antes que saliesen al patio.

No tuvo, empero, tiempo para tomar una determinación, porque al instante se oyó la voz de las jóvenes y la de un hombre.

Acompañábalas, con efecto, el edecán de servicio, que había querido aprovechar la oportunidad de mostrarse galán con la mujer más á la moda de Santiago.

Cuando las dos hermanas y el edecán llegaban al zaguán, Manríquez se presentó en la puerta del cuarto de bandera.

Inés le reconoció al instante. Era imposible equivocar con ninguna otra la mirada de fuego de aquel joven.

Ella contestó á esa mirada con otra en la que iba envuelto el más soberbio desprecio que una mujer

puede manifestar á un hombre, sin hacer uso de la palabra.

Á su mirada ardiente, Manríquez había unido un saludo que Inés no contestó.

Su hermana inclinó con timidez la cabeza ante el saludo del oficial.

En ese instante, el edecán dirigía á Inés un cumplido trivial, sobre la merecida boga de que gozaba en Santiago.

— ¡ Imbécil ! murmuró al oirle Manríquez, dando vuelta las espaldas para ocultar su despecho y su turbación.

Inés y su hermana habían llegado á pie. Entonces la elegancia no exigía indispensablemente, como ahora, el uso de carruaje para las visitas.

Al dar los primeros pasos en la plaza, Andrea dijo á Inés.

— ¿ Conociste á ese oficial que salió cuando llegábamos al zaguán ?

— No, dijo Inés, fingiendo sorpresa, y poniéndose encendida como una grana, de pálida que estaba al salir.

— Era Manríquez, dijo Andrea.

— ¿ Sí ? no le conocí, contestó con la misma indiferencia Inés, y sus labios se contrajeron desdeñosamente.

Igual tranquilidad manifestó Abelardo al recibir algunas órdenes relativas al servicio, que le trasmitió el edecán. Mientras rugía en su alma la tempestad que el despecho y el amor habían desencadenado, oyó esas órdenes con sereno rostro y ademán atento, cumpliólas con la calma del hombre que consagra al deber

todas sus ideas, y volvió al cuarto de bandera sin que su exterior diese indicios de su estado. Viéronle después los soldados volver á su lectura, pasearse, fumar y bostezar como se pasean, fuman y bostezan, todos los oficiales entregados á esa penitencia de observación y de mutismo que se llama guardia.

Al otro día, después de entregar la guardia, Manríquez salió á la calle. El cielo, el espacio, las calles, habían tomado para él un aspecto distinto del que le ofrecían en medio de su vida indolente y disipada. ¡ En todas partes lucía la esperanza ! Durante algún tiempo anduvo á la ventura y como madurando un plan que le hiciese alcanzar el objeto único, que desde el día anterior le preocupaba. Al fin, creyó haber resuelto su problema con una idea luminosa, y se dirigió con ligero paso á casa de Timoleón Francisco Miraflores.

Hallóle en una pieza que habitaba en casa de su madre. Timoleón estaba desayunándose con una gran sandía de carne roja y pepas *mujas*, que él lanzaba con los labios, á medida que tragaba el abundante líquido de esta fruta.

— ¡ Hombre, tú por aquí á estas horas ! exclamó estrechando la mano del oficial ; cuánto me alegro de verte : asiento y sandía, está muy rica ; mira : pepas mujas ¿ no te tienta ?

— Gracias, no tengo ganas, dijo Manríquez sentándose preocupado.

Timoleón tomó la palabra con su verbosidad acostumbrada, y refirió á Manríquez diversos picholeos en que se había encontrado últimamente.

— En tres noches, dijo con entusiasmo, no habré

prendido menos de doce docenas de voladores. ¿ Qué te parece hijito, eh ? ¡ una gruesa !

— Te estás pervirtiendo de un modo lamentable, contestóle el oficial con aire de broma.

— Hombre, si es lo más divertido. ¡ Qué buenas chicas había !

— ¡ De modo que ya no te recibirán en ninguna casa decente, dijo el oficial.

— ¡ Á mí ! Á Timoleón Francisco Miraflores ! Vaya, no sabes quien soy yo entonces, no conoces este pollo, hijito : no hay casa de tono adonde no vaya, y la prueba es que he estado en dos bailes hace poco y que estoy convidado para otro que van á dar muy luego ; pero en esos bailes no me divierto ya. Esto de andar galanteando muchachas que miran por todas partes antes de contestar *sí*, *no*, poniéndose coloradas, no es cosa para el hijo de mi madre.

— Dime : en esos bailes, debes haber oído hablar de una señora de Valparaíso.

— ¿ Cómo se llama ?

— Inés Arboleda.

— Por supuesto, nadie habla de otra cosa : yo bailé con ella : buen trato, y bonita. ¡ Caramba ! ¡ no quisiera ser su marido ! No dejé de decirle mis galanteos y no los recibió mal, la picarona. El baile de que he hablado se lo dan á ella.

Cuando Miraflores habló de sus galanteos, se dibujó una sonrisa de desprecio en los labios de Manríquez, que sólo se borró con la última frase de Timoleón.

— Yo quiero ir á ese baile, dijo el oficial.

— Bueno, iremos juntos, yo te presentaré á esa reina de la moda ¿ ya te convidaron ?

—No, para eso vengo á verte; tu me harás convidar.

— ¡ Caramba hijito, no es tan fácil, pero por ti qué no haré yo !

Despidióse Manríquez después de oir durante algunos minutos la relación de las proezas de todo género, que Timoleón tenía siempre que referir á sus amigos, y se despidió haciéndole repetir su promesa de obtener un convite para el baile anunciado. Manríquez, al dirigirse á Miraflores, llevaba sólo la esperanza de llegar hasta Inés por medio de las relaciones sociales que su amigo conservaba por tradición de familia, más bien que por afición, de manera que al oirle hablar de un baile dado á Inés, prefirió este camino directo de encontrarse con ella.

Al llegar á su casa, engolfado en las esperanzas de la entrevista que tenía en perspectiva, su asistente le anunció que Felipe Solama le esperaba.

— Vengo, dijo éste á someterte á un severo interrogatorio.

— Principia, contestó Manríquez, pues me encuentro en la más buena disposición de ánimo en que haya estado por mucho tiempo : la voy á ver !

— Me parece bien, contestó Felipe, yo vengo de hablar con ella. ¡ Pobre muchacha !

— ¡ Vienes de hablar con ella ! exclamó Manríquez que, teniendo sólo á Inés en la imaginación, se figuraba que Solama le hablaba de ella. ¡ Tú conoces á Inés ! añadió con la misma admiración, ¿ por qué la compadeces ?

— ¿ Qué Inés es esa ? Yo no conozco á ninguna Inés, ni compadezco á ninguna de ese nombre, contestó Felipe.

— Entonces ¿de quién hablas? ¿á quién compadeces?

Felipe tomó delante de su amigo una actitud de verdadera seriedad, y le dijo con acento de reproche:

— Hablo de Candelaria, y la compadezco.

— ¡Ah! exclamó Manríquez, con indefinible acento de enfado y de tristeza.

— Es preciso que me oigas, añadió Solama, acercándose al oficial, que había apoyado la frente en la mano derecha y dirigía una mirada melancólica al patio, sobre el cual abría la puerta de su babitación.

III

Antes de dejar la palabra á Felipe Solama, conviene referir lo que había precedido á la visita que venía á hacer á Manríquez. Para ello debemos retroceder á la fecha en que dimos remate á la segunda parte de esta historia, á fin de explicar la posición en que al principio de esta tercera se encontraban algunos de los personajes que tendrán intervención en los acontecimientos subsiguientes

El público de Santiago en general, y especialmente la parte aristocrática de ese público, ignoró durante algún tiempo la fuga de Candelaria Basquiñuelas con el oficial de húsares. Dos causas favorecieron principalmente esta ignorancia, algo excepcional si sólo se atiende á la avidez con que toda sociedad indaga los hechos de la privada crónica, sobre todo cuando á lo privada, se añade el aliciente de ser escandalosa. Fueron esas dos causas: el empeño de la familia en

acallar el suceso, y la oscura condición social de la fugitiva.

Tal secreto habría sido difícil de guardar, con efecto, si Candelaria hubiera pertenecido al firmamento en que fulguran las constelaciones de alto copete, entre las que no puede descarriarse una estrella, sin que las demás anuncien su desaparición con afanoso empeño.

Mas la hija de un pobre empleado, podía muy bien lanzarse á la mar bravía del amor ilícito, sin que su nombre resonase en los gaznates aristocráticos, sobre todo, cuando á las dos razones aducidas se añade una tercera, cuya importancia apreciarán cual debe serlo los lectores de la presente generación. Hela aquí: en 1837, la crónica de los periódicos, estaba muy lejos de haber alcanzado las proporciones infinitesimalmente noticiosas, con que en nuestros días encanta los solaces de sus lectores.

Así, sólo pensaban en Candelaria las personas que en esta historia aparecen unidas á su suerte.

Los días, para estas personas, habían corrido de diversas maneras desde la Pascua de Navidad en que cerramos la segunda parte, hasta los primeros de marzo de 1837, en que damos principio á esta tercera.

Días de luto y de lágrimas para don Raimundo y sus dos hijas; días de amor para Manríquez y Candelaria; de ocios filosóficos para Felipe Solama y de *picholeos* y de zambra para Timoleón Francisco Miraflores.

Don Lino Alcunza, que había elevado sus facultades intelectuales hasta las combinaciones de una intriga, había empleado este tiempo en las más prolijas pes-

quisas para descubrir el misterioso nido en que el oficial y la joven habían ocultado su dicha.

Ese nido, situado en la calle del Carmen alto, á dos cuadras de la iglesia de este nombre, era una pequeña y vieja casita de esquina, cuya puerta permanecía constantemente cerrada, según la observación de los vecinos que por entonces habitaban en aquella apartada localidad.

Según los datos de los mismos observadores, todas las mañanas salía de la misteriosa casita una criada, que volvía con las provisiones de boca necesarias, y la puerta se cerraba hasta el siguiente día.

Fuera de esa criada, la única persona que los curiosos vecinos veían entrar á la casa, era un joven que, en la frente erguida, en la mirada desdeñosa, parecía llevar la conciencia de una energía capaz de refrenar la impertinente osadía del que hubiese intentado penetrar el misterio de que se rodeaba.

El interior de la casa correspondía al modesto aspecto de su portada. Sólo tenía tres habitaciones sobre el primer patio : el resto del sitio encerrado por sus paredes, era una huerta con dos ó tres árboles viejos, que parecían implorar con sus dolientes ramas la compasión de algún regador. El amueblado de las habitaciones era pobre también como el edificio : una estera de totora, algunas sillas viejas de junco, dos mesas de palo blanco pintadas y un viejo sofá de crin, poblaban la pieza principal, en la que Candelaria Basquiñuelas, consumida al parecer de un fastidio profundo, se encontraba sentada en el sofá y dejaba vagar sus ojos, como una persona que busca en torno suyo alguna distracción pueril.

En los meses trascurridos desde su fuga del techo paterno, el rostro de la joven había sufrido notables modificaciones. En vez de la inquietud petulante que brillaba en sus hermosos ojos, veíanse los reflejos de una preocupación melancólica, de la que asimismo participaban sus facciones, que la tristeza hacía parecer más bellas. En sus frescas mejillas se veía la palidez de la persona que vive á la sombra, sin dar á la sangre la acción vivificante del aire libre, libremente renovado, y su boca, antes tan risueña, dibujaba ahora sus líneas delicadas con una rigidez apenas concebible en su edad y en su sexo impresionables. Además, su hermosura parecía luchar con la exagerada sencillez de su traje, compuesto sólo de un vestido de quimón, de mangas ajustadas, sin gracia en el corte, y sin ninguno de los adornos que la minuciosa coquetería femenil inventa para engalanar la pobreza del atavío.

En el instante en que se abre este tercer acto del drama bufón y trágico que compone la vida de Abelardo Manríquez, la joven dejó el sofá en que se hallaba sentada y se dirigió precipitadamente á la puerta de la pieza. Acababa de oir el ruido de la puerta de la calle, que se abrió y cerró casi al mismo tiempo. Candelaria se detuvo al ver entrar á la criada que se dirigió hacia ella.

Era ésta una mujer joven todavía, cuyo rostro no tenía de característico más que esa absoluta expresión de indolencia irreflexiva, que distingue á las gentes del pueblo.

Antes que la criada hubiese llegado á la puerta en

que Candelaria se había detenido, la joven la preguntó con interés.

— ¿ Lo encontraste ?

— Sí, señorita, contestó la criada.

— ¿ Y qué dijo ?

— Que estaba muy bien, que luego vendría.

— Á ver ¿ qué le fuiste á decir ?

— Manda decir mi señorita, le dije, que como está, que se alegrará que su merced esté sin novedad, que es su amigo, y que le haga el favor de ir un poquito para allá, porque lo necesita mucho.

— ¿ Y no te dijo á qué hora venía ?

— Dile que luego voy por allá, me dijo.

Candelaria entró á la pieza y se sentó sobre la estera. La criada entró tras ella, usando de la familiaridad que reina entre las amas de la clase en que la joven había nacido, y las sirvientas.

— Ay señorita, exclamó, se me había olvidado : un caballero me dió una carta para Vd.

— ¿ Para mí ? quién ! preguntó Candelaria.

— Un caballero que me dijo que era amigo suyo, y que le entregase esta cartita.

Sacó, diciendo esto, una mano que ocultaba bajo del rebozo con que estaba cubierta, y presentó una carta que Candelaria tomó con curiosidad.

Después de descifrarla con gran atención, á causa de su poca práctica en la lectura epistolar, la joven llegó á leer corrientemente lo que sigue :

« Candelarita :

« Después de tanto buscarla, al fin he dado con Vd., pero como no he querido ir á verla sin que Vd.

lo permita, le escribo la presente para decirle que tiene en mí un amigo para cuanto se le ofrezca, pues estoy siempre dispuesto á servirla en todo, y en prueba de ésto le diré que su padre quería buscarla por medio de la policía, y yo me opuse, prometiéndole buscarla yo y llevársela, pero no haré tal cosa sin el consentimiento de Vd., para lo cual es preciso que me reciba en su casa y arreglemos de palabra el asunto, que le prometo que su padre la perdonará por consejo mío, así es que espero su respuesta que me puede mandar con la criada, y disponga como guste de su fiel amigo que de veras la aprecia.

« Lino Alcunza. »

Candelaria leyó á su criada esta carta, de la cual hemos eliminado sólo las faltas ortográficas más esenciales para facilitar su lectura, dejando la puntuación del original, á fin de no desfigurar completamente el carácter epistolar de don Lino.

La criada, á quien don Lino, con una *peseta de carita*, había conquistado á su favor, contestó á la lectura con esta frase :

— Vea, pues, señorita : bueno el caballero ¿ no ?

— Á mí no me la pega, dijo Candelaria, apoyando los codos sobre las rodillas, y la barba en las palmas de las manos.

— ¿ Y por qué se la ha de querer pegar, pues, señorita, cuando la va á poner bien con su padre ?

— No, yo lo conozco, es un viejo más *templado que no sé qué.*

— ¡ *Templado*, señorita, un caballero formal !

— ¡ Sí, muy formal es ! no me habrá hecho la corte pues ; si lo conozco, qué me quieres decir.

Algunos golpes dados á la puerta de la calle interrumpieron esta conversación familiar del ama y de la criada.

Esta se dirigió al zaguán.

– Aguaita primero por el *aujero* de la llave, díjola Candelaria.

Señorita, exclamó la criada después de cumplir esta recomendación, es el caballerito *dónde* me mandó.

— Ábrele.

La criada torció la llave, abrió la puerta y dejó pasar á Felipe Solama, á quien Candelaria salió á recibir al patio.

Saludáronse con amistosas palabras, entrando á la pieza de que la joven acababa de salir.

La criada, para satisfacer la tradicional curiosidad de las de su oficio, entró á la pieza contigua, después de haber tomado la dirección de la cocina.

— Siéntese, pues, dijo Candelaria á Felipe, que se había quedado de pie.

— Déjeme mirar bien esa linda cara, contestó Solama sin sentarse, veo en ella una expresión de tristeza que me inquieta ; los ojos están diciendo que hemos llorado.

— Vea, Felipe, contestó la joven, dejándose caer con tristeza sobre el viejo sofá de crin, no hablemos de broma : yo sé que Vd. tiene buen corazón.

— Como guste, hablaremos con seriedad, contestó el joven, inclinándose sin afectación, para dar gracias á Candelaria por la buena idea que de él le manifestaba

En los ojos de la joven brillaron dos lágrimas, al mismo tiempo que su rostro tomó la expresión del de

una persona que, sintiéndose enternecida, no quiere hablar por reprimir el llanto.

Felipe se acercó á ella con interés.

— Cuénteme lo que la aflige, vamos á ver, la dijo sentándose á su lado.

— ¿ Ha visto á Abelardo ? le preguntó la joven.

— Sí, contestó Solama, ayer estuve con él.

— ¿ Nada le ha dicho de mí ?

— Nada.

Con estas palabras pareció que las lágrimas, que á duras penas sujetaba Candelaria, hallaron libre paso, porque corrieron sobre sus mejillas seguidas de otras abundantes que le inundaron el rostro.

— ¿ Qué ha sucedido ? preguntó con inquietud Felipe.

— Hace tres días que no lo veo, dijo Candelaria, ocultando el rostro con las manos.

— ¿ Y por que ? ¿ han peleado ?

— ¡ Ah, ya no me quiere, y me deja abandonada ! exclamó la joven descubriendo sus ojos anegados en llanto, y dando á su voz el tono de un acerbo sentimiento.

Felipe, que carecía de razones para desvanecer el temor que Candelaria manifestaba con señales de tan íntimo pesar, apeló á las frases triviales que cualquiera emplea para consolar á una persona afligida.

— Eso no puede ser, Candelaría, la dijo, Vd. se está afligiendo sin razón, yo soy bastante amigo de Manríquez para que él me hubiese confiado un cambio tan repentino de su corazón.

— Porque sé que es tan amigo de Vd. por eso lo he llamado, dijo ella. ¿ Á qué otra persona puedo llamar ?

Yo he dejado por él mi casa, se puede decir que por él ya yo no tengo padre ni hermanas, ¿á quién he de llamar pues?

— Ha hecho Vd. muy bien de tener confianza en mí, díjola Felipe, conmovido por la aflicción de la joven ¿en qué puedo servirla? Ordene, yo haré cuanto pueda por servirla.

— ¿Por qué no viene Abelardo? Vd. puede preguntárselo.

— Preferiría saberlo de boca de Vd.

— Yo no sé por qué me abandona ni le he hecho nada para que me deje desamparada, después que él me sacó de mi casa.

— Á ver, Candelaria, ya que Vd. me ha hecho el favor de llamarme, tenga confianza en mí y sea franca, cuénteme lo que le ha pasado con Manríquez, porque para que yo pueda hacer algo en favor de Vd., es preciso que sepa lo que es causa de esta situación.

Candelaria bajó la vista, mientras Solama empleaba su voz más afectuosa para hablarla. Oyéndole sin mirarle, ella daba vuelta entre las manos al pañuelo con que se enjugaba el llanto, é inclinaba la frente con esa expresión que es propia de las mujeres, cuando quieren más bien responder, que contar lo que encuentran difícil de decir.

— Vaya, Vds. han tenido su pleitecillo ¿no es así? continuó Felipe ¿por qué ha sido? esto es lo que me importa saber.

— Él ya no me quiere, contestó la joven con acento de amarga convicción.

— ¿Qué pruebas le ha dado de ello?

— ¡Le parece poco, tres días ha que no viene á

verme, sabiendo que no tengo á nadie en el mundo más que á él!

— De los tres días quitemos uno.

— ¿Por qué pues? hace tres días, los tengo bien contados.

— Ayer estuvo de guardia, ese día no puede contarse, observó Felipe.

— ¡Y los otros dos! ¿Le parece poco para quien está sola? ¿Por qué no ha venido?

— Es lo mismo que yo pregunto.

— Él se lo dirá, pues ¿cómo voy á saber yo lo que le ha disgustado? Yo no he visto á nadie, no he hablado con nadie, vivo aquí sola sin asomarme siquiera á la puerta de la calle ¿cómo voy á saber por qué me deja abandonada?

Comparando con las otras esta contestación, vió Felipe que iba dando vuelta alrededor del mismo punto, el del laconismo femenil, que sin negar directamente, encuentra mil subterfugios para conseguir el mismo objeto. Era evidente que Candelaria no quería imponerle de la causa que originaba el desvío de Manríquez, por lo cual vió Solama que convenía llamarla á otro campo de explicación.

— Me parece Candelaria, dijo tras algunos instantes de reflexión, que lo mejor será que yo hable sobre esto con Manríquez.

— Sí, pero eso no me basta á mí, replicó ella.

— Entonces ¿qué hago?

— ¿No puede Vd. traerlo?

— Haré todo empeño, aunque como Vd. sabe, no es él de los más dóciles.

— Si él no vuelve yo no sé qué hacer, dijo Can-

delaria, enjugando sus lágrimas y poniéndose al frente del más terrible dilema que pudiese amenazarla.

— ¿Por qué no ha de volver? dijo Felipe para no quedarse callado.

Candelaria prosiguió su reflexión:

— Si él no vuelve, tendré que ir á pedirle perdón á mi tatita, que me echará cuando menos á puntapiés de su casa, si no me manda á la Corrección, y ésto, pregunte Vd. por qué. ¿No fué *él* quien me sacó de mi casa? Si yo lo seguí, no fué para que me abandonase después que me vé desamparada. ¡Ah, Vd. no sabe lo desgraciada que soy!

Ocultó su rostro con el pañuelo al decir esto y dió libre curso á su llanto, tratando á veces de hablar y no pudiendo hacerlo, porque los sollozos le anudaban la voz. Tan íntimo pesar encontró un eco de simpatía en el corazón de Solama: el llanto de la hermosa afligida, la pobreza de su traje, la rígida desnudez de las paredes y el aspecto miserable del amueblado, le dieron frío en el corazón; mas no hallando nada de positivo con que consolar á Candelaria, dejóse dominar en su emoción de su tendencia favorita á generalizar las situaciones particulares, á fin de darles forma de sistema.

— Vamos, hija mía, cálmese Vd., dijo á la joven con afectuosa voz, acaso sea su alma de Vd. una alma huérfana, de las que debería ocuparse con particular atención la filosofía moderna: á mi juicio, el mundo social cambiaría de aspecto si se diese á las almas huérfanas...

Aquí tuvo que detenerse, porque Candelaria, mirándole con la expresión de una persona que duda sobre

si deberá ó no enojarse por lo que oye, exclamó, limpiándose las lágrimas con su pañuelo.

— ¡ Y qué cuenta tengo yo con las huérfanas ! Yo soy hija legítima, gracias á Dios, y si mi madre no hubiera muerto, no me vería yo... como... me... veo... ahora.

Tornó al llanto, y los sollozos tornaron cortándole la voz. La pobre joven cayó sobre un brazo del sofá, después de luchar algunos segundos para articular los sonidos que, anudándose en la garganta, resonaban con un acento gutural y desgarrador, que hizo á Felipe acercarse á ella lleno de inquietud.

— Por Dios Candelaria, no se aflija tanto, dijo apoderándose de una de sus manos. Y añadió, renunciando á la teoría sobre las almas huérfanas que había principiado á desarrollar, no se aflija, vea : yo la prometo que traeré á Manríquez.

— ¿ Cuándo ? preguntó ella, alzando con viveza la frente y fijando en Felipe una mirada de reconocimiento, al través de las lágrimas que inundaban sus bellos ojos.

¿ Cuándo ? repitió Solama ; lo más pronto que pueda. Pero se lo traeré, no lo dude, exclamó, viendo que la aflicción borraba el rayo de esperanza que había brillado en el rostro de la joven ; no lo dude, se lo traeré esta noche si puedo, vaya !

Candelaria enjugó sus lágrimas, apoderóse de las manos de Felipe y estrechándolas con efusión, exclamó :

— ¡ Se lo agradeceré tanto ! ¡ que bueno es Vd. ! ¡ Vd. si que es mi amigo ! ¡ qué bien hice en llamarlo !

— Hizo muy bien, dijo Solama. Vamos, seque Vd.

esos lindos ojos, que más les sienta la alegría. ¿ Sabe lo que hemos de hacer ?

— ¡ Qué cosa ?

— Preparar una cena de reconciliación para esta noche.

— ¡ Ah, qué bueno sería ! exclamó Candelaria, cuyo rostro se iluminó de contento.

— Eso es, replicó Solama, preparemos una cena y convidemos á Timoleón para que nos divierta : de ese modo evitarán Vds. las explicaciones y todo se volverá risa ¿ qué le parece ?

— *¡ Superior !* contestó Candelaria ; mire, lo voy á querer como si fuese Vd. mi hermano.

¿ Vd. se encarga de prepararlo todo ? preguntó Felipe.

— Como no ; pero...

Ah ¿ plata ? Aquí tiene, dijo Solama, metiendo dos dedos en el bolsillo del chaleco. Vamos á ver cuanto hay, no creo que esté muy rico, mi familia se está olvidando de mí.

Sacó algunas monedas que se puso á contar y añadió :

— Cuatro pesos dos reales y medio ¿ habrá bastante ?

— Como no.

— Cuatro botellas de mosto y cualquiera cosa para comer ¿ no le parece ?

Candelaria, cuya alegría natural había vuelto con la promesa de Felipe, hizo la descripción de los platos que compondrían la cena, y esta descripción les trajo á la memoria la que había tenido lugar en casa de don Raimundo Basquiñuelas. Hablando de sus incidentes, del combate de don Raimundo, y de las penalidades que en aquella memorable noche cupieron

en suerte á don Lino Alcunza, Candelaria y Felipe emplearon cerca de una hora, al cabo de la cual se despidió Solama, reiterando su promesa de volver en la noche con Manríquez y Miraflores.

IV.

— Es preciso que me oigas, había dicho Felipe Solama al oficial de húsares, á quien dejamos dirigiendo una mirada melancólica al patio de la casa que habitaba.

Felipe, al llegar á casa de Manríquez, acababa de tener con Candelaria Basquiñuelas la entrevista que el precedente capítulo refiere, de modo que la impresión que las lágrimas de la joven le habían producido, estaba fresca en su memoria cuando dijo á su amigo: « Hablo de Candelaria y la compadezco. »

Abelardo Manríquez, á quien después de la escena de palacio, sólo preocupaba el deseo de hablar con Inés Arboleda, hizo, como se recordará, un ademán de enfado y de tristeza al oir el nombre de su querida.

Solama permaneció de pie frente á su amigo, esperando alguna contestación.

Manríquez, sin embargo, no dijo nada, con lo cual Felipe se resolvió á continuar.

— Es preciso que me oigas, repitió, porque vengo á perdirte explicaciones sobre tu conducta para con esa pobre muchacha que me ha partido el alma.

— ¿ Qué tiene ? preguntó Manríquez con interés.

— Está la infeliz tan triste, que da compasión.

— Bah, tristezas de mujer, repuso el oficial, tú no

las conoces, Felipe, y por eso te impresionas : cuando á tus grandes teorías unas un poco de práctica en la vida, verás que la mujer llora como lloran las nubes : sin dolor ninguno.

— Pero vamos á ver, aquí hay un hecho y sobre ese hecho quiero discutir.

— ¿ Cuál es el hecho ?

— Tú has abandonado á Candelaria.

— No hay tal.

— Pero has dejado de verla por algunos días.

— Eso sí.

— ¿ Se puede preguntar por qué ?

— Me fastidiaba, dijo Manríquez, dejando su asiento y dirigiéndose á una mesa á encender un cigarro en un braserito de lata, en el que había una brasa de fuego.

— ¡ Me gusta la razón ! exclamó Felipe, á mi también me fastidia pagar mis deudas, y me fastidian tantas cosas que hago, sin embargo, por deber.

— ¿ Te han nombrado abogado de pobres ? preguntó Manríquez, arrojando en una sonrisa el humo de su cigarro.

— No, me gusta ser abogado de los que sufren, contestó Felipe.

— Entonces, principia tu alegato.

— Hablemos seriamente, porque el caso lo requiere, dijo Solama, arreglando á sus palabras el tono de su voz. Á mi juicio, añadió, tú has contraído con Candelaria un compromiso sagrado : no porque la iglesia no haya bendecido esos amores, deja esa joven de haberte dado su corazón, es decir su único tesoro,

y abandonado por ti su casa y su familia, poniendo su honor bajo tus pies.

— ¡ Jesús, hijo mío ! estás dramático en la forma de la frase, principio á sentir calofríos, modera tu elocuencia, dijo soriéndose el oficial.

Felipe, acostumbrado al carácter fantástico de su amigo, no hizo caso de la burla y prosiguió.

— Tu conciencia no te permitirá abandonarla, haciéndola el juguete de tus caprichos : la pediste su amor y ella te ha amado con entero desinterés ¿ qué más quieres ?

— Soy un bárbaro, ¿ no es cierto ?

— Por lo menos un ingrato, eso no puede negarse.

Manríquez arrojó el cigarro y principió á pasearse á lo largo de la pieza. La burlesca expresión que brillaba en sus ojos, la sonrisa de sus labios, la indolencia que cubría sus bellas facciones mientras hablaba Solama, todo desapareció bajo la sombría expresión que á veces sus amigos sorprendían en su rostro.

— ¿ Con entero desinterés, eh ? dijo al cabo de algunos instantes, deteniéndose frente á Felipe, que se había quedado en la actitud del orador que espera cese el entusiasmo del auditorio para continuar.

En los labios de Manríquez se dibujó una triste sonrisa, al hacer esa observación sobre lo que Solama acababa de decir.

— ¡ Cáspita, dijo éste, si no llamas desinterés lo que Candelaria ha hecho por ti, no sé qué nombre le des !

— Mira Felipe, replicó el oficial con la misma son-

risa de tristeza, bien dicen que á nadie debe juzgarse sin oirle.

— Por eso he venido á pedirte explicaciones, dijo Solama, algo dosconcertado de no poder continuar su discurso.

— Y como me encuentras en buena disposición de espíritu, te daré la explicación de mi conducta, aunque sé que á nadie debo dar cuenta de mis acciones, dijo Manríquez, con la altanería que le conciliaba el respeto entre los que le rodeaban.

— Ni pido conferencias, ni tengo derecho de pedirlas, contestó Felipe, de modo que puedes guardarte el secreto.

— No, hijo, no lo guardaré, replicó Manríquez acercándose á Solama y golpeándole un hombre con cariño. ¿Quieres que te diga más? Me has hecho un favor en venir á pedirme esta explicación, porque necesito distraerme.

— Entonces, vamos á la defensa que ibas á principiar.

— Mi defensa es muy sencilla y te la haré en dos palabras : Candelaria me habló de casamiento.

Solama bajó la vista pensativo, porque el tono con que Manríquez había dicho lo que él llamaba su defensa, manifestaba bien claro que su convicción acerca de su buena causa, era profunda.

— ¿Qué te parece? preguntó el oficial, viendo que Felipe callaba.

— Ella obedece á las preocupaciones del siglo, contestó Felipe, que en teoría rechazaba el matrimonio. Los hombres, agregó, en su manía de legislar,

han sometido á reglas mezquinas el más grande de los sentimientos humanos y...

— Bueno, bueno, no se trata de eso, dijo interrumpiéndole Manríquez ¿ querías un hecho que discutir ? ahí tienes uno y grande.

— Estoy discutiendo, pues.

— Entonces ¿ qué te parece la proposición ?

— Lo cierto es que á la pobre no le falta razón, dijo Felipe, á quien la honradez de la conciencia arrastraba muchas veces al lado opuesto de sus teorías.

— ¡ Es decir que en el fondo de ese amor, en el que yo buscaba un desinterés completo, un amor, en fin, no hay más que una ambición egoísta y vulgar ! Te aseguro que para casarme así, no había tenido necesidad de turbar la paz de ese pobre viejo de su padre.

— Ya te lo digo, repuso Solama : ella obedece á las ideas admitidas.

— Bien está ; pero yo obedezco á las mías.

— Las tuyas, es verdad, son las más cómodas.

— No sé, pero son las mías, dijo animándose Abelardo. ¡ Ah, tú no más quieres tener ideas propias ! Pues bien, yo tengo las mías y no me cuido de las ajenas : desde niño he vivido por mi cuenta, y desde dos años ha, llevo aquí, dijo golpeándose la frente, una idea fija ¡ y esa idea es mi ideal ! ¿ Apuesto á que no te figurabas que un calavera como yo tuviese un ideal ?

Los ojos de Manríquez estaban animados ; parecía que un rayo de luz iluminaba su frente erguida, y sus labios tomaron una expresión de triunfo que impresionó vivamente á Felipe.

— Nunca te he creído un hombre vulgar, contestó éste; en tus acciones encontraba ciertos síntomas misteriosos de lo que yo llamo las almas huérfanas, una de mis teorías favoritas.

— ¿ Almas huérfanas ? No sé, repuso Manríquez, lo que sé es que hasta ahora he consagrado mi vida á buscar la realidad de mi ideal. Esta maldita idea se me atravesó en el espíritu desde mi primer amor. Yo vivía en el campo cuando conocí á esa mujer de que tanto se ocupan ahora en Santiago.

— ¿ Á Inés Arboleda ? ¡ Tú la conoces !

— Era soltera entonces y yo la conocí en circunstancias en que mi alma sufría de esa fiebre de juventud, que no es otra cosa que el deseo de amar y ser amado : así fué que la amé con locura. Esa mujer es uno de esos escollos vivientes contra los cuales van á despedazarse los hombres de corazón. ¡ Es coqueta ! Pero entonces yo no sabía eso y le di mi corazón, con el que ella se entretenía como con un juguete.

— ¡ Bien lo decía yo ! tu vida me parecía misteriosa ! exclamó Solama en una pausa que hizo el oficial.

— Te estoy contando esto, dijo Manríquez, para que veas cómo llegué á tener un ideal, del que hice mi único pensamiento.

— Bueno, cuenta, yo te escucho, respondió Felipe, en quien las confidencias de aquel joven cuya *rareza* todos ponderaban, principiaron á despertar un interés.

— Tú llamarías esto : « la introducción á mi ideal, » prosiguió Manríquez, bueno, lo llamaremos así. Como te decía, Inés era coqueta y fácilmente me

dejó creer que me amaba. Esto fué al mismo tiempo que se presentó un rival que es ahora su marido.

Al llegar aquí, Abelardo refirió circunstanciadamente la escena del rodeo y las que después tuvieron lugar en las casas del Trébol, durante su fingida enfermedad. La curación de la médica y sus fantásticos conjuros, referidos por Manríquez con animación y gracia, arrancaron á Felipe esta exclamación.

— ¡ Caramba, esa vieja es una alhaja ! ella representa una faz de nuestras costumbres de campo, que algún dia se estudiarán con curiosidad.

Pasó entonces Manríquez á contar su correspondencia con Inés por medio de la médica, y su proyecto de rapto con motivo de la noticia del casamiento de su querida ; su entrada nocturna á la casa, y por fin la escena con que terminamos la primera parte de esta historia.

— ¡ Hombre, qué cosa tan curiosa ! exclamó Felipe al oir á Manríquez el modo cómo se había ocultado en el canasto de la ropa, mientras que el padre de Inés, con una vela encendida, venía á informarse de la causa por que su hija turbaba la paz de la noche con un grito de espanto.

Manríquez, cansado de hablar, hizo una pausa para encender un cigarro.

— Bueno, pues, ¿ y qué hubo ? ¿ te pilló el viejo ? preguntó Felipe con la impaciencia de la curiosidad.

V

— Don Calixto entró en la pieza, prosiguió Manríquez, sin contestar directamente á la pregunta de su

amigo, cuando yo apenas había tenido tiempo de dejar caer sobre mi cabeza la tapa del canastón. Por fortuna éste era algo viejo, como todos los trastos que se acostumbra llevar al campo, y gracias á esta circunstancia, encontré un resquicio desde el cual pude observar la figura del caballero. En cualquiera otra ocasión, esa figura, que tengo tan presente como si acabase de verla, me habría hecho reir á carcajadas. Con el pelo desgreñado y la barba de cuatro ó seis días, que aumentaba la palidez del miedo que no podía ocultar, don Calixto me inspiró, como te digo, en vez de temor, una furiosa tentación de reirme. Se acercó á la cama de Inés, que levantó la cabeza restregándose los ojos, como una persona á quien incomoda la luz al despertar, y miró á su padre fingiendo no poder explicarse la causa de su presencia.

— ¿ Qué hay, hijita? preguntó don Calixto.

— ¿ Qué cosa, padre ? dijo ella.

— ¿ Por qué gritaste ? ¿ qué tienes? volvió á preguntar el caballero.

— ¿ Yo ? ¿ qué, grité ? Ay, sería lo que estaba soñando con ladrones, por eso desperté con tanto miedo, respondió Inés.

— Vaya, ¿ cómo pueden entrar ladrones aquí ? exclamó don Calixto, dándose aires de tranquilidad, no seas miedosa.

— Era que estaba soñando, repitió Inés.

« Al mismo tiempo don Calixto dirigía una mirada furtiva á los rincones del cuarto para asegurarse de que no había nadie.

— Bueno, pues, dijo, duérmete no más, no tengas miedo.

— No, si ya no tengo miedo, contestó Inés.

« El caballero, más sereno, salió del cuarto y yo volví á quedar solo con Inés.

Apenas se perdió el reflejo de la luz que se había llevado don Calixto, yo saqué la cabeza de mi escondite.

— Inés, dije, es necesario que Vd. me oiga.

— Me tengo que vestir, contestó ella con resolución, y si Vd. quiere hablar conmigo, es preciso que se vuelva á esconder hasta que yo le avise, de otro modo llamaré á mi padre.

— Obedezco, vístase Vd., sin cuidado, dije yo, dejando caer de nuevo la tapa del canastón.

Desde mi escondite me era imposible ver á Inés, á causa de la escasísima luz que despedía el velón, que esparcía en torno suyo rayos vacilantes y opacos. Durante algunos minutos solo oí el ruido de algunos movimientos precipitados que Inés hacía para vestirse, y ese ruido no me dejaba pensar en lo que tenía poco antes intención de decirle. En fin, al cabo de algún rato me dijo.

— Ya puede Vd. salir.

No me hice repetir la advertencia y salí, no sin sonreirme de mi situación.

Inés se había sentado en una silla y ocultaba su rostro entre las manos.

Me acerqué á ella turbado, la emoción casi me embargaba la voz, y creo que una persona colocada junto á mí, habría sentido latir mi corazón.

Al verme cerca de sí, levantó Inés la cabeza y me preguntó :

— ¿ Qué quiere Vd. ? ¿ qué es lo que intenta ?

— Inés, la dije ¿ es cierto que Vd. se va á casar?

— No creo que Vd. tenga derecho alguno de hacerme esa pregunta, me contestó con enfado.

Hablábamos en voz baja sin haberlo convenido, pues ambos teníamos la convicción de que para no ser sorprendidos debíamos hacerlo así. Sin embargo de esto, el acento de desdén con que Inés me dió su terminante respuesta, irritó mi orgullo, y la dije con vehemencia.

— Tengo el derecho que me da mi amor.

— No, no me hable Vd. de amor, replicó ella ; si realmente me amase Vd., no habría dado este paso para perderme.

— Ese mismo amor, la contesté, justifica mi imprudencia. ¿ Quiere Vd. que la jure aquí, á sus plantas, que vivo únicamente para Vd. ? ¿ qué puedo hacer para convencerla de mi amor ? Si Vd. me fuese indiferente ¿ me habría expuesto como lo hago, y como Vd. dice, á perderla, y á que me arrojasen de esta casa como á un malvado ?

— Lo que Vd. ha hecho es injustificable, replicó Inés, y el mejor modo de probarme que tiene Vd. algún aprecio por mí, es tratar de salir lo más pronto posible. Le advierto, añadió, que tengo esta explicación con Vd. porque espero que mi padre se duerma para que no lo sienta salir.

— Yo espero otra cosa, dije, espero que Vd. conteste á mi pregunta. ¿ Es cierto que Vd. se va á casar con Juan Miguel ?

— Cierto, me contestó con voz seca.

« Yo era niño entonces, sobre todo por el corazón : era la primera vez que amaba, dijo Manríquez después

de un ligero silencio. Al oir esa contestación pronunciada por la misma boca que á veces me había electrizado con su melodía amorosa, sentí una sensación inexplicable de rabia, que me anudó la voz en la garganta por algunos momentos. Esa mujer sobre cuyo amor fundaba yo las esperanzas de mi primera ambición, me decía con voz seca que iba á pertenecer á otro, á otro á quien estoy seguro no amaba ; pero que era rico. ¡ Ah, yo no poseía entonces la triste experiencia de la vida, para saber que la mayor parte de esos seres que divinizamos en los primeros ensueños de la juventud, aspiran al matrimonio antes de aspirar al amor ! Semejante reflexión me hacía caer despeñado de la altura adonde en alas de mis ilusiones había subido. Por fin, venciendo la emoción terrible de que apenas podría darte, en muchas palabras, una pobre idea, le dije :

— Es decir, Inés, que Vd. no me ama.

« ¿ Lo creerás ? En ese momento solemne, en que estaban en juego su honor y mi tranquilidad, Inés halló una sonrisa para contestarme :

— De veras, Abelardo, que Vd. es inexplicable ; cada una de sus preguntas es tan terminante, que no deja lugar para evadirla, lo que me obliga á callarme más bien.

« Dijo esto con voz serena, casi en tono afectuoso, como un tierno reproche, y al mismo tiempo, en medio de la penumbra en que nos hallábamos, vi lucir un relámpago de sus ojos, con los que tiene más elocuencia que con la palabra. Su voz y su mirada me hicieron perder el juicio.

— Vea, Inés, creo que la dije, no hagamos por

Dios de esta conversación un pasatiempo : yo he puesto mi corazón de envite en el juego á que jugamos ; el caso es muy serio. Yo quiero ¿ me oye Vd. ? Yo quiero que Vd. no pertenezca á otro, y lo querré firmemente mientras vea un indicio de amor en sus ojos. Cierto que hasta ahora no había podido medir la intensidad de la pasión que Vd. me ha inspirado : esta pasión, lo conozco ahora, va á ser una calamidad, porque contrariada, romperá su vida ó la mía.

— ¿ No ve ? dijo ella alzando un dedo como en señal de profecía ; Vd. quiere que le amen y presenta su corazón como un volcán ; ¡ eso da miedo ! La vida debe tomarse con más calma.

— Bien está, dije desesperado con aquella observación de hielo, que ella me aplicaba á la cabeza, cuando era mi corazón el que ardía ; entre Vd. y yo hay un abismo, su corazón es de roca ¡ líbreme Dios de mendigar su amor !

« Di dos pasos hacia la puerta y ella me detuvo. Sea que la expresión sincera de tan gran sentimiento la hubiese conmovido, sea que existe en su alma la crueldad que se complace en alimentar la vanidad con sufrimientos ajenos, lo cierto es que Inés, al detenerme, me dijo con voz afectuosa.

— Vd. es intratable ¡ Jesús, qué tiranía ! ¿ Acaso he dado pruebas de amor á Juan Miguel ? ¿ Puede Vd. culparme porque él me ame ? No olvide Abelardo que en todo esto está de por medio la voluntad de mi padre, á la que por nada dejaría de obedecer. Pero Vd. no piensa en nada de esto y cree que debe condenarme. Yo no quiero que nos separemos así, seamos amigos y olvide Vd. cuanto ha pasado entre nosotros.

— ¿Es decir que me conforme con verla casarse? ¿que me arranque el corazón y tenga la tranquilidad de sonreir? la dije, ¡Ah, eso no!

— Y ¿qué quiere Vd. hacer? yo no puedo oponerme á la voluntad de mi padre.

— Pero dígame, la pregunté con ansiedad ¿Ama Vd. á Juan Miguel?

— No.

— ¿Me ama Vd. á mí?

— En mi situación no debo contestar á esa pregunta.

« Y al decir esto bajó la voz, y con un suspiro ahogado me hizo entender que se sacrificaba á un deber. Si tú la hubieses visto en ese momento, y hubieses oído ese suspiro, podrías comprender el grado de exaltación que se apoderó de mí. Te confieso que había perdido la razón para todo, menos para decirme que mi existencia dependía de esa mujer y que yo no debía permitir su sacrificio. Dominado por esta convicción y por mi amor que enardecía el misterio de la situación, una idea me acudió al espíritu como iluminándome el único camino que debía seguir y cedí á ella, dominado de irresistible vértigo. Acerquéme á Inés, pasé mis brazos por su cintura, y antes que hubiese podido hacer un solo movimiento, la levanté de la silla y salí con ella á cuestas de la pieza, dirigiéndome hacia la puerta por la que había entrado, y diciéndola :

— Huyamos de aquí, yo sabré hacerla respetar en todas partes.

— ¡La sacaste de la casa! exclamó Felipe, admirado de la osadía de Manríquez.

— Espérate, dijo éste, vas á ver. Con la exaltación á que yo había llegado, el peso del cuerpo de Inés era insignificante para el poder de mis fuerzas, de modo que pude atravesar con ella la larga pieza en que dormían sus primas y llegar en un instante á la puerta que me había dado entrada á la casa. Parece que Inés en tan inesperado trance, no perdió la sangre fría que domina todas sus acciones, pues cuando la suspendí de su asiento y me dirigí precipitadamente á esa puerta, hizo esfuerzos para desasirse de mí, pero sin proferir una sola exclamación. Tal vez tenía esperanza de que aquello fuese sólo una estratagema mía para intimidarla y esperaba verme renunciar á este medio antes de tener que implorar socorro; mas al llegar á la puerta cesó su engaño y cambió también de conducta. El viejo había cerrado la puerta con tranca, al volver del cuarto de Inés á su dormitorio. Yo, que no había previsto este contratiempo, creí que la puerta se resistía por estar apretada, como sucede tantas veces, y sosteniendo con un brazo el cuerpo de Inés que parecía desmayada, quise abrir la puerta con la mano que me quedaba libre. Entonces redoblaron los esfuerzos de Inés para desprenderse de mi brazo y al mismo tiempo empezó á conjurarme para que la dejase: en sus palabras yo oía voces de ruego y de amenaza confundidas, pero ninguna de ellas me detenía. Todo esto pasó en pocos minutos, en dos tal vez. Por fin, viendo Inés que yo á nada atendía, comenzó á dar voces y á pedir socorro, con gritos que muy pronto pusieron á toda la casa en movimiento.

— ¡ Caramba ! aquí fué Troya ! exclamó Solama

entusiasmado con la relación de aquella aventura.

« Las primas de Inés que, como te dije antes, trataban siempre de parecer muy asustadizas, respondieron con gritos de espanto á los de Inés y principiaron á correr una tras otra, casi desnudas, á la cama de la madre, que preguntaba azorada :

— ¿ Qué hay ? ¿ por qué gritan ? ¡ qué es esto !

« En medio de este concierto apareció don Calixto con una tercerola en la mano, con la que se puso á apuntar al punto en que yo me encontraba con Inés. En mucho menos tiempo del que necesito para decírtelo, pensé en ese instante que el tiro, si salía, podría muy bien herir á Inés, y la dejé caer al suelo un segundo antes que sonase el rastrillo : el tiro no salió, y aun parece que la tercerola estaba descargada, porque no ví la llama de la ceba.

— ¿ Qué hizo Inés ? preguntó Felipe.

— Corrió al lado de su madre que había aparecido en la puerta de su dormitorio, contestó Manríquez. Don Calixto se puso á temblar de miedo, al ver la traición de su tercerola y yo me acerqué á él resueltamente, lo que le hizo recular hasta la puerta en que se hallaban Inés y su madre. Aquel incidente cambió, por supuesto, el curso de mis ideas : ya no podía pensar en robarme á Inés desde que me hallaba en presencia de su familia. Te aseguro, además, que los gritos de las primas de Inés, la aparición de don Calixto y su infructuoso rastrillazo, me impidieron sentir el disgusto que tan grave contratiempo debía haberme producido. Tú, que jamás me has oído blasonar de valiente, me creerás que lo que voy á decirte no es una vana jactancia. Sentí, en la situación en que

me encontraba, una especie de disgusto al ver que don Calixto tenía miedo, porque yo experimentaba deseos de habérmelas con algún hombre de energía. Al ver al viejo á reculones, como buscando el apoyo de su mujer, me dió risa.

— No tenga cuidado, señor don Calixto, le dije, Vd. ve que estoy sin armas.

— Hombre, me dijo tratando de cobrar valor ¿ qué es esto ? ¿ qué hacía Vd. aquí ?

— Le diré la verdad, le contesté : estoy enamorado de su hija y como sé que piensan casarla con otro, vine á robármela.

Lo terminante de esta contestación dejó muda á toda la familia ; pero al mismo tiempo puso á don Calixto en la precisión de sacar fuerzas de flaqueza, para no aparecer como un cobarde en presencia de su mujer y de su hija.

— ¿ Y qué derecho tiene Vd. sobre esta niña para insultar mi casa de este modo ? me preguntó.

— El derecho de mi amor.

— Y tú ¿ qué dicés ? preguntó don Calixto á Inés, sin duda por ese instinto de los débiles, que buscan á otro más débil para aparentar energía, pues al parecer la resolución con que yo daba mis respuestas le había desconcertado.

— Yo, dijo Inés, lanzándome una mirada de encono, digo que el señor es un infame y que le desprecio.

— Sí ¿ pero cómo ha venido á buscarte ? alguna esperanza le has dado tú, replicó don Calixto.

« Esa facilidad para inculpar á su hija, de cuya inocencia dudaba él más bien por verse libre de mí, me llenó de indignación.

— Vd. se engaña, señor don Calixto, le dije, su hija no me ha dado más esperanza que palabras vagas, cuando yo la he hablado de mi amor ; y Vd., su padre, no puede pensar que me haya facultado para introducirme en su casa á media noche. El paso que he dado ha sido de mi cuenta y riesgo : me trajo la esperanza de ser correspondido ; pero veo que me engañaba, puesto que Inés acaba de decir que me desprecia. Ahora no me queda más que retirarme.

« Volví la espalda sin saludar y sin mirar á nadie, y salí sin encontrar ninguna resistencia.

« En el camino del Trébol al fundo de mi padre, que hice á pie, no puedo decir qué ideas ocuparon mi espíritu. Llegué á mi casa con la cabeza ardiendo, y no pude dormir un solo instante : las palabras de Inés, llamándome infame y arrojándome al rostro su desprecio, resonaban en mis oídos como una maldición. El desengaño y la vergüenza se desplomaron sobre mi alma, produciendo en todo mi ser un trastorno violento, cuyas consecuencias sentiré toda mi vida. Hubo instantes de esa larga noche en que tenía tentaciones de volver al Trébol, de sacar á mi rival afortunado de su lecho y de arrastrarle por el suelo en presencia de Inés, para que le despreciase como á mí. Al fin, la luz me tranquilizó y pude con más calma considerar mi situación. Resolví dejar la hacienda de mi padre para siempre y venirme á Santiago. Tengo desde niño la costumbre de poner en planta mis resoluciones sin esperar al día siguiente, cuando se pueden ejecutar en el que vivo. Hallábame haciendo mis preparativos de viaje cuando recibí la visita de don Calixto. Su aire obsequioso y el cortés

saludo que me dirigió, me anunciaron que sus intenciones no eran hostiles: yo, que conocí haberle ofendido, traté de ser cortés, pero alejando todo indicio de humillación.

— Vd. no extrañará esta visita, me dijo. Después de una conferencia de familia convinimos anoche en explicar el ruido y los gritos que deben haber sentido los criados, diciendo que habían entrado ladrones. Felizmente, ni Juan Miguel ni mis hijos oyeron nada. Vd. comprende que el honor de mi hija depende del silencio de Vd., y espero que no tendrá dificultad en darme su palabra de no hablar á nadie de este asunto.

— Se la doy á Vd., le dije.

« Así nos separamos, y desde entonces no había vuelto á ver á Inés hasta ayer. »

VI

Hizo Felipe Solama ingeniosos comentarios sobre la relación de Manríquez, cayendo al fin en su manía de sacar deducciones generales.

— Todo esto prueba, dijo, que la civilización moderna, á pesar de su orgullo, ha descuidado la educación de la mujer, como si esa educación no fuese la base del progreso humano y de la humana felicidad. No he visto hasta ahora una sola madre de familia que combata el instinto de la coquetería, que es una especie de pecado original, por el cual son pocos los hombres que no pierden un paraíso. Yo, por ejemplo, aquí donde me ves, llevo perdidos tres Edenes en otros tantos amores: ya que estamos de confidencias, bien te lo puedo decir.

— ¿ Tres amores ? preguntó Manríquez.

— Tres.

— ¿ Serios ?

— Muy serios. El primero fué con una chica de diecisiete años, inocente en apariencia como una violeta. Me había dado en prenda un cadejo de pelo, un pañuelo de narices y un par de tirantes bordados en esterilla. Se casó con un hacendado quince días después de su juramento, y no faltó quien me dijese que el rizo que yo había perfumado y llevaba sobre el corazón, era de una ama de leche que criaba á uno de los hermanitos de la pérfida ; que el pañuelo de narices pertenecía á su madre, y que los tirantes que yo creía bordados de su mano para mí, los vendían iguales en un baratillo del Portal. En mi despecho arrojé el cadejo de pelo á la acequia de mi casa, regalé el pañuelo á mi lavandera, porque descubrí que lo estaba usando, y guardé los tirantes para mortificarlos sobre mis hombros. De este descalabro me consolé con el amor de una prima, y mi tía me despidió de la casa con el fútil pretexto de que yo era pobre : la prima se casó también poco tiempo después. Mi tercer amor es el que me ha dejado más profunda impresión : fué con una joven que tenía la manía epistolar, y como yo creía ser su único corresponsal, sentía un agradecimiento sin límites por tan señalada prueba de amor. La pícara me la jugaba en regla, pues otro de sus pretendientes recibía la primera edición de las cartas que me andaban trayendo en las nubes rosodas del séptimo cielo. Lo único que ha servido después de lenitivo al dolor que este desengaño me produjo, es el haber sabido que se ha casado con un tercero, y que mi rival,

que en mi tiempo recibía la primera edición, había ocupado mi puesto, y alcanzaba sólo á los honores de la segunda. Delante de la hoguera que hice para quemar la falsía manuscrita de la ingrata, juré con lágrimas en los ojos, no volverme á enamorar. Ya lo ves : las tres se han casado, lo que prueba por lo menos que tengo buena mano.

— El día menos pensado se te casa entonces Martina, dijo Manríquez, riéndose.

— Ah, á propósito de Martina : habíamos olvidado á Candelaria.

— No estamos tan lejos de ella, puesto que te refería mis amores, para llegar á explicarte lo que me ha hecho abandonarla.

— Es cierto ; pero hasta ahora no veo...

— Ya verás, ten paciencia.

— ¿ Queda más todavía ?

— Sí, pues, queda algo más.

— Entonces, vuelvo á constituirme en auditorio, dijo Solama tomando la actitud que había dejado para hablar de sus amores.

— Vuelvo pues á mi ideal, repuso Manríquez.

— Eh, tu ideal ya lo diviso, dijo interrumpiéndole Solama, quieres vengarte de ese sexo que da rizos de las criadas y tirantes comprados en las tiendas, en cambio de la necia adoración que le tributamos. ¡ Cuidado ! la mayor parte de los que como tú quieren vengarse, vuelven como el viajero del refrán que va por lana : trasquilado de todas sus ilusiones y en bancarrota de esperanzas. La mujer, querido, debe tomarse por lo que vale y tratarse por lo que es. ¿ Es frívola ? enamórala con risas ; ¿ es coqueta ? sé incons-

tante ; ¿ es sentimental ? háblala de la luna y de las tumbas ; pero querer confundirlas á todas y decir : « las mujeres son pérfidas y me la han de pagar » es una aberración que las luces del siglo no disculpan. Por eso te decía yo que las almas huérfanas.....

— ¡ Adiós ! ¡ las almas huérfanas ! exclamó Manríquez, viendo que Solama no llevaba visos de detenerse, estás argumentando, hijo mío, sobre un cimiento de arena, tus hipótesis son falsas, yo no quiero vengarme de nadie, yo quiero realizar mi ideal, yo quiero que me amen !

— ¡ Pues hombre, eres el primero á quien se le ocurre semejante capricho ! que te amen !!!

— Aquí no hay capricho, porque los caprichos pasan, y la idea de mi ideal me tiraniza dos años ha, dijo Manríquez.

— Pero ese ideal de ser amado lo tienen hasta los colegiales, y los colegiales más que nadie, replicó Felipe ; tu ideal no es una novedad, para que lo invoques como justificativo de tu conducta con Candelaria.

— ¿ Necesitan los sentimientos ser nuevos para ser grandes y verdaderos ? dijo Manríquez. El amor, añadió, no es una novedad tampoco para el mundo y lo es, sin embargo, para cada hombre en particular, y sobre todo es una necesidad de la existencia que decide las más veces del destino del hombre, según la forma que desarrolla en su corazón y la tendencia que le imprime : mi ideal es una de las variedades de esa forma, y por eso quiero explicártelo ; pero me interrumpes á cada paso para darte aires de hombre penetrador.

— Bueno, ya no te vuelvo á interrumpir, te prometo escucharte en silencio.

— ¿ En qué estábamos ?

— En tu marcha á Santiago.

— Llegué aquí, dijo Manríquez, sin que la impresión que las palabras de Inés me habían producido se hubiese borrado de mi ánimo. ¡ Yo, que había concentrado toda mi ambición en obtener su amor, me veía de repente lejos de ella, sin más recuerdo que el de su desprecio ! Mi sombría actitud y mi tristeza alarmaron á mis padres, de quienes había sido yo, desde la infancia, un hijo regalón. Sin quererlo, comuniqué la melancolía de mi alma al hogar apacible de mi familia. Poco tiempo después de mi llegada, mi padre murió de una enfermedad orgánica de que se había curado en vano desde la juventud. Yo olvidé mi dolor para calmar el de mi madre, cuya suerte aseguré, cediéndola mi parte de nuestra pobre herencia. Hecho esto y deseoso de llevar una vida que me ofreciese aventuras en perspectiva, abracé la carrera militar. Desgraciadamente, las aventuras militares no se han presentado y el ocio de la guarnición me arrojó en aventuras de amor. De ellas nació el ideal de que te hablo. Ninguna de esas relaciones efímeras, que me han dado la reputación de calavera, ha bastado á llenar en mi alma el vacío inmenso que dejó el primer amor, tan violentamente arrancado de mi pecho por falta de esperanza. Desde el principio de mi nuevo género de vida noté esta circunstancia. En vez de amores vulgares, que sólo la novedad alimenta y el hastío mata ; en vez de resistencias dictadas por el egoísmo y no por la virtud; en vez de ambi-

ciones mezquinas disfrazadas de amores, yo necesitaba encontrar una alma de mujer capaz de infundir á la mía la veneración delirante, que al lado de Inés alcancé á divisar, y que su amor había podido cultivar en mi pecho. Esto lo sentí poco á poco, á medida que las borrascas de la disipación iban arrojando en mi alma sus oleadas de inmenso tedio y de disgusto abrumador. ¡ Cuántas veces, maldiciendo la devorante saciedad de fáciles placeres, he dejado el bullicio de la orgía por respirar el aire puro de la mañana, que refrescando la sangre parece refrescar también el alma con imágenes de paz y de inocencia ! De la incesante contienda entre mi alma, que aspiraba á los grandes y nobles arrobamientos de un amor completo, y la fatalidad, ó llámalo como quieras: hábito, corrupción, ocasión ó debilidad, que me encadenaba al carro en que el vicio triunfante arroja su cínica sonrisa á la frente de sus esclavos; de esa lucha entre mi espíritu y mi cuerpo, nacieron los caprichos, la inconstancia, las veleidades porque algunos me miran como loco y que me hacen cargar con la maldición de las que han sido mis queridas ! Al cabo de poco tiempo, el descontento fué el estado normal de mi ánimo : al fin de cada intriga amorosa me esperaba el fastidio. De aquí la porfiada aspiración de mi alma á buscar en otro campo la satisfacción de su anhelo vehemente de amor. En este estado, y no pudiendo cambiar de situación material, empecé á nutrir mis esperanzas con los caprichos de la imaginación : ellos me trajeron un día, tras de ansias locas, el tipo de la mujer que ambicionaba mi pecho, haciendo resonar en mi memoria los nombres de Safo y de Heloísa.

¡Mira, me puse alegre como si hubiese hecho un gran descubrimiento con esas dos enamoradas sublimes! ¿Qué otra cosa ambicionaba yo, en efecto, sino la pasión fogosa y desinteresada, la adoración delirante, el completo desprecio de las convenciones sociales en la mujer que me amase? Enamorado de la forma precisa que mis deseos infinitos tomaban con la evocación de esos dos nombres mágicos, estudié la vida de las que los habían llevado, participé de sus cuitas, y busqué en la fuente que incendiaba su sangre, el encantado filtro de amor que viene rejuveneciendo al alma humana desde la creación. ¿Tienes idea del fervor con que ciertas almas devotas solicitan la munificencia del cielo para alcanzar los dones de la tierra? Así imploré á Heloísa y á Safo como un poderoso talismán, y les pedí el secreto del amor á que habían rendido los corazones, para traerlo á nuestra vida egoísta y empapar con él las almas ficticias en que las mujeres de ahora cultivan el egoísmo y la ambición. Durante algún tiempo, como ves, fuí Faon y fuí Abelardo. Una simpatía inexplicable arrastró mi predilección hacia Heloísa. Las llamaradas de amor que arrojó en sus cartas, fiel trasunto de su inmensa pasión, produjeron en mi espíritu un delirio que las realidades de la vida no bastaban á disipar. Naturalmente quise buscar á mi Heloísa en el mundo; pero mi orgullo la quería rica y rodeada de consideraciones sociales; bajando de su Olimpo aristocrático á ofrecerme el tributo de su corazón; hallando en mí su mundo, y no aspirando á más título que al de querida mía, como la heroica Abadesa, que supo hacer de su amor de mujer un amor único en el mundo, y amor

inmortal! Desde entonces soy el esclavo de esta idea vivo para realizarla, le consagro mi alma, hago de ella el único grande objeto de mi vida: ¡es mi ideal!

Ya lo ves: no es el deseo vago de amar y ser amado, como el de los que principian la vida de hombres; no es el vicio del libertino que hace de la seducción su pasatiempo; no es tampoco el tibio deseo de encontrar un corazón amante, para consagrar su unión con el mío ante un altar y buscar los tranquilos placeres en el hogar de la familia; ni siquiera es la vana presunción de los elegantes que ambicionan ceñir á sus frentes la corona de Lovelace: ¡no, mi ideal es antojadizo, pero es mío! Quiero el amor de una de esas divinidades del gran mundo; pero no conquistado á fuerza de un paciente galanteo, sino espontáneo y natural; no arreglado al respeto de las leyes sociales, que pide permiso al mundo y á la iglesia para no avergonzarse de existir, sino espontáneo y franco, sumiso esclavo del presente, confiando en el vigor de su fuerza y no en juramentos legales, cuando mire al porvenir. Fácilmente pensarás que hasta ahora mis pesquisas han sido vanas: esa mujer ideal, esa Heloísa de mis ensueños, me huye como los fuegos fatuos que divisa un viajero, perdido en un desierto, en busca de un abrigo Á veces en algunos paseos, he creído encontrarla: sus ojos me han mirado, como prometiéndome el tesoro que busco; pero al acercarme la he visto bajar la vista, y cubrirse sus mejillas del encarnado que la buena fe de los hombres cree una señal de recato. Sea como fuere, yo no desmayo y buscaré mi ideal mientras la juventud no me abandone!

Hizo Manríquez una pausa y fijó la vista en Solama, como para estudiar la impresión que sus palabras le habían dejado. Éste dijo, como en contestación á èsa mirada interrogativa.

— Ya te lo he dicho: tú entras en mi clasificación de las almas huérfanas. Todos los que se apartan del movimiento general por algunos atributos extraños á las almas vulgares, son huérfanos: para ellos las espinas de la vida.

— Ahora, repuso Abelardo, volvamos á Candelaria: ya ves que no quiero evitar la acusación que tú me has hecho.

— Vamos á ver, dijo Felipe.

— Hubo instantes, prosiguió Manríquez, en que creí que Candelaria podría realizar mis esperanzas, y te juro que sin esa creencia no habría admitido su sacrificio; mas al cabo de pocos días toqué el desengaño que ya me había esperado tras idénticas ilusiones. Á más de cierta vulgaridad que desde el principio me disgustó en ella, Candelaria tuvo la desgraciada ocurrencia de desvanecer mi última ilusión, hablándome de casamiento.

En mi discusión con ella á este respecto la encontré igual á las otras, bien que más sincera en su amor. Esta discusión tuvo lugar hace cuatro días, y si bien desde entonces no la he visto, estaba resuelto, y todavía lo estoy, á consagrar cuanto tengo á su bienestar: nada más puedo hacer por ella. Ayer, mientras estaba de guardia, la lectura de las cartas de Heloísa me había hecho volver á mi ideal con nuevo empeño, cuando vi á Inés, en quien á mi pesar siempre he pensando, como en la única capaz de realizar mi

deseo. Está más hermosa que antes, y al mirarme, tuvo en sus ojos la misma expresión con que dos años ha me arrojó su desprecio á la frente. Desde ese momento sólo he pensando en verla y en obligarla á amarme; empeñado en esta nueva lucha, te aseguro que nada me hará retroceder.

— Bien está, contestó Felipe; pero esa no es una razón suficiente para abandonar á Candelaria.

— ¡ Pobre muchacha ! dijo Manriquez, es cierto que ella no tiene la culpa de no ser lo que yo esperaba.

— Al venir aquí, añadió Solama, lo hago para cumplir una promesa que le debo.

— ¿ Qué promesa ?

— La de que tú irás esta noche á verla.

— Te confesaré que la idea de ver renovarse escenas como la pasada entre ella y yo, me hace muy difícil el darte gusto.

— No se renovará ; he imaginado para eso un expediente magnífico : tendremos esta noche una cena de reconciliación y convidaremos á Timoleón Francisco que se encargará de la parte jocosa.

Manríquez aprobó el plan de Solama y convino en reunirse con éste y Miraflores á las nueve de la noche. En su condescendencia tenía más parte el deseo de distraerse hasta la noche del baile en que esperaba ver á Inés, que el cariño que aun tenía á Candelaria. Por esta causa recomendó á Solama la asistencia de Timoleón como indispensable para la alegría de la noche.

VII

Tranquilizada Candelaria con la promesa de Felipe Solama, pensó en contestar la carta que por conducto de su criada le había dirigido don Lino Alcunza.

Los últimos días habían hecho reflexionar seriamente á Candelaria en su situación excepcional. Con la ausencia de su amante habían muerto la mayor parte de sus ilusiones como flores sin riego: entre esas compañeras alegres de su primera dicha, yacía la esperanza de volver á su honra el claro lustre perdido, casándose con Manríquez. Y esta esperanza, al caer, descorrió el velo que ocultaba el porvenir, el que se ofreció á sus ojos con su cortejo de miserias y agitando al aire los oropeles vergonzosos de la prostitución. Más vale para madurar el seso un día de desgracia, que un año de experiencia en medio de la felicidad. Candelaria, al divisar el porvenir, tuvo miedo, y el miedo le comunicó la previsión, á la que el refrán debía llamar hija segunda de la experiencia, que según dice es madre de la ciencia. De aquí sus lágrimas en los últimos días de soledad y la palidez del rostro, en el que Felipe había adivinado la pena que contristaba el corazón de la joven.

El miedo, pues, la hizo previsora y la aconsejó la calma de la precaución, á fin de no despreciar los apoyos que más tarde pudieran ampararla en su desgracia. Estas ideas se presentaron por primera vez, aunque con vaga forma, al espíritu de Candelaria, al dar una segunda lectura á la carta de don Lino

Alcunza, después de la salida de Felipe. Pensó también la joven que las puertas de la casa paterna la estaban cerradas para siempre, y que si bien las promesas de la carta la hacían entrever la posibilidad de una reconciliación que ella reputaba imposible, el apoyo de un hombre rico como don Lino, no debía desdeñarse. En esta situación de espíritu la encontró la criada, que después de haber oído su conversación con Filipe Solama, preguntó á Candelaria, cuándo ésta la iba á enviar en busca de los preparativos de la cena :

— ¿ *Idei,* pues, señorita, qué le digo al caballero ?

— ¿ Qué te parece, le contestaré ? preguntó á su vez Candelaria, penetrada del espíritu de sus reflexiones.

— Como no, pues, señorita, un caballero tan buenazo como parece, contestó la criada, á quien la esperanza de las larguezas de don Lino inspiraba en sus consejos.

— Y es amigo de mi tatita, añadió Candelaria para descargo de su conciencia, él puede ponerme bien con los de mi casa ¿ no te parece ?

— Como no, pues, señorita, contestó la criada, siempre es bueno no estar peleado con sus padres de una, pues.

— Mejor será que le lleves un recado mío, repuso Candelaria á quien amedrentaban las dificultades de la redacción.

— Bueno, pues, á ver el recado.

— Dile que soy su amiga y que no le escribo porque no tengo papel ; que si me pone bien con mi tatita se lo agradeceré toda mi vida ; que no le recibo visita porque Abelardo me tiene mandado que no reciba á nadie y ni salga á la puerta de la calle siquiera ;

pero que cuando me quiera escribir me mande la carta contigo.

La criada trasmitió esta misiva verbal á don Lino, que la recibió lleno de alegría y pagó con dos pesetas á la mensajera. La entrevista tenía lugar en las gradas del Carmen alto, llamado así probablemente por su situación, desde la cual domina el plano en que está colocada la alameda.

— Y el oficial ¿ cuándo viene á la casa ? preguntó don Lino.

— Esa es otra cosa que yo he conseguido averiguar para servirle á su merced, contestó la criada.

Don Lino gratificó con otra peseta la decisión que le manifestaba la criada por su causa y oyó entonces con gran atención el proyecto de cena para la noche de ese mismo día, proyecto que, como se sabe, había oído la criada desde el cuarto vecino á aquél en que Felipe y Candelaria habían conversado.

Con esto, la criada se retiró á cumplir los encargos de Candelaria, felicitándose de haber encontrado un modo tan expedito y cómodo de aumentar su módico salario. Don Lino se dirigió hacia la Cañada con el paso mesurado y distraído, á un tiempo, del que camina absorto en profunda meditación.

Era, con efecto, profunda la meditación de don Lino. Su punto de partida se apoyaba en su corazón de libertino y se formulaba en la necesidad absoluta de arrancar á Candelaria de manos del oficial. Las palabras que la criada de Candelaria le acababa de transmitir de parte de su ama, hacían pensar á don Lino que, si bien imperaba todavía el amor y la sumisión á Manríquez en el alma de su esquiva que-

rida, ella aspiraba, no obstante, á obtener el perdón de su padre, y por otra, el desdén con que antes pagaba su amor, empezaba á cambiar sus rigores en las formas complacientes de la amistad.

Sobre estas bases empezó don Lino á formar un plan para llegar al colmo de sus deseos, y mientras trabajaba su espíritu en tan ardua tarea, llevaronle sus pasos á la casa de don Raimundo Basquiñuelas. Éste entraba como elemento necesario en la organización del proyecto que le ocupaba.

Don Raimundo se hallaba entonces gozando de un permiso de quince días que se le había otorgado por el Gobierno, « para medicinarse » como decía el decreto oficial. Gran parte tenía la fuga de su hija Candelaria en el quebrantamiento de su salud, puesto que al pesar causado por esa irreparable desgracia de su familia, se unían los malos efectos que en su estómago, recargado de bilis, había producido el jamón de que don Raimundo se apoderó para consolarse de las angustias sufridas en la infausta nochebuena. Á pesar de sus quebrantos, don Raimundo se incorporó en su asiento al ver entrar á don Lino, que había vuelto á adquirir todo su respeto desde las explicaciones que tuvo con él después de las peripecias ocurridas en la memorable cena.

— ¿ Cómo sigue la salud ? le preguntó don Lino, sentándose á su lado.

— Así no más, mi señor don Lino, contestó el empleado.

— ¿ Y el apetito ?

— El médico me tiene á dieta, dijo el enfermo sus-

pirando y añadió: ¡conque le pareció mal unas empanaditas que tomé en el almuerzo!

— ¡Vaya! ¡estos médicos!

— Quieren curar matando de hambre á los enfermos.

— Y yo que le venía á ofrecer un pavito relleno que me mandaron de las monjas, dijo don Lino.

— Le agradezco mucho, señor; pero estoy á dieta: sólo que las niñas lo coman, pero yo no me animo.

— Esta noche se lo mandaré á las niñas.

— Esta noche van á salir; las pobres no han olido la calle desde aquella noche...

— ¿Van á salir? ¿adónde?

— Mi compadre don Cayetano y mi comadre, que se han empeñado para llevarlas á un teatro que hay en la calle de Santa Rosa.

— He oído hablar de eso, una compañía de aficionados ¿no es así?

— Eso es: yo no me he podido negar, al fin las pobres son jóvenes y van bien acompañadas. Además, ¡qué culpa tienen ellas si la *otra* ha perdido la vergüenza?

Dijo estas palabras don Raimundo con expresión de melancólico encono y bajando la voz, como si temiera que sus hijas le oyesen. — Don Lino le preguntó en el mismo tono y dando á su actitud un aire confidencial:

— ¿Ha sabido algo de Candelaria? Ya que habla de ella, se me ocurre esta pregunta.

— Ni he preguntado, ni sé nada, contestó don Raimundo, bajando tristemente la cabeza.

— Yo tengo algunas noticias de ella.

— ¡ Ah ! ¿ dónde está ? exclamó el viejo, en cuyos ojos brilló el interés de la paternidad, á pesar la severa expresión de que se revestía su rostro para hablar de Candelaria.

— Está en una calle de ahí, todavía no sé fijamente la casa, contestó Alcunza.

Con esta contestación se apagó el reflejo de interés en los ojos del empleado, y su cabeza volvió á inclinarse con melancolía sobre el pecho.

Don Lino, que obedecía en este diálogo al plan que había ideado durante el camino, repuso :

— Yo he indagado el paradero de su hija, por la amistad que tengo con Vd., mi señor don Raimundo.

— ¡ Yo se lo agradezco tanto !

— Y por esa amistad me decidí á venir á darle un consejo.

— El que Vd. quiera, mi señor don Lino.

— Es preciso que Vd. procure á todo trance arrancar á su hija de manos de su seductor.

— ¿ Y cómo pues ? Eso metería ruido, y todos hablarían de mi familia, y yo, que he sido toda mi vida un hombre honrado, serviría de *hazmerreir* de cuantos oyeran hablar de esto. Que *ella* se pierda y se deshonre sola; con el tiempo se arrepentirá, que yo estoy resuelto á callarme para que nadie tenga nada que decir de mí.

Quedó falto de fuerzas don Raimundo después de esta contestación, en que pintaba con frases demasiado largas para su vigor físico, el miedo profundo que profesaba á esa divinidad social del *Qué dirán*, en cuyas aras sacrifican sus más caros intereses la gene-

ralidad de los hombres. Mas no se extrañó don Lino de esos temores, propios del carácter de don Raimundo, y prosiguió tenaz en su empeño.

— Cabalmente para evitar todo eso, dijo, debe hacerse lo que yo le aconsejo.

— No se me ocurre cómo sea lo que Vd. dice, replicó el viejo.

— No se le ocurre, porque Vd. no conoce qué clase de hombre es el oficial que *la* sacó de aquí: el día menos pensado la abandona, ó se le antoja salir con ella á la calle y mostrar á todo el mundo que es su querida, y no sé cómo no lo ha hecho hasta ahora; pero ahí verá Vd., cómo lo hace el día menos pensado.

La respiración de don Raimundo se oprimió á la idea de ver realizado este vaticinio, y sus ojos dirigieron á don Lino una mirada llena de ansiedad.

Don Lino, satisfecho del efecto de sus palabras, continuó:

— ¿ Qué tendrá eso de extraño ? ¿ Ha visto ese mozo que le han perseguido ? No, señor : se roba una joven honrada y nadie le incomoda; eso envalentona á cualquiera.

— ¡ Vaya señor! las cosas que suceden ahora! exclamó don Raimundo, anonadado con la lógica de Alcunza. ¡ Que se hubiese atrevido á hacerlo un oficial en tiempo del Supremo Director O'Higgins, y hubiera visto cómo le iba! añadió con muestras de exasperación.

— Pero ahora no estamos en esos tiempos, mi amigo, replicó don Lino ; y yo le aseguro que con don Diego Portales no se juegan tampoco los mili-

tares : ¡ ese sí que es hombre para ministro, con él todos tienen que andar derechitos !

— ¿ Y qué sacamos con eso ? preguntó con desaliento don Raimundo, ¿ no ve que yo no he de ir á denunciar al oficial cuando se trata de mi honor ?

— Ya lo veo ; pero eso mismo debe persuadirle á Vd., de que es necesario quitarle su hija, que después no faltará modo de castigarle : pierda cuidado.

— ¡ Quitarle ! ¡ quitarle ! ¿ y cómo puedo yo quitársela ? exclamó el viejo con mal reprimida impaciencia.

— Yo le vengo á dar el consejo porque estoy dispuesto á servirlo ; si no, me quedaría callado, replicó con áspero acento Alcunza.

— Vd. lo ha de ver, pues, contestó don Raimundo, pasando de la impaciencia á la humildad, yo no puedo hacer nada, mi señor don Lino.

— Facúlteme para quitarle su hija de Vd. al oficial y todo corre de mi cuenta : antes de dos días la tendremos en nuestro poder ; pero ¿ dónde llevarla ? No me parece conveniente traerla aquí, porque el mal ejemplo...

— Le faculto para todo, menos para traerla : su vista me mataría.

— La depositaré en casa de mi *señora*, hasta que Vd. la haya perdonado : lo más urgente es evitar el escándalo.

— Nunca tendré con qué pagarle tantas bondades, exclamó lleno de reconocimiento don Raimundo.

Alcunza tomó un aire de modesta importancia y dijo :

— ¿ Qué más pago que la satisfacción de servir á un amigo ? Eso me basta.

— ¿ Y su señora de Vd. tendrá la bondad de recibirla en su casa ? preguntó el viejo.

— Lo hará con mucho gusto, porque está consagrada á la caridad.

— Pero tendrá que saber que es hija mía la niña que Vd. le lleva.

— ¿ Para qué ? Ella hace el bien sin preguntar, no tenga Vd. cuidado.

— Vaya, no sé como expresarle mi agradecimiento, tornó á decir don Raimundo.

Hubo una pausa, durante la cual don Lino meditó nuevos pormenores para la consecución de su plan, y don Raimundo ideaba alguna cosa agradable que decir á su amigo y generoso protector.

Don Lino rompió el silencio, cambiando la conversación.

— ¿ Conque las niñas van esta noche á la comedia, no ? fué su pregunta.

— Qué quiere Vd. pues, las pobres están tristes con lo que ha pasado.

— ¿ Y adónde es el teatro ?

— ¿ Le gustaría acompañarlas? preguntó don Raimundo, para hacerse agradable á su amigo.

— Iría á distraerme un rato, contestó éste.

— Si quiere, véngase á la oración y se irá con ellas, pues dicen que los cómicos lo hacen muy bien.

— Bueno, vendré á la oración, dijo Alcunza, tomando su sombrero, y pasando la mano á don Raimundo, añadió: conque quedo facultado para llevarme á Candelaria á casa, ¿ no es así?

— Pero que no se meta ruido con esto, mi señor

don Lino, respondió el viejo poniéndose de pie para despedirse.

— Pierda Vd. cuidado, yo haré las cosas en regla, dijo Alcunza despidiéndose.

De casa de don Raimundo se dirigió don Lino al cuartel de policía. Llevaba pintada la satisfacción en su rostro, y parecía restregándose las manos, felicitarse anticipadamente por el buen éxito de su plan.

Llegado que hubo al cuartel, preguntó en el cuerpo de guardia por uno de los oficiales que, gracias á su amistad con el omnipotente ministro don Diego Portales, había colocado don Lino en el cuerpo de policía.

El oficial recibió á su protector con muestras de muy respetuosa deferencia.

— Necesito, díjole don Lino, que me preste Vd. para esta noche unos cinco hombres de confianza.

— Vd. sabe, señor, que no tiene más que mandar, contestó inclinándose el oficial.

— Entonces mándelos á mi casa á las diez : yo les daré una buena gratificación por el servicio que me presten. Ah, me olvidaba decirle para qué los quiero : ha de saber que á un amigo mío le ha sacado un mozo una de sus hijas de su casa. Mi pobre amigo, lleno de aflicción, ha venido á verme, y yo le prometí que le entregaría su hija. Para no hacer ruido con esto, lo mejor es tomar desprevenido al raptor, y yo sé que esta noche puedo sorprenderlo donde no logrará escaparse.

— Si Vd. quiere ocuparme, señor, estoy á sus órdenes, dijo el oficial.

— Gracias, mándeme no más los cinco hombres con sable, y guárdeme el secreto, contestó don Lino,

despidiéndose y regresando á su casa más contento cada vez del plan por medio del cual esperaba apoderarse de la desdeñosa Candelaria.

VIII

Manríquez, Solama y Miraflores, se hallaban reunidos en casa del segundo á la oración del día cuyos incidentes acabamos de referir.

Manríquez estaba pensativo, Solama observador y Timoleón Francisco Miraflores se paseaba á lo largo de la pieza, tratando de darse importancia y de hacer que sus amigos admirasen lo *embotinado* de sus pantalones y el vistoso color de su corbata.

Nada se había dicho todavía entre ellos del objeto de la reunión. Después de algunas frases insignificantes, habiánse quedado en silencio.

Timoleón, que no gustaba de esto, porque jamás daba á su imaginación el grave trabajo de reflexionar, tomó la palabra.

— ¿ Conque Vds. han determinado cenar esta noche ? dijo parándose y mirando á sus dos amigos.

— En compañía de tu amable individuo, contestóle Felipe.

— Veo á Manríquez muy pensativo para el caso, observó Timoleón.

— Ya me alegraré, no tengas cuidado, respondió el oficial de húsares.

— Tengo, dijo Miraflores, un asunto de importancia que tal vez me prive del placer de acompañarles.

— No te privará, dijo Solama.

— ¿Tú lo sabes? preguntó Timoleón.

— No, contestó Felipe; pero tú no puedes hacernos la ofensa de desairarnos: desde hoy, en tal caso, te desterraríamos de nuestra amistad.

— Y si se tratase de una cita de amor ¿qué dirían Vds.? preguntó Miraflores, meciéndose con aire de conquistador irresistible.

— ¡Bah! según tú mismo dices, no hallas qué hacerte con tantas queridas como tienes, de modo que una más, poco te importa, dijo Felipe.

— Es cierto, pero ésta, hijo mío, es cosa buena y no debe desdeñarse, replicó Timoleón.

— El amor y los voladores te pierden, le dijo Manríquez.

— Yo no puedo faltar á la cita; arréglense Vds. como puedan, contestó Miraflores.

— Poco á poco, exclamó Solama: tú nos perteneces, porque nosotros te convidamos primero.

— La política da la preferencia á las señoras, replicó Timoleón con fatuidad.

— No te levantes testimonios, díjole Manríquez: no hay señora que te dé citas.

— ¡Caramba, poco me conoces! el día que se me antoje, no más..... dijo Timoleón.

— Pero como todavía no se te ha antojado, observó Solama, te vienes esta noche con nosotros.

— No puedo, imposible ¡la de la cita me sacaría los ojos, hijito! ¿no ves que el gusto de verme no es poca cosa, ni se presenta todos los días?

— Yo propongo un medio de zanjar la dificultad, dijo Manríquez: que Timoleón nos muestre el docu-

mento que acredita la cita, y nosotros decidiremos is va ó no.

— Acepto, vean si soy buen amigo, contestó Miraflores, sacando un papel del bolsillo, y mostrándolo con aire triunfante.

— Yo haré de secretario, dijo Solama, apoderándose del papel.

— Y yo de presidente : se abre la sesión, añadió Manríquez.

Felipe leyó :

« Mi Timoleón regalón :

— ¡ Qué tal ! ¡ en verso ! ¿ qué les parece ? exclamó Miraflores, radiante de orgullo.

— ¡ Silencio en la barra ! dijo Manríquez.

— El secretario advierte, dijo Solama, que no habiendo estudiado paleografía, ó sea la ciencia de descifrar documentos en letra embrollada, solicita la indulgencia del auditorio, si la lectura no es cursiva, por no serlo la letra de la carta.

— Está escrita de carrera, dijo Timoleón.

— Y pensada del mismo modo, añadió Solama.

— Prosiga, secretario, dijo Manríquez.

Felipe continuó leyendo.

« Mi Timoleón regalón :

« Si Vd. quiere, puede ver á esta su amiga, porque don Cayetano Alvarado le ha sacado el *sí* á mi tatita para llevarnos al *treato* á ver un sainete, pero yo tendré más gusto de verlo á Vd. Vamos esta noche á

las ocho á la calle del Carmen tres cuadras para adentro donde está el *treato* y así no falte.

« Su amiga.

« PRIMITIVA BASQUIÑUELAS. »

— Puesto que le han sacado el *sí* al tatita, dijo Manríquez, como se desprende del texto, no veo por qué hayamos nosotros de negar el nuestro.

— Tanto más, añadio Felipe, cuanto que nosotros también podemos ir, porque, si como dice Primitiva, ella tiene más gusto de ver la cara de Timoleón que el sainete, Martina su hermana puede encontrar en mi rostro el mismo pasatiempo, y Abelardo llevará á Candelaria para que disfrute de igual recreación.

— ¿ Y la cena, en qué se queda ? preguntó Miraflores.

— Se queda esperando hasta que volvamos del teatro, respondió Manríquez.

— Con esto tendremos dos diversiones por una, dijo Felipe, el teatro y la cena.

— Y Timoleón, repuso Manríquez, tendrá una tercera diversión, cual es la de pagarnos la entrada.

— Vds. disponen de mí no más como se les antoja, dijo Miraflores.

— Bueno, pues, unamos el dicho á la acción y vamos andando, porque es tarde, dijo Felipe.

Los tres amigos salieron de la casa de Solama y se dirigieron á la calle del Carmen á buscar á Candelaria, que debía acompañarles en su excursión al teatro popular situado en la misma calle.

Levantábase el teatro en el interior de un sitio cerrado por paredes de tapial, y daba paso á su inte-

rior una puerta baja y vieja, cuyo marco dejaba grandes claros entre sus bordes y la pared. Lo que constituía propiamente el teatro, era un proscenio suspendido sobre vigas á dos varas del suelo en que estaban plantadas, y una serie de bancos de álamo mal labrados, puestos en filas paralelas al frente del proscenio. En derredor de esas filas y como formando palcos, había un anfiteatro de las mismas tablas, cuya poca solidez se anunciaba con cada una de las personas que subía. Algunos faroles con velas de sebo distribuídos en aquel recinto, iluminaban su extensión con luz dudosa, que el viento hacía vacilar con frecuencia, como amenazando reducir á tinieblas lo que ellas se empeñaban en alumbrar. Dos faroles de mayor dimensión que éstos y con dos velas cada uno, colgados en postes de álamo delante del proscenio, iluminaban con orgullo el telón, que ostentaba en el centro un árbol de la libertad, de los que entonces se veían en las monedas de plata, pintado con azarcón y humo de pez.

Á la entrada del teatro, una fonda improvisada halagaba con el olor del *gloriado* y de la *horchata con malicia* el olfato de los concurrentes, que, al entrar, dirigían al mostrador una mirada de satisfacción. Por fin, una banda de música compuesta de un bombo, un viejo requinto, un pito y dos platillos, completaba los accesorios de este teatro eminentemente popular, al que la misma banda daba su verdadero colorido, tocando con furor el *maicito*, baile muy en boga por entonces entre las masas democráticas de la capital.

Dos soldados de policía, que entonces el pueblo apellidaba *asoleados*, representaban la autoridad en

la puerta, á cuya entrada un hombre de manta, sentado delante de una mesa baja y pequeña, vendía los boletos de entrada, con la vista fija en varios pilluelos del pueblo, que, agrupados junto á la puerta, espiaban la ocasión de eludir la necesidad de boleto para entrar á ver la representación.

Á este teatro era al que debían concurrir en la misma noche las familias de don Raimundo Basquiñuelas y de don Cayetano Alvarado por una parte, y por otra los tres amigos que hemos visto salir de casa de Felipe Solama.

IX

En la gran carrera del progreso humano los teatros populares de Santiago sólo han alcanzado á dar pasos de niño, puesto que son ahora lo que eran en la época de la presente historia para regocijo de las clases democráticas. Preferíase entonces, como en el día sucede, la representación de autos sacramentales, que copiados del teatro español por los mismos actores ó por los empresarios de las compañías, llegaban al cabo de dos ediciones á tan raras metamórfosis en el lenguaje que, á resucitar sus autores, no habrían podido reconocerlos. Agréguese á esto, las variaciones que en el plan se hacían para adaptar su personal á los que debían representarlos ; la pronunciación esencialmente *popular* de varios de los actores ; lo pobre del local y lo pobrísimo de las decoraciones y de los trajes, y se tendrá una idea de la representación que iban á presenciar algunos de los principales personajes que conoce el lector.

No ha conservado la crónica el título de la pieza que debió ponerse en escena en la noche que vamos á describir, ni mucho menos el nombre de los actores que la representaron; mas recuerda sí que para estimular la curiosidad de los concurrentes y atraerse á los apáticos, ofrecía el cartel que en los entreactos, dos famosas bailarinas de zamacueca con sus respectivos compañeros, deleitarían al *inteligente público* con los graciosos giros de esta danza, que hace en toda alma chilena el efecto del galvanismo en un cuerpo adormecido.

Gracias á tan bien calculada promesa, una numerosa concurrencia poblaba el teatro de la calle del Carmen cuando las hijas de don Raimundo Basquiñuelas llegaron á su puerta acompañadas de don Cayetano Alvarado, su fecunda esposa y sus dos hijas de narices abultadas en el sentido longitudinal.

Variadas eran las condiciones de las personas que componían la concurrencia que llenaba las lunetas y las graderías de bancos que dijimos hacían las veces de palcos. Entre los ponchos de muchos y las chaquetas de algunos, distinguíanse los vistosos pañuelos de las mujeres, que eran criadas de mano, ó amas de leche con licencia de sus patrones, la mayor parte. Veíanse también los uniformes de algunos soldados, que desde temprano apelaban al influjo poderoso de la *horchata con malicia* para cautivar los corazones de las que llevaban los vistosos pañuelos. Algunas madres de familia ocupaban bancas enteras con su inquieta prole de distintas edades, que mezclaba su charla bulliciosa con las voces de mando, dirigidas por las madres á calmar el entusiasmo de sus hijos, ó

el espíritu belicoso que entre estos y los de la vecina familia se desarrollaba, hasta pasar de juego de manos á convertirse en juego de villanos, con sus mojicones y patadas. En el tablado que formaban los palcos, había grupos de familias tranquilas, grupos bulliciosos y grupos observadores, descollando entre ellos algunos *siuticos* de buena raza, con grandes sortijas de relumbrosa tumbaga, bordados chalecos de lucientes colores, y sombreros inclinados sobre la oreja. El resto de los concurrentes pertenecía al pueblo sencillo y pacífico, que acepta los pasatiempos que se le ofrecen con muy poco criterio, y recibe las impresiones sin analizarlas. Hacinada esta concurrencia en el recinto que hemos descrito, mezclaba sus voces al sonido de la música, que de cuando en cuando tocaba alguna discordante sinfonía, para acallar los murmullos que algunos impacientes elevaban á fin de recordar á la empresa que la hora señalada para dar principio á la representación había pasado con exceso.

Cuando las personas que componían la comitiva dirigida por don Cayetano Alvarado llegaron á la puerta del teatro, don Lino Alcunza, que había caminado tras ellas, se detuvo á esperar que hubiesen comprado las entradas, para no verse obligado á pagarlas á fuer de hombre galante.

Adelantóse don Cayetano, y después de pagar los boletos, dió frente á la entrada para hacer desfilar su comitiva por delante del boletero.

Con la estrechez del pasaje que conducía al interior, y las vacilaciones que las mujeres manifiestan para entrar á cualquiera parte, menos á la iglesia, sin compañía de varón, vacilaciones que las jóvenes Alvarado

y las Basquiñuelas parecieron sentir mirándose unas á otras, las demás personas que deseaban entrar se hallaron detenidas, formando lo que el pueblo llama una *apretura*, en la que cada cual quería abrirse paso á despecho de los otros.

— Pasa, pues, hija, decía don Cayetano á su esposa.

— Que pasen las niñas, yo no puedo pasar, contestaba doña Dolores.

— ¡ Ay, como me estrujan ! exclamaba Cayetana Alvarado, levantando con despecho su afilada nariz, como implorando la protección del cielo en tan ajustado trance.

— ¡ Pasen, niñas, pasen ! decía al mismo tiempo don Cayetano, impacientándose.

— ¡ Qué trabajo señor ! se lamentaba doña Dolores.

Y esta voz de lamento érale arrancada á la fecunda esposa de don Cayetano por la llegada de un nuevo elemento complicador. Cuatro de los muchachos agrupados al exterior de la puerta de la calle, habían creído oportuna la circunstancia para entrar sin boleto y se habían lanzado á lo más recio de la apretura, tratando de escabullirse por entre las polleras de las mujeres.

— ¡ Sujételos, centinela ! exclamó el que vendía los boletos, dirigiéndose al que estaba de facción en la puerta, mientras que los pilluelos, con rapidez extraordinaria, se perdían entre los que formaban la apretura.

El centinela, obedeciendo á ese mandato, se lanzó al centro del grupo formado por la comitiva de don Cayetano y las demás personas que las rodeaban; pero los chicuelos, con la propia agilidad de la niñez, se escurrían de las manos del policial y se envolvían,

para escapar á sus pesquisas, en las polleras de las afligidas jóvenes.

Los gritos de éstas, las imprecaciones del lunetero, las voces de espanto de doña Dolores y los de impaciencia de don Cayetano, mezclados con los alaridos de dos muchachos que el soldado había logrado coger de las orejas, empezaron á llamar la atención de los del interior, que acudieron á la entrada á ver lo que tal ruido motivaba.

En ese instante la escena tomó una animación muy difícil de pintar por lo variado de los movimientos, lo confuso y contradictorio de las voces, por las diversas expresiones de las fisonomías, y ese sello peculiar de nacionalidad que comunican á esta clase de escenas, las observaciones hechas en alta voz por los espectadores de la calle, que parecen querer desquitarse, á fuerza de burlas y de críticas, de la falta de dinero para entrar á ver el espectáculo que se ofrece en el interior.

El policial, como dijimos, había conseguido capturar á dos de los osados invasores, y al mismo tiempo el lunetero se apoderaba de otro que, para no ser arrastrado por fuerzas superiores á las suyas, se asía á dos manos de la falda del vestido de Sinforosa Alvarado, mientras que el cuarto de los perseguidos, acosado por don Cayetano, que se había unido á la facción del orden, se refugiaba bajo las polleras de doña Dolores.

La grita entonces y la confusión llegaron á su colmo. Sinforosa descargaba su furia sobre el que había buscado un apoyo en sus faldas; doña Dolores, recordando la agilidad de sus años virginales, daba

saltos sin poder huir; el policial, el lunetero y don Cayetano, se animaban mutuamente con la voz; las demás mujeres chillaban y sollozaban, los de adentro tomaban lenguas de lo que acontecía, y los de la calle celebraban con risas, con dichos y con aplausos, el desorden ocasionado por la invasión infantil.

— ¡ No me desapretine ! gritaba Sinforosa, defendiendo su vestido á mojicones.

— ¡ Ah ! pícaro ! exclamaba don Cayetano, persiguiendo al que se había refugiado bajo la vestimenta de su consorte.

— ¡ Sácalo Cayetano ! le decía ésta, dando saltos, como una mujer que cree tener algún bicho entre las enaguas.

— ¡ Suelta, pedazo de.... ! vociferaba el lunetero, tirando de la camisa al pilluelo asido de Sinforosa.

— ¡ Yo pagué, yo pagué, por qué me tira ! contestaba el muchacho.

Y los de la calle animaban á los chiquillos, burlábanse del policial y fingían lamentar la suerte de doña Dolores, con rechiflas en que lo poco pulcro del lenguaje, rivalizaba con el descaro de las observaciones.

Al fin consiguió don Cayetano, ayudado por el centinela sacar al que perseguía, mientras que el lunetero, venciendo al otro también, le aplicaba correctivos á puño cerrado sobre la cabeza, de modo que arrancaba al infeliz muchacho alaridos de dolor, que las imprecaciones de su enemigo ahogaban en la grita general.

Despejado así el campo de invasores, restablecióse el orden poco á poco, deshízose la apretura y don Cayetano pudo entrar con las jóvenes y su mujer al inte-

rior, donde los que habían acudido á la puerta buscaban sus asientos y disputaban con otros que de ellos se habían apoderado, los que á su vez contestaban con el refrán popular, á fin de defender sus derechos, diciendo :

— Quién fué á Portugal, perdió su lugar.

Á lo que los otros, uniendo la acción á la palabra, replicaban :

— Y el que fué y volvió, de las mechas lo sacó.

Con esto, al desorden que acababa de terminar, sucedió una riña en las lunetas, que felizmente fué apaciguada por la intervención de los concurrentes que en ella no tomaban parte y por el sonido de la orquesta que tocó la canción nacional, para invitar á la concordia á los que principiaban á convertir en palenque aquel pacífico recinto del arte dramático en mantillas.

— ¡ Caramba con los chiquillos ! dijo doña Dolores, sentándose en el tablado de los palcos, hasta donde había subido á duras penas, precedida de las jóvenes.

— Así le fué también al que se metió debajo de las enaguas, contestó don Cayetano, pavoneándose ufano de su victoria.

— La suerte que yo ando siempre con calzones, repuso doña Dolores, dando una risotada para celebrar la finura de su advertencia.

Don Cayetano, que había principiado á reirse para acompañar á su mujer, suspendió su manifestación de alegría al divisar á don Lino Alcunza, que llegaba saludando con afabilidad á las jóvenes y á doña Dolores.

Después del saludo, todos quisieron tomar la palabra, para referir á don Lino la aventura en que acababan de ser actores, y como en ese instante la orquesta había llegado al « Dulce patria » y algunos de los concurrentes empezaban á entonar el coro que principia con esas palabras, los que querían contar á don Lino el accidente de la puerta, se veían obligados á alzar la voz desmesuradamente ; y aun así, Alcunza sólo oía frases cortadas que llegaban de distintos puntos á sus oídos de este modo :

— De la pretina..... alcanzaba á oir que le decía Sinforosa, alargando los labios.

— Como una culebra..... oía decir á doña Dolores, que hacía esta comparación para manifestar la agilidad del muchacho que en tan duro aprieto la había puesto.

— Felizmente... la Dolores... calzones... eran palabras que salidas con otras del gaznate de don Cayetano, llegaban también á sus oídos mezcladas con las anteriores, al través de las voces que cantaban :

« Que la tumba será de los libres
Ó el asilo *contra* la opresión. »

y al través también de los furiosos golpes que e bombo hacía retumbar atronando los ámbitos del teatro. En grave confusión ponía todo esto á don Lino Alcunza, que volvía precipitadamente el rostro hacia la voz que más fuerte y clara sonaba, no acertando á comprender un ápice de la relación que llegaba á sus oídos en tan confusa pluralidad de voces.

En medio de esta algazara, entraron al teatro y subieron á los palcos, Manríquez, Solama y Mira-

flores, que pasaron junto al grupo que formaban don Lino, don Cayetano y su comitiva, entonando con estentóreas voces los versos del coro :

« Que le tumba será de los libres
Ó el asilo *contra* la opresión. »

X

Daban las nueve de la noche cuando cesó la música, á cuyo compás los concurrentes habían cantado la canción nacional, para distraerse de la impaciencia que de ellos se apoderaba, con la eterna expectativa á que ordinariamente condenan los teatros populares á sus aficionados.

Manríquez, Solama y Miraflores, habían decidido que Candelaria no asistiese al teatro, para evitar un encuentro con las personas de su familia, y que les esperase con la cena inventada por Felipe para la reconciliación de los amantes.

Por esta causa los tres amigos se presentaban solos en el teatro tomando parte en la diversión desde el principio, como hemos visto.

Halagado Manríquez con la esperanza de ver pronto á Inés, y contentos Solama y Miraflores con la de tener una entrevista con las hijas de don Raimundo Basquiñuelas, llegaban al teatro animados de buen humor y prometiéndose sacar el mayor partido posible de las diversiones que la noche y el local les ofrecieran.

Consecuentes con esta disposición de sus ánimos, se acercaron á don Cayetano Alvarado y á las personas que le acompañaban, prodigando amables cortesías á

cada cual y entablando al instante muy animada conversación.

Doña Dolores, impresionada todavía con la aventura de los muchachos, empezó á referir sus incidencias, estimulada con la deferente atención que la prestaban los tres amigos.

— Señora, si hubiésemos estado ahí nosotros, dijo Solama, las cosas se habrían pasado de diverso modo: la democracia bien entendida no está en el desorden, y la relación de usted no deja de amargar un tanto la gran satisfacción que hemos experimentado al oir la canción de la patria entonada por sus hijos del pueblo.

— Así es, pues, contestó doña Dolores, que no había entendido una palabra sola del discurso de Solama.

— ¿ Y sin duda la romperían á usted el vestido? dijo Manríquez á Sinforosa, que por toda contestación alzó sus largas narices, mostrándole al mismo tiempo la pretina descosida de su vestido.

— ¡ El susto mío sí que fué grande! exclamó doña Dolores: miren que si hubiese estado embarazada, ¡ aborto seguro, pues!

— Aborto indefectible, dijo Felipe.

— La fortuna que anda siempre con calzones, dijo don Cayetano, empeñado siempre en hacer presente esta circunstancia

— Es cierto, exclamó Manríquez, fué mucha suerte.

— Diga usted, providencial, añadió Felipe, mirando á don Cayetano.

Timoleón Francisco Miraflores gritó entonces:

— ¡ Mozo: diez vasos de la con malicia y pronto, hijito! Luego añadió: ustedes van á ver cómo con la horchata se les va á pasar el susto.

— Y sólo les quedará la malicia, dijo Felipe.

Don Cayetano, doña Dolores y las jóvenes aplaudieron con una franca carcajada el dicho de Solama.

— Alegres están los *futres*, dijo una voz de la platea, al oir esta risa estrepitosa.

— La risa es una expansión del alma, contestó á esa voz Felipe Solama.

Dos de la platea nó parecieron comprender la importancia del aforismo de Solama, porque se oyeron algunos murmullos de desaprobación.

— ¡ Vaya que se dilatan para empezar ! dijo Martina Basquiñuelas dando un bostezo.

— Parece, dijo Solama, que los empresarios de este democrático coliseo conocen la máxima de que la expectativa del placer vale más que el placer mismo, y por eso prolongan esa expectativa, deleitándonos con la sinfonía del *maicito.*

La orquesta, con efecto, tocaba por tercera vez el baile popular de ese nombre, que creemos haya desaparecido ya del repertorio de esos teatros.

Timoleón dijo contestando á Martina :

— ¿ Quiere usted que principien ? ¿ por qué no me lo decía, pues ? usted sabe que yo estoy aquí para servirla.

— ¿ Ah, usted conoce á los cómicos ? preguntó Martina.

— Yo conozco á todo el mundo, usted va á ver como me obedecen, dijo, y volviéndose hacia el proscenio empezó á gritar, poniéndose las manos en la boca, á guisa de bocina.

— ¡ Arriba la *malaya !* ¡ arriba la *malaya !*

Para lectores chilenos, casi es inútil la explicación

del insulto que estas palabras envuelven contra el telón de un teatro popular.

Los de la platea, á quienes desde el principio había chocado la algazara insolente de los jóvenes, al oir que uno de ellos se servía del nombre de *malaya* para designar el telón que ellos consideraban una verdadera obra de arte, prorrumpieron en furiosos gritos, y capitaneados por un soldado de artillería, principiaron á escalar los palcos para tomar cuentas del desacato á los que llamaban con indignación « *futres encolados.* »

Á vista de este motín popular, las jóvenes y doña Dolores abandonaron precipitadamente sus asientos y se colocaron tras de los hombres que con ellas estaban. Timoleón Francisco Miraflores buscó también un refugio al lado de las mujeres, diciéndolas :

— No tengan miedo, no es nada.

Felipe y don Cayetano se colocaron delante de las afligidas y Manríquez se adelantó sereno, con provocadora mirada y orgulloso ademán hacia los agresores.

El soldado que capitaneaba el motín retrocedió al verle ; mas algunos de los que atrás venían se adelantaron más osados.

Manríquez desenvainó entonces su espada, y dijo á los que avanzaban.

— Si vienen todos juntos los recibo con arma ; pero si no son cobardes y quieren venir uno á uno dejaré la espada.

Los agresores se detuvieron ante la irresistible mirada de energía con que Manríquez dió dos pasos hacia ellos, destacándose del grupo en que se hallaba.

Hubo un brevísimo instante de completo silencio.

— ¿Y por qué vienen á burlarse de las diversiones de los pobres? dijo una voz de los del pueblo.

Manríquez guardó un silencio desdeñoso y Felipe Solama tomó la palabra:

— Ciudadanos, dijo, aquí estamos todos para divertirnos como hermanos, y la prueba que no hemos querido burlarnos de ustedes, es que el grito de «arriba la malaya», es una voz ya consagrada por el pueblo para castigar la falta de cumplimiento que debe aburrir á todo buen ciudadano.

— Así no más es, patrón, contestó uno que desde temprano se había entregado al ponche y á la *horchata con malicia*

Entre las masas, la indignación y la alegría son siempre contagiosas; así fué de esta voz: muchos se rieron al oirla y dijeron.

— Cierto, cierto.

Solama, entusiasmado con el éxito de su oratoria, y figurándose en pleno ejercicio del empleo de tribuno popular, que muchas veces había ambicionado, continuó con calor.

— Yo no soy patrón de nadie; yo soy igual á ustedes: todos pertenecemos á la gran familia humana. ¡Ciudadanos, la fraternidad universal bautizada con la sangre del divino demócrata del Gólgota, debe ser nuestro credo, y la humanidad formando una sola familia, hará temblar á los déspotas con el eco poderoso de su aspiración, que es la libertad! ¡Prometeo se alzará...

Interrumpió al orador la voz de Timoleón Francisco Miraflores, que, habiendo visto llegar al mozo con

los vasos de horchata que había pedido, abandonó su atrincheramiento, cogió un vaso, y adelantándose con él hacia los del pueblo, dijo :

— Y bebamos juntos un trago muchachos, para que todo se acabe.

Más sensibles los asaltantes á este género de elocuencia que á las formas oratorias de Solama, aceptaron la invitación de Miraflores y fraternizaron con los de los palcos, apurando el contenido de los diez vasos, que éste había pedido para obsequiar á las jóvenes.

Cuando los del pueblo regresaron á sus asientos, Timoleón gritó :

— Mozo, otros diez de *la con malicia.*

Y el pueblo aplaudió estas palabras, lo que hizo exclamar á Miraflores ufano :

— ¡ No ven ! si yo no más los entiendo, no hay uno de éstos que no me conozca !

— Por eso fué que para ponerlos en aprieto te les ocultaste, díjole Solama.

Timoleón fingió no haber oído esta observación y empezó á dirigir galanteos á las jóvenes, mientras que los demás comentaban el suceso, y doña Dolores repetía :

— ¡ Caramba con el susto, hijito ! miren que una pobre embarazada aquí, la pagaba caro ¡ caramba con el susto !

Todas las voces callaron por fin, al ver levantarse el telón anunciando el principio del primer acto.

La pieza puesta en escena, compuesta sin duda por su autor para difundir la fe en los espectadores acerca del misterio de la « Encarnación » principiaba con

un monólogo de un ángel que pronunciaba una loa, dirigida á exponer el argumento y á ensalzar de paso las bellezas de la religión cristiana, que el ángel de la escena, vestido como los de altar, estropeó, más bien que encomió, durante diez minutos de mal rimada alocución.

Al ángel sucedió San José. El actor encargado de este papel había creído del caso disfrazarse con una vieja capa de coro, que formaba un extraño contraste con sus pantalones de brin blanco y con un sombrero de paja de anchísimo borde, que recordaba sin duda el clima caloroso del lugar de la escena.

San José principiaba su monólogo rimado, manifestando dudas nada cristianas sobre lo inexplicable de su situación y del hecho que tenía conmovido al orbe entero. Sea que el actor hubiese copiado su papel de alguna edición antigua, en las que la letra *s* tiene la forma de *f*, y que nadie le hubiese hecho notar esta particularidad tipográfica, sea que hubiese aprendido su relación en el mismo libro, lo cierto es que cada palabra con *s* en medio de dicción la pronunciaba con *f* de manera que el auditorio, gracias á este equívoco original, se quedaba sin comprender más de la mitad de lo que oía.

Felipe Solama, conoció el origen de las extrañas palabras que salían de boca del actor y notando la sorpresa en todos los semblantes, exclamó en voz alta parodiándole :

— Señor Fan Jofé, nadie entiende lo que ufted eftá diciendo.

El actor suspendió su monólogo, miró hacia los palcos y contestó :

— Amuélate si no *entendis*, asi está la pieza, *futre encolao.*

— Entonfes figa ufted, le replicó Solama sin desconcertarse.

Este paréntesis á la representación, fué acogido por el público de muy diversos modos, pues unos aplaudían, y otros alzaban voces de descontento ; mas el ruido que juntos unos y otros producían, se apagó con la impasible serenidad que desplegó San José para recitar su monólogo, y por la aparición del ángel que llegó á prodigarle un soneto de consuelos.

Calmáronse con este suave emoliente las angustias de San José, que se retiró anunciando al público el nuevo estado de su ánimo ; cayó el telón quedándose prendido de un bastidor, lo que provocó la hilaridad del público, hasta que el ángel, subiéndose á una silla, lo hizo bajar enteramente, y rompió la banda con la tocata del *maicito*, apagando las voces de los que protestaban contra lo corto del primer acto.

Estos eran pocos, sin embargo, comparados con la mayoría del público, que sólo esparaba la conclusión del acto para entregarse á los placeres del refresco. Así lo acreditaron con efecto las numerosas voces que de todos lados se alzaron pidiendo las diversas combinaciones de aguardiente condecoradas con los nombres de *horchata con malicia*, *gloriado*, *místela*, *chincolito* y varios otros que cada cual hacía resonar, tratando de elevar la voz cuanto era posible, á fin de obtener la preferencia del único sirviente encargado de satisfacer la pronunciada sed de bebidas espirituosas, que en el público se había despertado.

Mucho contribuían á la animación que reinaba en

el entre-acto, los jóvenes que habían rodeado á las familias de don Cayetano y de don Raimundo reunidas.

Manríquez se había encargado de distraer á don Lino Alcunza y á los demás de la comitiva, mientras que Miraflores y Solama hablaban con Primitiva y Martina Basquiñuelas. Don Lino, que al principio se había manifestado pensativo, tomaba entonces parte en la conversación general, aceptando las bromas de Manríquez cual si hubiese olvidado enteramente sus pasadas ofensas, y don Cayetano, sus hijas y su consorte, lisonjeados altamente de las atenciones del oficial, celebraban con grandes carcajadas cada uno de sus dichos, y dejaban á las hijas de don Raimundo en completa libertad para sus amorosos coloquios.

Pero ni Solama ni Miraflores eran capaces de engolfarse por mucho tiempo en las dulzuras que los amantes encuentran en repetir juramentos de constancia inalterable. Al cabo de poco rato de conversación y no pudiendo obtener una cita de sus amantes, á quienes el miedo de la severidad paterna contenía, principiaron á mezclarse en la conversación general y á manifestarse impacientes de la duración del entreacto.

Las palabras con que expresaron en alta voz esta observación hallaron eco entre el resto de la concurrencia que principiaba á sentir los efectos de las libaciones espirituosas, con lo cual fué pronto unánime el clamor, pidiendo la zamacueca que el cartel había ofrecido á los concurrentes como pasatiempo de los entreactos.

Obediente el empresario al voto público manifestado á veces con expresiones más enérgicas que las permi-

tidas por el vocabulario de la decencia, hizo levantar el telón y ofreció á los concurrentes el espectáculo de una pareja de zamacueca con pañuelo en la diestra y con la izquerda apoyada en la cintura, pronta á dar principio al baile que preludiaban una arpa y una guitarra, tocadas por cantoras.

Este espectáculó hizo subir á considerable altura el entusiasmo del público, que acogió la presencia de la pareja con aplausos.

Timoleón Francisco Miraflores, como un proscrito á quien entonasen el canto de la patria, alzó el bastón, radiante de alegría al oir el canto de la zamacueca y principió á expresar su satisfacción con diferentes voces propias de las circunstancias.

Al cabo de algunos preludios, oyéronse las voces de las cantoras y la pareja se lanzó en los giros de la danza.

Miraflores daba la señal de los aplausos y dirigía á los danzantes frases consagradas para animarles en la gracia de los movimientos, que constituyen la principal belleza de la zamacueca. Los de la platea reconociendo en Timoleón un maestro del arte y un hombre avezado al lenguaje técnico del caso, repetían sus voces, palmoteaban y seguían el compás golpeando sobre las bancas, con lo que crecía por instantes el general regocijo, á medida que los bailarines redoblaban sus esfuerzos para lucir su maestría y donaire.

No eran de los menos entusiastas don Lino Alcunza y don Cayetano Alvarado, á pesar de los años que llevaban á cuestas y del carácter de padre de familia que revestía el segundo. Ambos palmoteaban imitando

á Timoleón, y dirigían á la bailarina sus aplausos con voces de calorosa aprobación, al propio tiempo que parecían querer seguirla en los giros de la danza, inclinándose si ella se inclinaba, y moviendo la mano en el aire cuando *borneaba* el pañuelo con la maestría que, en tal caso, distingue á la generalidad de las chilenas.

Tan decidida aprobación no pareció ser del gusto de doña Dolores por lo que á su marido tocaba, porque ofendido su orgullo de esposa al ver que don Cayetano quemaba en presencia de ella el incienso de su admiración á otra mujer, le tiraba de la levita, exhortándole á la moderación, y solicitaba el auxilio de sus tres hijas, viendo que don Cayetano, rebelde á los consejos del deber, unía su voz á la de todos para gritar :

— ¡ *Árzale*, pues !

— ¡ Échale agrio, morena !

— *Tondondoré*, *tondondoré*, no sé si me moriré.

Y á estas y á otras infinitas voces con que el público daba muestras de regocijo, uníanse las de doña Dolores que decía á don Cayetano, tirándole de la levita.

— Siéntate hombre ¡ habráse visto, pues, un hombre viejo y tan *alionado* !

— ¡ Cómetela ! gritaba don Cayetano, uniéndose á Timoleón, que se había constituído definitivamente en director del entusiasmo público.

— ¡ Mira que me voy Cayetano ! decíale en tono de amenaza su consorte, siempre tirándole la levita.

— No sé si me moriré, *tondondoré*, respondía el viejo, figurándose que aquella explosión de celos debía fomentarse en pro de la felicidad conyugal.

Este diálogo extraño tenía lugar en los momentos en que terminaba el primer pie de la zamacueca. Á la última vuelta de la pareja, un trueno unánime de aplausos ahogó la voz de doña Dolores, que también cesó en su empeño, al ver salir un volador, lanzado por la mano de Timoleón, que estalló en los aires y fué acogido por el público con delirantes voces de alegría.

Timoleón oyó esas voces como oían los victoreos del pueblo los vencedores romanos, y alzó la frente coronada de orgullosa satisfacción.

— ¿ Á qué nadie se figuraba que yo traía voladores ? exclamó mirando en torno suyo.

— ¡ Viva Timoleón Francisco Voladores! gritó Felipe Solama.

— ¡ Viva, viva ! respondió el público.

— Al otro pie, hijitos, para que no críe maña, dijo el victoreado, ebrio de popularidad y de alegría.

— Al otro, al otro, toque la música, vociferó el pueblo de la platea.

Y empezaron de nuevo el arpa, el canto, la danza y los aplausos, con más animación y más desaforados gritos que al principio, volviendo también la disputa entre los celos de doña Dolores y el creciente entusiasmo de su esposo, á quien la gracia de la bailarina tenía completamente cautivado.

Felipe Solama, más divertido con estos incidentes que con la zamacueca, tomó la defensa de don Cayetano.

— Déjele usted, señora, que se anime, dijo á doña Dolores : tirándole así de la levita, viola usted el sagrado derecho de la libertad individual, que la Inglaterra ha consagrado en el *habeas corpus*.

— ¿ Y á usted qué le importa ? *váyase á freir monos* con su *corpus individual*, exclamó furiosa doña Dolores, en cuyo oído habían quedado resonando estas dos palabras extrañas para ella.

— ¡ Ay sí, tondondoré, tondondoré ! contestó Felipe, fingiendo no haber oído.

— Yo me voy, dijo doña Dolores, levantándose exasperada de su asiento.

— Señor don Lino, dijo Solama dirigiéndose á Alcunza, calme usted á doña Dolores, á quien la zamacueca ha transformado súbitamente en Otelo.

Los ruegos de don Lino, á quien se unieron los demás, y la terminación de la zamacueca, lograron apaciguar á doña Dolores que amonestaba á sus hijas para que la siguiesen. Don Cayetano, en quien esta manifestación de amor despertaba la vanidad adormecida con los años, se excusó como pudo, y algunos vasos de ponche pedidos por Timoleón, hicieron desaparecer la anarquía matrimonial, que amenazaba turbar la alegría que las jóvenes y sus amigos manifestaban.

Calmada doña Dolores, don Lino Alcunza se apartó á meditar sobre la ejecución del plan que desde la mañana le traía preocupado. Siendo su principal objeto apoderarse de Candelaria Basquiñuelas, y no sabiendo que su rival asistiría al teatro, había dado la orden á los guardianes de la policía de ir á su casa á las diez de la noche, creyendo que sería más oportuno dar su ataque en los momentos de la cena de que tenía ya noticia por la criada de Candelaria. Con el fin de distraerse durante las primeras horas de la noche había asistido al teatro, y al ver que Manríquez

y sus amigos llegaban solos á este local, juzgó que esta circunstancia allanaba todas las dificultades de su empresa, pues Candelaria debía hallarse sola en su casa. Esta idea le había hecho tomar parte en la diversión general como hemos visto; mas sin descuidar por esto de consultar con frecuencia el reloj á fin de retirarse á las diez de la noche. Según su cálculo, Manríquez no saldría del teatro antes de las once, de modo que él tendría bastante tiempo para dar su ataque y apoderarse de Candelaria, antes que el oficial pudiese impedirlo.

Don Lino había hecho estas reflexiones poco á poco, disimulando cuanto era posible su preocupación; pero la frecuencia con que consultaba el reloj, llamó la atención de Felipe Solama que llevó á Manríquez aparte, mientras el público aplaudía el final de la zamacueca.

— Don Lino tiene alguna cita, dijo al oficial, porque se lleva sacando el reloj.

— Y yo estaba pensando convidarle para ir con él y don Cayetano á ver á las bailarinas; con esto habríamos podido divertirnos, contestó Manríquez.

El reloj de don Lino señalaba las diez sin duda en ese instante, porque Manríquez y Felipe le vieron dirigirse á la escala que bajaba á la platea, después de consultarlo.

— Que se nos va, dijo Solama, dirigiéndose hacia don Lino á quien alcanzó al pie de la escala.

— Mi amigo, ¿se va usted? preguntóle.

— No, venía por aquí no más, respondió Alcunza, que quería evitar toda sospecha acerca de sus intenciones.

Solama le convidó de parte suya y de Manríquez para ir al proscenio.

Don Lino vaciló antes de contestar á esta invitación. Aunque algo perturbada la perfecta claridad de sus ideas con las frecuentes libaciones que acababa de hacer á instancias de Miraflores y de sus amigos, tuvo suficiente lucidez para pensar en ese momento que una negativa de su parte podría despertar las sospechas de los jóvenes.

— Vamos don Lino, las chicas valen la pena, díjole Solama viéndole titubear.

— ¿Las conocen ustedes? preguntó Alcunza para ganar tiempo.

— Mucho, y estoy seguro que le gustarán á usted, contestó Felipe, que en aquella noche había visto por primera vez á las bailarinas.

Cnando Felipe daba esta contestación llegaron Manríquez y don Cayetano. En éste no habían hecho menos efecto que en don Lino los vapores del ponche y de la horchata con malicia.

— Aquí tienen ustedes á don Cayetano, dijo Manríquez señalando al viejo, cuyos ojos chispeaban de alegría, y que, para darse aires de joven, se había inclinado el sombrero sobre la oreja; me ha costado un triunfo arrancarle de manos de su esposa.

— Ya lo creo, la Dolores es celosa, dijo don Cayetano, pavoneándose con satisfacción.

— Debe contar algunos árabes entre sus ascendientes, dijo Felipe; su facilidad para transformarse en Otelo es un indicio elocuente de su origen musulmán.

— Hombre, lo mismo es mi mujer; exclamó don

Lino, que quería manifestarse alegre : me cela día y noche.

— Las dos tienen razón, contestó Manríquez, porque don Cayetano y usted tienen aire de aficionados á las chicas.

— Como todo hijo de vecino, dijo ladeándose más el sombrero don Cayetano.

— El objeto de la presente sesión, dijo Felipe, es el hacer una visita á las bailarinas, y yo confieso por mi parte que la que acaba de bailar me ha dado en el ojo.

— Como que la diablilla es buena moza, observó don Lino.

— Hablemos claro, pues, dijo don Cayetano, aquí estamos entre hombres ¿ para qué andar con santos tapados ? á mí también me ha dado en el ojo la muchacha.

— Lo que quiere decir, don Cayetano, exclamó Solama, tomándose familiarmente del brazo del viejo, que como á Vd. y á mí nos ha dado en el ojo, necesitamos del mismo colirio para curarnos.

— Vamos, vamos á buscar el *colibrio*, dijo entusiasmado don Cayetano.

— ¿ Y quién nos presenta ? preguntó don Lino.

— Yo, dijo Manríquez, vengan no más.

Los cuatro se dirigieron á buscar la entrada al proscenio que estaba al fondo del sitio ocupado por el teatro.

XI

No era menos pintoresco que el del patio el aspecto que ofrecía el proscenio. Confiada en el secreto que garantizaba el telón, cada una de las personas que

componían la compañía daba rienda á sus inclinaciones durante el entreacto, formando así, miradas en conjunto, un animadísimo cuadro.

Manríquez y sus compañeros se detuvieron un instante á contemplarlo, como temerosos de quitarle su característico movimiento si entraban á figurar en alguno de sus términos.

El plano de ese cuadro que mayor interés presentaba, era el ocupado por la bailarina que acababa de obtener los sufragios del público, y por el actor que en el auto representaba el papel de San José. Estos dos personajes continuaban la zamacueca que en voz baja entonaban las cantoras, habiéndose puesto el actor en lugar del bailarín. Al caer el telón, San José había *quitado* á éste la compañera, poniéndose delante de él. Los demás del proscenio habían aplaudido la galantería del que representaba al santo, y los murmullos de este aplauso se habían perdido entre los del patio. Cuando los cuatro que llegaban á ver á las bailarinas subieron al proscenio, esta pareja terminaba con gran donaire el pie de la zamacueca, y San José, para sellar aquel acto de galantería, echaba hacia la espalda su capa de coro, poníase con agilidad de rodillas y colocaba su *guarapón* de paja á los pies de la bailarina.

Al mismo tiempo, en otro punto, el ángel de la loa perseguía con un vaso de mistela á otra bailarina ; en otra parte, un grupo de actores, entre los que descollaban por sus trajes: la virgen vestida como en los cuadros quiteños, un moro representante de la herejía con gran turbante y calzones bombachos, y algunos soldados romanos, aplaudían con vaso en mano la zamacueca de San José. Completaban por fin el cuadro las del arpa y

la guitarra, que en voz baja cantaban, mientras que el director de la compañía ponía una rodilla en tierra para presentarles un vaso de ponche.

— Esto explica muy bien la eterna duración de los entreactos, dijo Manríquez, deteniéndose, como dijimos, á contemplar el cuadro que ligeramente hemos bosquejado.

— San José nos quiere quitar la niña, dijo don Cayetano, que no olvidaba el objeto de su visita al proscenio.

— Qué dicen ustedes de aquel turco, exclamó Felipe, ese es de los ascendientes de su mujer, don Cayetano, no se descuide Vd. con él.

— Aquí preciosa, dijo don Lino á la bailarina que huía del ángel; véngase, aquí la defenderemos.

— ¡ Ya quería, ya! contestóle la bailarina, haciéndole una mueca de desprecio.

El ángel se detuvo delante de don Lino, que había estirado los brazos para ofrecer un refugio á la bailarina, y exclamó:

— ¡ Mírenlo también, el viejo *templao*, ah, ah, ah ! !

— Lenguaje profano é indigno de su inocencia, dijo Solama, volviéndose hacia don Lino, y mostrando al ángel que se alejaba riéndose.

— ¡ Yo te haré atrevido ! exclamó al mismo tiempo Alcunza siguiendo al ángel, que al ver su airado ademán se ocultó entre los bastidores.

El director de la compañía, viendo que un extraño invadía sus dominios con tan hostil continente, levantó la rodilla que hincaba ante las cantoras y salió al encuentro de don Lino, que á la sazón iba á internarse

entre los bastidores en perseguimiento del ángel fugitivo. Mas, de la velocidad con que Alcunza caminaba y de la ligereza con que el director se alzó á cerrarle el camino, resultó un choque furioso que hizo recular vacilante al ofendido don Lino, y soltar el vaso que en la diestra tenía lleno de ponche al director, bañando á don Cayetano Alvarado quien creyendo qne se trataba de unirse al ángel para perseguir á la bailarina, había echado á correr tras de don Lino.

La imprecación fué triple y triplemente enérgica. La más moderada fué la de don Cayetano que dijo:

— ¡ Caramba, asi reciben á la gente por aquí !

Las exclamaciones del director y de Alcunza, que darían *demasiado colorido* á la escena, fueron el preludio de otras no menos desabridas con que amenazaban irse á las manos, intento que habrían llevado á efecto, á no ser por Manríquez y Solama que á tiempo intervinieron.

— Paz, amigos míos, paz, dijo Manríquez, tomando de un brazo al director.

Y debió hacerlo con la férrea contracción de sus potentes manos, porque el director le miró como mira un vencido al vencedor de quien implora perdón, y dijo :

— ¡ No me aprete tanto, pues !

— Dispense Vd., era sólo para moderar su coraje, contestóle Manríquez soltándole.

— Nuestra misión es fraternal, dijo Solama, no venimos aquí á pelear, amigos míos.

— Venimos á saludar á las bailarinas, agregó Manríquez.

— Eso es, á las bailarincitas, exclamó don Caye-

tano, limpiándose el ponche que del rostro habíale corrido al cuello.

— Si su ángel no hubiese olvidado el recato que sus alas y su inocencia le imponen, agregó Solama, no habría ocurrido este *casus belli* desagradable.

— Pero ya somos amigos ¿no es así? díjole Manríquez.

— Como no, pues, señor, contestó el director; añadiendo : entren Vds., pasen á sentarse.

Á escuchar estas explicaciones habíanse acercado con curiosidad, la mujer vestida de virgen quiteña, el turco, los soldados romanos y las bailarinas.

Todo esto había tenido lugar en menos de cinco minutos.

— Vamos muchachos, á arreglarse pues, dijo el director, nombrando á cada uno de los que debían tomar parte en el segundo acto.

Con esto, los cuatro visitantes, quedaron casi solos con las bailarinas en medio del proscenio.

— Señoritas, dijo Manríquez acercándose á las jóvenes y señalando al mismo tiempo á don Cayetano y á don Lino, estos dos caballeros están ansiosos de conocerlas.

— La pura verdad, señoritas, dijo don Cayetano, que continuaba secándose el cuello, estamos ansiosos de conocerlas.

— Hablando claro, se han enamorado de Vds., añadió Felipe.

— Están muy viejos para enamorarse, contestó una de las bailarinas, volviendo la espalda.

— Eh, eh, no tanto como parece, pichoncitas, dijo balanceándose don Cayetano.

— Los señores tienen corazones de jóvenes y bolsillos de ricos, dijo Solama.

— ¿ Y Vds. también se han enamorado ? preguntó la otra bailarina, mirando á Manríquez y á Solama.

— ¡ Por supuesto ! contestó Felipe, traemos en lugar de corazón una fogata de pasiones.

Manríquez y don Lino mandaron buscar ponche para dar más animación á la entrevista, mientras que Felipe y don Cayetano continuaban la conversación. Con el auxilio del licor, ésta fué poco á poco cobrando bríos, haciéndose alegre y expansiva. La bailarinas comprendieron el buen humor de los jóvenes y se unieron á ellos para divertirse á costa de don Cayetano y de don Lino, que animados con las ojeadas que ellas empezaron á dirigirles, apuraban copiosos tragos y empezaban, por momentos, á manifestarse más osados en sus pretensiones.

Mientras esto pasaba en el centro del proscenio, el director recorría los bastidores en busca de uno de los principales personajes de la pieza, que había desaparecido. Esta circunstancia iba prolongando el entreacto, al punto que el público empezaba á dar señales de impaciencia con repetidos golpes y silbos que desazonaban en sumo grado al director.

Cuando Manríquez y Solama vieron que sus compañeros tomaban bastante interés en su conversación con las bailarinas para no cuidarse de los demás, se apartaron á conferenciar durante algunos instantes, y se dirigieron después hacia unos muchachos encargados de correr el telón. Éste se levantaba por medio de cordeles que, atados á las extremidades del borde inferior, pasaban por unas roldamas clavadas en los

postes que lo sostenían. Manríquez se apoderó de un cordel y Solama del otro, después de pagar dos reales á cada uno de los muchachos encargados de esos puestos.

— Yo te daré la señal, dijo Manríquez.

La impaciencia del público, entretanto, de los golpes y silbos había pasado á los gritos. Varios de los concurrentes amenazaban abrir contra el telón un fuego graneado de manzanas; otros apelaban al grito de Miraflores que al principio había causado la indignación de la platea, y los numerosos muchachos de que ésta estaba poblada, cansados de la expectativa y menos prudentes que los hombres, empezaban á tirar piedras á los faroles que iluminaban el telón.

En el grupo formado por doña Dolores, sus hijas, las jóvenes Basquiñuelas y Timoleón Francisco Miraflores, la impaciencia revestía diversa forma que la del público, porque su origen era diverso también. Provenía en gran parte de los cuidados que la ausencia de don Cayetano inspiraba al amante corazón de doña Dolores. Cuando ésta repetía por tercera vez:

— ¿ Qué será de Cayetano?

Una de sus hijas tuvo la imprudencia de contestar:

— Mire mamita, yo lo vi pasar como para allá donde están los cómicos.

Estas palabras fueron como la luz que ilumina de súbito las tinieblas. Doña Dolores lo sospechó todo, y sintió en su pecho bullir la indignación violenta de los celos.

— ¡ Se habrán ido á ver á las bailarinas! exclamó ¡ No faltaba más! ¡ Miren que desvergüenza, venir á dar mal ejemplo, un hombre viejo!

Siguió en la explosión de su enojo sin que nadie la interrumpiera, porque Miraflores hablaba confidencialmente con Primitiva y las demás jóvenes ponían todo su empeño en oir ésta, que ellas suponían amorosa conversación.

No era menos amorosa la que á la sazón sostenían don Cayetano y don Lino con las bailarinas, mientras que el oficial y Felipe les observaban desde el puesto que habían tomado.

— Vamos, un trago los cuatro juntos, exclamó en un rapto de entusiasmo don Cayetano.

— Eso es, dijo don Lino, un buen trago.

— Bueno, repitieron las jóvenes bailarinas.

Alzáronse los cuatro vasos, y cuando se acercaban á los labios, don Cayetano para ser más expresivo, trató de pasar la mano izquierda por la cintura de la bailarina que tenía al lado.

En este momento, Manríquez hizo una señal á Solama, y colgándose ambos de los cordeles, levantaron el telón rápidamente, ofreciendo al público el espectáculo que formaban las bailarinas y sus viejos galanes.

XII

El golpe no podía haberse calculado con mayor acierto : su efecto teatral fué tan completo como rápido.

Bien que la crónica de los teatros populares conserve memoria de escenas muy análogas á la que vamos describiendo, ninguna como ésta ha podido reunir lo

imprevisto del incidente al singular carácter de las personas que la representaron.

Hay escenas que, á pesar de desarrollarse en un breve espacio de tiempo, contienen peripecias á las cuales lo fugaz de su duración no puede quitar lo característico. De esta clase era la que tan inopinadamente ofrecieron al público Manríquez y Solama, levantando el telón cuando las dos bailarinas y sus dos viejos galanes alzaban los vasos para brindar conjun tamente.

Los gritos de impaciencia que de la platea y de los palcos resonaban, cesaron como por encanto, y los ávidos ojos de los espectadores se clavaron en las personas que aparecían en el proscenio, sin darse cuenta de lo que estaban contemplando.

Se recordará que don Cayetano Alvarado, al tiempo de lavantar el vaso con la mano derecha, trató de pasar la izquierda por la cintura de la bailarina que tenía al lado. Tal movimiento era de aquellos que es imposible suspender de repente, á menos de haberlo principiado con esa intención, y don Cayetano, empeñado en la doble acción de beber y de emplear su mano izquierda, no se dió cuenta de lo que acontecía con la oportunidad suficiente para retirar esa mano, como tampoco se la dieron las tres personas que con él había, hasta que el público, después de algunos segundos de muda contemplacion, exclamó admirado, y como una sola persona :

— ¡ Aaah !

Á esta interjección admirativa, que se prolongó más tal vez de lo que imperfectamente indicamos, se unió la voz de Solama, que desde su escondite gritó con

acento claro y pronunciación acentuada, aludiendo á lo que el público veía :

— Escena pastoril : los amantes felices.

Esto, como decimos, pasó en muy pocos segundos. Las palabras de Felipe fueron como la señal de una explosión de gritos, aplausos, silbos y carcajadas, en que prorrumpieron los pasmados espectadores.

Con esto, el grupo del proscenio se puso en movimiento, cual si un resorte invisible lo moviera. Las dos bailarinas, más acostumbradas que sus galanes á andar sobre las tablas de un teatro, corrieron con rapidez hacia los bastidores; don Lino tomó aturdido la dirección del fondo, y don Cayetano, cuyo espíritu había recibido como el choque eléctrico de un rayo caído cerca de él, se dirigió desatentado hacia la casucha del apuntador, figurándose que era el único refugio que le quedaba.

Pintar la algazara del público en vista de estos rápidos incidentes, sería imposible. En medio del confuso murmullo que sus diversas voces formaban, la de doña Dolores se oyó retumbar por los ámbitos del teatro, diciendo :

— ¡ Cayetano ! Cayetano ! ! Cayetano ! ! !

Tres veces repitiendo el nombre en tres distintas entonaciones, de enojo, de espanto, de exasperación, pronunciadas al mismo tiempo casi que algunos de la platea gritaron :

— ¡ Sujétate Cayetano !

— ¡ Corre Cayetano !

— ¡ Que te llaman Cayetano !

El empresario del teatro, entretanto, á quien dejamos en busca de su actor perdido, acudió al proscenio

sin imaginarse que sin su orden se hubiese levantado el telón, y preguntando :

— ¿ Pareció ? ¿ pareció ?

Pregunta á la que el público contestó con una carcajada general, que hizo retroceder al empresario, tomándose con ambas manos la cabeza, y exclamando furioso :

— ¿ Quién levantó el telón ? ¿ quién ? ¡ díganmelo !

En medio de ese concierto de risas y exclamaciones, Manríquez y Solama dejaron caer el telón.

Entonces todos los que se ocultaban tras de los bastidores invadieron el escenario y rodearon á don Cayetano, que todavía no acertaba á explicarse lo que le sucedía.

Felipe y Abelardo fueron de los primeros. Don Lino llegó apareciendo por el fondo.

El empresario repetía su furiosa interrogación, agitando los puños amenazante.

Todos, al oirle, la repetían también, mirándose consternados.

Don Lino clamaba venganza.

Don Cayetano temblaba como azogado y miraba en todas direcciones, agitando la cabeza, como si la emoción le hubiese quitado el uso de la palabra.

Y el público seguía gritando y apostrofando, para que se repitiese la escena que acababa de contemplar.

Solama se acercó á don Lino y le dijo al oído :

— Sospecho, amigo, que esta mala pasada es obra del ángel que quedó picado con Vd.

En ese mismo instante, Manríquez, que hacía heroicos esfuerzos para contener la risa, dijo al oído á don Cayetano.

El turco ha sido, estaba celoso de Vds.

Don Lino y don Cayetano, agitados por la emoción y turbados por el licor, miraron cada cual al que se les designaba como autor de la terrible aventura, en que acababan de representar el más grotesco y principal papel. Fué la mirada del gallo que mide á su adversario, y ambos se arrojaron furiosos, don Lino contra el ángel y don Cayetano contra el turco, que estaban muy distantes de figurarse lo que la casualidad les deparaba.

Los agredidos, con lo inopinado del ataque, no tuvieron siquiera tiempo de ponerse en guardia. Vieron ir hacia ellos á sus inesperados adversarios y apelaron instintivamente á la fuga. Mas no lo hicieron con tanta prontitud cuanta era menester en aquel lance, pues don Lino cogió de una ala al ángel que iba á emprender su vuelo, y don Cayetano asió del turbante al moro, cual si hubiese querido vengar en su persona, los agravios hechos á la cruz por la gente musulmana de los pasados siglos.

Todos se figuraron que los dos agresores habían sido atacados de súbita locura.

— Esto pasa la raya ¡con dos mil diablos! exclamó el atribulado empresario.

— Sube en efecto de castaño á oscuro, contestóle Felipe Solama con gran flema.

— Yo creo qne se han vuelto locos, dijo Manríquez, cruzándose de brazos, para manifestar lo inexplicable que le parecía el atentado.

En el mismo instante, el ángel corría y don Lino tras él tirándole del ala, mientras que el turco, con un arranque de sarraceno denuedo, arremetió á don

Cayetano y principió á descargar sobre él un nutrido fuego de mojicones feroces.

Las mujeres principiaron entonces á correr en todas direcciones, asustadas.

Algunas gritaban :

— ¡ Vigilante ! ¡ vigilante !

El empresario pateaba y repetía :

— Esto pasa la raya ¡ con tres mil diablos !

Y corría el ángel, evitando los golpes de don Lino, y dábalos sendos el moro á don Cayetano, cuyas fuerzas físicas no correspondían á los bríos que para decidirse al ataque había manisfestado.

Manríquez y Solama únicamente no se mostraban alarmados de ver convertido en campo de Agramante el destinado á los autos sacramentales, y notando que á don Raimundo le acontecía con el moro lo que á los godos en Guadalete, y los vanos esfuerzos de don Lino, á quien estaba probando el ángel que á falta de alas bastábanle los pies, decidieron ambos poner término á la jornada, dándose por satisfechos de los variados incidentes de aquella noche. Al efecto, se dirigieron al empresario, quien, dando á su cuenta de diablos la forma de creciente progresión, había llegado á los cinco mil ; y le dijeron :

— Nosotros pondremos remedio á esto, tranquilícese Vd.

Y se dirigieron, Manríquez al moro y hacia el ángel Felipe, mientras que el empresario, les respondía :

— Bueno será, y que se manden mudar, ¡ con seis mil diablos !

Mientras que los jóvenes se declaraban mediadores

de la doble reyerta, fuerza nos es volver á doña Dolores, á quien, por conservar la unidad de la precedente escena, abandonamos cuando apostrofaba á su esposo, ardiendo en la más justa indignación.

Habíase puesto de pie para gritar, movida de encontrados sentimientos y celosas iras, y cayó después sobre su silla, cuando el telón ocultó á los ojos del público la escena del cuádruple brindis, que Solama había llamado el cuadro pastoril de los amantes felices.

Algunas voces oyó, sin embargo, la burlada esposa, que resonaron en sus oídos como el eco de su afrenta, después de la caída del telón, y que decían:

— Se escondió Cayetano.

— Tráiganme á Cayetano para acá.

— Que vuelva Cayetano.

Voces de la turba indolente, que está siempre dispuesta á mofarse del ajeno pesar, y que dichas por algunos, recién bajado el telón, cundieron luego entre los muchados, que siguieron repitiéndolas durante algunos minutos.

Timoleón Francisco Miraflores se declaró incapaz para contener la popular rechifla.

— ¡ Caramba, exclamaba con voz bastante baja para que no pudieran oirle los de la platea, si yo tuviera un volador, se lo mandaba prendido á esa canalla insolente !

— ¡ Yo no aguanto más aquí, vamos, vamos ! exclamó doña Dolores levantándose y dirigiéndose á la escala.

— ¿ Que no aguardamos á mi tatita ? preguntó Sinforosa.

— ¡ Yo no aguardo á nadie ! A tu tatita se lo puede

llevar *un buen demontre*, que yo no he de ir á buscarlo, al perro viejo descarado.

Uniendo á estas palabras la acción, bajó la escala seguida de su familia y salió á la calle murmurando imprecaciones, que, á tener la virtud de mágicos exorcismos, habrían convertido en momia al desventurado don Cayetano. Al mismo tiempo que así desahogaba su encono, tomó doña Dolores la dirección de la calle, como para alejarse cuanto antes de aquel recinto funesto á su dicha conyugal.

— Permítame Vd., señora, díjola Timoleón, no creo prudente, pues, no lo creo, dejar así abandonado á su esposo.

— ¡ Que se vaya donde se le antoje, á mí que me importa ! contestó ella volviendo á emprender la marcha.

— Pero señora, oiga Vd., replicó Timoleón.

Doña Dolores se detuvo, y Miraflores consiguió, á fuerza de argumentos y de súplicas, que le esperase con las jóvenes, mientras él entraba al teatro á buscar á don Cayetano.

Este y sus tres compañeros bajaban á la sazón del proscenio, discutiendo animadamente sobre el último suceso.

— Yo persisto en que fué el ángel, decía Solama ; su inocencia se me hizo sospechosa desde el principio.

Don Lino nada contestaba, porque en su espíritu empezaban á despertarse vagas sospechas sobre la verdad.

— No, no, decía Manríquez, fue el moro, no me cabe duda ; lo hizo por celos.

— ¡ Caramba, no me lo debían haber quitado !

exclamó don Cayetano, arreglándose el cabello, cuyo desgreño era un elocuente contrasentido con su exclamación.

— Eso no, hágase Vd. cargo, no era posible dejar incompleta la compañía en noche de representación, díjole Solama, con su seriedad imperturbable.

— Y el ángel, mi señor don Lino, exclamó Manríquez, dejando estallar su risa, parece que el muy pícaro tenía toda la agilidad de su empleo.

— Señores, dijo Alcunza parándose, yo creo que Vds., han sido los de la broma.

— Suposición, sobre iujuriosa, aventurada, contestóle Felipe.

— Crea lo que quiera, señor don Lino, dijo Manríquez con soberano desprecio.

— No me habían de haber quitado al moro ¡ caramba ! volvía á exclamar don Cayetano, sin fijarse en lo que los otros decían.

Así caminaron sin cuidarse de las miradas de los de la platea que, recordando la actitud con que Manríquez los había recibido al principio de la noche, no se atrevieron á continuar la rechifla que había hecho huir desesperada á doña Dolores.

Cuando llegaban á la puerta se presentó Timoleón.

— ¡ Camine don Cayetano ! exclamó, dirigiéndose al viejo, que sólo pensaba en su combate con el moro ; su mujer lo está esperando.

— ¡ La Dolores ! dijo éste, como despertando de un sueño.

Miraflores le había hecho descender á la realidad de su situación, y la realidad se le presentaba bajo la forma de la celosa iracundia de su mujer.

— Hombre ¿y muy enojada está? preguntó pasado el primer estupor.

— Como un *quique*, contestó Timoleón, sirviéndose del símil popular, que atribuye gran irritabilidad al animal de ese nombre.

— Me parecería más propio decir: como una pantera, observó con gran flema Felipe; los naturalistas nada nos han dicho todavía sobre el carácter del *quique*.

— No estamos para bromas, amigo, replicó don Cayetano.

— Venga, yo lo llevaré, dijo á éste, Timoleón.

Don Lino, sin decir una palabra, salió del teatro y fué seguido de Miraflores y don Cayetano, que se dirigieron á reunirse con la familia.

Manríquez y Solama tomaron distinto rumbo para dirigirse á la casa en que les esperaba Candelaria.

Timoleón prometió reunírseles tan pronto como restableciese la buena armonía entre los agraviados consortes, añadiendo que tenía que despedirse de Primitiva.

— Dirás á Martina que la abandono, le dijo Felipe: su virtud es digna de la víctima de Tarquino, y me declaro derrotado.

Don Lino se dirigió á su casa más resuelto que nunca á ejecutar su plan y vengarse de los que tan osadamente le habían ultrajado.

Al cabo de algunos momentos de marcha, alcanzaba á oir todavía las voces de Manríquez y de Solama, que llenaban la calle con sus carcajadas, al hablar de los sucesos ocurridos en el teatro popular.

Esas voces le hacían redoblar el paso para reunirse

con los que debían acompañarle aquella misma noche, en la empresa á que le guiaban su amor y su deseo de venganza.

XIII

La impaciencia con que esperaba Candelaria la llegada de Manríquez y de sus dos amigos convidados á la cena, no le había impedido seguir reflexionando sobre su situación, como lo había hecho durante los tres días de soledad á que la ausencia de su amante la había condenado. Quitada de los ojos la venda de que el amor se sirve para hacer divisar teñidos de color de rosa los contornos de la esperanza, Candelaria llegó, por medio de esa involuntaria reflexión, á deslindar con claridad el campo de acción que le ofrecía el porvenir. En ese campo, dos caminos se presentaban para mejorar de condición : uno de ellos era el de la perseverancia para dominar el corazón de Manríquez y abrirse las puertas de la sociedad con el título de esposa del oficial, á quien ella suponía una importancia social de que Manríquez carecía; el otro, fiarse á las promesas de don Lino Alcunza para volver al seno de su familia, pues Candelaria conservaba todavía bastante pureza en el alma, para creer que las promesas de don Lino eran sinceras, é hijas de la compasiva amistad que en su carta le manifestaba.

Pero á sus ojos hallábase sembrada de escollos esta vía para dirigirse al hogar paterno. La humillación, la vergüenza, los merecidos reproches y acaso el desprecio, la esperaban á lo largo y al término de la jornada. Tal vez una palabra compasiva aunque

severa de su padre, la hubiera despertado al arrepentimiento, cuando su corazón se revolcaba en la espantosa realidad del primer desengaño, que el amor caprichoso de Manríquez la había obligado á experimentar; pero don Raimundo Basquiñuelas, sofocando los poderosos instintos de indulgencia con que la naturaleza ha dotado al corazón de un padre, habíalos sacrificado á la inexorable rigidez que el miedo á la pública censura y no el culto sincero á la virtud, inspira generalmente á los padres para juzgar las faltas de sus hijos. Víctima de la seducción á que la clase de medio pelo está expuesta por la condición peculiar que la crean sus aspiraciones mal dirigidas, Candelaria se resistía á la enmienda, por el adusto y formidable aspecto de la expiación. Y abandonando por esto el camino del hogar doméstico, sembrado de escollos por una severidad mal entendida, pensó en el otro camino, cuyo horizonte, si bien lejano y vago, creía más fácil de alcanzar á fuerza de constancia, de amor y de indulgencia, tres virtudes que componen la irresistible fuerza de la mujer, para avasallar al fin al hombre, que es siempre vehemente y casi nunca constante

Con esta resolución fué menos azarosa la expectativa, y pudo con más tranquilidad de espíritu entregarse á los preparativos de la cena que estaba ya pronta cuando Manríquez y Solama entraron á la casa acompañados de Miraflores, á quien habían esperado en la calle por indicación de Felipe.

Candelaria, al ver á su amante, vaciló sin embargo de su resolución, y con tímida mirada pareció implorar el cariño de Manríquez.

Felipe se puso en medio del espacio que mediaba entre la joven y el oficial, y levantando ambas manos dijo :

— Almas huérfanas, unios en nombre de la ley de amor que rige al universo dotado de respiración.

— Vamos, un abrazo, hijitos, exclamó Miraflores, empujando suavemente á Candelaria hacia Manríquez.

La joven se echó en brazos del oficial prorrumpiendo en llanto.

Felipe y Timoleón, convenidos de antemano, se esforzaron por quitar á esta reconciliación la seriedad que el estado del ánimo de Candelaria había empezado á darle.

Al cabo de algunos momentos de conversación, en la que principalmente habían tomado parte Solama y Miraflores, el primero dijo, levantándose del asiento en que se hallaba :

— Mi estómago pediría la cena, si tuviese el don de la palabra.

— Yo tengo un si es no es de apetencia, agregó Miraflores.

— Vamos á cenar, dijo Manríquez.

Candelaria había recobrado su alegría y contestó con franca risa á estas observaciones. Manríquez le ofreció el brazo para dirigirse al comedor y Miraflores ofreció el suyo á Solama.

— Yo propongo, dijo éste, cuando los cuatro hubieron ocupado sus asientos al derredor de la mesa, que Timoleón nos refiera sus amores desde 1810 hasta la caída de O'Higgins.

— Pero hombre, exclamó Miraflores, si cuando cayó O'Higgins yo apenas estaba mudando.

— ¿ Cuero ? preguntó Felipe.

— Los dientes, tenía siete años, repuso Timoleón.

— Dejémonos de bromas, tienes á la fecha la temprana edad de cuarenta años.

— Entonces salgo mayor que el ama que me crió.

— Poco importa, dijo Manríquez, llenando el vaso de Timoleón, vamos á los amores.

— Cada amor de Timoleón, dijo Felipe, está representado por una gruesa de voladores : vamos á ver ¿ cuántas gruesas has consumido hasta la fecha ?

— No tiro voladores más que en las grandes ocasiones, contestó Timoleón. ¿ Sabe el recado que Felipe me dió para Martina ? añadió, dirigiéndose á Candelaria y mostrando á Felipe : le mandó decir que la abandonaba.

— ¿ Cierto ? preguntó Candelaria á Solama.

— Así fué, su virtud me anonada.

— ¿ Por qué ?

— Martina me ha tiranizado : es mi Dionisio de Siracusa.

— ¿ Sabe lo que ella dice ?

— No.

— Que Vd. le gusta ; pero que la aburre con sus cuentos de filosofía.

— No es la primera que me hace pensar que yo debí haber nacido en tiempo de Perícles : Aspasia, Lais y todas las mujeres bellas de aquel tiempo, eran protectoras de la ciencia.

— Es decir que sientas plaza de alma huérfana, exclamó el oficial.

— Precisamente, contestó Solama.

Miraflores, que á la sazón tenía llena la boca, alzó

la cabeza, y no pudiendo resistir á la tentación de decir lo que él creía muy chistoso, exclamó :

— Entonces debes irte á alojar á los huérfanos.

— Tienes apetito pero no tienes chispa, contestóle Felipe.

Hubo varias interrupciones á la conversación. Durante ellas, cada cual acreditaba su buen apetito, atacando vigorosamente las viandas y el vino.

Para amenizar la cena, Felipe empezó á contar á Candelaria los sucesos acaecidos en el teatro, sucesos de los cuales Timoleón ignoraba también alguna parte. Cuando el narrador llegó al doble combate que puso término á las aventuras de don Cayetano y de don Lino en el proscenio, Timoleón exclamó :

— Por eso el viejo no se conformaba con que le hubiesen separado del turco.

— Don Lino, dijo Manríquez, sospechó que nosotros éramos los autores de toda la farsa.

— Y se vengará, añadió Felipe ; don Lino tiene derecho de ser vengativo, porque es tonto.

— ¡ Que se le ocurra hacerlo no más, y verá cómo le va conmigo, caramba ! exclamó Timoleón, que aun delante de sus amigos no podía renunciar al deseo de aparecer como un valiente.

— Ah, si tú nos defiendes, quedo tranquilo, díjole Felipe ; sé que no pierdes oportunidad de acreditar la previsión que tuvo tu padre al ponerte Timoleón.

— Bebamos á nuestro generoso defensor, dijo Manríquez llenando los vasos.

— Bueno, pues, ríanse no más, ahí veremos cuando llegue el caso, dijo Miraflores, alzando el vaso para responder al saludo que le hacían los demás.

— Cuando empezaban á beber, oyéronse fuertes golpes dados á la puerta de la calle.

— Ah, ah, este es el convidado de piedra, exclamó Felipe.

— Y siguen golpeando, dijo Timoleón.

Manríquez dió orden á la criada de ir á ver quien golpeaba.

Mientras regresaba la criada, los tres amigos y Candelaria permanecieron en silencio.

La mensajera volvió al comedor con el semblante pálido y la respiración agitada por el sobresalto que la dominaba.

— Señor, dijo á Manríquez, son unos soldados que preguntan por su merced.

— ¿ Por mí ? ¿ soldados ? pregúntales qué quieren sin abrirles la puerta, dijo el oficial.

— Algunos soldados de tu cuerpo que vendrán á pedirte plata, dijo Miraflores.

— Esto huele á aventura, dijo Solama, para sondear el valor de Timoleón.

— Bah, que vengan los soldados, contestó éste, apurando el vino que había quedado en su vaso.

— La criada entró nuevamente al comedor, y todos la interrogaron á un tiempo.

— ¿ Qué dicen ?

— Que si no abren la puerta, la echan abajo.

— *Mane-tezel-fares*, ¿ no les decía ? : aventura tenemos, y si no es de capa y espada, es por lo menos de manta y *chafalote*, dijo Felipe.

Timoleón vió á Candelaria ponerse pálida y sintió como instantáneamente el contagio del miedo.

Manríquez, al oir la respuesta de la criada, se lanzó

fuera del comedor y llegó á la puerta de la calle, en donde los golpes continuaban.

— ¿ Quién es ? preguntó.

— De orden del Intendente, abra la puerta, contestó una voz de afuera.

— ¿ Á quién buscan ? dijo Manríquez.

— Abra la puerta, y lo sabrá, contestó la misma voz.

— ¿ Y si no abro ?

— Echamos abajo la puerta.

— Manríquez, después de este corto diálogo con los que habían llegado á turbar la cena, volvió con ligereza al comedor.

— La cosa es seria, dijo, y es preciso organizar una buena resistencia.

Timoleón se puso á observar atentamente á sus dos amigos, temiendo que todo aquello fuese una farsa preparada por ellos para poner á prueba su valor.

— ¿ Cuántos son ? preguntó Felipe.

— Eso poco importa, contestó Manríquez con la fría resolución que le caracterizaba.

— Pero tú hablas de resistencia, replicó Solama y quién sabe si sería más prudente huir por el corral si ellos son muchos.

— Yo resisto, hagan ustedes lo que quieran, dijo el oficial, ciñéndose la espada, que para sentarse á la mesa se había quitado.

— Miraflores, viendo en todo esto una confirmación de su sospecha, exclamó :

— Debemos resistir, señor ¡ qué significa esto de huir como unos cobardes !

— ¡ No por Dios, arranquémonos mejor ! dijo Candelaria, tal vez me andan persiguiendo á mí.

— No señor, defendámonos, repuso Timoleón, creyendo que Candelaria era cómplice de la trama.

Los golpes que á la sazón resonaban, hacían presagiar que los de la calle habían empezado á ejecutar su amenaza de derribar la puerta.

— Y los muy pícaros lo hacen de veras, dijo Solama, oyendo los golpes.

—Bueno, pues, dijo Manríquez, no perdamos tiempo; puesto que tú opinas por la retirada, Felipe, llévate á Candelaria, y Timoleón, que está por la resistencia, se quedará conmigo.

Cuando Manríquez pronunciaba estas palabras, la cerradura de la puerta de la calle, cediendo á los fuertes golpes que había recibido, se rompió, dejando abrirse de par en par la puerta, por donde penetraron tres soldados de policia con sable en mano.

Preparábase Timoleón á contestar una baladronada para hacer gala de valor, cuando se oyó el ruido de la puerta al abrirse y el de los pasos de los que entraban al patio. Sus ojos se fijaron inquietos en los que con él estaban, y viendo pintado el espanto en el semblante de Candelaria, persuadióse de que era realidad lo que él juzgaba una farsa de sus amigos.

— Ya están aquí, dijo Manríquez, abalanzándose sobre la puerta del comedor, á la que puso la llave.

— Entonces yo me quedo, dijo Solama, apoderándose de un cuchillo de la mesa.

Manríquez se dirigió á Timoleón.

— Tú puedes salvar á Candelaria, le dijo con voz de autoridad.

— Bueno pues, ¿cómo? respondió Miraflores, cuya aparente serenidad había desaparecido.

— Sal con ella por el corral, la tapia es muy baja y pueden saltarla fácilmente: mientras ustedes se ponen en salvo nosotros resistiremos.

Los de la policía, entretanto, oyendo cerrarse la puerta del comedor, se dirigieron á ella y empezaron á dar golpes para abrirla como habían abierto la de la calle.

— ¡ Vamos, ligero ! dijo Manríquez á Candelaria, que buscaba con precipitación un pañuelo para salir.

La joven estrechó entre sus brazos á Manríquez, que con la proximidad del peligro estaba radiante de animación.

— ¡ Vamos, vamos ! la decía al mismo tiempo Miraflores, en cuyo corazón resonaban, como amenazas de muerte, los golpes que los soldados daban á la puerta.

Candelaria se desprendió del oficial y siguió á Timoleón, que, so pretexto de mostrarle el camino, tomaba el verdadero paso de la fuga.

— Nos esperarás en casa de Felipe, le dijo Manríquez, dándole la llave de la habitación de éste.

Timoleón y Candelaria salieron de la pieza.

— Ahora, dijo Manríquez á Solama, vamos haciendo una resistencia heroica.

— Yo no tengo más armas que ésta, contestó Felipe, mostrando el cuchillo.

— No importa, replicó el oficial, tú no tienes necesidad de entrar en combate tan luego : serás la reserva y te quedarás en la otra pieza. Si yo me siento cansado, acudirás tú, y yo paso á la reserva.

Los de afuera seguían dando feroces golpes á la puerta, que parecía próxima á ceder.

— ¿Qué vas á hacer? preguntó Felipe, viendo á Manríquez poner la mano izquerda en la llave de la puerta.

— Voy á abrir, contestó éste, porque al paso que estos andan, me harán pagar todas las chapas de la casa.

Solama se parapetó tras de la mesa, viendo que Manríquez torcía la llave, diciendo á los de afuera.

— Esperen ustudes, ya voy á abrirles y nos entenderemos cara á cara.

XIV

No era un ataque inesperado para el lector de esta historia el que interrumpió la cena en que los amigos de Abelardo Manríquez celebraban su reconciliación con Candelaria.

Al salir del teatro, don Lino Alcunza juró vengarse de los autores de la escena en que tan ridículo papel le habían hecho representar, y conciliándose su venganza con el proyecto que de antemano había conbinado para apoderarse de Candelaria Basquiñuelas, don Lino condujo á los soldados de policía al lugar designado para el ataque, ofreciéndoles una generosa recompensa, si el buen éxito coronaba la empresa.

Llegados él y su tropa á la casa que ocupaba Candelaria, don Lino practicó un reconocimiento de la localidad, á fin de disponer con más acierto el ataque, en el caso muy probable de resistencia.

Acompañóle en esta operación el cabo que mandaba la fuerza y pudieron practicar el reconocimiento en

completa libertad, gracias á lo solitario de la calle y á lo avanzado de la hora.

Pronto notó don Lino que atacando por la puerta de la calle, los asaltados podrían fácilmente burlarle, saliendo por la huerta de la casa, cuyas paredes eran bajas, como ya varias veces se ha advertido en el curso de esta historia. Siendo de esquina la casa de Candelaria, sin dificultad podría huir ésta, bajando á la calle desierta con que deslindaba. Á fin, pues, de hacer frente á esta eventualidad, decidió don Lino reservarse para él este puesto con dos de sus hombres, mientras los tres restantes penetraban por la puerta de la calle. Adoptado este plan de ataque con el cabo que en el reconocimiento le acompañaba, dióle sus instrucciones, recomendándole apoderarse de la joven á todo trance, y de apresar á Manríquez si era posible. Don Lino, como dijimos, se quedó con dos hombres observando el lado de la casa por donde el enemigo podía emprender la fuga.

Vimos ya los incidentes que precedieron á la entrada de los soldados, y dejamos á Manríquez y á Solama aprontándose á recibir á sus agresores, mientras Timoleón y Candelaria buscaban la salvación por la vía del corral, que no podían sospechar estuviese guardada por los sitiadores.

Manríquez abrió resueltamente la puerta con la mano izquierda, al propio tiempo que con la derecha empuñaba el sable. Solama, parapetado tras de la mesa, había reunido varios platos, á los que destinaba el papel de proyectiles en caso de trabarse la refriega.

Los dos soldados y cabo que golpeaban á la puerta, dieron un salto hacia atras al verla abrirse. En su

umbral se presentó Manríquez, llenos los ojos de altanera indignación, y el ademán dispuesto á entrar en combate.

Los soldados, al verle en tan resuelta actitud, vacilaron un momento. Aprovechólo Manríquez para decirles :

— ¿ De orden de quien se atraven Vds. á atacar mi casa ?

— De orden de mi jefe, contestó el cabo con altanería.

— Á ver la orden, replicó Manríquez.

— No la traigo por escrito ; pero me ha ordenado llevarme preso al teniente Manríquez, y á una señora que la reclama su padre.

— Yo no obedezco órdenes verbales, repuso el oficial, y haré mañana que se castigue á Vds. por la insolencia con que se presentan á cumplirlas :

— ¿ Vd. es el teniente Manríquez ?

— Yo.

— Entonces viene preso al cuartel.

— ¿ Quién se atreve á llevarme ? Preguntó Manríquez, arrojando á sus adversarios una mirada de desprecio.

No le contestó el cabo sino que volviéndose hacia los dos soldados que tras él se hallaban, les dijo :

— Agárrenlo.

Los dos soldados, y el cabo con ellos, cayeron, sable en mano, sobre Manríquez, que se puso en guardia diciéndoles :

— Vamos á ver qué tal tropa es esta de policía.

Con estas palabras acompañó un hachazo dirigido al

cabo, cuyo sable voló en pedazos al chocarse con el de Manríquez.

— Mala hoja, exclamó con alegría el oficial.

No con la imperturbable sangre fría de Manríquez, pero con ánimo resuelto, presenciaba Solama aquella escena, y animado con el valor de su amigo, que dirigía cortes y reveses á sus adversarios sin darles tiempo para atacarle, empezó á lanzar platos á la cabeza de los asaltantes, que retrocedieron un momento, surprendidos por la lluvía de proyectiles á que no se esperaban.

— ¡ Buena reserva ! dijo Manríquez, no ahorres la loza, Felipe, esta canalla no merece bala, ya ves que entre los tres no son capaces de desarmarme.

Irritados los del ataque con estas palabras, arremetieron con mayor furia contra el que las decía, y el combate, suspendido por un momento, cobró mayor vigor que al principio.

El cabo, viéndose desarmado, se contentaba con animar á los otros, tratando de servirse contra Solama de los fragmentos de plato que yacían por el suelo. Pero Solama y Manríquez sostenían tan bien el ataque cada cual con sus armas, que los agresores iban persuadiéndose que la victoria podía mostrarse esquiva, si con mayor número de fuerza no doblaban la suya.

— Vamos á ver, baraja esa, decía Manríquez, dirigiendo una estocada á uno de los adversarios, y parando con admirable rapidez el corte que otro le asestaba.

— Y esos dos, añadía Felipe, lanzando un par de platos á los enemigos.

— Le diste á uno, gritó Manríquez, viendo que uno

de sus adversarios se llevaba las manos á los ojos.

— Allá va para el otro, contestó Felipe, tirando otro plato al cabo, que, enderezándose del suelo á donde se había inclinado para armarse de un proyectil, recibió en la frente el de Solama, y lanzó una imprecación al soltar el pedazo de plato que acababa de recoger.

Al mismo tiempo, Manríquez asestó al soldado que le atacaba un hachazo que le hizo soltar el sable. El oficial, con la velocidad del rayo, se lanzó sobre el arma que había caído á algunos pasos de distancia; mas el que la había dejado caer y el cabo, se echaron al mismo tiempo sobre él rodeándole con sus brazos.

— ¡ Preso, preso ! dijeron ambos.

— ¡ Nunca ! contestó Manríquez con voz de trueno, y haciendo tan supremo esfuerzo para desasirse de los que le estrechaban, que éstos sintieron escurrírseles su cuerpo entre las manos, y antes que hubieran podido ponerse en guardia, cayeron sobre sus cabezas furiosos golpes que Manríquez, rugiendo de cólera, les descargó para castigar su osadía. Tras estos golpes siguió descargándoles otros más recios, y con tal viveza lo hizo, que el soldado y el cabo salieron reculando de la pieza, y dejaron en el suelo el sable, por el que Manríquez había expuesto tan imprudentemente su persona.

— ¡ Victoria ! dijo el oficial apoderándose del sable, y tirándolo á Felipe añadió : armas para la reserva, que debe venir á unirse al grueso del ejército.

Felipe obedeció esta orden, y siguió á Manríquez que quiso coronar su victoria dando la última carga.

Mas, al llegar al patio, halláronlo desierto : el

enemigo había huído en busca de refuerzos, llevando un individuo fuera de combate con una grave herida en un ojo, hecha por uno de los platos de Solama.

— Somos dueños del campo, dijo Manríquez.

— Han ido á buscar más gente, contestó Solama ¿no oiste la amenaza del cabo?

— ¿Qué haremos? ¿perseguirlos ó replegarnos sobre Candelaria? Te confieso que no confío mucho en el valor de Timoleón, que, de miedo, es capaz de denunciarse él mismo á los serenos.

— Mejor es replegarse, dijo Felipe.

— Otra idea, repuso Manríquez: irás tú á practicar un reconocimiento á la huerta para ver si Candelaria y Timoleón se han salvado; yo, entretanto, esperaré aquí al enemigo.

— Si vienen cuatro no podrás resistirles: me parece mala tu idea.

— ¡Bah! ya tengo el cuerpo preparado y te prometo que no me vencerán.

— Entonces esparará contigo, contestó Felipe.

— No, haz lo que te digo, replicó Manríquez.

— Puesto que eres el jefe, obedeceré, añadió Solama, dirigiéndose al interior de la casa.

Manríquez quedó en la puerta de la calle reuniendo piedras para descargar sobre el enemigo, en caso que volviera á presentarse.

La narración, mientras tanto, debe retroceder al momento en que Candelaria y Timoleón salieron del comedor en que Manríquez se preparaba á la resistancia.

Convencido Miraflores de que el importuno ataque que había llegado á interrumpir la cena, era verda-

dero y no simulado, como al principio se lo imaginaba, dióse prisa, como vimos, en aprovechar la ocasión que para huir del peligro se le presentaba, y echó á andar camino del corral, seguido de la joven confiada á su hidalguía.

Juzgando por la celeridad de la marcha y la inquietud con que Timoleón y su protegida volvían de cuando en cuando la cabeza para mirar hacia atras, cualquiera habría dado la palma de la serenidad á Candelaria, pues, á pesar de su sexo, ella se detenía á veces y prestaba el oído para escuchar lo que en la casa pasaba, mientras que Miraflores la decía sin hacer otro tanto :

— Ande por Dios ¿no ve que pueden alcanzarnos ? y qué cuenta le doy de Vd. á Manríquez si nos dejamos tomar presos por andarnos parando ?

Cuando iban por mitad de la huerta, Candelaria se paró por tercera vez.

Empezaba Miraflores su amonestación, hija del miedo, cuando la joven le dijo :

— ¿No siente que me llaman ?

— Por lo mismo, ande ligera, contestó Timoleón.

— ¿Y si es Abelardo ? tornó á decir Candelaria.

— Tiene buenas piernas para alcanzarnos, ande ligera no más.

— ¿Vamos á ver quién es ? repuso ella, sintiendo más claramente pronunciar su nombre.

— ¿Está Vd. loca ? ¿No ve que puede ser un lazo para prenderla ? Yo, por mí, qué me importa, yo quería quedarme allá ; pero ya que estoy encargado de cuidarla á Vd., no la dejaré hacer ese disparate y.....

Anudóse la voz en la garganta de Timoleón al

ver entrar á la huerta una persona que hacia ellos se dirigía corriendo.

— ¡ Aquí vienen ! dijo con espanto á Candelaria y echó á correr sin pensar ya más que en libertarse él solo del peligro.

Al llegar al punto de la tapia más á propósito para saltar á la calle, detúvose un momento para buscar algún objeto saliente en que apoyar el pie.

— Timoleón, oyó decir, es la criada, espéreme.

Serenado un tanto con esta advertencia, esperó Miraflores, buscando siempre un punto de fácil acceso en la tapia.

Candelaria y la criada llegaron á él corriendo.

— Era ésta que me llamaba, dijo Candelaria, y que se había escondido en la cocina.

— Y ¿qué quiere que hagamos con *ésta*, pues? preguntó Timoleón con acento de súplica.

— Yo me voy con la señorita, yo no me quedo, exclamó la criada.

Miraflores se cruzó de brazos con desesperación, diciendo :

— ¡ Era lo que faltaba ahora ! ¿ Qué voy á hacer yo con dos mujeres por las calles ? maldita la hora en que.....

— Vamos, no se queje tanto y ayúdenos á subir, díjole Candelaria.

Timoleón obedeció, diciendo para disculparse :

— Yo no me quejo ; pero, á qué vino á antojársele á esta criada el ponerse á seguirnos : yo no temo más que por Vd., Vd. bien lo sabe ; pero si.....

— Bueno, ya estoy arriba, dijo Candelaria.

Apenas Timoleón oyó ésto, dió un salto y subió á la barda de la tapia.

— Y yo, pues, no me deje señorita, exclamó la criada.

— Eh, sube como puedas, la contestó Timoleón, obligando á Candelaria á bajar de la tapia.

— ¡ En fin, ya estamos fuera ! exclamó Miraflores, viéndose con su recomendada en la calle, y dando un suspiro de satisfacción.

No bien había pronunciado estas palabras, cuando dos hombres que él no había visto, apoderándose el uno de Candelaria y de él mismo el otro, les dijeron :

— ¡ Presos, ríndanse !

— Estoy rendido, contestó Timoleón, con admirable ligereza.

El que se había apoderado de Candelaria, la dijo al oído.

— Si dice una sola palabra, está perdida.

Y los dos hombres, al mismo tiempo, vendaron la vista á Candelaria y á su pacífico, cuanto tímido defensor.

El hombre que se había apoderado de Candelaria la condujo hacia otro hombre que esperaba á poca distancia del punto en que la joven había sido aprehendida, y el que estaba con Timoleón permaneció en el mismo punto en que se hallaba.

— ¡ No hay que moverse ! exclamó con acento amenazador, al ver á Timoleón hacer un ligero movimiento.

— No me moveré, ya no me muevo, contestó éste, temblando de miedo.

Hubo algunos instantes de silencio. Los dos hombres

que estaban con Candelaria se alejaron del que á Miraflores custodiaba, hasta perderse de vista.

Entonces dijo el guardián á Timoleón :

— Aquí voy á dejarlo ; pero le aseguro que si antes de diez minutos se mueve, muere al instante : después, puede irse donde le dé la gana.

Diciendo estas palabras se retiró.

Timoleón Francisco Miraflores no hizo desde ese instante más movimiento que el estrictamente necesario para respirar, y cada minuto le parecía un siglo. Una duda le ponía en los mayores conflictos : ¿ cómo calcular los diez minutos ? Afligía tanto más esta dificultad á Timoleón, cuanto que en su azarosa situación, figurábase que el mismo peligro corría excediéndose de los diez minutos que no esperándolos. Ningún reloj había por ahí, tampoco, para calcular ese término fatal, y érale imposible tener una idea del tiempo que iba trascurrido mientras meditaba, ni del que aun faltaba por trascurrir.

Al fin, cansado de esperar, atrevióse, después de mil vacilaciones, á quitarse de los ojos el sucio pañuelo de algodón que le servía de venda, y cuando giraba en torno suyo la inquieta mirada, felicitándose de lo que él reputaba un acto de osadía, algunos terroncillos que de la tapia cayeron, le obligaron á levantar los ojos.

Timoleón sintió de nuevo helársele la sangre en las venas, al ver á un hombre muy cerca de él sobre la barda de la pared. Su espíritu aterrorizado le sugirió esta idea :

— ¡ Éste es el que me va á matar, porque me he movido antes de los diez minutos !

Mientras tal pensaba, había vuelto á su actitud primera y trabajaba con imperceptibles movimientos por volverse á vendar la vista.

El que sobre la tapia estaba, bajó de un salto y se acercó precipitadamente á Timoleón.

Éste, creyendo llegado su último instante, exclamó:

— ¡ No me he movido ! ¡ no vé que tengo los ojos tapados, no me haga nada !

— ¡ Eh ! quién te va á hacer nada ! díjole el que se había bajado, arrancándole la venda de los ojos.

— ¡ Felipe ! exclamó Timoleón, sin comprender la aparición de su amigo.

— ¿ Qué ha habido ? ¿ por qué estas aquí solo ? ¿ y Candelaria ? preguntó Solama con inquietud.

— Voy á decirte, aguárdate, pues, contestó Miraflores, respirando para ganar tiempo, como un hombre que ha subido una larga pendiente.

Solama repitió su pregunta con impaciencia.

— Ah, caramba, exclamó Timoleón, que empezaba á recobrar su serenidad ¿ crees que lo que me ha pasado puede contarse en dos palabras ?

— Pero en fin ¿ qué es de Candelaria, vamos á ver ? dijo por tercera vez Felipe, dando en esta ocasión una patada de despecho en el suelo.

— Y Abelardo ¿ dónde está ? contestó Miraflores, queriendo á todo trance ganar tiempo, para inventar algo en su abono.

— En la casa, respondió Solama, decidiéndose por su parte á contestar, para ver si por este medio arrancaría á Timoleón más pronto una respuesta categórica.

— ¿ Y los soldados ? preguntó Miraflores.

— Huyeron.

— ¿ No volverán ?

— No lo creo, la calle está enteramente desierta.

— Entonces, vamos donde Abelardo, ahí les contaré lo que me ha pasado, dijo Timoleón.

— Bueno, vamos ligero, contestó Felipe, poniéndose en marcha.

XV

Timoleón Francisco Miraflores, interrogado por Manríquez acerca de lo que le había acontecido, comenzó de este modo su relato :

— Cuando atravesábamos el corral, se nos presentó la criada suplicándonos que la llevásemos. Yo me opuse : « los guerreros, hija mía, la dije, deben evitar molestos bagajes y sacrificarlos en la retirada ; » pero insistió ella con porfía y yo......

— Bueno, dejemos lo de la criada y vamos á ver cómo se apoderaron de Candelaria, dijo interrumpiéndole Manríquez.

— Á eso voy, repuso Timoleón. Algo me costó subir á la tapia, mientras que la criada me tiraba la levita para que no la dejase.

— En fin : la subiste, tú después, y ambos se bajaron del otro lado. Vamos á ver ¿ y después ? dijo Felipe, cuya impaciencia no era menor que la de Manríquez.

— Bajamos, prosiguió Miraflores, y todavía no habíamos dado un paso, cuando nos vemos por todas partes rodeados de gente, que parecía haber brotado de la tierra.

— Estarían escondidos, ya no hay apariciones fantásticas, observó Solama.

— ¿ Cuántos eran ? preguntó Manríquez.

— ¿ Cuántos ?... lo menos serían.... yo no alcancé á contarlos; pero no serían menos de quince.

— ¡ Quince ! ¡ tantos ! exclamaron á un tiempo Manríquez y Solama.

— Lo menos, contestó Miraflores sin titubear.

— Raro me parece, cuando aquí sólo vinieron tres, dijo el oficial.

— Tres, y eso que debían ellos suponer que la mayor fuerza la necesitaban para atacarnos y no para resguardar un puesto de utilidad muy eventual como era la tapia, dijo Solama, caviloso.

— Lo cierto es que no serían menos de quince, repitió Timoleón.

— Pongamos cinco, por lo que puedes haberte alucinado, dijo Felipe.

— No, hijo mío, yo no me alucino así no más, replicó Miraflores picado : no me precio de valiente; pero el miedo no es capaz de turbarme la vista, y sostengo que eran quince por lo menos : ¡ conque no digo veinte porque no me gusta exagerar !

— En fin, te rodearon ¿ Y qué más ? preguntó Manríquez.

— Bueno, pues, no me interrumpan tanto y déjenme hablar si quieren saber, contestó Miraflores : me rodearon diciéndome : « ríndase ó muere ». « No me rindo, caramba, » les contesté, poniéndome delante de Candelaria. Lo peor era que yo iba enteramente desarmado. Todos á un tiempo me atacaron y yo empecé á repartir trompones por todos lados, hasta que me

tiraron una manta á la cabeza y sólo así me pudieron voltear.

— Debían entonces ser arrieros, pues ese es el método que emplean para las mulas *chúcaras*, dijo Solama, que conociendo á Timoleón, no había creído nada de lo que éste contaba.

— Desde entonces no me fué posible defenderme, prosiguió Miraflores sin hacer alto en esa observación burlesca ; me vendaron la vista y con amenaza de matarme me hicieron dar mi palabra de honor de que no me movería en toda la noche.

— ¿ De modo que no viste por donde se marcharon con Candelaria ? preguntó Manríquez.

— Imposible, estaba con los ojos vendados.

— Cuando yo llegué, dijo Felipe, estaba jugando á la « gallinita ciega ».

Recordando Miraflores que sus palabras á Solama en la ocasión de que éste hablaba, no eran muy buenas pruebas de su denuedo, juzgó más conveniente callarse.

— Y ahora, dijo el oficial mirando á Solama, ¿ qué haremos ?

— Vamos á quejarnos al comandante de policía, dijo Timoleón.

— ¿ Para que nos dejen presos, se averigüe el caso y aparezca yo como raptor de Candelaria, y se apoderen de mí los recetores, abogados, procuradores y toda la pandilla de ministriles ? Timoleón, estás turbado, hijo mío.

— Así es Timoleón ; la manta de los arrieros te ha conturbado, repitió Solama, que aun en aquella cir-

cunstancia, no podía prescindir de hablar de chanza con Timoleón.

— Hagan lo que se les antoje, dijo éste, enfadado.

— Se me ocurre una cosa, exclamó Manríquez.

— ¿Á ver? preguntó Solama, á quien el oficial se había dirigido.

— El autor de este ataque, no puede ser otro que don Raimundo, que me habrá denunciado á la policía.

— Ó más bien nuestro amigo don Lino Alcunza, dijo Felipe: el viejo Basquiñuelas es tímido.

— Ó los dos reunidos tal vez, repuso Manríquez: bien, como lo más probable es que lleven á Candelaria á casa de su padre, vamos á instalarnos á la puerta, y quitaremos á Candelaria á los que la lleven.

— Como te parezca, contestó Felipe, que, sin embargo de no hallar muy acertado este plan, no quería contradecir á su amigo, cuyo arrojo le tenía fascinado.

— Pero así también te pueden tomar preso y seguirte una causa criminal, exclamó Timoleón, picado de que no se le consultase, y ansioso de tomar su desquite de la reciente repulsa del medio que él había propuesto.

— Que tú no hagas la diferencia entre entregarse y caer combatiendo, no es culpa mía, contestó Manríquez con áspera voz.

Miraflores no se atrevió á replicar; pero su imaginación le sugirió una idea para hacerse agradable y libertarse de todo peligro.

— Si Vds. van á casa de don Raimundo, dijo, bueno será entonces que yo vaya á la de don Lino, á ver si llevan ahí á Candelaria.

— Si es don Lino el autor del ataque, buen cuidado

tendrá de no llevarla á casa de su mujer, respondió Felipe.

— Quién sabe, no está demás ver, replicó Timoleón, á quien la idea de un combate probable no cuadraba.

— Entonces, cada uno á su puesto, dijo Manríquez. Éste y Solama se encaminaron á casa de don Raimundo, dirigiéndose á la suya Timoleón, que se guardó muy bien de ir á ocupar el puesto que él mismo se había designado.

La casa de don Raimundo Basquiñuelas se hallaba en completo silencio cuando el oficial y Felipe llegaron á ella. En vano pusieron á la puerta el oído para descubrir algún movimiento en el interior ; en vano recorrieron las inmediaciones y se apostaron después en un lugar á propósito para observar cuanto pasase alrededor : en la casa todo dormía, nadie por la calle pasaba, y los dos jóvenes permanecieron en observación más de media hora, sin descubrir ningún indicio favorable á su pesquisa.

Rompieron entonces el silencio que guardaban y conversaron durante algún tiempo á cerca de la conducta que debían seguir, en caso de ser perseguido Manríquez como raptor de Candelaria. Después, cansados de esperar se despidieron, dándose cita para el día siguiente, á fin de adoptar un plan para descubrir el paradero de la joven.

Candelaria misma no habría podido designar ese paradero, aun cuando se la hubiesen ofrecido los medios de comunicarse con Manríquez. Sobrecogido de terror el espíritu al verse prendida, cuando creía escapar al peligro que la amenazaba, la joven se dejó separar de Timoleón sin hacer observación alguna

y siguió los pasos de los que la habían aprehendido, sin pensar siquiera en reconocer las calles que recorría. Desde ese instante creyóse perdida Candelaria. Para ella, el ataque dado á la casa y su aprehensión, eran obra de su padre, que, sin duda, tanto había tardado en ejecutarla, por no haber podido hasta entonces descubrir su asilo. Ante la proximidad de un castigo que su aterrorizada imaginación se forjaba terrible, el arrepentimiento profundo se abrió paso en su corazón, precedido del cortejo de terrores que se apoderan del ánimo cuando ve la imposibilidad de confiar al tiempo la enmienda, que siempre el corazón es inclinado á aplazar. Aterrada por esto á la idea del porvenir de vergüenza y sufrimientos que le aguardaba, dejóse conducir sin resistencia, atravesó sin conocerlas varias calles, y entró, precedida de sus dos guardianes, en una casita situada en una calle muy distante de la acababa de abandonar.

Fué introducida en una pieza cuyo amueblado no se curó de observar, pues viéndose sola en ella, se arrojó sobre una silla y cubrió su rostro con ambas manos, dejando correr el llanto, que sólo entonces pudo brotar de sus ojos.

Al cabo de algunos momentos, y como su padre, á quien ella por instantes esperaba ver aparecer, no se mostraba, Candelaria levantó la frente, tendió en torno suyo una mirada tímida y se preguntó, por qué su padre, en vez de hacerla conducir á su propia casa, la encerraba en aquella, cuyo aspecto estaba muy lejos de semejar á una prisión.

Antes que hubiese hallado una solución á esta duda, don Lino Alcunza se introdujo en la estancia, abriendo

con cautela la puerta que con igual precaución cerró tras él.

Al verle, Candelaria experimentó un gran alivio de la dolorosa angustia que la traía atormentada. Aquel hombre á quien ella siempre había tratado con desdén, debía presentarse entonces como un mediador entre su padre y ella. Tal pensamiento la ocurrió con la presencia de Alcunza, y con el recuerdo de la carta que éste le había dirigido en la mañana de aquel mismo día.

— ¡ Don Lino por Dios ! ¿ dónde estoy ? díjole levantándose cuando Alcunza se acercó á ella.

— En su casa, señorita, contestó éste, invitándola á sentarse con ademán cortés.

— No, ésta no es mi casa ¿ qué quieren hacer de mí ? volvió á preguntar ella con inquietud.

— Está Vd. aquí de orden de su padre, respondió don Lino.

Al oir mencionar la autoridad de don Raimundo, la joven bajó la frente con tristeza.

Don Lino prosiguió sin esperar nueva pregunta :

— Ha de saber, Candelaria, que esta mañana después de mi carta, me dijeron en mi casa que don Raimundo me mandaba llamar. Fuí á verle inmediatamente, porque me figuré que se trataba de Vd. á quièn aprecio tanto. Me encontré con su padre siempre furioso con Vd. y decidido á pedir auxilio á la policía para llevarla presa á la casa de Corrección : quién sabe cómo descubrió á donde Vd. vivía. Me mandaba llamar sabiendo que tengo amistad con el Comandante de policía y con algunos oficiales de este cuerpo. ¡ Figúrese

si me alegraría de haber ido! Harto me costó para hacerle renunciar á su proyecto ¿y sabe cómo lo conseguí?

Candelaria levantó los ojos, como preguntándole lo que él mismo preguntaba.

— ¿Sabe cómo? prosiguió don Lino: prometiéndole que yo tomaba todo el asunto á mi cargo, con tal que no la hiciese pasar á Vd. por la vergüenza de entrar á la Corrección. Le dije que yo tenía á quien encargar se apoderase de Vd., y la separase del oficial; que estaba seguro que Vd. debía hallarse arrepentida, y que en lugar de deshonrarla para siempre, publicando lo que Vd. había hecho, me parecía más prudente separarla de Manríquez y dejar que Vd. se hiciese perdonar. Don Raimundo me contestó que no le importaba ya que Vd. y toda la familia se deshonrasen; pero que, puesto que yo me empeñaba por Vd., consentía en todo, con tal que Vd. se separase para siempre de *ese* hombre, que le jurase no pensar más en él y obedecerle siempre en lo que su padre le mandase. En eso quedamos convenidos, y él me dijo que no la vería á Vd. hasta que tuviese pruebas de su arrepentimiento y que, entretanto, aceptaba la oferta que yo le hacía de esta casa para que Vd. viniese algunos días, y que cuando él se sienta menos irritado contra Vd., entonces podrá verla y llevarla al lado de sus hermanas.

Callóse don Lino para ver el efecto de esta relación, que de antemano había preparado para aquel caso.

Candelaria no dudó un sólo instante de su veracidad. Llena de alegría al ver disiparse gran parte de los males que había creído iban á descargarse sobre ella, acogió las muestras de interés que en su relación

habíale manifestado don Lino con señales del más sincero agradecimiento.

— Le aseguro que le agradezco en el alma todo lo que Vd. ha hecho por mí, dijo con acento conmovido.

— El mejor modo de agradecérmelo, contestó Alcunza con hipócrita frialdad, es arrepentirse de lo sucedido y mirar más bien por su interés. ¿ Ha pensado Vd. en lo que le esperaba con ese oficial ?

— Sí...... pero,.... dijo balbuciente la joven.

— Cuando Vd. menos lo hubiese pensado, la dejaba en la calle expuesta á la miseria; mientras que haciéndose Vd. digna del perdón de su padre, todo se olvidará, y al cabo de poco tiempo volverá Vd. á ser feliz.

— Tiene Vd. razón, dijo Candelaria, recordando con estas palabras las reflexiones tristísimas que le habían ocupado durante los tres días de ausencia de Manríquez.

— Luego, no está Vd. enojada conmigo por lo que he hecho ¿ no es así ?

— ¡ Enojada ! se lo agradezco mucho y veo que Vd. tiene razón en lo que me dice.

— El oficialito ese está acostumbrado á estas cosas y no es Vd. la primera á quien engaña.

— Lo que yo quiero es que mi tatita me perdone, dijo Candelaria, bajando la frente con tristeza.

— La perdonará si usted se empeña y hace lo que él desea, contestó don Lino.

— Yo estoy dispuesta á obedecerle.

— Dele usted una prueba de ello y se calmará su enojo.

— ¿ Qué prueba ? yo no sé, pues.

— ¿ Qué mejor prueba que manifestarle el deseo

que tiene de darle gusto, separándose de Manríquez?

— Se la daría si pudiese, pero ¿cómo pues?

— ¿Quiere que yo lo indique un modo de hacerlo, de manera que no le quede á él duda ninguna?

— Bueno, con mucho gusto.

— Escriba Vd. una carta á Manríquez diciéndole que por obtener el perdón de su padre lo olvida para siempre, á menos que él consienta en casarse con Vd. Esa carta se la llevo yo á don Raimundo y él la manda al oficial.

— ¡Me cuesta tanto escribir! dijo la joven, poniéndose encarnada de confusión.

— Yo se la dictaré y Vd. la escribe, replicó Alcunza.

— Así, sí, dijo Candelaria.

Acercóse don Lino á un escritorio, del que sacó plumas, tinta y papel.

— Vaya, aquí tiene de todo, dijo señalando á Candelaria un asiento al lado de la mesa en que colocó estos objetos.

Candelaria ocupó el asiento y tomó una pluma.

Por el modo como iba don Lino conduciendo este negocio, se vendrá en cuenta de que no carecía de astucia para intrigas cuyo fin era la satisfacción de los deseos á que tantos varones, graves para el público y de intachable moralidad en apariencia, consagran los ocios á que los bienes de fortuna les permiten entregarse. El caso de la carta estaba previsto en su plan, como los demás á que le veremos llegar en la consecución de sus miras. Por esta causa, lejos de titubear cuando Candelaria tomó la actitud del que se halla pronto á escribir, don Lino empezó á dictar con facilidad, conceptos en los cuales se traslucía la

detenida meditación con que los había preparado y el arte con que esperaba separar para siempre á la joven de su amante, á fin de dejarse el campo enteramente libre de rivales.

Como ninguna de las frases eran de condición para alarmar á Candelaria, ésta las escribió como si fueran la expresión de sus propios deseos y pensamiento, á medida que don Lino se las dictaba, con acento que parecía consultar su opinión para cada una de ellas.

Terminada la carta, y como viese don Lino que al estampar la firma los ojos de Candelaria se llenaban de lágrimas, la dijo:

— Piense bien lo que hace; yo estoy seguro que su padre quedará satisfecho de esta carta, y como conozco á Manríquez, sé muy bien que después de leerla no se volverá á acordar más de Vd.

Fué derecho este golpe adonde iba dirigido. Candelaria contestó, como si Manríquez mismo le hubiese hecho este pronóstico insultante á su amor propio:

— Yo tampoco lo he de ir á rogar si me olvida.

Don Lino se apoderó de la carta y la guardó.

— Yo estoy seguro que antes de un mes la habría abandonado á Vd. dijo; mientras que al lado de su familia, nadie tendrá nada qué decirla.

— Yo confío en que Vd. me ponga bien con mi tatita, repuso la joven, secando el llanto que al firmar la carta había brotado de sus ojos.

— Por Vd. todo lo haré.

— Éste fué el único galanteo que don Lino creyó oportuno dirigir á Candelaria aquella noche. Al decirlo, tomó el sombrero que había dejado sobre una

silla, y poniéndose de pie, añadió tras corto silencio :

— Queda V. en su casa, señorita : una criada y un criado están aquí á sus órdenes. Yo prometí á su padre que hasta que él no lo consienta Vd. no se moverá de aquí ; ni siquiera á la puerta de la calle : espero, pues, que no me dejará mal con él.

— Demasiado le debo para eso, contestó la joven.

Don Lino llamó á la criada de que había hablado y la puso á disposición de Candelaria.

Tras esto se despidió con señales de respetuosa deferencia. Al llegar á la puerta, dijo á un criado que la abrió para darle paso :

— Cuidado, pues, Antonio, ya sabes tu obligación.

El criado se inclinó con respeto, y al cerrar la puerta torció con estrépito la llave, como para dar á su amo una muestra de su obediencia y discreción.

XVI

Las ocho de la mañana del siguiente día acababan de dar, cuando don Lino Alcunza llegó á la casa de don Raimundo Basquiñuelas.

Hallábase el padre de Candelaria tomando mate en su cuarto, y vestido con el traje que le conocemos ; pantalón, fraque, chaleco, corbata y sombrero negros, y sus anchas zapatillas de orillo, compañeras inseparables de sus tribulaciones y dolores de callos.

— Buena noticia, díjole don Lino, ocupando la poltrona de *totora* que le cedió con respetuosa deferencia el viejo.

— ¿ Cómo así ? preguntó éste, sentándose á su lado.

— Ya tenemos á la niña en nuestro poder.

Un vago reflejo de alegría brilló en los ojos de don Raimundo.

— ¿ Á Candelaria ? preguntó, ¿ y cómo ?

Refirió don Lino los sucesos de la noche precedente, arreglándolos á su manera, y concluyó diciendo que había depositado á Candelaria bajo la protección y salvaguardia de su mujer.

— Usted es mi ángel de la guarda, exclamó don Raimundo enternecido de reconocimiento.

— Lo mejor es que la niña está en muy buena disposición, dijo Alcunza, sin experimentar el menor remordimiento por la inmerecida gratitud que se le tributaba.

— ¡ No lo dudo, pues, y será gracias á usted ! contestó don Raimundo, chupando con entusiasmo la bombilla, pues, todas sus impresiones tenían el poder de avivarle el apetito.

Mas, el agua que contenía el mate estaba demasiado caliente para tan rápida absorción : subió con velocidad por la bombilla y llegó á estrellarse contra el paladar, haciendo á don Raimundo dar un salto sobre su silla.

— ¿ Qué tiene ? preguntóle Alcunza.

— No es nada, este mate que está tan caliente... ¿ Conque, en muy buena disposición ?

— Como no era de esperarlo.

— Más vale así.

— Ahora le toca á usted apoyarla, para que no desmaye.

— Mucho me costará verla.

— No debe usted hacerlo tan pronto, para que así

tenga más poder su autoridad ; pero debe secundar su buena disposición.

— Ya sabe que me confío á usted para todo : deme un consejo, y lo seguiré á ojo cerrado.

— Ante todo, lea usted esta carta.

Don Raimundo se echó hacia atrás el sombrero, púsose los anteojos y leyó la carta con voz nasal y dificultosa dicción.

— ¡ Superior ! exclamó al concluirla.

— Lo que usted quiere, es que este asunto se termine sin ruido ¿ no es así ?

— La reputación antes de todo ¿ no le parece ?

— Por supuesto ; pero aun falta algo todavía para que el asunto quede concluído.

— Le mandaremos la carta al mozo ese.

— La carta sola de Candelaria no tendría gran fuerza á sus ojos y volvería á perseguirla : es indispensable que esa carta vaya acompañada de otra de usted.

— ¡ En todo piensa usted, mi señor don Lino ! exclamó el viejo Basquiñuelas, uniendo á su profundo agradecimiento una grande admiración por el ingenio de don Lino.

— Qué quiere, pues, amigo, cuando se hacen las cosas, es preciso hacerlas en regla, contestó el intrigante Alcunza.

— Usted, ya sabe, pues, disponga no más de mí.

— Vea, pues, don Raimundo, con una carta de usted en que le diga que tiene á Candelaria en su poder, y que si vuelve á perseguirla principiaría por ponerla en la Corrección, y concluirá llevando la

queja de él al señor Ministro Portales, yo le prometo que lo deja en paz para toda la vida.

— ¿ Sabe que me parece muy bien ?

— Entonces, manos á la obra.

— Con mucho gusto.

Don Lino encendió un cigarro y don Raimundo se puso á escribir, consultándole, de cuando en cuando, acerca del giro que convenía dar á ciertas frases Duró esta operación un buen espacio, porque la letra de don Raimundo distaba mucho de ser cursiva.

— Á ver, señor, qué le parece, dijo por fin el viejo Basquiñuelas.

— Leyó su carta, acentuando en los puntos que Alcunza había recomendado.

— Está buena ; démela y yo las mandaré las dos.

Nuevas protestas de agradecimiento hizo don Raimundo al entregar la carta á su interesado protector, quien se despidió de él, ofreciéndole ponerle al corriente de los pasos que fuere dando Candelaria en la vía de la enmienda.

— Esto también servirá de ejemplo para sus hermanas, dijo al terminar, porque así verán que usted no tiene indulgencia para tales faltas.

Vióle salir don Raimundo y quedóse repitiendo entre dientes.

— ¡ Qué alhaja de hombre ! cuánto vale tener buenas amistades !

Así llamaba don Raimundo á esas relaciones con gente rica, de que los pobres son ávidos generalmente, sin venir en cuenta que las más veces, esos protectores magnates, venden sus favores en cambio de la honra de los débiles, que sin rubor y sin piedad sacrifican.

Y don Lino no era una rara excepción en nuestra sociedad tan vana de su riqueza.

Ni tampoco lo era don Raimundo, víctima de la protección de un rico, de cuya amistad se envanecía.

Y aunque parezca inútil decirlo, vale más ser en este caso redundante: don Lino gozaba de todas las consideraciones sociales que dan la posición de una buena casa y mucho dinero á usura; mientras que al pobre empleado, de compasión le toleraba el Gobierno, y sólo recibía atenciones de aquéllos que pretendían introducirse en su casa porque tenía hijas bonitas.

Lástima es que por la frecuencia con que tales cosas acontecen, llegue á parecer trivial el señalarlas como acotación á las escenas que se pintan.

Ni un solo escrúpulo molestaba á don Lino Alcunza en la prosecusión de su plan. Con tan buenas armas como lo eran las dos cartas que llevaba, fuése contento á su casa pensando en el modo de sacar de ellas el mejor partido.

Antes que Manríquez las recibiese, habíase visto con Felipe, á quien envió á casa de Timoleón Francisco Miraflores, para que éste, como amigo de Alcunza, le hiciese una visita, á fin de tratar de descubrir si don Lino tenía parte en el rapto de Candelaria, y tener de este modo algún indicio de su paradero.

Timoleón acababa de levantarse cuando Felipe golpeó á su puerta. Las emociones de la pasada noche le habían desvelado contra su costumbre, así lo dijo á Solama, añadiendo que sufría de un fuerte dolor de cabeza. Esta advertencia iba calculada por Miraflores para tener á la mano una disculpa, en caso que su

amigo llegase á exigirle algún servicio compromitente.

— Para el dolor de cabeza te conviene el aire puro de las calles, díjole Solama.

— No pienso salir, me siento mal, contestó Miraflores.

— Esa resolución no cuadra con el servicio que vengo á pedirte de parte de Manríquez.

— ¿ Qué servicio ? no sé si pueda hacerlo, pues.

— Tú eres causa, en gran parte, de la pérdida de Elena, dijo Solama.

— ¿ Qué Elena ? preguntó con extrañeza Timoleón

— Esa que ha sido causa de la Troya que fué anoche.

— Ah, Candelaria y ¿ qué hay con eso ?

— Manríquez, que tú sabes tiene sus rarezas, repuso Felipe, se ha metido en la cabeza que ha de buscar á Candelaria.

— Hace bien ¿ no la sacó él de casa de su padre ? En estas cosas es necesario ser formal.

— Como te parezca : yo hallo que es más formal no sacar á las chicas de casa de sus padres, no mediando el consentimiento de sus ídems ; pero vamos al caso : Manríquez quiere que parezca la Candelaria perdida, y te nombra buzo para buscar á esta perla.

— ¿ Y cómo quiere que yo la encuentre ?

— Eso debías haber pensado antes de perderla, hijo mío.

— ¡ Yo te habría visto en mi lugar !

— No lo jures, te lo creo que habrías preferido verme en tu lugar ; pero tú la perdiste y á ti te toca buscarla.

— En fin ¿ qué quiere que yo haga ? Candelaria no

es de palo, tampoco, para que se quede como muerta : ella encontrará modo de decir á donde está.

— Ese caso debe colocarse en la categoría de los fortuitos, y como Manríquez es impaciente, quiere, como te digo, hallar á su Candelaria muy pronto.

— ¡ Qué caramba ! ¡ que la deje perderse ! exclamó Timoleón, que no podía resignarse á tomar de nuevo cartas en un asunto de que tan mal parado había salido.

— Tanto más, cuanto que yo creo que no la quiere ya, dijo Felipe.

— Es cierto, ya no la quiere ¡ hombre ! ahora me acuerdo : no la quiere, puesto que me preguntó por Inés Arboleda el otro día, y me dijo que le hiciese convidar al baile de despedida que le dan pasado mañana ¡ Tan poco malicioso que soy yo !

— Queda probado que no la quiere ; pero ¿ cómo me probarías tú que consiente en dejar perderse á Candelaria ?

— Yo no soy adivino tampoco para descubrirlo, replicó Timoleón.

— No se te exige que lo seas ; pero si que hagas una visita.

— ¿ Á quién ? yo no conozco á nadie.

— Á don Lino Alcunza.

— ¿ Para qué ?

— Para que con la malicia que te caracteriza, indagues si él tiene parte en el rapto de Elena-Candelaria.

— ¡ Y por qué no hablas claro, pues, hombre ! exclamó contentísimo Miraflores, de ver que tan poca cosa se exigía de él.

— En fin, ya está dicho ¿puedes hacerlo?

— Con mucho gusto: oh, yo, ya sabes, por los amigos todo; para mí no hay sacrificio tratándose de ellos.

— Tienes el corazón de Cástor, dijo Solama.

— Déjate de bromas, tengo corazón de carne, como todos; pero corazón que sabe querer á los amigos.

— Tú confundes al personaje mitológico llamado Cástor con el cuero de este nombre, replicó Felipe; pero esto no importa ¿nos vamos?

— ¿Adonde?

— Á casa de don Lino.

— Estará durmiendo.

Le servirás de despertador y le verás la cara en ayunas.

— Bueno, pues, si te parece, vamos andando.

Salieron á la calle. Al despedirse dijo Felipe á Timoleón, hablándole de don Lino:

— Que él ni sospeche tu intento, para esto no estará de más que le insinúes algo de la indiferencia de Manríquez por Candelaria.

— Pierde cuidado, yo sé hacer las cosas, hijo mío, respondió Miraflores, prometiendo ir después á casa de Manríquez, en donde con éste le esperaría Felipe, para saber el resultado de su visita.

XVII

Cuando entró Timoleón á casa de don Lino Alcunza éste se hallaba de regreso, después de haber salido temprano.

Al ver á Miraflores, sospechó al instante don Lino el objeto que tan de mañana le llevaba.

Timoleón creyó ser un consumado diplomático hablando de diversas materias, antes de insinuar una sola palabra acerça de su asunto. Entre otras cosas, trajo á colación el baile que se preparaba en honor de Inés Arboleda.

— ¿ Sabe una cosa curiosa que he descubierto ? dijo á don Lino, que esperaba por momentos verle llegar al objeto verdadero de su visita.

— ¿ Qué cosa ? preguntó Alcunza.

— Que nuestro amigo Manríquez está enamorado de Inés.

— ¿ Adónde la ha conocido ?

— No sé, pero está loco por ella.

— Y Candelaria entonces, ¿ ya no la quiere ?

— ¡ Qué no conoce á Manríquez ; estoy seguro que ya no se acuerda de ella !

— ¡ Cómo, no se acuerda, cuando está viéndola todos los días !

— ¿ Qué no sabe Vd. lo que le ha pasado ? preguntó Timoleón, fijando una mirada investigadora en su interlocutor.

Don Lino respondió con la mayor naturalidad posible :

— No ¿ qué le ha pasado ?

— Anoche le robaron á Candelaria, contestó Miraflores, aumentando la fijeza de su mirada.

— ¡ Hombre ! ¡ qué está Vd. diciendo !

— Lo que Vd. oye.

Don Lino fingió quedarse pensativo, lo que fué para Timoleón un indicio de segura victoria. Pensando

coronarla pronto con un golpe maestro, se acercó á don Lino diciéndole :

— ¡ Ah, tunante, Vd. lo sabía y se queda callado !

— Yo le diré lo que sé : ya veo que á Vd. es imposible ocultarle nada.

Timoleón se dijo para sí rebosando de orgullo :

— ¡ Lo cacé ! Luego añadió en alta voz : Yo estaba seguro que Vd. tenía parte en esto.

— ¿ En qué ? preguntó don Lino.

— En lo de anoche, pues.

— No sé de qué quiere hablarme.

Timoleón refirió la parte de la aventura de la noche anterior en que él había figurado.

— ¡ Ahora comprendo ! exclamó Alcunza, cuando Miraflores terminó su relación.

— ¿ Qué cosa comprende ?

— Ciertas palabras que oí á don Raimundo ayer, y ellas me lo explican todo con lo que Vd. me cuenta.

— Es decir que Vd. sabe adónde habrán puesto á Candelaria.

— ¡ Qué gracia ! después de lo que acabo de oir, para mí no hay misterio en eso.

— Bueno, pués, vamos á ver ¿ adónde está ?

— En casa de don Raimundo ¿ dónde quiere que un padre ponga á su hija ?

— Cabal, dijo Timoleón, admirado de que ni Manríquez, ni Solama, ni él hubiesen hecho antes tan lógica reflexión.

— Á ver... dijo don Lino después de reflexionar algunos instantes... déjeme pensar y no me quedará duda ¿ Vd. me dijo que Manríquez estaba enamorado de Inés Arboleda ?

— Sí ¿ qué la conoce Vd. ?

— Hace más de diez años. Bueno, no nos perdamos pues ¿ qué motivo tiene Vd. para creer que Manríquez esté enamorado de ella ?

Recordó Timoleón al oir esta pregunta, que Solama le había recomendado como expediente útil el hablar de la indiferencia de Manríquez por Candelaria. Según Miraflores ninguna prueba más fehaciente para probar esto, que dar por verdadero y averiguado el amor del oficial á Inés, que él y Solama habían supuesto por ligeros indicios. Con esta reflexión creyóse, pues, autorizado para sacar de este recurso todo el partido posible y contestó :

— El motivo que yo tengo es uno muy claro : Manríquez quiere ir al baile que dan á Inés sólo por verse con ella.

Como se ve, Miraflores acertaba con la verdad, creyendo simplemente inventar una mentira, dando por ciertas sus sospechas.

— ¿ Vd. está seguro de eso ? le preguntó don Lino.

— Como de que estoy hablando con Vd., respondió Timoleón con aplomo.

— Entonces no hay duda : Candelaria está en casa de su padre.

— No veo que relación haya entre esto y aquello.

— Ah, ahí está la cosa : esto confirma mis sospechas.

— No le entiendo, amigo don Lino.

— Después verá Vd., no le digo más por ahora.

Timoleón, que veía cumplido el propósito de su visita, no se dió el trabajo de insistir y cambió de conversación, siempre con la mira de disimular. Al

cabo de pocos momentos se despidió, figurándose haber alcanzado plenamente el fin que se había propuesto.

Satisfecho con tal creencia, dirigióse á casa de Manríquez, diciéndose que el modo de encarecer sus méritos en presencia de sus amigos, era exagerar la dificultad que había tenido que vencer para llegar á descubrir el paradero de Candelaria.

Cuando entró Timoleón á la pieza del oficial, Manríquez estaba solo. Miraflores creyó del caso saludarle como quien llega á dar un pésame y evita, por consiguiente, toda conversación sobre el difunto, que tales veces hacía entonces la desaparecida Candelaria.

— Me había dicho Felipe que aquí me esperaría, dijo para empezar la conversación.

— Pronto llegará, contestó el oficial.

Hubo un espacio de silencio. Acabábanle de romper hablando de asuntos extraños al objeto que les reunía, cuando Solama entró en la estancia. Viendo á Timoleón le preguntó :

— ¿Como te fué? ¿Encontraste á don Lino?

— Lo encontré ¿Sabes que el diantre del viejo no es tan tonto como tú dices? contestó Timoleón.

— Eso quiere decir que no será tonto según el texto Miraflores; pero lo es según la *vulgata* ó el público, dijo Felipe.

— Se equivocan, hijo, don Lino es muy ladino.

— Entonces te fué mal en tu visita, y quieres con esa prevención hacernos tragar la píldora.

— Eso no, hijo mío, á mí no me va mal así no más : si el viejo es ladino, á mi nadie me mete el dedo en la boca.

— Entonces cuenta lo que sabes ¿adónde está Candelaria? repuso Felipe.

— No se pueden Vds. figurar lo que me costó sonsacarle eso á don Lino, contestó Miraflores.

— Supón que nos lo hemos figurado; contesta luego, replicó impaciente Solama.

— Es inútil, dijo Manríquez interponiéndose en esta discusión; vean Vds. las cartas que acabo de recibir.

Cogió Solama dos cartas que le presentó Manríquez y dijo al leer las firmas que llevaban :

— ¡ Qué es esto ! El padre y la hija !

— Candelaria está en casa de su padre, yo se lo sonsaqué á don Lino, dijo Timoleón, viendo q e no le dejaban tiempo de dar á su noticia los visos de una proeza alcanzada por su astucia.

— ¿ Cuándo recibiste estas cartas ? preguntó Felipe á Manríquez.

— Hace un instante.

— ¿ Y qué te dicen ?

— Puedes leerlas.

— En alta voz, amigo, exclamó Miraflores, viendo que Solama empezaba á leer para sí.

Felipe consultó á Manríquez con la vista, y habiendo hecho éste una señal afirmativa dijo :

— Ésta está firmada por Candelaria y dice así :

« Abelardo :

Le escribo ésta, después de reflexionar en mi situación, porque veo que no debo contin r vida que llevaba, sin causar la muerte de mi padre y sin quedar

deshonrada para siempre. Si Vd. es hombre de honor y me quiere de veras, tiene en su mano el remedio de todo, casándose conmigo. Sólo así volverá á verle su afectísima.

Candelaria. »

— Es lacónica, clara y terminante, dijo Felipe doblando la carta.

— ¡ Vean no más ! ¡ quiere casaca ! dijo Timoleón.

— Lee ahora la otra, dijo Manríquez.

— Dice así : prosiguió Felipe :

« Muy señor mío :

Por la carta que le mando de mi hija, verá Vd. que ella se arrepiente de su conducta y está decidida á no vivir más engañada como lo ha estado hasta la fecha. Yo, señor, espero que Vd. será bastante caballero para reparar su falta y en el caso de no, para guardar secreto sobre lo sucedido y dejarme en paz, porque si Vd. continuase persiguiendo á mi hija, me vería en la dura necesidad de apersonarme con el señor Ministro de la guerra para que con su autoridad ampare á un padre burlado ; pero no creo que llegue este caso, pues un oficial de honor teme siempre incurrir en notas que lo afeen ante sus jefes, y así espero que Vd. se conduzca como tal.

Su S. S.

Raimundo Basquiñuelas. »

— Está en buena letra española, de que doy fé, dijo Solama.

— ¡ Qué tal ! exclamó Miraflores, no queriendo aventurarse á dar su opinión antes de conocer la de los otros.

— Yo confieso, dijo Manríquez, que el golpe me gusta por lo bien dado y me declaro vencido por el viejo, que, después de todo, debe decirse en honor de la justicia, tiene la prudencia de un cordero.

— Manso, agregó Felipe.

— Cierto, dijo Timoleón, el golpe ha sido bien dado.

— Y bien calculado, repuso Solama, puesto que á nosotros nos atacaron tres hombres y á ti un escuadrón.

— Quince no más, yo no pondero, replicó Miraflores.

— Ahora, dijo Manríquez, conviene que yo ataque la casa del viejo y saque á la muchacha.

— ¡ No ! sería una locura, contestóle Felipe, y puesto que no estás muy enamorado de Candelaria, no vale la pena de hacerlo.

— Es cierto, has hablado como un libro, dijo Timoleón.

— Atacar el viejo sería cruel para con él, é ingrato para con la suerte, repuso Felipe: yo diría más bien ¡ viva Inés !

— Es cierto, ¡ viva Inés ! exclamó alborozado Manríquez.

Luego, dirigiéndose á Timoleón añadió:

— ¿ Cuándo es el baile?

— Pasado mañana.

— ¿ Has dado los pasos necesarios que me prometiste?

— Por supuesto: cuando yo prometo una cosa, no hay más que contar con ella.

— ¿ Adónde nos veremos entonces para ir al baile?

— En mi casa, á las nueve.

— ¡ Viva Inés! tornó á decir Manríquez, tirando al techo su gorra militar.

— Señores, hay una hipótesis de ambas cartas que no hemos examinado, dijo Felipe.

— ¿ Cual? preguntó Manríquez.

— Ésta, contestó Solama, abriendo las dos cartas y leyendo: « Si Vd. es hombre de honor y me quiere de veras, tiene en su mano el remedio de todo, casándose conmigo». Esto dice la joven, y el viejo añade: «Yo, señor, espero que Vd. será bastante caballero para reparar su falta. »

— Lo que yo decía: la chica quiere casaca, dijo Timoleón.

— Y como nosotros no debemos oponernos, si nuestro amigo Manríquez se siente con vocación de marido, yo lo hago presente para quedar con las manos limpias, dijo Felipe.

— Cuando tu tengas vocación de padre y puedas ponerme las bendiciones, prometo que me caso, contestó riéndose Manríquez.

Después de esta conversación, cuyo fondo no era otra cosa sino el amargo desprecio con que la generalidad de los jóvenes compensan el sacrificio irreflexivo de la mujer que fía en las promesas de amor, separáronse los tres amigos, dándose cita para la noche en que iba á tener lugar el baile ofrecido á Inés Arboleda por una de las más acaudaladas familias de Santiago.

XVIII

Luego que Candelaria se vió sola en la casa que don Lino Alcunza había puesto á su disposición, lejos de dejarse abatir por las emociones que los acontecimientos de aquella noche la habían hecho experimentar, cedió al instinto que desde el génesis hasta ahora, asignan contestes á la mujer los que de observadores y de filósofos se precian: queremos decir que Candelaria se dejó vencer de la curiosidad.

En campañía de la nueva criada, recorrió una por una todas las piezas de su nueva habitación y notó, desde los primeros pasos, que entre ésta y la que acababa de dejar, existía muy sensible diferencia. Á los ojos de la joven, acostumbrados desde la infancia á la humilde residencia de sus padres, y después al pobre albergue que sólo embellecía el amor, la nueva casa, bien que pequeña, se presentaba con el lujo que la imaginación de los pobres atribuye á los palacios. Así miró Candelaria con atención prolija los muebles de caoba tallada y la vistosa alfombra de tripe rizado que ostentaba el salón, cuyas paredes estaban empapeladas, lo que entonces constituía un lujo propio de gente muy favorecida de la fortuna. No menor embeleso que el examen del salón le produjo el del cuarto de dormir, empapelado y alfombrado también, con un catre de bronce, una cama cubierta con una colcha de damasco, y al frente del catre un hermoso peinador de caoba, acondicionado con todos los accesorios necesarios. La joven se dió prisa á

examinar el resto de la casa, que recorrió á la ligera para volver al dormitorio, en donde dejándose caer vestida sobre la cama, entabló con la criada conversación, para informarse del tiempo á que servía á don Lino, y de diversos pormenores relativos á la casa en que se hallaban.

La criada, bien instruída de su papel por don Lino, respondió á todas las preguntas de Candelaria, sin despertar en ella ninguna sospecha á cerca de lo que su patrón había dicho á la joven pocos momentos antes de despedirse.

En esta conversación, que pronto se hizo familiar, trascurrieron dos horas. Al cabo de este tiempo, vencida Candelaria por el sueño, despidió á su criada y se durmió profundamente.

Confusas imágenes en que iban mezclados los sucesos recientes con los que sus deseos se forjaban para cumplimiento de felicidad, agitaron durante la noche al espíritu de Candelaria, cuyo sueño se hizo pesado en las primeras horas de la mañana, y se prolongara hasta muy tarde si la criada no hubiese venido á despertarla, anunciándole la visita de don Lino.

Candelaria abrió los ojos, sintiendo el entorpecimiento de espíritu que experimentan los que vuelven de un desmayo. Oyendo repetir á la criada el anuncio de la visita que la esperaba, saltó del lecho, arregló su peinado delante del espejo, compuso el desorden de su vestido y salió al salón en que don Lino aguardaba su llegada.

La presencia de aquel huésped turbó á la joven con la conciencia de su extraña situación. Don Lino la

encontró más bella, pálida y turbada como se puso al contestar á su saludo.

— Desde esta mañana me estoy ocupando de Vd., la dijo Alcunza, después de preguntarla cómo había pasado la noche.

Candelaria le dió las gracias entre dientes, poniéndose encarnada.

— Vengo de casa de su padre, á quien le mostré la carta que me dió Vd. anoche, prosiguió don Lino.

¿La leyó? dijo Candelaria, sin ocultar la turbación que le produjo el oir hablar de su padre.

— Sí, la leyó y le pareció bien.

— ¿Cuándo me recibirá en su casa?

— Eso va despacio todavía ¿no vé que estas cosas no pueden arreglarse de carrera?

La joven bajó los ojos, que se llenaron de lágrimas, y dió un suspiro.

— Vea la carta que me dió para que mandase con la suya, repuso don Lino, pasándole la carta de don Raimundo á Manríquez.

— ¡Pobre tatita! murmuró Candelaria, después de leerla atentamente.

— Ya ve que todo se va componiendo, la dijo Alcunza.

— ¿Vd. se la va á mandar á Abelardo?

— Ahora mismo.

Tras esta contestación, llamó don Lino al criado á quien dió las señas de la casa de Manríquez y le entregó las cartas que cerró bajo un solo sobrescrito.

— Ya lo ve, dijo á la joven, todo marcha bien para Vd.

— Así es, respondió Candelaria volviendo á suspirar.

— Pero no crea que Manríquez conteste, replicó Alcunza.

— ¿ Por qué ?

— Vd. lo verá, yo le conozco muy bien.

— Puede ser, quién sabe.

— De todos modos, si contesta, le aseguro que no será ofreciéndo casarse con Vd.

— Yo creo que él me tendrá lastima, dijo Candelaria, mirando á su interlocutor con los ojos llenos de lágrimas.

— Poco le conoce Vd. : en fin, el tiempo lo dirá.

Quedáronse en silencio. Candelaria enjugó sus lágrimas y se puso á pensar en el próximo perdón de su padre, mientras que don Lino resolvía en su espíritu la alta cuestión, de si convenía ó no hablar á Candelaria de su amor en esa circunstancia.

Al cabo de un regular espacio, don Lino se levantó de su asiento. Había declarado inoportuno el momento para empezar el ataque, objeto de sus constantes meditaciones.

— Veremos, pues, esta tarde si contesta, dijo anudando la interrumpida conversación.

— ¿ Se va ? le preguntó Candelaria, que al verle de pie se reprochó no ser bastante afable con su protector.

— Sí, tengo algo que hacer ; pero volveré esta tarde á traerle la contestación si la hay, y si Vd. lo permite.

— ¡ Yo ! dijo con admiración la joven ¿ cómo no lo he de permitir cuando estoy en casa de Vd. ?

— Mientras su padre no disponga otra cosa, Can-

delaria, esta casa es suya, no me quite el gusto de ofrecérsela : la tenía desocupada, y el placer de que Vd. viva en ella, vale más para mí que el mejor arriendo.

Después de este rasgo de burda galantería, que hizo á Candelaria bajar los ojos y ruborizarse, recomendóla de nuevo no salir á la calle, y se despidió reiterando su promesa de volver en la tarde.

Acababa don Lino de llegar á su casa después de esta visita cuando recibió la de Timoleón Francisco Miraflores, que vino á revelarle el proyecto de Manríquez de asistir al baile que en honor de Inés Arboleda se preparaba, y el propósito de que estaba animado el oficial de húsares al concurrir á ese baile.

Esta revelación fué para don Lino Alcunza el más feliz suceso que podía sobrevenirle. Á ser filósofo, habríase dicho que hay una providencia para los seductores y libertinos, puesto que Miraflores llegaba á ofrecerle gratuitamente, lo que él, á pesar de sus hábitos parsimoniosos, habría pagado con munificencia.

Sobre este nuevo descubrimiento se entretuvo el resto del día en levantar el edificio de sus esperanzas, hallando que con tal cimiento adquiría una consistencia y solidez que le faltaba. En tan lisonjera ocupación vió llegar la hora de la comida. Después de ésta, acompañó á su mujer hasta la iglesia de la Compañía, despidióse de ella, pasó á las tiendas en donde compró dos cortes de vestidos de seda, y dirigiéndose á la casa que ocupaba Candelaria, le envió con el criado este magnífico presente y se paseó por las calles el tiempo que juzgó necesario para que el reconoci-

miento por tan generoso regalo hubiese penetrado en el corazón de Candelaria.

Trascurrido este tiempo, se presentó á la joven, que se entretenía en admirar las telas que acababa de recibir.

— ¿ Vd. me mandó estos vestidos ? le preguntó Candelaria.

— Con el permiso de su padre, contestó don Lino.

— ¡ Qué lindos ! exclamó la joven, admirando los reflejos de la luz sobre la seda.

— ¡ Cuánto me alegro de que le gusten !

Candelaria se sentó como avergonzada de no haber reprimido el entusiasmo que la idea de ponerse por primera vez un vestido de seda le causaba. Para destruir esta impresión preguntó á don Lino.

— ¿ Hubo contestación ?

— Como yo la decía, ninguna.

— Quién sabe si mañana.....

— No habrá tampoco. Es preciso Candelaria que Vd. se desengañe : Manríquez no le ha tenido jamás un verdadero amor.

— Me lo ha jurado muchas veces.

— ¿ Y cómo no se casa entonces ?

— Ah, es que los hombres son tan raros ¡ quién los entiende !

— No tanto como le parece : el que como Manríquez saca á una niña de su casa y no desea después casarse con ella, es porque no la quiere ni la ha querido nunca.

— Puede ser, pero yo estoy segura que Abelardo no es así, dijo la joven, con la indulgencia que tiene la mujer para perdonar las ofensas, cuando cree en el amor del que se las hace.

— ¿ Y cómo cree Vd. que es entonces ? ¿ por qué no se casa ?

— Porque aborrece el matrimonio y dice que los militaires no deben casarse nunca.

— ¡ Bonita disculpa !

— Pero que me quiere, eso lo creo, replicó la joven, más por orgullo que por convencimiento.

— ¿ Y qué diría Vd. si yo la probase lo contrario ?

— ¿ Cómo, pues ?

— No, vamos á ver ¿ qué diría ? conteste Vd. primero.

— ¿ Qué diría ? Me arrepentiría de haberlo querido y lo aborrecería.

— Pues yo le puedo dar pruebas de lo que la digo.

— ¿ Qué pruebas ? preguntó Candelaria con la respiración oprimida.

— Se las daré pasado mañana, contestó Alcunza. Ahora no existen ; pero pasado mañana en la noche la llevaré á una casa en que dan un baile, y desde una ventana del patio Vd. podrá ver á Manríquez. ¿ Qué dirá Vd. cuando le vea en diversiones, mientras que ni siquiera sabe donde Vd. se encuentra ?

— Creerá que estoy en casa de mi tatita como se deja entender en las cartas.

— Ah ¿ y le parece poco, que mientras tanto él ande en bailes y diversiones ?

— Cierto, malo es pues, porque en su lugar yo no lo haría : pero lo hará tal vez por distraerse.

— No lo hace por eso, lleva otra intención.

— ¿ Qué intención ? preguntó la joven, sintiendo la ardiente picadura de los celos.

— Va porque está enamorado de una señora.

— ¿ Cómo lo sabe Vd. ?

Al hacer esta pregunta los ojos de Candelaria se iluminaron de sombríos resplandores y sus mejillas se pusieron lívidas. Era la primera vez que su imaginación se hallaba en presencia de un temor semejante. Hasta entonces había llorado por la indiferencia de Manríquez: la idea de ser despreciada por otra, encendió violenta cólera en su pecho.

Don Lino vió que había calculado bien y se regocijó interiormente de tan buen suceso. Á fin de prolongar la ansiedad de Candelaria, contestó con frialdad, pero aparentando entera certidumbre de lo que decía.

— Yo lo sé.

— ¡ No puede ser cierto ! contestó con sonrisa forzada Candelaria ¿ cómo puede tener amores con otra, cuando yo le he estado viendo día á día en estos dos meses ?

— Esa no es razón porque la cosa viene de antes, replicó don Lino con la misma frialdad.

— ¿ Cuándo es el baile ?

— Pasado mañana en la noche.

— Lo veremos, pues, dijo la joven con sombrío acento.

No conociendo don Lino pormenor alguno de los amores que Timoleón le había revelado, los inventó para estimular el rencor celoso que vió prender en Candelaria. La joven oyó su relación palpitando de dolor y de despecho. Habíase resignado á separarse para siempre de un amante indiferente ; mas no podía perdonarle siendo infiel, ni mucho menos olvidarle. Don Lino supo avivar este dolor con fácil maestría ; y se despidió de Candelaria persuadido de que el baile sería para él la hora de una victoria completa.

XIX

« Señores don Abelardo Manríquez y don Felipe Solama.

« Mis queridos amigos :

« Con gran sentimiento de mi corazón no podré esperarlos esta noche para llevarlos al gran baile de doña Dorotea Cornejo de Villalosa, porque esta señora me ha llamado para que vaya temprano á su casa á dar un vistazo á sus preparativos y á arreglarle el ambigú, porque sabe que este pollo es hombre de gusto refinado. Empero sin embargo, este contratiempo grave para mi amistad, no debe infundir el menor desaliento en los pechos voroniles de mis amigos, porque yo estaré en la casa para presentarlos, y donde esté Timoleón Francisco Miraflores, sus amigos son los primeros y más bien atendidos, porque quien les desaira me agravia, y así no tienen Vds., más que llegar y llamarme, y estoy seguro que no quedarán descontentos del ya citado, de Vds. affmo. amigo y S. S.

TIMOLEÓN FRANCISCO MIRAFLORES. »

— Lo del llamado es mentira, dijo Felipe Solama que acababa de leer esta carta á Manríquez.

— ¿Por qué? preguntó el oficial.

— ¿Sabes lo que habrá de cierto? contestó Solama, que alguno de los hijos de esa señora que nombra Timoleón, le habrá convidado, y él se ha ido desde

temprano á la casa, para darse los aires de haberlo organizado todo y hacerse el personaje prominente del baile.

Solama y Manríquez pasaban esta conversación en casa del primero. Eran las ocho y media de la noche. Solama estaba acabando de vertirse, y el oficial, con su airoso uniforme de parada, con el bigote marcialmente retorcido y el cabello peinado con descuido, se paseaba con señales visibles de impaciencia.

— ¿Acabarás de peinarte? dijo deteniéndose junto á Felipe, que con un cepillo batallaba por domar una mecha de pelo que se mostraba rebelde.

Felipe interrumpió esta operación y volviéndose á Manríquez :

— Que tú, hijo mío, te vistas sin cuidado, bien está : tu físico no ha menester de mucho aliño, le dijo ; pero yo, no es lo mismo ; debo consagrar más tiempo al aspejo, porque á pesar de mis tres desengaños, tengo todavía derecho de buscar un corazón que me comprenda, alojado en alguna chica agradable, si no hermosa.

— Ya podías haber concluído, repuso Manríquez, tornando á su paseo.

— Es temprano todavía, no te apures.

— Van á ser las nueve.

— El gran tono es llegar tarde.

— Qué me importa : para mí no hay más tono ni más moda que mi gusto.

—Te apuesto á que Inés no llegará antes de las once.

La esperaré y no me costará esperarla un grande esfuerzo de paciencia : hace tres días ya que vivo con su imagen, que oigo su voz, que me la finjo enamo-

rada, dócil y sincera; hace tres días ya que le prodigo todo el fuego contenido de mi amor, que le ofrezco mi vida, que acepto á sus pies el papel de esclavo, de modo que cuando algunas horas me separan de ella, no puedo ya triunfar de mi impacienca.

— Ya estoy, contestó Felipe.

Manríquez se puso el morrión, Felipe su sombrero y salieron á la calle.

Al llegar á la casa del baile encontraron el patio ocupado por un numeroso gentió, compuesto de los *mirones* de ambos sexos, que siempre acuden á solemnizar esta clase de fiestas con su curiosidad. Agolpados cerca de la puerta que daba paso á una antesala contigua á los salones principales, los mirones y las tapadas formaban una estrecha calle, por la cual los convidados tenían que pasar uno á uno, y arrostrar las miradas de los espectadores y sus observaciones, hechas en alta voz y, por decirlo así, asestadas á quema-ropa.

Á la puerta llegaban algunas calesas, tiradas por una mula, sobre la que cabalgaba el calesero. Antes de bajar, las personas que en la calesa llegaban, tenían sus vacilaciones, que llamaban naturalmente la atención de los del patio.

— Bájate niña, decía la voz autoritaria de la mamá en lo interior del vehículo.

— ¡ Tanta gente, mamita ! contestaba la voz de alguna joven, que tímida avanzaba el pie, buscando la especie de escala, que servía para comunicar la calesa con los habitantes de la tierra.

— ¿ Y qué te hace la gente, pues ? Bájate no más, no *seais sonza !* replicaba el eco materno.

Los mirones hablaban, se reían y criticaban á las aristocráticas tímidas de la calesa. Escenas como éstas se repetían cada vez que una calesa llegaba, y se prolongaban á veces hasta que algunos de los convidados varones salían á ofrecer su brazo á las de afuera, ó bien bajaba del interior de la calesa algún hombre de la familia ó amigo, llevado ad-hoc para salir de este lance, preliminar inevitable de las grandes fiestas que se daban, y de las que todavía se dan en nuestra capital.

Las familias que llegaban á pie, cosa más común entonces que en este tiempo de fiebre *carruajil*, no pasaban por ese contratiempo, pero llegando á la callejuela formada por la gente curiosa, mirona y criticona, todas eran iguales ante su espíritu mordaz y ápercibido para esgrimir la *tijera*.

— Señorita, mire para acá, decían algunas voces á las que pasaban.

— ¡ Ay, qué bonita !

— ¡ Dios te guarde !

— ¡ Angelito de mi alma!

— Madama : destápese pues.

— Ese es el padre de la que va adelante.

— La gorda es la madre de la flaquita.

— Miren á ese rubio tan *enterado*.

Aquéllas, éstas y mil otras frases, se cruzaban por los oídos de las convidadas y de los convidados, que por lo estrecho del pasaje, se veían obligados á caminar con suma lentitud y armados de singular paciencia.

Manríquez y Solama llegaron cuando una familia acababa de pasar, y en circunstancias que los que

formaban la calle hablaban sobre lo que acababan de ver y de decir.

Dos hombres solos llamaron mucho menos la atención que una familia. Sin embargo, algunas voces se dirigieron á los jóvenes, bien que la mayor parte de ellas lo fueron á Manríquez, y expresaban admiración por su buen talante y hermosura. Éstas eran casi todas de timbre femenil.

Unos ojos, que apenas dejaba entrever la abertura de un mantón, despidieron relámpagos al pasar el oficial, que contestó con gracia y aplomo á las voces que se le dirigieron, paseando su mirada por los grupos que le cerraban el paso lateralmente.

Cuando los dos jóvenes pasaron, se operó un gran movimiento entre la turba de curiosos, causado por las ventanas del salón de baile, que se abrieron, inundando de luz el patio que hasta entonces había estado bastante oscuro.

Los que formaban la estrecha calle, se agolparon en tropel á la ventana.

Oyéronse también en ese instante los acordes de la música, que empezó á preludiar una contradanza.

Manríquez y Solama, después de dejar en una pieza destinada á los sombreros lo que les era inútil para el baile, llegaban á la puerta del salón principal, cuando se oyó una voz, que resonando por todos los ámbitos, decía :

— Contradanza, caballeros, contradanza, saquen sus parejas.

— ¿ Oyes ? esa es la voz de Timoleón que se habrá nombrado él mismo bastonero, dijo Felipe al oficial.

Algunas parejas empezaron á colocarse en disposición de principiar la contradanza.

Timoleón Francisco Miraflores, apareció entonces á sus amigos, recorriendo el salón de un punto á otro, estimulando á los jóvenes á tomar parte en el baile, saludando á derecha é izquierda, tosiendo para llamar la atención y haciendo, en fin, él solo, más ruido que todo el resto de la concurrencia.

—Vamos, señores, á bailar, decía, no hay que perder la música: los que no bailen, á un lado, porque no son transparentes y quitan la vista á las señoras. Chico, vaya pues, saque una señorita; aquí esa pareja; bueno, Vds. están bien, señorita á los pies de Vd., beso á Vd. la mano, caballero; aquí falta una pareja; la señora á la derecha, á un lado los que no bailen; ya principia, oído á la música, vamos: *chicote y media cadena, alemanda y valse !*

Á esta última voz, que es una de las fórmulas de la figura que todos deben ejecutar, pusiéronse en movimiento las parejas al son de la monótona música del monótono baile, no ha mucho abandonado por la parte acaudalada y elegante de la sociedad santiaguina.

Entonces paseó Timoleón una mirada de triunfo en derredor suyo, como para recibir los parabienes por su inteligente y activa dirección. Al llegar con la vista á la puerta en que Felipe y Manríquez se habían detenido, vióles Miraflores y se adelantó hacia ellos con la frente erguida de satisfacción, la mirada altanera y la sonrisa en los labios. Cualquiera le habría creído, al verle andar de ese modo, el dueño de la casa y de la fiesta.

— ¡ Mis queridos amigos ! exclamó, estrechando las manos de Manríquez y de Soloma; Vds. aquí y nada me decían ! Ya ven cómo tengo esto de animado ¡ qué tal ! No me cuesta poco, les aseguro, porque los mocitos del día parecen todos criados en el campo, por lo cortos de génio. En fin, ya los puse en movimiento y con cierto ponchecito que tengo por ahí, los he de poner como pascua aunque no quieran. Ahí se turbó una pareja, dispénsenme Vds.; yo tengo que estar en todo.

Dijo, y dirigióse veloz á un punto en que una señora con humos de joven, hallándose un poco trascordada de la contradanza, había introducido tal confusión en torno suyo, que amenazaba envolver en su ruina á todas las parejas del salón. En vez de dar la mano á su compañero, habíala dado á otro, y el suyo, felicitándose del cambio, ofreció la mano á una jovén que al frente de sí tenía. Notó el compañero de ésta su equivocación, y quiso volver sobre sus pasos; mas el otro, fingiendo no ver lo que pasaba, seguía bailando con su nueva y joven compañera, mientras que la suya, y no joven, le requería del frac para volverle de su descarrío. Estas dos parejas complicaron á otras, como infaliblemente acontece en la contradanza si alguno sufre una equivocación ; de lo cual resultó el embrollo que arrancó á Miraflores del lado de sus amigos, tan inesperadamente para ellos.

— Se le ha olvidado que tiene que presentarnos á la dueña de casa, dijo Manríquez.

— Timoleón es más feliz ahora que un rey feliz, qué extraño es que nos olvide ofuscado por su propia gloria, contestó Solama.

Timoleón, entretanto, hacía inauditos esfuerzos por restablecer el orden de la contradanza, explicando la figura, poniéndose en lugar de los que no acertaban con ella, repitiendo con su voz el eco de la música, y agitándose como si del éxito de aquella contradanza dependiese su suerte y la del pueblo que le había visto nacer.

Por fin, al cabo de algunos minutos, regresó al lado de sus amigos, limpiándose con el pañuelo el sudor de la frente.

— ¡Caramba! decía, yo no sé para qué se meten á bailar los que no saben. Ahí está una señora mayor echándolo todo á perder, y el compañero parece arrepentido de haberla sacado, porque le anda huyendo el cuerpo. Si yo no llego ¡adiós contradanza!

— Haciendo ardientes votos por su buen éxito, díjole Solama, me permitirás decirte que aun no nos has presentado á la señora de la casa.

— ¡Hombre, tienes razón! Dispénsenme Vds., ya ven que tengo que atender á todo, dijo Timoleón, saludando con la mano á uno que pasaba cerca de él y diciéndole: Adiós hijito ¿cómo va? ¿te diviertes? me alegro. Volviéndose hacia Manríquez y Solama añadió; ¿Vds. quieren que los presente? muy justo, vengan pues; vaya, ¡cómo se me había olvidado!

Esto diciendo pasó delante de sus amigos para llevarles al punto en que se encontraba la dueña de casa. Era ésta una señora de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, baja de estatura y con pronunciadas tendencias á la obesidad. Fuese deseo de lucir los encantos físicos que su robustez había desarrollado sobremanera, fuese un error de la costurera que había dado á la

escotadura de su vestido un corte de sorprendente audacia, la dueña de casa, que se hallaba de pie, lucía demasiado la riqueza de su seno, y con un movimiento de abanico, que parecía destinado á cohonestar lo aventurado del escote, conseguía más bien llamar la atención sobre tan importante punto de su persona.

Timoleón se detuvo delante de ella en la actitud que creyó más ventajosa para dar realce al porte de su cuerpo, y señalando á sus dos amigos, dijo con una sonrisa rebuscada.

— Señorita: tengo el honor de presentar á Vd. á mi amigo el señor don Abelardo Manríquez, teniente de húsares, y al señor don Felipe Solama.

La señora les dió la mano sucesivamente, diciéndoles que tenía mucho gusto de conocerlos, y agitando con la izquierda su abanico sobre el escote.

Después de la presentación los dos jóvenes se retiraron. Había terminado la contradanza, y las parejas se dirigían á sus asientos.

Timoleón, apartándose de sus amigos, entraba en conversación con cada persona que pasaba; hacía preguntas á las jóvenes sobre si habían ó no quedado cansadas del baile; se reía ruidosamente al hacer algún complimiento á una señora; llamaba por su nombre á cada joven que veía, y llenaba el salón con su voz y con sus movimientos, creyéndose el centro de todas las miradas, y lanzando ojeadas, que juzgaba irresistibles, á las mujeres cuya vista encontraba en su continuo volverse hacia todos lados.

Manríquez y Solama abandonaron el gran salón en que habían sido presentados á la señora de la casa, y entraron á una de las piezas laterales.

— Inés no ha llegado, dijo Manríquez.

— Llegará tarde ¿no te lo decía? es el gran tono, contestó Solama; entretanto, vamos á recorrer la concurrencia: en toda reunión de gente hay siempre seres más curiosos que en el museo zoológico más poblado.

Pasó su brazo por el de Manríquez añadiendo:

— Ven, yo te mostraré algunas de las especies más dignas de estudiarse.

En ese momento, Timoleón, batiendo las manos para hacer más ruido decía:

— Cuadrillas, vamos señores, ponerse en baile para cuadrillas, no hay que andar hojeando.

— Timoleón está sublime, dijo Solama.

XX

— Vamos al otro salón, añadió Felipe, allá los hombres están en mayoría.

Atravesaron el salón principal en el que la animación iba por instantes creciendo, y entraron en una pieza lateral donde había varios grupos de hombres fumando.

— Aquí verás que casi todos fuman, dijo Solama; los viejos para no dormirse, los jóvenes por darse una actitud mientras dirigen sus miradas á las niñas del salón, y muchos por no tener nada que hablar.

Mientras esto decía, Felipe condujo al oficial de húsares á un rincón de la pieza, sacó dos cigarros de un bolsillo, encendió uno, pasó el otro á Manríquez y le dijo, después de recorrer con la vista los diversos grupos que había en la pieza:

— Aquí estamos perfectamente. Mira, ves aquellos tres caballeros sentados en el sofá : el de la derecha tiene cuarenta y cinco años, más ó menos, el del centro cuarenta, y treinta y tantos el de la izquierda. Los tres están ingualmente pensativos y estirados, porque los tres pertenecen á una familia de gran valía y consideración en Chile : la de los tontos-graves. El tonto-grave es siempre un hombre de esperanzas entre nosotros ; casi es una carrera el pertenecer á esta familia. El tonto-grave está siempre con el pie en la escala de los honores y de las rentas fiscales, tiene el talento del hombre que no dice nada y el genio de no chocar con ninguna de las preocupaciones reinantes. Los empleos le buscan, porque el tonto-grave no compromete ninguna situación ni tiene opinión propia ; es una especie preciosa para fabricar ministros de Estado, senadores y consejeros. ¿ Qué mejor consejero que el que nada aconseja y es de opinión dúctil ? El tonto-grave es conservador por excelencia ; conserva las modas viejas, las ideas viejas, las conversaciones viejas, todo lo viejo : con frecuencia es desaseado por conservar. El tonto-grave tiene á los libros una antipatía clásica, algo semejante á la del gato por el agua : puede llegar á formar proverbio. En suma, el tonto-grave será por mucho tiempo todavía entre nosotros como los dioses del paganismo, no habla nada, pero la ignorancia del vulgo le creerá capaz de hacer prodigios. Al tonto-grave, poco, muy poco se le ven los dientes, porque no se ríe.

Felipe notó que en el calor de la disertación había dejado apagarse su cigarro : encendióle de nuevo, dió dos ó tres *chupadas* mirando en torno suyo y continuó :

— ¿ No ves ese grupo de cinco jóvenes al lado de la puerta, que miran de cuando en cuando hacia acá ?

— ¿ Aquellos elegantes ? preguntó Manríquez.

— Estos mismos. Elegantes ; pero no como se quiera. Tres de ellos son de la familia de los tontos satisfechos. Hablan alto, critican sin compasión, miran de reojo á los que están mal vestidos, no escriben grandes obras porque no les da la gana ; pocas mujeres les resisten, hablan sólo de miles de pesos ¡ nunca de menos ! han ido ó piensan ir á Europa y jamás se arredran para decir una necedad. Los otros dos son más inocentes, son los que llamamos simples : viven á la sombra de los primeros y en continua admiración de sus proezas. Los simples son el eco de los tontos satisfechos y para todos ellos en general, la gran cuestión es la del traje. Para ellos el estudio es cosa de literatos : el amor, píldora de inocentes ; la política negocio de *pelados*. Esa familia va creciendo como la mala hierba y cubriendo el campo social con sus ramas estériles, cuando no son corruptoras. Una verdad tristísima á propósito de ella : las mujeres no distinguen muchas veces á los tontos satisfechos, así como se equivocan las que no tienen práctica, con la joyería falsa : les toman por hombres de veras y les entregan su corazón, las infelices !

En este momento, un joven se acercó á Solama con la sonrisa en los labios y el ademán insinuante.

— ¡ Mi amigo Solama ! exclamó. ¿ Vd. por acá ? ¡ Cuánto me alegro *del* verlo ! ¿ La salud, buena ? Hombre, gordo está Vd. : la buena vida ¿ no es así ? Dispénseme que le deje, voy á saludar á aquellos caballeros que están en el sofá.

— ¡ Hijo mío, dijo Felipe á Manríquez, aquí tienes en este que acaba de hablarme, uno de los más curiosos tipos sociales : ¡ el chinchoso ! Qué hallazgo habría sido éste para Labruyere. Tú has comido miel con pan ¿ no es así ? la has hallado dulce y después, sintiéndote los dedos pegajosos, has tomado fastidio á ese manjar. En la vida sucede algo de parecido con el chinchoso : su amabilidad te persigue, te acosa, te sitia por todas partes ; su sonrisa forzada, sus dientes siempre al aire, te martirizan : te encuentras los dedos pegajosos. El chinchoso puede tener talento, buen corazón, ser patriota, poseer mil virtudes ; pero todo esto desaparece ante la fatalidad de su esencia : es chinchoso y no hay más que decir ! Tiene la desgracia de prodigar sonrisas inútilmente, como quien predica en desierto, y las mujeres se ríen de él. Una mujer puede amar á un tuerto, á un cojo, hay mujeres que se enamoran de hombrecitos que parecen perros falderos ; pero jamás se enamoran de un chinchoso : los aborrecen, les tienen más antipatía que á las otras mujeres ! El chinchoso es un paria. Lo único que tiene en su abono es que vive ignorante de su desgracia.

Acababa Solama de pronunciar estas palabras, cuando él y Manríquez notaron un gran movimiento en la pieza en que se hallaban, y en el vecino salón. Muchos jóvenes se agolpaban á una de las puertas, todas las mujeres miraban hacia el mismo punto, y el nombre de Inés Arboleda principió á circular de boca en boca.

Poco después, los jóvenes que á la puerta de entrada se habían agolpado, se retiraron de ella y

dieron paso á Inés, que entró al salón principal con su padre.

La sensación que su presencia produjo en los concurrentes habría sido notable para el menos observador. No hubo entre los hombres murmullo de admiración, sino miradas curiosas y profundas, que cayeron como luces sobre el blanco rostro de Inés. La mirada analítica de las mujeres la rodeó al mismo tiempo con porfiado afán, y la siguió desde el umbral de la puerta hasta el punto en que la dueña de casa, que se había adelantado á recibirla, la tendió los brazos, con el afectado cariño que emplean las mujeres en su trato á presencia de testigos. Pero ni mujeres ni hombres pudieron negar á Inés la palma de la elegancia y hermosura, después del prolijo examen á que la habían sometido. Cuando Inés ocupó un asiento al lado de doña Dorotea Cornejo, su triunfo se leía en los semblantes varoniles, en el despecho de algunas que pretendían rivalizar con ella, y en la franca admiración que se pintó en el rostro de algunas jóvenes modestas, que la miraban deslumbradas por su delicada hermosura y por el gusto y la riqueza de su traje.

Perlas que al reflejo de las luces respondían con el iris de su oriente, formaban el adorno principal de su tocado y de su vestido. De ellas era el collar que rodeaba su cuello de pureza griega, los broches de sus hombros que sujetaban una vuelta de rico encaje blanco ; de perlas era el broche, mayor que los anteriores, que fijaba el recogido de una falda con encaje, dejando ver un espacio del viso de gros de aguas celeste, que en lo restante de la pollera transparentaba

su suave color al traves del finísimo tejido del encaje, que llegaba á dos cuartas del ruedo inferior. Sus pulseras, sus aros y el adorno de sus pendientes cabellos, peinados con maestría, eran de perlas, y con todas ellas rivalizaban en blancura los dientes, en los que los labios reflejaban su rosada y húmeda superficie. Sus grandes ojos, animados con las luces, con la expectativa del placer, con la íntima conciencia de su grande hermosura, parecían hogueras á cuya ardiente llama debían caer quemadas y palpitantes, las almas de los que se atreviesen á amarla y á decírselo. Pocas miradas de mujer podían sostener la suya. Después de pasearla en su contorno, arregló con satisfacción un pliegue del encaje que circundaba su escote, y dirigió risueña la palabra á la dueña de casa, que agitó con fuerza su abanico, cual para mecer con fresca brisa las ondas de su voluminoso seno, agitadas por el calor y la emoción.

Desde la entrada de Inés habíanse hecho menos ruidosas las conversaciones y el ruido de los platos de helados sobre las bandejas se oía distintamente.

La voz de Timoleón Francisco Miraflores resonó en medio del silencio, diciendo :

— Valse, valse, saquen para valse, caballeros, ya creo que todos se habrán refrescado.

Manríquez, inmóvil en el umbral de la puerta que no había alcanzado á pasar, no oyó á Solama que le decía :

— ¿No bailas? Saca á Inés ¡qué linda es! Yo, por mi parte voy á hacer un sacrificio como el de Marco Curcio : me dedico á las feas, que están en sus asientos como las almas del purgatorio católico, esperando

el santo advenimiento, aunque no esté destinada mi persona á figurar en el calendario. Las feas, es necesario confesarlo, mi amigo, por más bonita que sea Inés, forman parte de la humanidad y yo soy humanitario...

— Vamos chico, valse, dijo á Solama, interrumpiéndole, la sonora voz de Timoleón, quien pasó junto á él, cada vez más satisfecho de su papel.

— Allá voy, contestó Felipe, y volviéndose á Manríquez, añadió : te aseguro que quisiera multiplicarme para cumplir mi humanitaria misión; en fin ¡qué hacerle! no soy más que uno, paciencia!

Y se dirigió en busca de una compañera, alegre y serio á un tiempo, dando miradas á Manríquez que no le oía.

Porque Manríquez estaba inmóvil y con la vista fija en Inés. Su poderosa mirada había llegado á ella como si la hubiese llamado con la voz, y cuando la reina del baile, orgullosa de su hermosura y de la gala de sus atavíos, vió la frente altanera del oficial, su elegante cuerpo apoyado al marco de la puerta, su boca desdeñosa y atrevida, palideció ligeramente, bajó los párpados dilatados y transparentes y murmuró con enfado.

— ¡Qué trabajo, señor!

Al mismo tiempo, don Lino Alcunza decía á Candelaria en el patio, haciéndola mirar al través de los vidrios de la ventana, en dirección al punto en que se hallaba Inés :

— ¿No ve? aquella de vestido celeste y encajes blancos esa es.

— ¡Qué linda! murmuró Candelaria.

Dos lágrimas quemantes inundaron sus pupilas, se recogieron después, titilaron brevísimos momentos en sus párpados y rodaron lentamente, dejando un rastro de fuego en sus mejillas.

Al través de las nubes con que esas lágrimas empañaron sus ojos, Candelaria divisaba á Manríquez y á Inés. La horrenda opresión de su pecho la decía que se hallaba mirando á una rival preferida.

Muchos jóvenes se habían acercado á Inés solicitando bailar con ella y no habían podido obtener esa gracia.

Dió principio el valse: las parejas recorrían el salón en giro revoltoso y veloz, los rostros brillaban de alegría, relámpagos de animación irradiaban de los ojos, y todo era movimiento, música, perfumes y contento.

Candelaria, asida de los hierros de la ventana, sentía torrentes de lágrimas agolpársele á los ojos.

Timoleón Francisco Miraflores, con los dedos pulgares metidos en las aberturas del chaleco por donde pasan los brazos, con la cabeza erguida, dirigía cumplidos á las jóvenes, animaba con ruidosa voz á sus compañeros, pedía espacio para los danzantes, vista para las señoras que estaban sentadas, y daba órdenes á los sirvientes que se retiraban con bandejas de refresco vacías.

Manríquez miraba á Inés con inmutable obstinación.

Inés había huído al principio de esa mirada, había tratado de conversar, de reirse, de mirar á los que bailaban, y después de un combate íntimo, sus ojos habían seguido el rastro de fuego de los de Manríquez, y confundido su mirada con esa mirada imperiosa y dulcísima al mismo tiempo.

Las mujeres que no bailaban, y algunos de los jóvenes que se detenían á descansar, preguntaban quién era aquel oficial tan elegante y buen mozo, que estaba ahí como un Adonis, haciendo admirar su gallardía sin tomar parte en el baile.

Felipe Solama, pasaba de cuando en cuando al lado de Manríquez, requiriéndole con la vista, y dando vueltas con una joven poco favorecida de la hermosura.

Así trascurrieron diez minutos.

Cesó por fin la música, las parejas fatigadas abandonaron el campo, y quedó Timoleón Francisco Miraflores dueño del terreno, en su actitud de héroe sin modestia.

Solama llegó á Manríquez diciéndole.

— ¿ Qué te pareció mi fea ?

— No la vi, dijo el oficial de húsares sin mirarle.

— Valsa bien ¡ Primera víctima arrancada al suplicio de una expectativa dolorosa ! Esa podrá contar que ha bailado, y otras también lo contarán, porque siento en mi pecho gran riqueza de sentimientos magnánimos esta noche. ¿ Qué miras tanto ?

— Á Inés.

— ¿ No has hablado con ella ?

— No ha habido un asiento á su lado.

— Ahí dejó el suyo doña Dorotea meneando su abanico sobre el escote : merece que yo la saque á bailar, dijo Felipe.

No tuvo contestación de Manríquez.

— Que te vaya feliz, díjole al verle alejarse, atravesar el salón seguido de muchas miradas, llegar donde Inés, darle la mano y sentarse al lado de ella.

— Los húsares entran en campaña, dijo á Timo-

león que llegó á golpearle cariñosamente el hombro.

— ¿ Tú has bailado, chico ? le preguntó Miraflores, ¿ te has divertido ? ¿ has hecho alguna conquista ?

— Estoy seguro de haberme conquistado un eterno reconocimiento, contestó Solama.

— ¿ Qué decías de húsares ? y Manríquez ?

— Está principiando su Cinco de abril y da su primera carga en este instante.

Don Lino Alcunza señaló á Candelaria la evolución de Manríquez, diciéndola :

— ¿ No ve ? ¿ qué le decía ? ¿ se convence ahora ?

Candelaria ocultó un instante su rostro bajo el mantón para enjugar sus lágrimas, y fijó después una mirada sombría en Inés y Manríquez que empezaban á conversar.

XXI

Pero entre el saludo y la primera palabra de esa conversación, había mediado un breve instante de imponente silencio. Imponente sobre todo para Inés, cuyo semblante reflejó la mortificadora sensación que con la presencia del oficial experimentaba. Manríquez también, á pesar de su inalterable serenidad, sintió una turbación parecida á la del que por primera vez va hablar de amor á una mujer. Además, Inés representaba á sus ojos el tipo de ese ideal forjado por su fantasía : sólo le faltaba el amor sumiso, irreflexivo y violento, con que el oficial dotaba á la creación de su porfiado antojo, y él creía poder inspirar á Inés ese amor de condiciones tan difíciles de realizar.

Las miradas habían seguido á Manríquez al verle

altanero y como orgulloso de su hermosura, atravesar el salón y llegar hasta le mujer que en aquellos instantes despertaba tan diversas impresiones entre los concurrentes. Su nombre había corrido de boca en boca, y varios hombres, interrogados por señoras curiosas acerca del gallardo oficial, habían concluído de bosquejar algunos de sus rasgos biográficos, con estas palabras.

— Dicen que es un calavera insigne.

— ¡ Qué buen mozo ! habían contestado entre dientes algunas, y otras habían dicho :

— ¡ Qué lástima ! ¡ tan joven !

Sin embargo, Inés, á pesar de su turbación, se dominó lo suficiente para volver el rostro severo hacia Manríquez ; que la dijo :

— He aguardado dos años este instante : figúrese Vd. si estaré contento de verle llegar !

— ¿ Dos años, por qué ? no le entiendo, contestó Inés, que bajó la vista, como vencida por la tenaz mirada de Manríquez.

— ¿ No me entiende Vd. ? Sin embargo, yo creo que hemos nacido para entendernos. Si nos ha separado el destino, yo nunca he perdido la esperanza de verla otra vez y de repetirle mis antiguos juramentos.

— ¡ De veras que Vd. parece loco ! exclamó Inés con una impresión de naturalidad abrumadora para Manríquez.

— Lo estoy siempre de amor á Vd., contestó sin desconcertarse el oficial de húsares.

Inés tomó el tono de un frío desprecio para decirle :

— Hágame Vd. el favor de no hablar nada que tenga relación con el pasado.

— ¿ Por qué, si yo vivo de sus recuerdos ?

— Espero que no tenga Vd. la intención de querer imponérmelos á mi pesar.

— Esa respuesta la ha dictado su voluntad, Inés, y no su corazón.

— Mi corazón no tiene nada que ver en este asunto,

— ¡ Cómo nada ! y yo vengo á poner el mío á los pies de Vd.

— ¿ Para que me vengue de Vd. ?

— Vénguese Vd. en buena hora, si considera que mi amor es una ofensa.

— Vd. sabe muy bien que soy casada.

— Yo la amé á Vd. cuando no lo era.

— Bueno, pues, todo eso concluyó.

— Ah, por desgracia no ha concluído para mí.

— Ya sabía que Vd. era atrevido; pero esperaba que después de la ofensa que Vd. me hizo, tuviese siquiera la delicadeza de olvidar, como yo, todo lo pasado.

— Confiese Inés que yo tengo derecho de acusarla de falta de corazón.

— Puede ser, yo me resigno á ello.

— Hace bien; pero por mucho que yo haya sufrido por Vd., nunca he podido negar que Vd. tiene una grande inteligencia.

— Mil gracias.

Inés dijo estas palabras con una expresión desdeñosa, que habría desanimado á otro menos tenaz que Manríquez.

— Por consiguiente, prosiguió éste, con la inteli-

gencia que Vd. posee, debe muy bien haber comprendido que lo que Vd. llama una ofensa, no fué más que el descarrío de un amor burlado sin razón y sin piedad.

Inés se quedó callada.

— Ahora mismo, repuso el joven, después de haberla amado dos años sin verla, sin esperanza alguna, cuando me encuentro á su lado, no puedo llevar la sumisión de mi amor hasta obedecerla, privándome de hablar de otro tiempo. ¿Cómo borrarlo de mi memoria, cuando en ese tiempo brilla la única y corta faz dichosa de mi vida? ¿Cómo no hablar del pasado, cuando Vd. escuda su humillante desdén tras cierta ofensa con la que intenta imponerme silencio? Será loco é importuno empeño el mío; pero estoy persuadido de que tengo derecho de justificarme.

— Mejor sería callar, dijo Inés, que, á pesar suyo, sentía un gran interés en aquella conversación, que al principio había querido evitar á toda costa.

— Para eso habría sido necesario que Vd. no manifestase recordar tanto la ofensa y olvidar tan completamente lo que la motivó.

— ¿Cree Vd. que le conservo mucho rencor?

— Así lo creo; pero no lo siento, porque prefiero el rencor al olvido.

— Es decir, entonces, que no teme mi venganza.

— Si tras ella viniese el amor, la desearía: Vd. no puede imponerme ya más sufrimientos que los que he padecido por causa suya.

— De todos modos, Manríquez, mejor es separarnos, para evitar otros nuevos en el porvenir.

El tono de voz y su expresión iban cambiando

gradualmente en Inés. Estas últimas palabras fueron por ella pronunciadas con tierna modulación, cual si hubiese tratado en vano de dominar el interés que le inspiraba el apuesto oficíal, al hablarla de los sufrimientos que ella le había causado.

— ¿ Cree Vd. que después de dos años de expectativa, pueda contentarme con obedecer á tan prudente consejo ? preguntó Manríquez.

Y como su expresión era tranquila, sin afectación ni disimulo, el peso de sus palabras era mayor, sobre todo, para quien, como Inés, conociese su indómito carácter.

El rostro de la joven pareció desde ese instante recobrar toda su serenidad. Su cuerpo, su cabeza, sus brazos, hallaron las estudiadas y maestras actitudes con que hacían valer su perfección, y la voz recobró la dulzura que las violentas emociones la habían quitado por algunos momentos.

— Vaya, exclamó con una sonrisa maligna, y mirando por primera vez con fijeza á Manríquez, estoy viendo que Vd. es el mismo de antes.

— Puede decirse que, aturdido de dolor durante dos años, replicó el joven, sólo despierto ahora, y creo que lo posado es sueño, viéndola á Vd. tan bella como entonces, con la misma mirada, la misma sonrisa cruel, á fuerza de ser cariñosa.

Inés bajó la vista, como para que Manríquez pudiese ver con más libertad el encarnado de que sus mejillas se tiñieron.

— ¡ Qué calor ! dijo agitando su abanico.

— Acepte Vd. mi brazo y daremos un paseo por los

otros salones, contestó Manríquez, poniéndose de pie y ofreciendo su brazo á la joven.

Inés aceptó la oferta y se apoyó en el brazo de Manríquez, como se habría apoyado en el de su hermano.

Al ver tan hermosa pareja, hubo gran abundancia de observaciones, cuchicheos, maliciosas miradas y maliciosos dichos entre los concurrentes.

Timoleón Francisco Miraflores, que se paseaba con Felipe Solama, exclamó:

— ¡ Mire hijo ! ¡ qué lerdo nos ha salido el oficial !

– Las cargas de caballería decidieron la victoria de Maipo, y ya te dije que Manríquez está en su Cinco de abril, contestó Solama.

— ¿ Bailas cuadrillas ? voy á hacer tocar, repuso Miraflores.

— ¿ Cuadrillas ? como no : voy á continuar la misión humanitaria que me he propuesto, dijo Felipe.

— ¿ Qué misión ?

— La de consolar á las feas : me transforno para ellas en el deseado Mesías.

— Cuadrillas, caballeros, gritó Timoleón.

La música empezó á preludiar ese baile y el general movimiento, interrumpido mientras se servía refresco en los salones, cobró de nuevo la animación que había adquirido después del valse.

Inés y Manríquez salieron del salón principal cuando las parejas empezaban á colocarse para cuadrillas.

Llegaron á la puerta de una pieza en que había varias mesas ocupadas por jugadores de malilla y primera. En una de ellas se encontraba don Calixto Arbo-

leda. Al verle Inés y Manríquez, se detuvieron un instante y de común acuerdo, sin decirse, empero, ninguna palabra, dieron vuelta hacia el camino que acababan de andar.

— ¿ No se ha visto Vd. con mi padre todavía ? preguntó Inés.

— No, desde nuestra última entrevista en el campo, contestó Manríquez sonriéndose.

— ¿ Por qué se ríe Vd. ? preguntó la joven.

Del recuerdo de aquella escena de que Vd. tanto se queja, respondió Manríquez.

— Confiese que su temeridad fue imperdonable.

— ¿ Cuál era la mayor desgracia que por esa temeridad hubiera podido sobrevenir á Vd. ? replicó Manríquez.

— Quedar deshonrada, dijo Inés ¿ le parece poco ?

— No era fácil, puesto que yo no tenía más ambición que casarme con Vd.

— Raro modo de pedir mi mano.

— No había otro, puesto que Vd. se resignaba á casarse con el que ahora es su marido, y que sus padres habrían rechazado mi petición.

— En su lugar, cualquiera otro se habría conformado con las circunstancias.

— Yo tenía una razón muy poderosa para no conformarme y es que la amaba á Vd. de veras.

— Éramos muy jóvenes entonces para saber la verdadera extensión de nuestros sentimientos, dijo Inés, habiendo meditado un breve espacio esta contestación.

— Como hijo de la juventud, mi amor era tan intenso como desinteresado, replicó Manríquez. Si

entre Vd. y yo no se hubiese interpuesto un tercero, yo me habría contentado con su amor y habría sido dichoso, sólo con que Vd. me hubiese jurado corresponderme siempre. Créame Inés: Vd. ha tenido una inmensa influencia en mi vida. Encendió en mi pecho un fuego que Vd. únicamente podía apagar. Fuese capricho ó ligereza, Vd. echó pábulo á ese fuego, hasta grabar tan indeleblemente su imagen en mi pecho, que nada ha podido borrarla de él, ni empañarla siquiera para hacérmela olvidar.

— Estoy viendo que con el trato del mundo, díjole Inés, para ocultar la impresión que estas palabras le produjeron, Vd. ha aprendido una cosa que antes no sabía.

— ¿Qué cosa?

— Á mentir, dijo sonriéndose la joven.

— ¿En donde está la mentira? preguntó Manríquez volviendo al tono frívolo que Inés le imponía con su sonrisa.

— Se adorna Vd. con una constancia inverosímil, replicó la joven.

— Todos, menos Vd., tendrían derecho de calificar así, lo que, francamente le digo, ha sido involuntario de mi parte.

— Y Vd. tan enérgico, tan temerario como es ¿no ha tenido fuerza para olvidarme? ¿Sabe lo que yo creo? Que Vd. llama constancia la buena memoria con que recuerda incidentes que debiera olvidar.

— Si sólo tuviese buena memoria, me alejaría de Vd. que tan mal pagó mi amor.

— Tal vez quiere Vd. tomar su desquite ya que la ocasión se presenta.

— Sería una torpeza, si no una insufrible presunción.

— Entonces, ¿por qué me ha buscado?

— Por un fenómeno que de ser tan cierto ha llegado á hacerse vulgar: porque el que mucho ama, nunca desespera. Bien veo que Vd. quiere colocarme, á fuerza de preguntas, en situación de formular una esperanza, para tener el gusto ó la crueldad de anonadarla. Á esto ¿qué puedo responder? ; la amo todavía y me acerco á Vd. cediendo á la irresistible atracción que Vd. ha ejercido en mí desde el primer día en que nos vimos. Me contestará Vd. que las circunstancias han cambiado radicalmente; que Vd. está casada; que jamás podrá olvidar un arrebato de amor que Vd. considera un ultraje imperdonable; que yo, como antes, oscuro, pobre como antes, no debo levantar mi vista hasta la que una sociedad festeja, que es de los hombres admiración y envidia de las mujeres; que soy un loco temible, porque soy temerario; que por tan humilde conquista, ne debe arriesgarse la reputación ni la tranquilidad; que sueño despierto, en fin: y ya todo esto lo sé, y lo he meditado mucho es estos tres últimos días desde que Vd., al salir de palacio, me arrojó, por todo saludo, después de dos años de separación, una mirada de desprecio, que fuera humillante si el odio no brillara en ella á la par del menosprecio.

— ¡ Por Dios, Vd. me supone cosas que no he pensado! exclamó Inés visiblemente conmovida.

Manríquez había hablado con calor, bien que con su exquisita perspicacia, supo evitar el tono declamatorio, que habría revestido sus razones de un aire de

fingimiento, del que se hallaba muy distante en aquella ocasión.

Inés se sentó en un sofá de la pieza contigua á la de los jugadores de malilla. Mientras habían hablado lo que precede, se paseaban á lo largo de esa pieza, cuidando ambos, como por tácito convenio, de no llamar la atención de los que en el mismo cuarto estaban.

— Sea Vd. franca conmigo alguna vez siquiera, contestó el oficial de húsares sentándose junto á Inés.

— Siempre lo he sido.

— ¿ No es cierto que mientras hemos hablado, Vd. ha tenido muchos de los pensamientos que yo he dicho ?

— ¡ Oh ! Vd. es injusto hasta consigo mismo !

— En dos años, Inés, he adquirido grande experiençia.

— Mal lo prueba con sus erradas suposiciones.

— Además, he hecho un profundo estudio de su carácter en esos dos años.

— ¡ Sin verme ! : su estudio debe haber llegado á conclusiones muy acertadas ! ¿ Cómo me ha juzgado Vd. ?

— Por mis recuerdos, que de fieles han llegado á ser tenaces.

— Á ver ¿ qué le ha enseñado ese estudio tan maravilloso ?

— Hay una palabra que suena mal á las mujeres, y esa palabra me dió la solución del problema que yo buscaba.

— ¿ Qué palabra ? ¿ diga no más ? ya le he dado en esta conversación bastantes pruebas de indulgencia.

— ¿ Quiere Vd. saberla ? se la diré : Vd. era coqueta.

— ¡ Qué calumnia ! ¡ mucho se equivoca !

— Acuérdese que he dicho que Vd. era.

— Ya lo sé; pero es una injusticia, nunca lo he sido.

— Hablando de lo que Vd. era, siempre dejo lugar á la esperanza de que Vd. no lo sea ya.

— Nunca lo he sido : entonces obedecí á mis padres.

— Admito esa disculpa. Ahora depende de su voluntad el reparar los males que Vd. causó con tan sumisa obediencia.

— ¿Qué males?

— Mi desgracia.

— No estoy dotada de poder sobrenatural, para borrar de su memoria el pasado.

— Cómo no : deme Vd. el porvenir.

Dijo esto Manríquez con tal acento de pasión, que Inés no pudo sostener el fuego de su mirada, ni impedir que la voz del joven conmoviese con fuerza irresistible su corazón.

— Volvamos á mi asiento, dijo, esta conversación está durando demasiado.

— Lo observa Vd. cuando creía que principiaba á perdonarme, dijo el oficial, ofreciéndola su brazo.

— ¿Desea Vd. comprometerme? le preguntó Inés con intención.

— ¡Dios me libre! ¡jamás combatiré con armas vedadas! contestó él.

Atravesaron la pieza en que se hallaban y entraron al salón, en el que se bailaban las últimas figuras de la cuadrilla.

— Voy á tener que dejarla y apartarme de Vd., dijo el oficial á la joven, cuando se acercaba al lugar que ésta había ocupado.

— Por supuesto, contestó ella.

— Bien está, respeto sus escrúpulos; pero yo deseo que esta no sea sino nuestra primera conversación.

— Aquí y esta noche, debe ser la última, contestó Inés, ocupando su silla que había estado vacante.

— Bueno; pero mañana, me permite Vd. ir á visitarla.

— Estoy en casa de mi padre.

— ¡Tanto mejor! somos él y yo viejos amigos como Vd. sabe.

— Si Vd. no teme fastidiarse, tendré mucho gusto, dijo sonriéndose Inés.

— Entonces, hasta mañana, contestó el oficial despidiéndose.

Á pocos pasos de Inés sintió que le tomaban el brazo. Era Felipe Solama, que acababa de dejar á su compañera de baile.

— Llevo dos, le dijo,

— ¿Dos qué?

— Dos víctimas salvadas del suplicio ¿qué te parece? Y á ti ¿cómo te han tratado?

— Ni bien ni mal: mañana lo sabré.

— ¡Ah! ¿hay acto segundo?

— Así parece.

— Vamos á celebrar el primero con un vaso de oporto.

— Me adhiero yo también, dijo á la sazón Miraflores, que viendo juntos á sus dos amigos, habíase apresurado á reunírseles.

— El héroe de la fiesta, díjole Solama, golpeándole un hombro.

— ¡ Y tú no lo has hecho tan mal, chico ! contestó Timoleón.

— Mi labor ha sido oscura, pero benéfica, dijo Solama, acercándose á una mesa en que había muchos vasos alrededor de una sopera, llena de un líquido que exalaba un olor alcohólico muy pronunciado.

XXII

Noche de prueba y de dolor acerbo fué la del baile para Candelaria Basquiñuelas. Muchas emociones, rivales en violencia; se disputaron su pecho y agitaron con furiosa porfía el curso de su sangre juvenil; muchos dolores se aferraron agudos á su corazón, turbaron la lucidez de sus ideas, la ingenuidad de su amorosa fe, y el virtuoso propósito de expiación y de enmienda que, por alcanzar el perdón de su padre, había formado.

Acompañóla don Lino á la casa que habitaba Candelaria, pocos momentos después que Manríquez había regresado al salón principal con Inés Arboleda.

Candelaria se dejó caer sobre una silla, como si el peso del dolor la agobiara hasta quitarle las fuerzas. No trataba de disimular la honda pena que había puesto lívidas sus mejillas, que había robado á los labios el encendido carmín y nublado con gruesas lágrimas el brillo de sus ojos. Dejó caer la frente sin cuidarse del que la observaba, lloró sin contenerse, y dió á su desesperación el sello de pesar intenso, que

sólo los niños y las mujeres no temen mostrar á presencia de un testigo.

Don Lino esperó que hubiese pasado la primera explosión, que, como las tempestades de verano, se calmó con las copiosas lágrimas que dejó Candelaria rodar sobre sus mejillas.

— ¡ Afligirse así por un ingrato ! la dijo, cuando vió que la joven enjugaba el llanto.

— Muy ingrato : no merece que me acuerde más de él, contestó Candelaria, mirando al suelo.

— ¡ Por supuesto ! ¡ un hombre que no la merece ! ¡ un mozo calavera ! repuso don Lino.

La joven sólo contestó con un suspiro. Don Lino, considerando propicia la ocasión para el desenvolvimiento de su plan añadió :

— Con esto verá Vd. para qué son buenos los jóvenes : deshonran á una niña y no son capaces después de acordarse de ella, ni siquiera para darle con qué vivir. No se aflija ; más vale para Vd. lo que ha sucedido, Candelaria, porque un día de estos la habría dejado muriéndose de hambre, mientras que, aquí será Vd. dueña de esta casa todo el tiempo que quiera, y cuando necesite algo, no tiene más que decírmelo : ya sabe que yo siempre la he querido.

La tosca galantería de don Lino, aprovechando el silencio en que permanecía Candelaria, habló de este modo. Y después, como callase la joven, continuó halagando sus pasiones con mañoso artificio, dando sombrías pinceladas al cuadro de la miseria que al lado de Manríquez la esperaba, y poniendo luminoso colorido al del lujo y abundancia de que, correspondiendo á su amor, se vería rodeada.

Candelaria le oía confusamente. Todavía resonaba en sus oídos la música del baile, veía los alegres grupos de elegantes jóvenes, la hileras de mujeres risueñas, resplandecientes de lujo, orgullosas de sus galas y atavíos ; veía á Manríquez descollar elegante entre los elegantes, buen mozo sobre todos, blanco de amorosas miradas y subyugando con su altiva osadía á la que era objeto de la admiración general. Y al compás de la música y de la danza, al través de las imágenes que su memoria reproducía, la voz de Alcunza resonaba monótona y porfiada, como la que de un sueño quiere despertarnos.

— Vea don Lino, dijo ella, como comprendiendo de súbito su situación, que las últimas palabras del viejo revelaban con harta claridad ; vea, tengo la cabeza como fuego, ni sé lo que pienso, vuelva mañana y podré hablar con tranquilidad.

Alcunza se despidió contentísimo, porque había visto brillar en los ojos de Candelaria la desesperación, que saca á la mujer del instintivo apego á la virtud que casi siempre la domina.

Candelaria no pudo dormir. Las pocas horas de noche que después de la salida de Alcunza quedaban, fueron para ella eternas horas de encarnizada lucha entre sus virtuosos propósitos y el rencor que el amargo desengaño encendió en su inexperto corazón. Del confuso tropel de ideas que cruzaba su espíritu irritado por tanta y tan dolorosa variedad de pensamientos, se desprendió un deseo culminante, claro y preciso, que desechado, tornaba á dominarla con la tenacidad de los malos pensamientos. Ese deseo era vengarse de Manríquez, inspirándole un amor igual al

que la había mentido para engañarlo, y para eso era menester, pensaba la joven, brillar como las grandes damas que había visto en el baile, ataviarse como ellas; engastar el orgullo en la pompa del lujo, en el luciente resplandor de las alhajas, dispensar miradas en vez de implorarlas amorosas; ser, en fin, lo que esas grandes señoras parecían, en vez de la humilde enamorada que iba á sacrificar su corazón por salvar la tranquilidad de un padre, demasiado severo para ser amante. En la lucha de que hablamos, estas ideas predominaron sobre las demás. Nunca el pecho herido de celoso encono deja de abrirse á la expectativa de la vengaza. Los halagos de esa expectativa acallaron en Candelaria las voces del arrepentimiento. Pensando en la humilde pobreza del hogar paterno, parecióla un sepulcro ese hogar, sabiendo que Manríquez iba á pasear su amor entre las sedas y los encajes de una rival acaudalada. Tener encajes y sedas, llamar la atención por el lujo, inspirar pasiones para infundir celos, apagar con ellos la sed abrasadora de los suyos: he ahí su vengaza; he ahí su triunfo; he ahí la única atmósfera en que su pecho podría respirar, después de las angustias de aquella noche tan fecunda en pesares desconocidos.

No en pesares, sino en proyectos de felicidad fué esa misma noche fecunda para Manríquez. La conversación que tuvo con Inés abrió vastos horizontes á su esperanza, y si bien no volvió á hablar con ella en lo restante del baile, pudo recoger sus miradas y oir á veces su voz. Creyéndose en vía de alcanzar el ideal que sus deseos alimentaban, Manríquez tuvo instantes de platónico sentimentalismo, con otros de orgullosa

satisfacción, al ver el homenaje que todos tributaban á la que debía elevar su alma á las regiones forjadas por su capricho. Como todas las organizaciones enérgicas, la del oficial sólo divisaba la ventura infinita del que puede cambiar sus sueños en realidad, sin contar con los obstáculos que tendría que vencer, ni con lo incierto de las humanas eventualidades. En esa atmósfera de ilusiones vivió hasta la hora en que los convidados empezaban á retirarse. Sacóle de su éxtasis Solama, que llegó con su sombrero en la mano cuando se bailaba la última cuadrilla.

— ¿Nos vamos? le preguntó Manríquez.

— Así parece, á menos que la señora de la casa quiera convidarme á almorzar, en gracia del heroico denuedo con que he desempeñado mi misión. ¡Seis vestales á quienes he ayudado esta noche á mantener el fuego sagrado de la ilusión; y de las seis, dos, hijo mío, eximidas ya de la patria potestad y con derecho de sufragio si fuesen varones! Que me hablen de Catón, de Grangeneuve y de todos los que se han querido sacrificar por la patria: yo presentaré mi hoja de servicios en esta memorable campaña.

Timoleón se acercó á los dos amigos. La incesante agitación en que, desde las primeras horas de la noche había estado, principiaba á producir sus efectos. El cansancio se notaba en su semblante, en sus ojos apagados, en la descuidada actitud de sus manos, que poco ha no abandonaban las posturas que él juzgaba más elegantes y adecuadas para lucir su donaire.

Solama le puso la mano derecha sobre un hombro diciéndole:

— Tú también, Bruto, estás cansado.

— Bruto será el que lo dice, replicó Timoleón en el mismo tono de broma.

— He dicho Bruto con mayúscula, no te enojes, repuso Felipe.

— Es hora de irnos, dijo Manríquez, viendo que Inés se había despedido de la dueña de casa.

— Yo pediría, dijo Felipe, un voto de admiración para la señora dueña de esta casa.

— ¿Bonito baile, no? es señora de gusto, contestó Timoleón.

— Y de un brazo de hierro, repuso Felipe, porque á estas tan altas horas, mueve con la misma viveza que al principio su abanico, sobre el mar proceloso de su seno.

— Vamos á despedirnos, dijo Manríquez.

Los tres se dirigieron á la dueña de casa, que les hizo la oferta de estilo al despedirse, sin olvidar el movimiento de su abanico.

— Brazo de hierro, dijo á pocos pasos de ella Solama : así se llemaría esta señora, si nosotros usásemos el figurado y poético lenguaje de los pueblos orientales.

— Lo que yo he sentido es que no se haya disparado un solo volador, dijo Miraflores.

— Á ese sentimiento se asociará tu vendedor de cohetes, contestóle Felipe.

— Yo se lo propuse á la señora, pero no quiso, repuso Timoleón.

— Razón tuvo *Brazo de hierro* para openerse, dijo Solama ; porque tus voladores habrían dado á la fiesta olor á *siustiquez*, á más del olor á pólvora.

Después de tomar sus sombreros, los tres amigos

salieron á la calle. Al despedirse, Felipe Solama dijo á los otros dos:

— Yo estoy comunicativo y ofrezco mi casa y una copa de ponche para terminar la noche.

— Aceptamos contestó Manríquez.

— Yo tengo sueño, dijo Timoleón, yo no acepto.

— Ese es un acto de rebelión contra el voto de la mayoría: ella te compele á obedecer, dijo Felipe cogíendo del brazo á Miraflores y obligándole á caminar en dirección á su casa.

Llegados á las piezas de Solama, Manríquez y Timoleón se sentaron, Felipe colocó sobre la mesa la palangana del lavatorio.

— Protesto de la ponchera, dijo Manríquez.

— Nada temas, contestó Felipe, la he hecho lavar con lejía; mira: está como la conciencia de un niño.

Puso azúcar en la palangana, sacó dos copas y una botella de coñac.

— Ésta, dijo, es un regalo de mi único cliente. Era éste un vendedor de artículos de abarrote, licores y efectos de Lima: entre todos los habitantes de Santiago él solo ha reconocido mi genio. Tenía un pleito con otro, como él, discípulo de Mercurio. Parece que mi cliente, en calidad de abarrotador, sintiéndose amagado de falta de numerario con qué cubrir sus créditos, hizo cesión de bienes, abarrotando para sí el producto de un depósito de azúcares que pocos días antes había recibido de su contendor. Esta circunstancia quitaba todo aire de inocencia á mi cliente.

— ¿Está el ponche? preguntó Timoleón, que había empezado á cabecear.

— Ya va á estar, contestó Felipe. En ese estado,

añadió, vino el pleito á mi manos. ¡ La única causa que se dolía de las amarguras de mi noviciado ! ¿ Cómo renunciar al orgullo de un alegato en estrados ? Yo se la doy al mal estoico. Preparando mi defensa, sentí la fiebre de la inspiración, y si no llevé esperanza de presentar á mi cliente como inmaculado, estaba seguro de hacer temblar el foro con mi elocuencia.

— ¿ Mucho le falta al ponche ? tornó á preguntar Miraflores.

— Desgraciadamente, continuó Solama sin contestarle, los jueces no alcanzaron á la altura de mi raciocinio : mi cliente fué mandado á la cárcel y yo suspendido por un mes del ejercicio de mi elocuencia.

— ¡ Vaya con el ponche duro para hacerse ! exclamó Timoleón acercándose á la mesa.

— Mi cliente, prosiguió Felipe, no pudo escapar de su naufragio más que esta botella : felizmente, en vez de enviármela con una carta, como entre náufragos se estila, me la mandó llena del generoso licor que Vds. van á probar.

— Muy buen olorcito tiene, dijo Timoleón, recibiendo una copa llena que le pasó Felipe.

Con el ponche vinieron los recuerdos del baile, las chistosas observaciones, y por fin las confidencias. Solama caracterizó á cada una de sus compañeras. Timoleón mostró una carta que tenía preparada para Primitiva Basquiñuelas, diciendo que por guardarle fidelidad no había querido hacer conquistas en el baile, y Manríquez se contentó con oir á sus amigos, respetando demasiado sus esperanzas, para divulgarlas en presencia de Miraflores, cuya indiscreción le era conocida.

— Oigo decir á Timoleón, exclamó Felipe, que va á enviar una carta á Primitiva y yo pregunto ¿ de qué medios se vale para introducir este bastimento de amor en una plaza sitiada ?

— ¿ Qué es bastimento ? preguntó Miraflores, apurando alegremente el vaso.

— Las cartas, que son el pan de la ausencia, contestó Felipe.

— Con una llave ganzúa que tengo aquí, no hay puerta que me resista, dijo Timoleón golpeando el bolsillo del chaleco.

— ¿ Á ver la llave ? dijo Manríquez.

Miraflores sacó un peso fuerte del bolsillo que había golpeado y lo mostró á sus amigos con aire triunfante.

— *Suprema ratio*, dijo Solama inclinándose delante de la moneda que relucía entre los dedos de Timoleón.

— Puedes vanagloriarte de la originalidad del invento, le dijo al mismo tiempo Manríquez.

— No es original, pero es bueno, replicó Miraflores.

— No guardes tu llave, préstamela, díjole Solama, extendiendo la mano para recibir el peso fuerte.

— ¿ Para qué ?

— Para escribir yo también.

— ¿ Á quién ?

— Á Martina.

— Yo creía que habías renunciado á ella, dijo Manríquez.

— Así fué ; pero lo mutable de la humana condición me hace volver sobre mis pasos, contestó Felipe : al ver la carta de Timoleón, me puse pensativo ; Vds. lo notarían ¿ y saben por qué ? El corazón, estimulado por el licor, me dijo : cierto, Felipe, hermano mío,

que la misión que te has impuesto de sacar á bailar á las feas es noble y heroica; puede decirse que es tu grano de arena, tu óbolo para la felicidad del género humano; pero tu denuedo coreográfico no me satisface enteramente, y bien puedes sustentarme con algún amorcillo, mientras tanto, que lo cortés no quita á lo valiente.

— ¡ Pero hombre ! exclamó Timoleón, igualito á ti es tu corazón: le gustan los discursos.

— De tanto estar juntos hemos congeniado, contestó Felipe.

— ¿ De modo que has resuelto escribir á Martina ?

— ¿ Qué hacer ? dijo Felipe, sentándose delante de la mesa y poniéndose á escribir.

Manríquez se acostó en el sofá, y Timoleón en la cama de Felipe.

Éste continuó escribiendo durante algunos momentos, en seguida fumó para espantar el sueño y acabó por rendirse á él, al cabo de media hora, apoyándose contra el respaldo de la silla que hizo descansar en la pared, y subiendo los pies sobre la mesa. De este modo formaba con su actitud la consonante V, que recomienda De Maistre para las profundas meditaciones.

Manríquez fué el primero que despertó dos horas después y dió un grito para despertar á sus amigos.

— Caramba, dijo Solama, restregándose los ojos, parece que nos ha sorprendido el consonante favorito de beleño.

Timoleón alzó la cabeza de la almohada y viendo á Solama delante de la mesa le preguntó:

— ¿ Concluiste la carta ?

— Ay, dijo Felipe, levantándose y llevando ambas

manos á la cintura, esta larga vigilia me va á costar una ciática : la postura era para meditar y no para dormir.

— ¿ Y la carta ?

— Aquí está : se resiente un poco del ponche y de los vinos con que nos regaló *Brazo de hierro* anoche. Oigan Vds.

« Martina encantadora :

Sólo el dolor de muelas puede compararse al tenaz y punzante que experimenta mi corazón al verse huérfano del tuyo. Como el náufrago tras la fiera borrasca, torno á ti. El aire que tu presencia no embalsama, paréceme falto de oxígeno para mis pulmones : ¡ sin ti me ahogo ! ¿ Qué haremos para vernos ? Estoy como el proscrito que ansía besar el suelo de su patria : yo ansío besarte porque tú eres la patria de mi alma.

Tuyo hasta la vista y muerte

Felipe. »

Ya ven Vds. : conceptos breves, palabra fosfórica, elevación de imagenes : estaba casi borracho al escribirla, por eso lleva un ligero tinte de malicia.

— Martina se quedará en ayunas cuando la lea, dijo Miraflores, saltando de la cama.

— Ya conoces mi teoría: lo fantástico ha cautivado el alma femenil, desde la serpiente hasta la fecha.

— Yo estoy por lo positivo : ¿ vamos á almorzar? dijo Timoleón, poniendo en el bolsillo la carta de Felipe, junto con la que él destinaba á Primitiva.

XXIII

Parécenos haber leído en algún libro cuyo título y nombre de autor no recordamos; «La coquetería es el violento deseo que domina á las mujeres de inspirar muchos amores sin corresponder á ninguno.» El carácter de Inés Arboleda se ajustaba á esta definición como la piedra á su engaste, y dando rienda suelta á la inspiración de ese carácter, había autorizado á Manríquez á visitarla, sin cuidarse del disgusto que la presencia del oficial habría de causar á su padre.

Prescindiendo de los antecedentes que mediaban entre ella y Manríquez, ofrecía poderoso atractivo á Inés el amor caprichoso de ese joven, y halagaba no poco su vanidad la esperanza de avasallar el orgullo y la voluntad despóticos de quien, en vez de tratar de inspirarle amor, parecía más bien determinado á imponérselo como un mandato. Á esta circunstancia de gran valía para el alto concepto que abrigaba Inés del poder de su belleza, agregábase la no menos importante de ser Manríquez un hombre excepcional entre los que hasta entonces la habían cortejado y de tan aventajadas dotes físicas, que pronto llegaría á ser el fovorito de las más encumbradas hermosuras de Santiago, quienes la disputarían su conquista en el siempre abierto palenque de las rivalidades femeniles.

Profundo amor, sin cálculo ni plan era el que Manríquez oponía al artificio de Inés; pero la entereza singular de su carácter y la ficción que acerca del amor se había forjado, le salvaban del abismo de

humillaciones á que caen despeñados los qne, sinceros de corazón, lo ponen á las plantas de quien como trofeo y no como prenda de felicidad lo mira. Así acontecía que entre Inés y Manríquez, no dominaba el tierno acento de los que buscan su ventura en el cambio de un afecto sincero sentido con igual fuego, ni la voz del que suplica desdeñado, ni la del que manda arbitrario : sus conversaciones eran una lucha entre dos voluntades enérgicas, en la que constantemente vacilaba la victoria entre el orgulloso corazón del uno y malicia calculadora de la otra. Manríquez buscaba su ideal en ese amor, pero era demasiado altivo para humillarse. Inés buscaba en él la satisfacción de su orgullo; pero no podía sustraerse enteramente al atractivo poderoso de Manríquez. Él amaba, pero sólo entregaría su corazón á la que con igual amor le correspondiese : ella quería ser adorada; pero no era bastante indiferente para conservar la entera independencia de corazón, que con semejante propósito necesitaba. Tal era el estado de sus relaciones cuatro dias después del baile en que las habían renovado, es decir después de cuatro visitas consecutivas de Manríquez á casa de los padres de Inés.

Desde la llegada de la joven, los salones de don Calixto Arboleda habían adquirido una animación de que en ausencia de ella carecían. Ya pintamos, al empezar esta tercera parte, la viva sensación que en Santiago había producido Inés con su elegancia y hermosura. Fuera de los bailes, fuera de los paseos en que Inés era objeto de atenciones solícitas, la juventud ociosa y dorada de la capital, había hecho del salón que ella animaba con su presencia el centro de la

galantería y del buen tono. En medio de esa sociedad, formada de amigos envidiosos y de galanes fatuos, habíase presentado el oficial de húsares, orgulloso de su oscuridad, porque estaba satisfecho de su importancia, mirando con desprecio á sus rivales sin disimularlo, burlándose del mal reprimido disgusto de don Calixto, y solicitando el amor de la que todos cortejaban, más como hombre amado que como amante rendido.

De aquí gran alarma en los círculos que encuentran su más sabroso alimento en la chismografía; variedad de suposiciones aventuradas entre los que se encontraron vencidos, y profunda alarma de don Calixto Arboleda, cuyos recuerdos avivó la voz de la maledicencia, que llegó á sus oídos por uno de esos amigos oficiosos, que para casos de este género en toda sociedad se encuentran.

Don Calixto no era hombre de heroicas resoluciones, como en la primera parte de esta historia se ha visto. Esclavo también del *qué dirán*, y conocedor del carácter impetuoso de Manríquez, no podía, con tan serios impedimentos, revestirse de su natural autoridad para despedir al oficial de su casa, y buscaba sin embargo, algún medio de atajar la crítica de la sociedad y conjurar los peligros que el honor de su familia y el de su yerno corrían en aquel trance grave y comprometiente.

Sintió estos escollos don Calixto y la necesidad de algún expediente para libertarse de su temible y temerario huésped, y el oficioso amigo de que hablamos, dió cuerpo á sus temores, refiriéndole lo que Inés había dado que hablar en el baile con la larga con-

versación que había tenido con Manríquez. Obedeciendo á sus instintos de prudencia, don Calixto, en vez de adoptar una resolución violenta, prefirió reflexionar. Su meditación duró dos días. Al fin de este tiempo salió de Santiago con dirección á Valparaíso una carta de don Calixto á su yerno Juan Miguel Sendero, en la que con vagos términos y oscuras frases le participaba sus temores, y en categóricas palabras le invitaba á ponerse en marcha para la capital, á fin de « sustraer á Inés de una sociedad que no conviene á una joven, que por su posición y por estar sin su marido, puede ser censurada en sus más insignificantes acciones. »

Juan Miguel recibió el aviso y el consejo como en su lugar los hubiera recibido el más indolente. Habríale inquietado la carta aun siendo anónima: firmada de su suegro fué como la voz de alarma dada en un campamento entregado al sueño. Decimos campamento, porque lo es de pasiones en eterna campaña el espíritu del marido á quien la sociedad impone la guarda de su honra, vinculada en otra persona de harto decantada fragilidad. Los negros temores que á la luz de los celos adquieren formas colosales en la imaginación del hombre, asaltaron en tropel la del marido de Inés. La luz lejana tomó á sus ojos el aspecto de un incendio voraz; turbó la inquietud la calma de la reflexión; parecióle cada palabra vaga de la carta una revelación aterradora, y sin esperar nuevo aviso, alquiló un carruaje de posta, y llegó á la capital tres días y medio después que la carta había salido de manos de don Calixto.

Inés le recibió admirándose de su imprevista lle-

gada, pero sin turbarse: una coqueta tiene casi siempre su conciencia tranquila, porque no cree delinquir fomentando pasiones á las que no tiene intención de corresponder. Juan Miguel estuvo frío como todo hombre que medita el modo de formular su queja á la mujer cuya traición sospecha. Mas, don Calixto no le dió tiempo de quejarse ni de dirigir recriminaciones á Inés: llevólo á su cuarto y allí le repitió en otros términos el contenido de la carta que motivaba el viaje de Juan Miguel.

— Lo más prudente, dijo éste, después de oir á don Calixto, será que me vaya con ella mañana á Valparaíso ¿no le parece?

— Mañana es muy pronto, contestó el padre de Inés: espera unos tres ó cuatro días, porque tampoco es posible que digas á Inés el motivo de tu viaje. ¿Para qué ofenderla, si ella no tiene culpa ninguna? Estando tú aquí, además, la sociedad no tendrá tanto que hablar.

— Esperaré; pero ella va á preguntarme por qué he venido tan repentinamente, dijo Juan Miguel.

— ¿No eres comerciante.? La dices que un negocio urgente te ha traído, y que en dos ó tres días más estarás desocupado.

Juan Miguel siguió el consejo de su suegro, y explicó á Inés su inesperado viaje como éste se lo había indicado. Inés se dió por satisfecha con esta explicación; pero era demasiado penetrante para no divisar la sombra que oscurecía la frente de su marido. Para disipar esa sombra, adoptó el expediente que las mujeres prefieren por instinto: provocó ella misma la conversación sobre el asunto que preocupaba á Juan

Miguel. Este sintió libre su pecho de un enorme peso, al ver que su mujer le abría el campo de las explicaciones, que le había vedado su suegro en nombre de la prudencia. Para dar este giro á la conversación, habló Inés del último baile, y de las numerosas visitas que asistían á casa de su padre.

— Me alegro que te hayas divertido, díjola Juan Miguel que le había escuchado pensativo; pero lo que hay de sensible en esto, es que las mujeres jóvenes y bonitas como tú, son víctimas siempre de la envidia: figúrate que en Valparaíso me contaron que tú te habías *comprometido* hablando casi toda la noche con un oficial de húsares. ¿ Qué oficial es ese?

— Un oficial.... ah.... ya sé : ¿ te acuerdas de aquel joven Manríquez que vivía cerca de la hacienda de mi padre?

— Perfectamente.

— ¡ Lo que son aquí, por Dios! Cierto fué que hablé con él, pero hablé con muchos otros también.

— Lo que yo te decía : la envidia.

— Se fijaron en ese porque es buen mozo.

— ¿ Viene aquí ?

— Como era amigo de mi padre ¿ qué tiene eso ?

— Hay una cosa, dijo Juan Miguel, después de reflexionar algunos instantes: lo mejor es no dar motivo para que hablen ¿ no te parece ?

— ¡ Ah, tú crees entonces lo que dicen ! exclamó Inés llamando á su auxilio las lágrimas, que algunas mujeres parecen tener siempre prontas para turbar al que las interroga ó amonesta.

— Yo no creo nada ; pero esas visitas de jóvenes no me parecen bien, contestó Juan Miguel.

— Yo no los puedo echar ¿ estoy acaso en mí casa ?

— No digo que los eches ; pero en fin, cuando una mujer quiere hacerse respetar, nunca la faltan medios de alejar á los que la persiguen.

— ¡ Quién te ha dicho que me persiguen ! exclamó Inés, dando un aire de admiración á todo su rostro. Luego tomó la actitud de una víctima ; cruzó los brazos, bajó la frente, y con los ojos anegados en lágrimas fijó la vista en la alfombra diciendo ; si quieres que no vea á nadie, que viva encerrada, ¿ por qué no me lo dices ? No hablaré jamás con ningún hombre si te disgusta. Nunca me lo habías dicho, yo no lo sabía, ¡ qué culpa tengo yo de que me vengan á hablar ! y sólo por esto te pones á sospechar de mí ! bueno pues, viviré encerrada, nadie me verá si sólo así puedes vivir tranquilo.

— ¡ Vaya ! contigo no se puede hablar, dijo Juan Miguel, aprovechándose de un sollozo de su mujer, ¿ te he dicho yo que no hables con nadie ? Quien te oyera, creería que soy un celoso insufrible. Á ver : nómbrame alguna que haya tenido más libertad que tú.

— Yo no digo eso ; pero como tú pareces desconfiar de mí.....

— No desconfío, sino que te doy un consejo, y tú te pones á llorar por eso.

Continuó la conversación sobre este tono durante un buen espacio. Por lo que de ella trasmitimos, se ve la facilidad con que Inés, desviando las ideas que dominaban á su marido, supo hacerle ocuparse de su aflicción, en vez de extraviarse en el laberinto, que una sola sospecha forma para el que en amores la

concibe. De ahí á obligarle á venir á darle satisfacciones y consuelo, tuvo muy poco Inés que trabajar, porque Juan Miguel como todo celoso, deseaba sólo ser convencido, y nada arguye tanto á los ojos de los hombres en favor de la inocencia, como las lágrimas que, á falta de argumentos, no escasean en las defensas femeniles. Naturalmente Inés suspendió el curso de ellas cuando su marido tocó el término de las discusiones matrimoniales, convirtiéndose de acusador en suplicante solícito y humilde. Y mientras Inés secaba sus lindos ojos, se convino en que Juan Miguel sabría despreciar las hablillas malignas de la envidia y permanecería dos días más de los que para sus negocios necesitaba, á fin de manifestar á la sociedad que no hacía á su mujer la ofensa de dar crédito á las necias murmuraciones en que desahogaba su malevolencia.

Después de esta escena conyugal, Juan Miguel se presentó en el salón de su suegro con Inés. Don Calixto leyó en el semblante de los esposos la relación de lo que acababa de suceder, y sintió la vergüenza del que ve desaparecer un peligro después de dejarse dominar del miedo.

— Nos hemos explicado, le dijo Juan Miguel, mientras que dos jóvenes que habían llegado de visita conversaban con Inés.

Don Calixto respondió con una mirada interrogativa.

— Chismes, dijo el yerno mostrando con la vista la frente serena de su mujer.

Con muy corto intervalo de diferencia, entraron al salón don Lino Alcunza y Abelardo Manríquez.

Juan Miguel saludó cordialmente al oficial, para

manifestar á Inés y á don Calixto el caso que hacía de las hablillas de la sociedad. No hizo lo mismo Inés, que quiso corresponder á esa manifestación de su marido, mostrándole la indiferencia con que recibía al que acababa de ser objeto de su discusión.

Don Lino Alcunza, sin dejar de conversar con don Calixto, observaba esta escena, como hombre muy directamente interesado en ella. Vió que el oficial, después de una corta conversación con Inés, dejó su asiento, y salió de la casa, cuando hubo permanecido en el salón el tiempo que creyó suficiente para no llamar la atención sobre su salida.

Inés habia dicho á Manríquez :

— Han escrito á mi marido que yo conversé mucho rato con Vd. en el baile.

— ¿ Viene á buscarla ? preguntó Manríquez.

— No sé ; pero Vd. no debe contribuir á dar razón á las sospechas que han despertado en él.

— ¿ Qué hago aquí si no hablo con Vd ?

— Puede irse.

— ¡ Irme ! ¿ cree Vd. que puedo conformarme con eso ?

— Si yo me fuese mañana á Valparaíso tendría por fuerza que conformarse con no verme.

— Eso no.

— ¿ Qué haría Vd. ?

— La seguiría.

Fueron dichas estas palabras por Manríquez con tan sincera resolución, que Inés vió que tenía necesidad de reflexionar para volver sobre sus pasos, si no quería exponerse á las consecuencias con que la pasión que había fomentado la amenazaba.

— Vd. respeta muy poco mi reputación, le dijo con acento de queja.

— Hágame Vd. respetarla, la contestó el oficial de húsares.

— ¿Cómo?

— Amándome ó aborreciéndome.

— ¡Siempre los extremos!

— Así es mi corazón.

— Para obtener amor es preciso labrarse méritos, le dijo Inés entre seria y risueña.

— ¿Qué méritos? preguntó Manríquez.

— Por ejemplo, ser obediente.

No lo soy sin condiciones.

— ¿Á ver la condición? preguntó Inés, que deseaba cortar aquella conversación, temiendo confirmar con ella las sospechas de Juan Miguel.

— Vd. las sabe: amarme ó aborrecerme.

— Le contestaré mañana, dijo Inés, con voz cuya turbación mostró al oficial un cielo de esperanzas.

— Hasta mañana, pues, la dijo levantándose de su asiento, que ocupó luego uno de los elegantes que había entrado al principio.

Como dijimos, Manríquez dejó el salón poco después, y tras él salió don Lino, encaminándose á la casa que habitaba Candelaria Basquiñuelas.

XXIV

Esperábale Candelaria con impaciencia. Estas visitas de don Lino á casa de don Calixto Arboleda eran una exigencia de Candelaria, que deseaba estar al corriente

de la conducta de Manríquez. Comprféndese con facilidad que don Lino, prestándose á hacerlas, servía á su propia causa, que fundaba sus probabilidades de buen suceso en fomentar los celos que inspiraba el oficial de húsares.

La infeliz querida de Manríquez había operado una completa transformación en su persona. En la noche á que hemos llegado en esta narración, el traje que vestía Candelaria Basquiñuelas era muy distinto de aquél con que había entrado á su nueva habitación. Un vestido de gros de aguas, color castaña, la dibujaba con gracia el talle esbelto, realzaba las armoniosas proporciones de su cuerpo y le daba un aire de señorío, muy distinto del humilde aspecto con que en la casa de la calle del Carmen parecía agobiarla el vestido de quimón mal hecho, que la afeaba á trueque de vestirla. Su peinado era modesto, pero valía por la riqueza de la cabellera, y unos pendientes de filigrana de oro se balanceaban triunfantes colgados de sus orejas, en las que el tinte rosado y la frescura de la juventud, disimulaban el tamaño, más abultado de lo que la belleza artística lo permitiera. Por lo demás, la desenvoltura algo nerviosa de sus maneras y la ausencia de timidez, que á pesar de su genial viveza, predominaba en ella, aun después de haber entrado al mundo del amor por la puerta del sacrificio, completaban la transformación de su persona.

Al entrar, don Lino la envolvió con la mirada de los viejos enamorados de personas jóvenes, mirada que tiene cierta analogía con las que las aves de rapiña arrojan cargadas de fluido magnético sobre sus víctimas. Candelaria no hizo alto en esa mirada:

pensaba en Manríquez y preguntaba por él con los ojos, antes de decir á don Lino:

— ¿Estaba?

— Como todas las noches, contestó Alcunza, renovando la mirada de ave de rapiña.

— ¿Y se quedó en la casa? preguntó Candelaria.

— No, salió poco antes que yo.

— ¿Por qué se saldría?

— Tal vez porque estaba ahí el marido de Inés.

— ¿El marido? ¿cuándo llegó?

— Hoy á mediodía.

— ¿Y Abelardo habló con Inés?

— Todo el tiempo que estuvo en la casa, y ella parecía muy contenta, agregó don Lino.

Candelaria palideció ligeramente y se quedó callada.

— Dígame una cosa, la dijo don Lino.

— ¿Qué?

— Si él no la hubiese olvidado á Vd. completamente, ¿lo cree hombre capaz de quedarse tan tranquilo, después de lo que pasó en la otra casa?

— Ya lo sé ¿para qué me lo repite tanto? exclamó Candelaria, agitando con impaciencia uno de sus pies, que dió al vestido ese crujir de la seda, tan armonioso para los oídos de la mujer.

— Se lo digo porque me da pena verla sufrir por quien no la quiere, cuando hay quien podría hacerla tan feliz, dijo con voz melosa don Lino.

— ¿Quién es ese? preguntó Candelaria.

Había tomado un alfiler, y se entretenía, para disimular tal vez su turbación, en atravesar con él la vela, después de haberlo calentado á la luz.

Don Lino no vaciló al responder:

— Yo, que la quiero tanto.

Como se ve por esta contestación, parece que Alcunza juzgaba ya oportuno el tiempo de descubrir sus pretensiones.

La joven se quedó silenciosa, mirándole durante algunos momentos. Su vaga mirada no manifestaba ni sorpresa ni alarma.

— ¡Buen cuidador me ha puesto mi tatita! dijo mirándole siempre, casi sin verle.

Esta reflexión hecha en voz alta, hizo decir á don Lino:

-- Ya es tiempo, pues, que nos vayamos explicando.

— ¿Qué tiene que contarme? le preguntó Candelaria con un tono en que parecía decirle que su contestación la sería del todo indiferente.

— Muchas cosas.

— Principie, pues.

— Dígame una cosa primero.

— Pregunte no más.

— ¿Cómo encuentra que me he portado con Vd.?

— Muy bien, de eso nada tengo que quejarme, al contrario.

— ¿Cree que lo he hecho sólo por servir á su padre?

— ¿Y por qué lo ha hecho?

— Por Vd., porque siempre, desde la primera vez que la vi, la he querido.

— Ah, yo sabía eso ¡vean qué novedad!

— Bueno, pues, don Raimundo cree que Vd. está en casa de mi mujer y ya empieza á querer verla.

— ¿Se lo ha dicho á Vd.?

— Hoy mismo.

— Y Vd. ¿qué le dijo?

— Que se la llevaría mañana.

— Yo no iré, dijo Candelaria con aire resuelto.

— Yo tampoco he pensado en llevarla, no esté creyendo.

— ¡Ah! así ¿no? ¿Y por qué?

— Porque nunca he perdido la esperanza de que Vd. me quiera.

— Bueno y ¿qué le va á decir á mi tatita mañana?

— No voy á verle, y se acabó: él no me ha de venir á buscar á mi casa.

— ¿Y si yo quisiera volverme á casa de mi tatita?

— ¡Cómo ha de querer! ¿Para qué? para que la estén reprendiendo todos los días; para que su padre la amenace, mientras viva, con la corrección; para vivir pobremente, encerrada como en un convento y llegar á vieja sin haber tenido un sólo día alegre, ¿para eso?

Quedóse un corto espacio pensativa la joven. Las reflexiones de don Lino, hechas con una vulgaridad desesperante, fueron acaso mejor comprendidas de Candelaria por esa misma vulgaridad. Había ya divisado varias veces ese porvenir de llanto, de vergüenza y de miseria, en sus solitarias y largas meditaciones. Duro y escaso pan, semblantes airados ó irónicos, vestidos de quimón: he aquí el horizonte que, al través de la puerta que daba paso al hogar doméstico, divisaba entonces, evocado por las palabras de don Lino. Y, antes habíamos dicho lo que, para explicar el estado del espíritu de Candelaria, tenemos que repetir: ella habría aceptado tal vez esa vida

como una expiación, si los celos no hubiesen encendido en su alma el deseo de la venganza. Con este deseo, la perspectiva doméstica se presentaba ante ella como una tortura superior á sus fuerzas, superior á su resignación. Su respuesta fué la siguiente, después de echar una verdadera mirada de mujer sobre su vestido, cuyas aguas resplandecían bajo los rayos de luz que arrojaban dos velas colocadas sobre una mesa.

— Eso no me da miedo; pero yo quiero otra cosa y por eso no volveré á casa de mi tatita.

— ¿Qué es lo que quiere? Diga no más, para Vd. todo está pronto, contestó don Lino.

—Una cosa que Vd, no puede darme.

— Diga no más, ahí veremos: para el amor no hay imposibles.

Candelaria acogió con desdeñosa sonrisa esta galantería, que marcaba el grado de exaltación amorosa á que había llegado don Lino.

— Vaya, pues ¿por qué se calla? dijo éste, para sacar á Candelaria de su silencio.

Una lágrima ardiente surcó las mejillas de la joven, que se vió con el pie en el segundo tramo de la escala que conduce al abismo de la deshonra. Solo el amor la había hecho dar el primer paso: á él había vendido su pureza, y por ese amor ultrajado hallábase á punto de dar el segundo. Candelaria, sin dar á su reflexión esta forma, no dejó de sentirla punzante, acre y roedora, arrancarla del corazón esas lágrimas, que surcaron hirvientes sus pálidas mejillas.

Don Lino se sonó ruidosamente y encendió un cigarro, repitiendo.

— Vaya, pues; diga no más.

— Lo que yo quiero, respondió Candelaria secándose el rostro, como para arrancarse los escrúpulos del pudor, es vengarme de Abelardo.

— ¡ Ya está con su Abelardo ! ¡ qué le importa ! exclamó don Lino, sin comprender el drama de que era actor.

— ¡ Qué me importa ! ¡ vaya ! dijo Candelaria con la voz desapacible de la desesperación. Me importa mucho ¿ yo no más he de sufrir cuando él ni siquiera se acuerda de mi dolor ? Yo sé que estoy perdida, no necesito que me lo digan ; pero, aunque soy mujer, quiero que él también llore. Si no llora de dolor como yo, que llore de rabia, y de rabia que le ha de venir por mi causa, para que así no me pueda olvidar aunque quiera.

— ¿ Y qué saca con vengarse ?

— Yo sabré.

— ¿ Sabe lo mejor ? que él la vea feliz, bien vestida, con plata, ¡ y verá si le pesa !

La joven cogió de nuevo el alfiler que había dejado sobre la mesa, y empezó á clavarlo en la vela. Habíanse encendido sus mejillas, y su mirar era el de una persona que trata de reprimir la rabia que hierve en su pecho.

Acercóse á ella don Lino, diciéndola :

— Déjese de pensar en eso y piense en lo que la digo.

— ¡ No oigo nada, no quiero oir hasta que no cumpla lo que he jurado ! contestó Candelaria alejándose de don Lino. Mirándole de frente, añadió poco después, ¿ Está pensando que no lo he de hacer porque estoy en su casa ? Se equivoca. ¿ Qué me cuesta salir

de aquí ? ¡ No crea que la pobreza me asusta, con tal que me salga con la mía !

Para don Lino eran una amenaza estas palabras y al mismo tiempo una prueba de que su interés consistía en favorecer esa venganza más bien que en oponerse á ella. De que así lo comprendió al momento, dió testimonio su contestación.

— Si quiere, yo la ayudaré á vengarse ¡ qué mejor para mí !

— Así me gusta verlo, dijo Candelaria, cuyo rostro brilló con una alegría feroz.

— Si es por eso, yo la ayudaré, repitió don Lino.

— Yo tengo mi plan, dijo Candelaria, sentándose, y permitiendo que Alcunza se sentase á su lado.

— Con tal que no se vuelva á juntar con él, dijo éste, yo estoy pronto á servirla.

— Lo que yo quiero, dijo la joven, es que manden á Manríquez fuera de Santiago.

— Yo lo consigo el día que quiera.

— ¿ Cómo ?

— Empeñándome con don Diego Portales que es Ministro de Guerra y de cuanto hay.

— ¿ Adónde lo mandarían ?

— ¡ Vea ! la ocasión es como mandada hacer ¿ sabe adónde lo pueden mandar ? á Quillota, donde está parte del ejército que va al Perú.

— ¿ Á qué van al Perú ?

— Á pelear contra Santa Cruz.

— Á pelear..... y ¿ cree usted que manden á Manríquez ? preguntó Candelaria reflexiva.

— Yo le prometo que con don Diego Portales lo consigo, contestó Alcunza.

— Pero usted me dijo el otro día, que don Diego estaba en Valparaíso.

— Se le escribe, pues.

— Usted me dijo también el otro día una cosa, repuso Candelaria, después de pensar un corto instante.

— ¿ Qué cosa ?

— Que la familia de Juan Miguel Sendero es muy rica y tiene mucho influjo con don Diego Portales.

— Cómo no, pues, desde el Estanco tiene el padre de Juan Miguel mucha amistad con don Diego.

— Entonces Juan Miguel podría también conseguir que mandasen á Manríquez fuera de aquí.

— Así me parece.

Bueno, pues, eso es lo que yo quiero y para eso necesito hablar con Juan Miguel.

— ¿ Lo conoce ?

— De vista, hace tiempo estuvo en casa, antes de casarse, yo estaba chica entonces.

— ¿ Y por qué lo prefiere á él, cuando yo puedo hacer lo mismo ?

— Porque así me conviene.

— Bueno, pues, con tal que Vd. no salga de aquí, ni vuelva á verse con Manríquez.

— Se lo prometo, y para que vea, Vd. mismo le dará al criado una carta que voy á escribir á Juan Miguel.

— Como quiera, dijo don Lino, que veía la inutilidad de luchar contra la decidida voluntad de la joven, á menos de exponerse á perderla, de lo cual él se curaba como de morir.

Candelaria trajo á la mesa todo lo necesario para escribir y se puso á hacerlo con mucha pausa. Esta

operación duró como media hora, á pesar de que la carta sólo contenía estas pocas líneas :

« Una persona que usted ha conocido antes de casarse y que se interesa mucho por usted, desea verlo hoy á las doce para un asunto de importancia y espera que usted no falte. »

Seguían las señas minuciosas de la casa que habitaba Candelaria y la designación de la hora.

Llevaba la carta la fecha del 22 de mayo de 1837, en que debía ser entregada.

— Ésta se la han de entregar mañana temprano, dijo Candelaria.

— Le prometo que se hará, contestó don Lino.

— Bueno, pues, no me falte.

— Y usted tampoco.

— Pierda cuidado, dijo la joven con resolución.

Algunos instantes después salió don Lino, reiterando su promesa de hacer entregar en manos propias á Juan Miguel Sendero la carta que llevaba.

XXV

Para presentarse ante el marido de su rival vistióse Candelaria con prolijo esmero. En el modo como arregló para dar á cada parte y al conjunto de su traje la elegancia que en la noche del baile había observado entre las ricas convidadas, hubiérase creído que Candelaria Basquiñuelas se preparaba á una cita de amor más bien que á una entrevista en que iba á principiar la ejecución de sus planes de venganza. Vestida ya, y al parecer satisfecha de su

empeño, empleó largo rato en mirarse al espejo, entregándose á ese ejercicio que los hombres consideran una exageración de novelistas, y que consiste en estudiar las sonrisas, el juego de los ojos y las distintas metamórfosis por que hace pasar su fisonomía una mujer que intenta impresionar.

En esta ocupación la sorprendió la hora de la cita. Con la fisonomía animada y el corazón palpitante de esperanzas, entró al saloncito destinado á las visitas, arregló los muebles, sacudió las mesas, y lo dispuso todo de manera que el que iba á llegar recibiese en su primera ojeada una agradable impresión.

Terminada esta tarea, se sentó á esperar. Su expectativa no fué larga. El criado que por don Lino y por ella estaba prevenido de la visita que debía llegar, golpeó la puerta poco después que Candelaria se había sentado.

— ¿ Quién es ? preguntó ella.

— Un caballero, señorita, pregunta por su merced, contestó el criado, que en su obsequioso lenguaje, cumplía las recomendaciones de don Lino.

— Que entre, dijo la joven.

Juan Miguel Sendero entró en la pieza. Adelantóse Candelaria á recibirle y lo hizo con bastante desenvoltura para que Juan Miguel creyese hallarse en presencia de una persona de calidad. Su juventud, por otra parte, y su hermosura, que la elegancia del traje realzaba, turbaron al marido de Inés, que desde su enlace con ésta sólo se había ocupado de negocios y de asuntos graves.

Mucho le agradezco su puntualidad, señor Sendero,

siéntese Vd., díjole Candelaria, ofreciéndole una silla al lado de la que ella ocupó al decir esto.

— Señorita..... mil gracias, contestó Juan Miguel. Los dos se miraron después de esto, como para dirigirse la palabra.

— Usted querrá saber, dijo Candelaria, para qué le he dado la molestia de venir aquí ¿no es cierto?

— Molestia, no señorita, al contrario, replicó el joven.

— ¿Se acuerda de haberme visto alguna vez? preguntóle Candelaria.

Convidado á mirarla por esta pregunta, Juan Miguel fijó la vista en la que la hacía, á quien sólo había mirado á hurtadillas. Al dirigirle la palabra, ella fijó también la vista en él, haciendo valer la hermosura de sus ojos, que veló después con los párpados, como para dejar á Juan Miguel la libertad de admirar sus facciones, el tinte fresco y juvenil de sus mejillas, la gracia de su talle dibujado por el vestido, y la abundancia de sus cabellos.

Juan Miguel creía soñar. Su cabeza, llena de cálculos, su corazón acostumbrado al uniforme latir de una vida sin emociones, recibieron como un choque eléctrico con lo raro é inesperado de la situación, con la apariencia novelesca que la caracterizaba, y más que todo, con la presencia, con la voz, con la actitud seductora de una mujer joven y bella, que prestaba su mágico encanto á esa escena principiada tan misteriosamente para él.

Ocurrió esto, es decir, la estudiada intención con que Candelaria se apoderó del espíritu de Juan Miguel, y las ideas que cruzaron por el cerebro del

joven, en instantes mucho más cortos que los que se emplean para explicarlo.

— No me acuerdo, señorita, contestó Juan Miguel, después de pensar y de ver cuanto hemos dicho.

— Es cierto, yo estaba tan chica entonces, dijo Candelaria como reflexionando en alta voz. Mirando después á Juan Miguel le preguntó: ¿No iba Vd. á veces á casa de don Raimundo Basquiñuelas?

— Don Raimundo Basquiñuelas, repitió el joven interrogando sus recuerdos; y añadió: ¿Un caballero que era empleado en un ministerio?

— Ese mismo.

— Cierto, señorita, fuí algunas veces, hace ya cerca de tres años.

— Eso es, Vd. no puede acordarse de mí porque yo estaba muy chica entonces.

— ¿Es Vd. hija de ese caballero?

— Una servidora de Vd. señor.

— De veras que no me acuerdo de haberla visto, tornó á decir Juan Miguel, en cuyo espíritu se pronunciaba por instantes la turbación que aquella escena le iba produciendo.

— Y ahora, si me viese en la calle ¿me conocería?

— Ah, por supuesto.

— Vd. no me pregunta para qué lo he mandado llamar.

Espero que V. tenga la bondad de decírmelo.

— ¡Lo que son las cosas! ahora que lo veo aquí, no hallo como decírselo.

— ¿Por qué?

— Porque no es lo mismo pensar que hablar ¿no le parece?

— Así es.

— Quién sabe sí á Vd. le va á parecer mal.

— ¿Por qué me ha de parecer mal? le aseguro que si es para pedirme algún servicio, estoy ya muy dispuesto á su favor.

— ¿Y por qué cree que ha de ser para pedirle servicio? preguntó Candelaria, dando á su voz un timbre suavísimo y á sus ojos una expresión en armonía con su voz.

— No sé, señorita, pero... como nada se me ocurre, he dicho lo primero que se me vino á la imaginación.

— ¿Sabe que acertó? Es un servicio el que quiero pedirle y estoy haciéndole perder su tiempo con mis temores.

— Por eso no tenga cuidado, porque yo encuentro que estoy empleando mi tiempo muy agradablemente.

— ¡No sabe lo que me alegro de verlo tan indulgente conmigo! porque, de veras, no sé como principiar.

— Hágame alguna indicación siquiera, yo trataré de adivinar lo demás.

— ¿Qué indicación le haré? Á ver... ¿conoce Vd. á un oficial Manríquez?

— ¿Un oficial de húsares?

— Si; se llama Abelardo.

— Le conozco, sí, señorita.

Justamente con dar esta contestación, cambiaron como por encanto las agradables impresiones bajo cuya influencia se hallaba Juan Miguel. Pronunciado el nombre de Manríquez cuando menos lo esperaba, llenóse de siniestras aprensiones su espíritu, y el interés que la hermosura de Candelaria le iba inspi-

rando, cedió su puesto á los temores que los antecedentes de su última explicación con Inés hacían muy naturales.

Candelaria observó la transformación que se pintó en el semblante de Juan Miguel, y después de reflexionar un instante, dijo:

— El servicio que le voy á pedir tiene relación con ese oficial.

— Señorita, dijo Juan Miguel, preocupado de las nuevas ideas que le dominaban ¿por qué me elige Vd. para un asunto que tiene relación con el señor Manríquez?

— Por varios motivos, contestó sin vacilar Candelaria.

Juan Miguel se quedó mirándola, cual si esperase la enumeración de esos motivos. Conociólo la joven y no esperó ser preguntada para continuar:

— Me he atrevido á Vd., porque he oído decir que Vd. se generoso, y yo tengo necesidad de alguien que tome interés por mi suerte; no con plata, porque no la necesito, sino con otra clase de servicios, y también porque sé que su padre y Vd. tienen influjo con el señor Portales, que puede disponer como quiera de Manríquez, que es militar.

— Es cierto que tenemos amistad con don Diego, contestó Juan Miguel.

— Lo que me atrevo á pedirle es que manden á Manríquez fuera de Santiago ¿será difícil conseguirlo?

— El señor don Diego no está aquí.

— Pero se le puede escribir.

— Fácilmente.

— Eso es lo que yo quiero.

— ¿ Adónde tiene Vd. interés que manden á su recomendado ?

— No es mi recomendado, al contrario, que lo manden adonde quieran, con tal que salga de aquí.

— Por lo que veo Vd., no parece querer á Manríquez.

— Tengo motivos para aborrecerlo, dijo Candelaria bajando la vista.

— ¿ Tánto ?

— Sí.

— Vd. estará acusándome de indiscreto por estas preguntas, dijo Juan Miguel, viendo que Candelaria parecía turbada.

— No ¿ por qué, pues ? Cuando yo le doy la molestia de venir aquí y de perdirle un servicio, debo esperar, siquiera, que Vd. me pregunte algo.

— Eso no, porque Vd. bien puede pedir servicios sin pagarlos con explicaciones, contestó Juan Miguel, cuyos temores, despertados con el nombre de Manríquez, habían desaparecido al ver que Candelaria parecía ignorar lo que en él los motivaba.

Candelaria recompensó esta galantería con una mirada de lánguida turbación, que dejó á Juan Miguel plenamente satisfecho de su frase. Al dirigirle esa mirada, Candelaria había dicho :

— Ojalá.

— Con esta contestación Vd. aviva mi curiosidad, repuso el joven. ¿ Por qué dice Vd. ojalá ? Cree que lo que la digo es sólo un cumplimiento ; pues para que vea, yo me comprometo á conseguir lo que Vd. desea sin hacerle ni una sola pregunta.

— Es que yo no esperaré que me las haga para

contarle quién soy, cómo me encuentro aquí, y por qué le pido este servicio, para que Vd. sepa á quien va á servir.

— Ya le digo : me basta con verla para no desear más que servirla, díjole Juan Miguel, que iba entusiasmándose por grados con la belleza de Candelaria y con lo original de su situación.

— No esperaba menos de un caballero como Vd., contestó la joven, haciendo girar entre las manos el pañuelo de narices y mirándole como para examinar el dobladillo, mientras que sentía los ojos de Juan Miguel fijos en ella con creciente interés.

Este fenómeno de la afición con que el marido de Inés empezaba á mirar á Candelaria, no necesita explicación justificativa para el que haya estudiado, siquiera sea someramente, el corazón del hombre. Á los irreflexivos que pensasen en tachar de violenta esa rápida afición, se les puede contestar con un tema de meditaciones que podría formularse así : él era joven ; ella joven, bonita, é interesada en cautivarle. Además, como guía de su meditación podría añadirse esta advertencia : la virtud absoluta del hombre en amor, se ha mirado comunmente como una ficción propia de los libros de caballería, y la humanidad no ha dejado ni dejará de mirar al menor de los hijos de Jacob, como una honrosa excepción en el linaje varonil.

— Siento que sea tan poca cosa lo que Vd. me pide, dijo Juan Miguel.

— No crea que es tan poco.

— ¡ Escribir una carta y traerle la contestación ! ¿ qué es eso ?

— ¿ No ve ? Vd. mismo conoce que no le basta el trabajo de escribir, puesto que le queda el de *mandarme* la contestación.

Candelaria apoyó la voz en la palabra que subrayamos.

— Yo espero, replicó Juan Miguel, que Vd. me permitirá traerle la contestación en persona.

— ¿ No le incomodará ?

— Lo que me incomodaría es que Vd. me prohibiese tomar ese pretexto para volver á verla.

— No necesita tener pretexto para eso, porque yo misma le he enseñado el camino de mi casa, y si no quisiese que Vd. me visitase, me habría valido de alguna otra persona.

— Es decir que Vd. me conocía ya.

— Me acordaba de Vd. muy bien, y cuando supe que Vd. había llegado á Santiago, recordé que entre los que iban á casa, Vd. era el que más me gustaba.

Candelaria dijo esto con algunas reticencias que omitimos al escribirlo, bajó al último la vista y púsose encarnada, con una oportunidad digna de una actriz que sabe cambiar á su antojo la expresión de su semblante.

Juan Miguel se quedó como un colegial que por la primera vez concibe la esperanza de ser correspondido de la que persigue con amorosas miradas. La aventura le parecía magnífica. Hallábase como una ave criada en la prisión de una jaula, á la que la mano caprichosa de un niño deja abierta la salida. La hermosa criatura que acababa de hablarle le señalaba el campo de un amor inesperado con su acento infantil, con sus calculadas reticencias, con sus miradas expre-

sivas y tímidas á un tiempo. Todos los hombres sienten en las varias incidencias del trato social, esta verdad ; nada hay más débil que el alma del sexo fuerte.

Juan Miguel exclamó lleno de esperanzas :

— ¿ Sabe señorita, que casi me entristece su franqueza ?

— ¿ Por qué ? preguntó Candelaria con admiración.

— Suponga Vd. que me hubiesen dado deseos de gustarle realmente, lo que, si Vd. se conoce bien, no la parecerá extraño.

— ¿ Y qué tiene eso ?

— Tiene que, como Vd. me dice tan llanamente que se acordaba de mí, porque yo le inspiraba alguna simpatía, si ahora se la siguiese inspirando, no hablaría Vd. de ella así no más.

— No le entiendo bien.

— ¿ Me permite decírselo más claro ?

— Con mucho gusto.

— Bueno ¿ Vd. me lo permite..... ?

— Sí, se lo permito.

— ¿ Qué diría, si yo me enamorase de Vd. ?

— ¡ Las cosas de Vd. ! ¡ Cómo le había de creer !

— Bueno : pero suponga que lo creyese : ¿ me diría con tanta franqueza que yo le gustaba cuando iba á casa de su padre ?

— Pero si es la verdad ¿ por qué lo había de negar ? contestó la joven bajando la vista, al mismo tiempo que de púdicos tintes se tiñieron sus mejillas.

— Pues yo creo que no lo confesaría, y por eso digo que no me gusta su franqueza, repuso Juan

Miguel muy conmovido de notar la turbación que manifestaba Candelaria.

Ésta se quedó silenciosa durante algunos momentos, y después, dando un suspiro dijo:

— Yo le habré parecido muy alegre ¿no?

— Me ha parecido muchas cosas, contestó Juan Miguel, acentuando su frase para darle el alcance de un fino requiebro, al propio tiempo que dirigió á la joven una mirada igualmente expresiva.

— Pues vea lo que son las cosas, ningún motivo tengo de estar alegre, repuso Candelaria, y sólo por no incomodarlo con una cara triste no me le he presentado como soy.

— Si Vd. me diese derecho de consolarla, yo la preguntaría la causa de su tristeza.

— Se la diré otro día ¿no me vuelve á ver, pues?

— ¿Será muy luego mañana?

— Cuando Vd. guste.

— Mañana le traeré la noticia de haber cumplido su encargo.

Dióle las gracias Candelaria, y dió más expresión al aire melancólico que había tomado al cambiar de conversación. Juan Miguel no quiso interrogarla por mostrarse como un servidor desinteresado, lo que esperaba dejase en el ánimo de la joven una opinión favorable de su persona. Dominando su curiosidad, y lisonjeándose de continuar en visitas subsiguientes la hermosa conquista que la suerte le deparaba, se dispuso á retirarse.

— Otro favor le voy á pedir. ¡Vaya, por Dios! ¡qué va á pensar Vd. de mí! exclamó Candelaria.

— Yo no puedo cambiar de opirión, señorita, y no

pensaré sino en la felicidad que tengo de que Vd. se haya acordado de mí para ocuparme, contestó Juan Miguel.

— El favor es que no le hable á nadie de esta visita, repuso la joven.

— Sin que Vd. me lo pidiese, así lo haría.

— Porque tengo enemigos, y Vd. sabe....

— No tenga el menor cuidado.

— Entonces..... ¿hasta mañana? dijo Candelaria tendiendo al joven una mano.

— Hasta mañana, repitió él, estrechando esa mano con efusión.

Y salió de la casa animado de muy diversas ideas de las que al entrar en ella imperaban en su imaginación.

Candelaria exclamó para sí, mirándose al espejo.

— ¡Éste está casado con mujer bonita! Vaya lo que es el amor de los hombres!

Las ideas de egoísta desprecio, que secan en el alma de las mujeres engañadas la fuente de la virtud, empezaban á germinar en la de Candelaria con cada lección de las que la amarga experiencia le iba dando. Mas, por entonces, el estado de su espíritu la impedía ver que para buscar su venganza, sólo se le ofrecían los tortuosos caminos del envilecimiento; de modo que al hacer esta reflexión, en la que dominaba el espíritu generalizador de los corazones heridos, que juzgan al mundo por el dardo que les causa sus dolores, Candelaria, en vez de recogerse en el recato que habría podido salvarla, vió en esa lección un apoyo de sus deseos, y creyéndose de todos modos condenada á la depravación, volvió á jurar venganza con la cruel tenacidad de su celoso despecho.

XXVI

Corrió un espacio de cinco días sin que ningún suceso notable variase la suerte de los personajes que en esta historia figuran.

Manríquez había pasado este tiempo sin ver á sus dos amigos.

En la tarde del quinto día subió la escala, que conducía á las habitaciones de Felipe Solama y abrió la puerta del escritorio sin golpear.

Solama se paseaba á lo largo de la pieza, tenía un papel en la mano, y hablaba en voz alta. Al ver á Manríquez se detuvo ; pero en lugar de saludarle, continuó su ocupación dirigiéndole la palabra de este modo :

« En efecto, excelentísimo señor ¿ qué significación tiene un doble matrimonio en el elevado dominio de la moral ? ¿ No proviene de una excesiva sensibilidad del alma, unida al casto temor que huye delante de ilícitas relaciones ? Á mi juicio no es otro el delito de Juana Laguna mi defendida. La justicia humana, puesto que humanas acciones juzga, no puede desentenderse de la fisiología moral, que tan poderosamente influye en el desarrollo de la facultad volente, ofuscando el ejercicio libre de la pensante. Y ¿ qué dice la fisiología, ilustrísimo señor, de Juana Laguna, acusada de doble matrimonio ? Su color pálido, el círculo que rodea sus ojos, la vaga melancolía de su frente, revelan á lo interior un corazón impresionable, una alma combatida por los embates de furiosas pasiones, la

tendencia erótica, por decirlo así, ya que tan poética es la mujer, que se observa en los temperamentos linfático-biliosos. Lavater habría interpretado como yo interpreto, y Lavater no se anduvo nunca por las ramas en materia de fisonomías. Yo pregunto, excelentísimo señor, ¿ un tribunal moderno habría condenado á Bruto por haber atravesado con el puñal de la democracia el corazón que aspiraba á fundar la dictadura ? ¡ No ! no ! ! no ! ! ¿ Y á qué cedía Bruto ? á una noble pasión. ¿ Á qué ha cedido Juana Laguna ? ¡ á un arrebato sublime !

— ¿ Qué diablos me estás declamando ? proguntóle Manríquez, aprovechándose de la primera pausa de Solama.

— Mi alegato de mañana, hijo : con este alegato me van á llover los clientes.

— ¿ Qué ensalada es esa de Bruto y Juana Laguna, que acabo de oirte ?

— Yo no soy del sistema de hablar al vulgo en necio para darle gusto, respondió Solama ; tengo otros principios á este respecto : prefiero el sistema combinado de necio-altisonante. Si el auditorio te entiende, adquiere de ti una flaca idea. Es preciso ser sublime en la oscuridad, dar á los argumentos más tontos una gran importancia y tener fuerza de voz. Esta elocuencia forma las reputaciones, y yo quiero formar la mía, porque mi familia me está descuidando de un modo lamentable. Á veces se me figura que para obligarme á que vaya á trabajar en la hacienda, me quiere sitiar por hambre.

— Bueno y ¿ cuánto ganas con este alegato ? preguntó Manríquez.

— Nada más que reputación, porque en cuanto á dinero, es gratis: estoy de turno en lo criminal, es decir defendiendo á los criminales por turno y no por plata.

— Es barato.

— Tú me viste en el baile de *Brazo de hierro*, repuso Solama: ahí defendía á las desgraciadas contra la indiferencia del hombre; ahora tomo igual empeño en defender á aquéllos cuyo castigo pide la pública vindicta. Mi misión es desinteresada.

Manríquez encendió un cigarro riendo de la constante seriedad alegre de su amigo y recostándose en el sofá le preguntó:

— ¿ Qué hay de nuevo ?

— Nada, contestó Felipe.

— ¿ Qué hubo de las cartas que escribieron Vds. á las hijas de don Raimundo el otro día ?

— Timoleón quedó en traerme ayer la respuesta y no ha parecido.

— Algún picholeo se lo habrá hecho olvidar, dijo Manríquez.

— Solama volvió á la recitación de su alegato, mirando alternativamente al oficial y á su papel:

— « En efecto, excelentísimo señor, ¿ qué significación tiene un doble matrimonio.....

Manríquez se puso á cantar.

— No me dejas oirme, díjole Solama interrumpiéndose.

— Yo vengo á conversar y no á oir alegatos, replicó el oficial de húsares.

— Esa es una crítica de mi hospitalidad. Conversemos, pues. ¿ En qué estado están tus amores ?

— En mal estado.

— Me pasmas, ¿ tú, el Tenorio de nuestra comitiva, te quejas de tu estrella ?

— Seriamente, Felipe, no soy feliz.

— ¿ Qué alega la tirana para ser desdeñosa ?

— Figúrate que hace algunos días llegó su marido. Conociendo que mis visitas no podrían continuar con la misma frecuencia, pedí á Inés una contestación definitiva.

— Hiciste bien : toda enfermedad debe tener su crisis. ¿ Qué te contestó ?

— Á la noche siguiente no estaba en su casa : había salido á visitas.

— En estrategia, creo que eso se llama una *diversión.*

— Á fin de no manifestarme dominado por ella, dejé de ir dos noches seguidas, continuó Manríquez, y habría observado el mismo sistema, si ayer, habiéndola encontrado en las tiendas, no me hubiese hecho reproches por mi ausencia.

— El hambre echa al lobo del monte y el fastidio á la mujer de sus propósitos virtuosos, dijo Felipe.

— ¿ Será el fastidio ? preguntó el oficial.

— Si se fastidia de no verte, es que te ama.

— Anoche estuve con ella : mi frialdad deshizo los hielos de la suya; pero no me siento vocación de estar á merced de sus caprichos, y le he dado de plazo seis días más, sin decírselo. Si llegado este tiempo no abandona todo por seguirme, haré quién sabe qué locura.

— Es demasiado exigir.

— Ella me conoce ¿ por qué me acaricia á veces para herirme ? exclamó con amargura el oficial.

— Será coqueta, dijo Felipe.

— Ya lo sé ; pero es la única mujer que he amado, contestó Manríquez, levantándose con impaciencia de su asiento.

Felipe se quedó silencioso, mientras que el oficial de húsares, para ocultar su despecho, se acercó á una ventana, desde la cual arrojó una mirada á la calle

— Ahí viene Timoleón, dijo al cabo de algunos instantes á Felipe.

Ambos hicieron señas á Miraflores de subir.

— ¿ Qué te habías hecho ? le preguntó Solama.

— Venía para acá, contestó Timoleón.

— ¿ Traes carta de Martina ?

— No tenía papel en que escribirte.

— ¿ Cómo lo sabes ?

— Estuve en casa del viejo.

— ¿ Tú ?

— Yo mismo,

— ¿ Y cómo entraste ?

— Supe en la vecindad que estaba muy enfermo, y entré á la casa á preguntar por su salud.

— Alguna indigestión, dijo Solama, mirando alternativamente á sus dos amigos.

— De huesillos, contestó Timoleón.

— Bueno : entraste, ¿ y qué te dijeron las chicas ?

— Me preguntaron mucho por ti.

— ¿ Viste á Candelaria ? preguntó Manríquez.

— No está en la casa, me lo dijeron sus dos hermanas.

— Como es esto, ¿ y la carta del viejo ? dijo el oficial como consultando á Solama.

— Aquí hay misterio, dijo éste.

— Es lo que yo pensé: aquí hay gato encerrado, agregó Miraflores.

— Al contrario, gato suelto, puesto que Candelaria no está en la casa, replicó Felipe.

— Pero las hermanas deben saber dónde está, dijo Manríquez á Timoleón.

— Tampoco, no saben nada, contestó éste.

Los tres amigos se quedaron pensativos.

— Debemos consagrarnos á buscarla, dijo al cabo de algunos instantes el oficial de húsares. ¡ Pobre muchacha, añadió con tristeza, quién sabe dónde la habrá puesto el viejo por castigarla !

— Apenas me desocupe de mi alegato, dijo Solama, me declaro de la raza canina y me voy á buscarla por todas partes.

— Yo también, desde hoy, añadió Timoleón, empiezo á buscarla.

— Lo mejor es que yo me presente á interrogar al viejo, dijo Manríquez preocupado.

— ¿ Para acelerar su muerte ? preguntó Felipe. No hagas tal, no eches sobre tu conciencia un *viejicidio* indirecto.

— Sí ; pero yo no quiero abandonar así á Candelaria, dijo Manríquez : creía que estaba al lado de su padre y por eso no traté de buscarla. Lo que dice Timoleón cambia enteramente el aspecto de las cosas; yo quiero buscarla.

— No hay más que buscarla entonces, exclamó Miraflores, dándose aires de hombre resuelto.

— El dictamen de Timoleón simplificaría mucho el asunto si buscar fuese sinónimo de encontrar, dijo Felipe.

— Sin buscar no se puede encontrar, replicó Timoleón.

— Y para buscar se necesita derrotero ¿no te parece Abelardo? dijo Solama.

— Es cierto, ¿adónde nos dirigiremos, si ustedes no quieren principiar por la casa del padre? contestó el oficial de húsares.

— ¡Ya sé dónde está! exclamó Timoleón Francisco, como iluminado de una idea repentina.

— Á ver ¿adónde? preguntaron á un tiempo Manríquez y Solama.

— Estoy seguro que el viejo Basquiñuelas la tiene en casa de su amigo Alvarado, contestó Miraflores.

— ¿En la quinta de don Cayetano? preguntó Manríquez.

— Sí, dijo Timoleón.

— La idea no carece de probabilidad, dijo Felipe.

— ¡Probabilidad! exclamó Miraflores, vaya, hijo mío, tú no te entusiasmas por nada de lo que no es obra de tu invención. Confiesa, hombre, que si no es por mí, no dan con Candelaria.

— Ante todo, confieso que si no es por ti no tendríamos que buscarla, respondió Felipe.

— Yo te habría visto sin armas contra veinte hombres armados, replicó Timoleón.

— Ahora no se trata de eso, dijo Manríquez con el tono de mando natural á su carácter, se trata de buscar á Candelaria: yo voy esta tarde á la quinta de don Cayetano.

— Yo te acompaño, dijo Miraflores.

— Y tú, preguntó Manríquez á Solama.

— Les acompaño á Vds. en espíritu y me quedo

aquí en cuerpo, estudiando mi alegato, contestó Felipe. Además, añadió, no es seguro que Vds. encuentren al gato encerrado, como dice Timoleón, y en ese caso, principiamos mañana las indagaciones por la casa de don Raimundo, donde puedo ir yo después de defender á Juana Laguna.

Quedaron convenidos en esto y Manríquez salió con Timoleón, mientras que Felipe les decía desde la puerta :

— « En efecto, ilustrísimo señor, ¿ qué significación tiene un doble matrimonio en el elevado dominio de la moral ? No proviene de una......

— Á lo que Timoleón le contestaba, volviéndose hacia él mientras iba bajando la escala

— Bueno, bueno, ya se sabe que tienes talento, no te apures tanto.

Detúvose Manríquez á contemplar este espectáculo de Felipe declamando impasible su alegato desde lo alto y Timoleón contestándole desde abajo, creyendo que Solama quería burlarse de él. Al fin, cansado de reirse, cogió el oficial el brazo de Miraflores y bajó á la calle con él, ofreciéndole caballo para la excursión á la quinta de don Cayetano Alvarado.

En ese mismo día entraba Juan Miguel Sendero á hacer su quinta visita á Candelaria Basquiñuelas. Ésta había mantenido con suma destreza el corazón del joven en la región de una esperanza indecisa, desde que le había tomado como uno de los instrumentos de su venganza. Sorprendido Juan Miguel de hallarse lanzado en una intriga que, sin imponerle ningún sacrificio, le halagaba con los favores de una mujer joven y hermosa, había resuelto permanecer en

Santiago hasta el fin de tan extraña aventura. Para justificar á los ojos de su mujer y de su suegro el cambio repentino de sus deseos, puesto que al llegar había manifestado su resolución de dar muy pronto la vuelta á Valparaíso, Sendero recurrió al arbitrio que con diverso objeto le había indicado don Calixto Arboleda, diciendo que importantes negocios amenazaban detenerle en la capital por algún tiempo. Al cabo de cuatro días, don Calixto é Inés empezaron á fijar su atención en esta circunstancia, bien que el padre y la hija lo hiciesen por razones diferentes. Don Calixto extrañaba la calma con que Juan Miguel hablaba de su viaje, porque temía que tranquilizado por Inés, prolongase su permanencia en Santiago con grave riesgo de su reputación, al paso que Inés, viéndose colocada con respecto á Manríquez en la resbaladiza pendiente de los compromisos, empezaba á temer que el violento carácter del que ella había cautivado sin poder esclavizarle, comprometiese seriamente su tranquilidad y buena fama, con algún paso imprudente como el que al principio de sus amores, sin miramiento de su reputación, había dado.

Las dudas de su suegro y el deseo que manifestaba Inés de salir de Santiago, obligaban á Juan Miguel á multiplicar sus disculpas á medida que Candelaria, conociendo sus vacilaciones, le dejaba entrever que no era indiferente á su cariño. Para obtener este resultado, Candelaria, como dijimos, le había mantenido en la región de la esperanza, despertando en el joven, después de cada visita, el deseo de volver al día siguiente.

Tal era la situación de Juan Miguel, cuando en el

día á que hemos llegado, se dirigió á casa de Candelaria. Su andar era el de una persona que marcha instigada por una resolución que le comunica su actividad y su energía. Al golpear á la puerta, que siempre estaba cerrada, la inquietud y la impaciencia se pintaron en su rostro, mientras esperaba que esa puerta se abriese. Y en su voz, al preguntar por Candelaria, cuando entró al patio; en la celeridad de sus pasos, al dirigirse al salón en que la joven acostumbraba recibirle, notábase la misma decisión que parecía guiarle en la calle.

Candelaria le esperaba de pie, vestida con la elegancia que desde su cambio de vida parecía inseparable de su persona.

— Siempre puntual, dijo tendiendo la mano á Juan Miguel.

— Con Vd. ¿cómo no serlo? contestó éste, estrechando con más expresión que la de un simple saludo, la mano de la joven que tomó entre las suyas.

XXVII

— ¿Qué noticias me tiene de mi encargo? preguntó Candelaria, sentándose en una de esas actitudes que saben tomar las mujeres, para dejar en relieve todas las gracias de su persona

— Muy buenas, contestó Juan Miguel, sacando un pliego doblado de un bolsillo de su levita.

— ¿Si? ¿á ver? dijo Candelaria, adelantando el rostro hacia la mano que tenía el pliego.

— Traigo nada menos que la orden tal cual Vd. la deseaba, repuso el joven desdoblando el papel.

— Léamela Vd. dijo Candelaria, retirando una mano con que, so pretexto de tomar el pliego, había tocado la de Juan Miguel.

Al mismo tiempo se aproximó al joven, y como para seguirle en su lectura, acercó su rostro al de él, al punto que Sendero sintió en su mejilla la respiración agitada de Candelaria.

Juan Miguel leyó, con voz algo turbada por aquel incidente.

Santiago, mayo 28 *de* 1837.

« Con esta fecha, S. E. el Presidente de la República ha decretado lo que sigue :

« Nómbrase Ayudante de Estado Mayor del Ejército Restaurador, al Teniente del escuadrón de húsares don Abelardo Manríquez. Tómese razón y comuníquese. »

Lo trascribo á U. S., advirtiéndole que el oficial nombrado, debe ponerse en marcha á más tardar el 30 del que rige para Quillota, donde pasa á prestar sus servicios. »

Dios guarde á U. S.

« Al Inspector General del Ejército. »

— Esta copia la he sacado yo mismo del Ministerio esta mañana, añadió Juan Miguel.

— De modo que tendrá que irse pasado mañana, dijo Candelaria enderezándose.

— Sin falta.

La joven se sentó silenciosa. La idea de que iba á alejarse de Manríquez, olvidada de él, le daba, á su

pesar, una tristeza profunda que no procuró reprimir.

Juan Miguel se quedó confuso. Cuando esperaba la efusión del agradecimiento, leía sólo tristeza y meditación en el rostro de Candelaria.

— Vd. se ha quedado triste, la dijo al cabo de algunos momentos de silencio.

— No, ¿ le parece ? contestó Candelaria ahogando un suspiro.

En ese corto espacio de meditación, la joven había sentido un acceso de repentino desaliento, como toda persona que obra únicamente por despecho. Abandonarlo todo, correr á los pies de su padre á implorar su perdón y reconquistar, acaso, á fuerza de paciente virtud el amor de Manríquez, fueron ideas que cruzaron una en pos de otra por su imaginación, y que sólo con la voz de Juan Miguel desaparecieron, como una bandada de aves asustadas. Juan Miguel, con efecto, le traía á la memoria la existencia de Inés, de su rival hermosa, opulenta, gran señora. Doble humillación : Manríquez la desdeñaba por una mujer más bella, y colocada en la cúspide de la escala social, puntos que ninguna mujer de condición oscura puede mirar con indiferencia. Este recuerdo disipó su desaliento y encendió el fuego medio apagado de su despecho.

— Confiéselo : se ha quedado Vd. triste, tornó á decirla Juan Miguel.

— ¿ Quiere que le diga por qué ? preguntóle Candelaria.

— Si Vd. puede, dígamelo, porque yo esperaba que recibiese de otro modo la noticia.

— ¿ De qué modo ?

— Más alegre.... en fin, más contenta, dijo con

alguna vacilación Juan Miguel, que esperaba en agradecimiento el premio de su diligencia.

— Yo le agradezco mucho el servicio, dijo Candelaria que le comprendió.

— Pero se queda triste después de obtener lo que deseaba, y yo habría más bien preferido verla contenta y que no me lo agradeciese.

— ¿ Por qué ?

— Porque empiezo á sospechar que Vd. ha estado y está enamorada de ese oficial.

— ¿ Porque no he quedado alegre ?

— Por eso ¿ he adivinado ?

— No en todo : ya no lo quiero, contestó Candelaria, dirigiendo una mirada á Juan Miguel, de esas que valen tanto como las palabras más terminantes.

— Juan Miguel, repuso, animado con tan alentadora indicación :

— Si lo quisiese todavía, no la perdonaría jamás el paso que Vd. me ha hecho dar.

— ¿ No dice Vd. que es desinteresado, pues ?

— Lo era ; pero ya no lo soy.

— Como ya conseguí lo que quería.... dijo sonriéndose la joven.

— Ahora cumpla su promesa, repuso Juan Miguel.

— ¿ Qué promesa ?

— ¿ No me acaba de ofrecer la explicación de su tristeza ?

— Mejor no hablemos más de eso.

— Bueno, con tal que hablemos de lo que á mí me agrada.

— ¿ Qué le agrada ?

— Decirla lo que ayer no me quiso Vd. oir.

— Si no le oí.... no sé lo que me quería decir, contestó Candelaria con acento de malicia.

— Sí lo sabe, no se haga desentendida.

— No soy adivina.

— ¡ Qué mujer no conoce cuando se enamoran de ella !

Candelaria respondió con una gran carcajada, que dejó inmóvil y mohíno á su galán.

— No se enoje, díjole poniéndose seria y acercándose á él : no me hable de amor y seremos amigos, añadió, tendiéndole la mano.

Juan Miguel se puso de pie, corrido y despechado. Candelaria le obligó con viveza á sentarse.

— Si Vd. no quiere que le hable de amor, díjola el joven, y no tiene nada más que pedirme, no veo por qué se opone á que me marche.

— ¡ Vaya, por poco se enoja ! replicó Candelaria : imposible que sepa por qué me reí.

— Renuncio á saberlo.

Candelaria ocultó el rostro entre las manos y Juan Miguel, sintiéndose arrepentido de su terquedad, la dijo :

— Dispénseme Candelaria, no he querido ofenderla : al principio creí que era una felicidad que Vd. me hubiese llamado, porque me daba ocasión de servirla ; después me pasa á su lado lo que á cualquiera otro le habría sucedido : me enamoro de Vd., y cuando se lo digo, Vd. se ríe de mí. Vea, mejor es que lo olvidemos todo. Su risa me ha hecho volver el juicio,

— No tuve intención de ofenderlo, contestó la joven alzando la frente, y si le he de decir la verdad, me reí por salir del paso : he jurado no querer á nadie y para

no olvidar mi juramento, no quería oirle. Me reí sin acordarme que podía ofenderle.

El tono de ingenuidad con que Candelaria dijo estas palabras conmovió á Juan Miguel, que reprochándose interiormente su torpeza, vió en ellas un nuevo campo para sus pretensiones.

— Su juramento no puede rezar conmigo, repuso envalentonado con esta reflexión.

— Con cualquiera, contestó Candelaria, conservando su aire melancólico.

— Á la edad de Vd. y con su hermosura, no pueden hacerse esos juramentos, dijo Juan Miguel, sentándose junto á la joven y apoderándose de una de sus manos, que Candelaria no retiró.

Alentado Juan Miguel con esta condescendencia, llevó á sus labios y cubrió de besos las manos de Candelaria, que se alzó entonces de su asiento, como despertando de un sueño, y se alejó del joven precipitadamente.

— ¿ No vé ? ¡ mejor es que me vaya ! exclamó Juan Miguel, fingiendo enojo.

— Sí, es mejor, váyase, contestóle Candelaria.

– Tomó Juan Miguel su sombrero y acercándose á la joven, la dijo :

— Adiós, pues.

— ¿ Hasta cuándo ? preguntóle ella.

— Hasta que Vd. diga.

— Hasta mañana entonces.

— Como Vd. guste, dijo él, dándose aires de indiferencia.

— No venga á la misma hora, dijo Candelaria con acento de misteriosa turbación.

— ¿ Á qué hora entonces ? preguntó Juan Miguel, perdiendo la indiferencia que afectaba.

— Á las ocho y media de la noche : entre sin golpear y aunque esta pieza esté oscura, espéreme aquí.

Diciendo esto, tendió su mano, que estrechó Juan Miguel con entusiasmo. La turbación de Candelaria, la hora y las precauciones que le indicaba, fueron para él más que seguros indicios de su triunfo.

Con esta persuasión salió á la calle y emprendió la marcha, con el orgullo del enamorado feliz, mientras que Candelaria decía para sí, pensando sin duda en Inés.

— Si viera que puedo hacer de su marido lo que se me antoje, se arrepentiría de haberme quitado á Abelardo ; ¡ ahí me conocerá mañana !

Brillaron amenazantes sus ojos al decir estas últimas palabras. Dirigióse en seguida á una mesa, y de uno de sus cajones sacó dos cartas dobladas, pero sin sello. Abrió una, y después de ponerle la fecha del día siguiente, la leyó con detención. Decía lo que sigue :

« Señora doña Inés Arboleda de Sendero :

« Una persona que se interesa por Vd. se toma la libertad de avisarle que su marido la está engañando y que por eso no quiere volverse al *puerto* con Vd. Si quiere convencerse de esto y conocer la niña de que se ha enamorado su marido, venga esta noche á las nueve en punto á la casa de que le mando las señas. »

Seguían, en efecto, muy minuciosas indicaciones para designar la casa en que habitaba Candelaria y el modo como debía entrar á ella.

Concluída la lectura de esta carta, abrió la otra, á la que también puso la fecha del siguiente día y leyó :

« Señor don Abelardo Manríquez.

« ¿ Quiere Vd. saber á quien prefiere la que le saca el juicio y ver que le están haciendo tonto ? Véngase un poco después de las nueve de la noche á la casa de que voy á darle las señas y verá á doña Inés Arboleda entrar en ella y conocerá al que la espera. Se lo dice quien lo sabe muy bien, y con esto quiere darle una buena prueba, para que vea qué clase de persona es la que está queriendo tan engañado. »

Al pie de esta carta estaban escritas las mismas indicaciones que en la otra.

Leyólas ambas de nuevo Candelaria y las cerró cuidadosamente con oblea.

En la mañana del siguiente día, las dos cartas fueron llevadas á su destino por la sirvienta de Candelaria, que las entregó en manos propias, como ésta tuvo cuidado de recomendárselo, al darle las instrucciones necesarias para el cumplimiento de tan delicada comisión.

XXVIII

Su instinto de mujer y los informes de don Lino Alcunza guiaron á Candelaria en la prosecución de esta intriga. Hija de largas meditaciones era la trama iniciada por ella para vengarse, y sus cartas á Inés y á Manríquez, fruto de esas meditaciones, produjeron el efecto á que estaban destinadas, despertando la curiosidad y el amor propio en la una, al mismo tiempo que en el otro el ímpetu de sus celos orgullosos.

El primer impulso de Inés fué el de la mujer pagada

de su hermosura: despreciar la carta mostrándola á su marido y envolverse en su dignidad de gran señora, para manifestarle que se creía superior á contrastes como los que la carta anunciaba. Pero á ese primer impulso siguió la reflexión. La curiosidad y el amor propio detuvieron su voz, y el apego á sus comodidades, á su lujo, á la alta posición que el caudal de su marido le daba, unió á esos móviles de su prudencia el frío egoísmo, que preside generalmente en los cálculos de la mujer que se consagra á brillar en sociedad. Inés pensó que desdeñando el aviso anónimo que motivaba sus meditaciones, el cariño de su marido podría escapársele por el ancho cauce de la disipación, arrastrando su hacienda en la veloz corriente, y que el dócil marido que sus caprichos acataba, podría tornarse en el orgulloso esclavo que rompe sus cadenas. Á esta consideración poderosa se unía otra, nacida de lo que algún fisiologista moral, amigo de las clasificaciones, llamaría el innato maquiavelismo de la mujer; porque Inés se dijo que sorprendiendo á Juan Miguel en una falta, la quedaba el gran recurso de perdonarle, para conquistar por largo tiempo la sumisión de su voluntad. Así calculó Inés. Algunas de su sexo, amigas de reivindicar la forma ideal que la poesía las ha prestado complaciente, creerán descubrir un fondo de dureza en el que traza estos rasgos de un carácter bastante común para no ser estudiados. Inés era coqueta: he aquí nuestra explicación. El que haya medido el instinto absorbente y personal que domina en el carácter de las que rinden el corazón ante las palmas de los triunfos sociales, posee una amarga experiencia, de la que sólo puede consolarle la idea

de que ese tipo tiene, por contraposición, á las que son capaces de coronar con sacrificios una vida de amor y de virtud. No era Inés de estas últimas, como se ve: pensó como mujer elegante, y resolvió asegurarse personalmente de la veracidad que encerraba el funesto vaticinio de la carta anónima.

La que recibió Manríquez levantó en su pecho tempestuoso el huracán de irreflexivos celos. Sin preguntarse su origen, saltó como picado de una víbora. Cierto era que las circunstancias favorecían notablemente este resultado, que, como al principiar esta explicación advertimos, Candelaria había calculado. Impuesta por don Lino Alcunza de los menores incidentes á que las visitas de Manríquez á Inés daban lugar, sabía ella que el oficial de húsares estaba sombrío é impaciente en presencia de su nueva querida, mientras que ella repartía entre sus amartelados galanes las flores perfumadas de su invencible coquetería. Así, la carta fué como una mano tendida á la sospecha, que pugnaba por levantarse en su corazón, y la idea de que Inés tenía más vanidad que sensibilidad, confirmó esa sospecha, cerrando á su espíritu el campo de la fría reflexión, único guía en el laberinto tortuoso de todo género de sospechas, y de las amorosas en particular. Entregado á esta convicción le encontró Felipe, que entró animado de su característica jovialidad.

— Acabo de hacer mi alegato, dijo: Juana Laguna sale condenada por su afición á multiplicar el tercer sacramento de la iglesia; pero Demóstenes ha encontrado su molde en mi pellejo y no tendremos nada que envidiar al foro antiguo.

Casi no le oyó Manríquez, que después de verle sentado, se quedó mirándole, como el que espera la repetición de lo que no ha oído la primera vez.

— ¿Qué decía el gran don Cayetano? preguntó Felipe ¿tenía encerrado el gato? ¿han variado sus hijas de modo de ser en sus narices? ¿tiene su fecunda consorte algún nuevo episodio de preñez? ¿Cómo les fué ayer?

— ¿Adónde? preguntó Manríquez, vencido por su preocupación.

— ¿No fueron ayer á buscar á Candelaria á la quinta de don Cayetano Alvarado?

— Cierto.

— La hubieron.

— No estaba: la familia hacía sus preparativos para venir á la ciudad, pues parece que habían recibido noticias alarmantes acerca de la salud de don Raimundo.

— Yo, habiendo cumplido mi promesa de atender primero á la suerte de mi bígama infortunada cliente, estoy ahora á tu disposición, y convidaré á Miraflores para que vayamos á informarnos de la salud del viejo y de la suerte de la chica perdida.

— Como te parezca, contestó Manríquez, paseándose preocupado por la pieza.

Levantóse Solama, y poniéndose frente á él para impedirle el paso:

— Estás preocupado ¿puede saberse por qué? le preguntó:

— Mira esta carta, le respondió el oficial, pasándole la que poco antes acababa de recibir.

— Anónima, dijo Solama después de leerla.

— ¿ Qué te parece ?

— Còmo pieza literaria, no es del estilo figurado.

— ¿ Será cierto lo que dice ?

— La astrología ha desaparecido del dominio de la ciencia, hijo mío, así es que yo puedo responderte con la misma pregunta que tú me has hecho.

Manríquez en vez de formalizarse por el tono con que Solama trataba su preocupación, se sonrió y repuso :

— ¿ Qué harías tú en mi lugar ? seriamente, Felipe.

— Hijo mío, yo iría á la cita, porque me he acostumbrado á opinar como Santo Tomás, cuya teoría no es otra cosa que una definición del método experimental de Descartes.

— Yo pienso ir, repuso Manríquez.

— ¿ Quieres que te acompañe ?

— No, mejor es que vayas con Timoleón á indagar el paradero de Candelaria.

— ¿ Y si es una emboscada la que te espera ?

— ¡ Bah ! voy armado.

Quedáronse después de esto un buen espacio en silencio. Felipe lo rompió diciendo :

— Si no tenemos conversación, puedo recitarte el trozo final de mi alegato : ¿ qué te parece ?

— ¿ No tenemos que conversar ? ¡ Mira este oficio !

— ¡ Hombre ! el Inspector General del Ejército ! ¿ Qué te dice ?

— Lee y verás.

Después de leer un oficio igual al que Juan Miguel Sendero había leído á Candelaria, Felipe miró á su amigo conmovido.

— ¿ Te vas ? le dijo.

— Mañana sin falta, contestó Manríquez.

— Vas á dejarme como extranjero en mi propia patria, dijo Felipe, sonriéndose, para vencer la emoción que le causaba la idea inesperada de separarse de Manríquez.

— Te queda Timoleón, observó el oficial de húsares.

— ¡ Un niño grande con alma de volador ! ; un hombre inaccesible á la tristeza, que no ha podido entender mi teoría de las almas huérfanas, con la que espero enternecer á la posteridad.

Felipe dijo estas palabras en su tono de broma seria que le era peculiar ; pero de repente, como vencido por la emoción que combatía, exclamó :

— Vas á llevarte mi alegría, Abelardo : desde aquí fulmino una terrible maldición contra el usurpador Santa Cruz : como chileno, porque ofende á mi país ; como enemigo de Portales, porque le da ocasión de hacer alarde de patriotismo, cuando Portales aplasta á la patria bajo el tacón de su bota, y en fin, como amigo tuyo, porque me priva de tu presencia.

— Te queda también Martina, díjole Manríquez golpeándole un hombro con cariño.

— No ha tenido papel para contestar mi última epístola amorosa : colige por ahí si tendrá corazón para corresponder á mi llamada, contestó Felipe.

— Á no ser por esa maldita carta, dijo Manríquez, señalando la de Candelaria, te aseguro que no podría pensar en otra cosa que en la campaña al Perú de que voy á formar parte. Volveré de coronel ó dejo mis huesos al suelo de los Incas, añadió con entusiasmo. ¿ Quién sabe si allá no encontraré mi ideal, en una

de esas limeñas de ojos de fuego, de tez pálida, de formas creadas para el loco amor de su clima? Vente conmigo, Felipe, batallaremos juntos, y llevarás un apunte de mis hazañas para contárselas á Inés, si he de servir de pasto á los gallinazos del Perú. La guerra, hijo mío, tiene su poesía terrible: yo he soñado con ella infinitas veces, he oído su estruendo, y he despertado maldiciendo la realidad de la paz en que he vivido: ahora siento mi espada liviana, como si participase de mis belicosos deseos.

— ¿Á qué hora te irás mañana?

— Temprano, he preparado ya mi equipaje: llevo mi uniforme de parada en una maleta con poca ropa; pero llevo aquí, en el corazón, un bagaje completo de ambiciosas esperanzas.

Por algunos momentos olvidó Manríquez la carta de Candelaria, hablando con animación de sus proyectos para la campaña que Chile preparaba contra el titulado Protector Santa Cruz, de cuyos antecedentes nos ocuparemos en lugar oportuno. Felipe admiraba el generoso entusiasmo, el ardor varonil con que su amigo anticipaba la idea de los peligros; con que era implacable en el combate, magnánimo en la victoria, y con que coronaba su ficticia campaña, como deben terminarse en la imaginación de los jóvenes todos los lances de la vida: con el amor, que en vano había buscado en su vida aventurera, y al que consagraba un culto inalterable.

En esta conversación emplearon los dos jóvenes cerca de dos horas, y después de repetir su promesa de indagar el paradero de Candelaria, se despidió Felipe, prometiendo volver á esperar á Manríquez en

la noche, para saber el resultado de la cita y comunicarle también el resultado de sus investigaciones.

Apenas Felipe había cerrado la puerta, abrióla de nuevo y entró en la pieza de Manríquez.

— No se dirá, le dijo, que tan preclaro amigo se despide de nosotros sin comer ni beber el pan y el vino de la amistad : te convido á un festín para esta noche en mi casa.

— No sé á qué hora podré ir con esta malvada cita, contestó Manríquez.

— No importa, Timoleón y yo te esperaremos hasta que llegues ; y si nos encuentras dormidos, espero que no sea en el sueño eterno, de modo que podrás despertarnos. ¿ Aceptas ?

— Con mucho gusto.

— Hasta luego, pues, y felicidad.

— Hasta la noche, contestó el oficial, estrechando de nuevo la mano de Felipe.

XXIX

Ráfagas de aire sútil bañadas en las nieves de la cordillera, daban á la atmósfera de la capital un hielo que preludiaba los rigores del invierno.

La noche estaba oscura, y el alumbrado público, que entonces consistía en un farol colgado en la puerta de la calle de cada casa, parecía haber reconcentrado su luz en pequeños focos sin irradiación, cual si el frío hubiese obligado á las llamas á replegarse sobre sí mismas.

Á las ocho de la noche, las calles lejanas de la plaza

de armas estaban oscuras y desiertas como las de una aldea. Sólo turbaba su quietud y silencio de cuando en cuando, alguna riña de perros, habitantes que siempre han abundado en el recinto de Santiago. Entre esas calles apartadas, contábase aquélla en que la casa de Candelaria Basquiñuelas estaba situada: oscura y silenciosa como sus vecinas, tenía esa noche muy aparentes condiciones para la escena misteriosa que los celos de Candelaria preparaban.

El primero citado fué también el primero que llegó al punto de reunión: éste era Juan Miguel Sendero. So pretexto de comer con un amigo, había salido temprano de su casa, á fin de encontrarse enteramente libre para asistir á la hora convenida. Como era natural, la disimulada previsión de Juan Miguel, avivó las sospechas de su mujer, á quien esta sola circunstancia habría bastado para dar crédito á la carta anónima, si las consideraciones que antes indicamos, no la hubieran decidido á indagar por sí misma la verdad del hecho que esa carta denunciaba.

Entró á la casa Juan Miguel con emociones dignas de un adolescente: temblábale la respiración como el cuerpo, mientras que bullían en su cerebro encendido los vapores tibios de mil confusas esperanzas.

En el patio le recibió la criada de Candelaria diciéndole:

— Ya viene la señorita: dice que la espere en este cuarto.

Al mismo tiempo, la que hablaba introdujo á Juan Miguel á una pieza lateral del patio, comunicada por una puerta pequeña con el salón que conocemos. Al través de algunas grietas de esta puerta, el turbado

galán divisó una luz opaca y apenas perceptible. Pudo ver esto, gracias á la oscuridad de la estancia en que se hallaba. Mirando las grietas luminosas quedóse inmóvil durante algunos segundos, y la inmovilidad, las tinieblas y el silencio, cambiaron de súbito el curso de sus ideas, que se tornaron de apasionadas en medrosas. La terrible lógica del miedo le hizo confesar que era gran locura aventurarse en un lance de tan misteriosas apariencias, en una calle lejana y descuidada de la policía, fiándose á una joven de vida problemática, cuyo lujo podía ser muy bien el resultado de robos, en que la víctima no se atreve á denunciar al delincuente, porque no se averigüe cómo tuvo lugar el atentado. En corto espacio de tiempo, la imaginación de Juan Miguel muliplicó con este género de argumentación sus temores, al punto de hacerle sentir un verdadero arrepentimiento de su fragilidad. El ruido de un traje de seda, cuya pollera sonó al pasar por la puerta que daba al patio, detuvo el curso de sus ideas.

— Juan Miguel, dijo la voz suave de una mujer que se adelanto en la oscuridad.

— Aquí estoy, contestó el turbado galán.

— Mucho me he tardado ¿ no ? preguntó la mujer.

— Algo, dijo Juan Miguel, que, después de sus reflexiones, no se avenía mucho con las proporciones cada vez más misteriosas que tomaba la aventura.

— Era preciso, pues, ¿ y si nos pillan ? á ninguno de los dos nos iría bien.

— ¿ Quién puede pillarnos ? ¿ no vive Vd. sola aquí ?

— No, pues, no vivo sola. ¡ Qué curioso se ha puesto !

— No es curiosidad; pero..... si Vd. corre algún peligro, no quiero que sea por mi causa, y..... si quiere..... me iré.

— ¡ No sabe lo que me ha pesado darle esta cita ! Lo peor es que ya no puede salir.

— ¿ Por qué ?

— El dueño de esta casa acaba de llegar y tomó la llave de la puerta de la calle. ¿ Quién sabe sí está malicioso ? ¡ Cómo sale ahora, por Dios !

— ¿ Quién es el dueño ?

— No sea curioso : espéreme aquí sin moverse. Yo vine con una disculpa y voy á ver si lo puedo hacer irse.

Durante este diálogo, Juan Miguel había ido acercándose poco á poco á su interlocutora. Cuando sus dedos alcanzaron á rozar el vestido de ésta, fué cuando ella dijo las últimas palabras y salió precipitadamente de la pieza.

Ese dueño de casa de que Candelaria acababa de hablar, tomó en la imaginación de Juan Miguel la forma de uno de los gigantes de los cuentos populares. Sin ser realmente cobarde, estas palabras sobre un asunto que Candelaria no había tocado antes, le parecieron alarmantes y sospechosas : buscando un modo de salir, sin atraverse á llevar á cabo ninguna resolución, quedóse nuevamente inmóvil.

Candelaria, entretanto, salió al patio, y se dirigió á la criada que estaba en el zaguán.

— ¿ No ha venido nadie ? la preguntó.

— Se acaba de asomar una de mantón, dijo la criada.

— Llámala, dile que es aquí, repuso Candelaria.

La criada se dirigió á la puerta de la calle. Al lado de ésta, envuelta en su mantón, encontrábase Inés Arboleda. Había salido de su casa en este traje, después de anunciar que iba á la iglesia; mas, para tomar esta determinación y no quedar á merced de la persona que había escrito la carta anónima, Inés había tomado algunas precauciones. Asegurarse de que Juan Miguel entraba á la casa designada y asistir con alguna persona que con su presencia desvaneciese las sospechas que sobre ella pudieran recaer, fueron condiciones que Inés juzgó indispensables para aventurarse en la empresa á la que la carta anónima la convidaba. Con este propósito, hizo seguir los pasos de su marido por su criada de manos, muchacha viva y experta, que poseía su confianza, y ella, á la hora oportuna, salió de su casa envuelta en su mantón como dijimos y halló á la criada en un punto cercano á la casa de Candelaria.

— ¿ Qué hay, entró ? fué su primera pregunta después de reconocerla.

— Sí, señorita, contestó la criada.

— ¿ Estás bien segura ?

— Si no lo he perdido de vista ¿ cómo no he de estar, pues, señorita ?

— Vamos entonces, dijo Inés, caminando en dirección de la casa de Candelaria.

Como á quince pasos de ésta, Inés dijo á su criada :

— Espérame aquí hasta que te llame.

Dicho esto, adelantóse sola, llegó á la puerta de la calle que estaba entreabierta, entró al zaguán, y retrocedió delante de la oscuridad y del silencio que en lo interior reinaban.

Tal era la persona de mantón que había visto la criada de Candelaria, apostada por ésta en un rincón del patio.

Y como poco ha dijimos, la criada de Candelaria, enviada por su ama, llegó á la puerta de la calle, á cuya inmediación habíase quedado Inés oyendo los consejos de su prudencia. Decíala ésta que era más cuerdo esperar que aventurarse en una casa oscura, cuando la criada de Candelaria, asomándose á la calle, la preguntó :

— ¿ Por qué no *dentra* señorita ?

— ¿ Quién hay en la casa ? contestó Inés.

— La persona que le mandó conmigo la carta.

— Ah, ¿ Vd. fué la que me llevó la carta ?

— Yo, pues, señorita, ¿ no me conoce ya ?

— Yo entraré, pero con mi criada, dijo Inés tras breve vacilación.

— Bueno, pues, señorita, dijo la criada de Candelaria.

Inés llamó á la suya y entró con ella, precedida de la de Candelaria, que la condujo al salón, junto al cual hemos dejado á Juan Miguel sin atreverse á salir, pues Candelaria había juntado la puerta que daba al patio.

Á pesar de saber que Juan Miguel estaba en aquella casa, Inés atravesó temblando el patio y entró al salón.

La criada de Inés quedó en el pasadizo que comunicaba los dos pequeños patios de la casa.

Inés dió algunos pasos en el salón, que estaba alumbrado por dos velas de esperma. El orden y calidad de los muebles, que notó de una sola mirada, la infundieron alguna tranquilidad ; más no tuvo tiempo

de seguir observando, porque Candelaria entró por una puerta colocada al frente de la que daba al cuarto en que había quedado Juan Miguel.

Inés contestó friamente al saludo que Candelaria la dirigió al entrar.

— Yo no creía que Vd. viniese, la dijo ésta, ofreciéndola un asiento.

— Vd. debe ser quien me escribió esta mañana una carta anónima, contestó Inés, sin aceptar la silla que avanzó Candelaria.

— ¿ Yo ? ¡ no señorita ! dijo ésta, fingiendo admiración.

— Entonces ¿ cómo sabía Vd. que yo podía venir ? preguntó Inés con inquietud.

Porque un amigo suyo me apostó á que la haría venir á Vd. aquí esta noche, dijo Candelaria.

— ¡ Un amigo mío ! ¿ qué burla es ésta ? se quiere cometer conmigo alguna infamia ? exclamó Inés, con indignación.

— Él me apostó que Vd. venía, repitió Candelaria gozándose de tener en su poder á su orgullosa rival.

En este momento asomó por la puerta del pasadizo la criada de Candelaria.

— Señorita, dijo, aquí está el caballero.

— Bueno, contestó á ésta, Candelaria. Y volviéndose hacia Inés añadió : éste es el amigo de que le hablo.

Y salió precipitadamente del salón por la puerta por que acababa de entrar, sin que Inés hubiese tenido tiempo de decir una sola palabra, ni de explicarse nada de lo que sucedía ; pero sí de conocer que había caído en algún lazo.

Un segundo después que Candelaria había salido, abrióse la puerta del salón que daba al pasadizo.

Inés volvió la vista hacia esa puerta y vió aparecer en ella á Abelardo Manríquez. Aterrada ante aquella aparición, la joven quiso en vano dirigirle la palabra: la voz se anudó en su garganta y, faltándole las fuerzas, tuvo que apoyarse al respaldo de la silla que no había querido aceptar de Candelaria.

XXX

Manríquez se quedó también algunos segundos contemplando á Inés. Venía envuelto en una capa, cuyo embozo bajó con suma gracia al ver á la joven, que seguía mirándole con una expresión indefinible de terror y de desprecio.

Al descubrirse, dejó ver Manríquez un cinto de charol al que estaban afianzadas dos pistolas de las llamadas de bolsillo, por sus pequeñas dimensiones, y adelantándose hacia Inés, se quitó su gorra militar, bordada de oro á la usanza del día, descubriéndo su frente altiva con una elegancia natural, que le habrían envidiado los pisaverdes más recién llegados de París, que por entonces daban más que ahora el tono en los salones de Santiago.

— Confiese Inés que Vd. no esperaba encontrarse aquí commigo, la dijo inclinándose ligeramente, y con voz tan segura como si la hablase en una circunstancia ordinaria.

— Yo he creído hasta hoy que Vd. es caballero,

contestó Inés con voz suplicante : ¿ me hará Vd. cambiar ahora de opinión ?

— Nada tema Vd. de mí : contestó, el joven : quería sólo ver si había entregado mi amor á quien sólo merece mi desprecio. La realidad me convence, nada tema Vd. de mí : se irá el amor y quedará el desprecio.

Dijo esto Manríquez con el acento melancólico y varonil á un tiempo, del que recibe un desengaño y siente fuerzas para hacerle frente. Á su juicio, la presencia de Inés en aquella casa más que sospechosa, confirmaba las revelaciones de la carta anónima : éste era el desengaño á que el oficial opuso al momento la energía estoica de su voluntad.

— No le comprendo, dijo Inés cambiando de tono. Me tiende Vd. un lazo infame y me habla después de amor y de desprecio : ¿ qué significa todo esto ? Desde que entré en mala hora á esta casa, me veo rodeada de misterios.

— ¿ Lazo infame, dice Vd. ? exclamó exaltándose Manríquez, no sé quien se lo haya tendido : entretanto, creo que podemos entendernos, si Vd. me explica el misterio de su presencia en esta casa.

— No creo haberle dado derecho de espiar mis pasos ni de exigirme explicaciones, contestó Inés, y yo quiero salir de esta casa inmediatamente.

— ¿Salir? y ¿por qué no explicarnos en tan buena ocasión? Sé que soy importuno; pero yo deseo que sufra por mí, quien ha tenido la suerte de obtener el amor de Vd., por el que yo habría dado la vida.

— Caballero : Vd. abusa de su fuerza, yo deseo salir, dijo Inés con precipitación.

— Y yo deseo que antes nos expliquemos, replicó

Manríquez, poniéndose delante de la puerta que daba al pasadizo, á la cual se había dirigido Inés con imperioso gesto.

Al mismo tiempo que Inés y Manríquez ejecutaban este movimiento, abrióse con estrépito la puerta del salón que comunicaba con la pieza en que dejamos á Juan Miguel Sendero, y éste apareció, pálido y agitado, prorrumpiendo en inarticuladas voces, al ver á su mujer y á Manríquez, que habían quedado muy próximos, de pie junto á la puerta.

Inés, lejos de turbarse con esta aparición, corrió hacia Juan Miguel, diciéndole:

— ¡Ah, tú estabas aquí!; ¿cómo no venías? Este caballero, confundiéndome sin duda con las personas con que está acostumbrado á tratar, me ha tendido un lazo infame.

Inés fulminó con la vista y el ademán á la frente de Manríquez el más degradante desprecio al decir estas palabras, y asióse de un brazo de su marido, que se quedó en medio de la estancia, como súbitamente iluminado, en medio del misterio de aquella situación extraña para todos.

Pero antes de ver la actitud que tomó al oir esas palabras de Inés, debemos explicar cómo aparecía Juan Miguel, y qué pasiones le dominaban al entrar al salón.

Candelaria, prevenida por su criada de la proximidad de Manríquez, dejó á Inés precipitadamente como vimos; pero no sin darla á entender que la trama de que era víctima había sido urdida por el oficial de húsares.

Después de salir de este modo, Candelaria se detuvo

un instante detrás de la puerta que acababa de cerrar; vió entrar á Manríquez y salió con paso ligero al segundo patio; atravesó el pasadizo en que esperaba la criada de Inés, y entró al cuarto en que Juan Miguel sufría las angustias combinadas del miedo y de la duda.

— Ya estoy aquí, le dijo en voz baja, que disipó como por encanto las visiones que poblaban la imaginación de Juan Miguel, y encendió de nuevo sus amorosas esperanzas.

Alentado por esta voz, en la que palpitaba una emoción que el cuitado galán creyó ser de amor, cuando era sólo de agitación y de inquietud, dirigióse á Candelaria presuroso, caminando con el paso seguro del que se halla acostumbrado á la oscuridad.

Todo esto, es decir la primera conversación de Candelaria con Juan Miguel, la llegada de Inés, su corta entrevista con su rival, la aparición de Manríquez, y la vuelta de Candelaria á la pieza en que la vemos ahora, tuvo lugar en veinte minutos cuando más.

Juan Miguel se apoderó con fuego de una mano de la joven diciéndola:

— En fin, su vuelta me hace olvidar lo que la he esperado.

— Ahora vamos hablando seriamente y dejémonos de amores, díjole Candelaria con un aplomo que tuvo el joven por de mal agüero, volviendo nuevamente á sus temores.

— ¿ Qué quiere Vd. decir ? preguntó indeciso.

— Que yo he querido pagarle el servicio que Vd. me ha hecho con otro mayor, contestó Candelaria.

— Mi reconocimiento y mi amor serán eternos, se lo juro, exclamó él, apoderándose otra vez de la mano que, con el retorno de los temores, había abandonado sin saberlo.

— Ya le digo que nos dejemos de amores, replicó con viveza Candelaria, hablemos del servicio que le voy á hacer.

— Como quiera, dijo Juan Miguel amostazado.

— ¿ Me agradecería Vd., preguntó la joven, si yo le advirtiese que su mujer lo está engañando ?

— ¿ Qué dice ? preguntó Juan Miguel, sintiendo como si le hubiesen arrojado de repente un baño hirviendo sobre la cabeza.

— Que su mujercita anda maleando, y que yo, para que vea que no soy ingrata, se lo advierto, y quiero que la castigue con tiempo.

— ¡ Eso es mentira !, exclamó indignado Juan Miguel. Y nacía su indignación, no sólo del ultraje que contra su honra acababa de proferir Candelaria ; sino también de ver que él era objeto de una terrible burla.

— ¡ Mentira ! ¡ vea no más ! cuando yo se lo digo es porque puedo probárselo, dijo Candelaria con áspero acento.

— Á ver la prueba, dijo Juan Miguel indignado.

— Entre aquí y verá si es cierto lo que digo, contestó Candelaria, abriendo al mismo tiempo la puerta que comunicaba con el salón y empujando á Juan Miguel, que apareció como hemos visto.

Con la luz que iluminaba el salón pudo verse la palidez y descompostura del rostro de Juan Miguel, que, reconociendo á Inés, prorrumpió en voces inarti-

culadas, según dijimos, y se detuvo cuando su mujer corrió á él, se abrazó de su cuello como en demanda de protección, y arrojó en una mirada al oficial, la hiel de su inmenso desprecio.

Candelaria, al mismo tiempo que esto sucedía, dejó entreabierta la puerta por la que Juan Miguel acababa de pasar y puso atento oído á las voces del salón.

XXXI

Con la acción inesperada y rápida de Inés, tuvo Juan Miguel una sospecha, aunque confusa, de que él y su mujer eran víctimas de alguna trama de Candelaria. Los antecedentes de la escena en que se hallaba figurando, eran propios para despertar en su espíritu esta sospecha, que iluminando de súbito su acalorado cerebro, le detuvo cuando corría frenético á despedazar á Manríquez.

Y las palabras que siguió diciendo Inés confirmaron esa idea, la robustecieron abriéndole poco á poco el horizonte claro en que sus dudas se desvanecían, como nubes que un viento repentino va barriendo lejos de la vista.

— Yo sabía, continuó diciendo Inés, que estabas aquí y he venido á buscarte: me encuentro con este caballero, y en vez de respetar á una persona que le hace el honor de llamarle su amigo, pretende abusar de su fuerza cobardemente.

— ¿Qué dice Vd. caballero? preguntó Juan Miguel á Manríquez, tomando tono y actitud de juez severo é imparcial.

— Ya voy á contestar, dijo el oficial.

Buscó en la puerta la llave que torció, puso las dos velas sobre la mesa del medio, sacó las pistolas del cinto y las colocó al lado de las palmatorias en que las velas estaban, puso una silla al lado de la mesa y ofreciéndola á Inés la dijo:

— Siéntese Vd. señorita, no sea que la conferencia se prolongue.

— Yo no me siento, salgamos, dijo Inés con arrogante voz.

— ¡ No saldrá nadie ! exclamó Manríquez, dando en el suelo una furiosa patada.

Sus ojos despedían rayos de ira, que parecieron ofuscar con sus siniestros fulgores á Inés y á su marido, porque ninguno de los dos pudo sostener su terrible energía.

— No saldrémos, pero vamos á ver : ¿ qué quiere Vd. decirnos ? dijo Juan Miguel, con una voz en que no necesitaba confesarse vencido, para que cualquiera lo hubiese adivinado.

— Inés tembló también ante su antiguo amante, cuya violencia de carácter conocía.

— Su marido, la dijo Manríquez, quiere saber lo que yo digo de todo esto ; Vd. me acusa de haberla tendido un lazo infame : ¡ por mi honor, no sé qué contestar, en todo esto hay un enigma que no entiendo !

Dibujóse en la boca de Inés un gesto de incredulidad, y Juan Miguel alzó con cierta entereza la frente : ambos habían creído que Manríquez iba á pedir perdón, ó por lo menos á dar rendidas satisfacciones ; tan natural, tan sincero había sido el acento de su voz.

Él, sin detenerse por la impresión que habían producido sus palabras, repitió :

— De veras, no entiendo lo que pasa.

Y miró alternativamente á Inés y á su marido, como para que le sacasen de la duda.

— En fin, dijo Inés, que ardía por salir de tan embarazosa situación, puede ser qne todos seamos juguetes de alguna intriga, lo mejor será separarnos, y como gente de honor, dejar este suceso en el más profundo olvido.

Manríquez se sonrió con tristeza : sus bellos ojos, su frente, su fisonomía entera tuvieron el reflejo de una melancolía resignada.

— Sería muy bueno lo que Vd. dice, repuso dirigiéndose á Inés, si no perdiese yo aquí mi última esperanza. Hay, en efecto, una trama muy bien urdida : Vd. llevará la convicción de que yo soy el poseedor de tan fecunda inventiva, y yo, como no me conformo con el papel de mártir, así buenamente, quiero llevar al menos el consuelo de que nadie pueda reirse de mí, y de que tal vez tenga Vd. que llorar cada vez que me recuerde.

Inés se puso pálida y temblorosa al oir el tono de resolución con que el oficial dijo estas palabras.

— Por Dios, exclamó como una persona cansada de luchar contra otra porfiada, dejemos todo esto ; no hay generosidad de parte de Vd. en obligarnos á permanecer en esta casa, cuando en la nuestra nos esperan tal vez con inquietud.

— Á mí nadie me espera, contestó Manríquez, y vuelvo á mi tema. ¡ Ah, soy porfiado !, para amar habría sido lo mismo si Vd. hubiese querido aceptar,

ahora dos años, un corazón lleno del más fogoso entusiasmo.

— ¡ Caballero ! dijo con dignidad Juan Miguel.

— No crea Vd. que es una declaración de amor lo que digo á esta señorita : no son ociosas mis palabras, contestó Manríquez sin inmutarse, van derechas á su fin. Decía, pues, señorita, añadió, que Vd. me despreció por este caballero ; luego no puedo yo abrigar por él ninguna especie de simpatía ¿ no le parece ?

— No la pido tampoco, dijo Juan Miguel.

— Ya lo sé y hace Vd. bien, repuso el oficial. Luego, no queriendo á su marido, señorita, por una parte, y no acomodándome, como decía, que más tarde me recuerde Vd. como el burlado autor de una intriga que Vd. califica con justicia de infame, he resuelto que su marido y yo la demos ahora mismo el espectáculo, nuevo para Vd. sin duda, de un duelo á pistola : de este modo el recuerdo que Vd. lleve de aquí no será el de un hombre burlado, sino el de un hombre que sabe hacerse respetar.

Cogió las dos pistolas diciendo ésto, y pasó á Juan Miguel una de ellas con la más fina cortesía.

— ¿ Se burla Vd. ? le dijo aterrada Inés.

— No, señorita, y doy gracias al cielo, que me inspiró para traer estas armas.

— Es Vd. precavido, díjole Inés con ironía, mientras que aumentaba su espanto y la palidez de sus mejillas.

Juan Miguel no tomaba, entretanto, la pistola que Manríquez seguía ofreciéndole.

— Es cierto, soy precavido, contestó Manríquez, insistiendo siempre en pasar á Sendero la pistola ;

pero no como usted se figura, porque no podía imaginarme que hallaría aquí tan respetable compañía. Mas, usted no cree nada, añadió, usted es muy incrédula, Inés. No la convenía, ahora dos años, creer en el amor de un mozo oscuro y pobre, y no creyó ; no la conviene ahora creer en la inocencia de ese mismo mozo, que llega aquí guiado por un aviso anónimo y ofuscado de celos, y se complace usted en suponerle el autor de una intriga que él mismo no comprende. Todo esto es una verdadera desgracia, Inés, porque el mozo desdeñado, el mozo á quien usted calumnia, puede por orgullo sobreponerse al desdén y despreciar la calumnia ; pero no consentirá en que más tarde tenga nadie motivo de recordarle como burlado por quien no ha querido comprenderle. Por esto es que debemos batirnos aquí, delante de usted, con este caballero, para que usted vea á quien le tiembla el pulso en presencia de la muerte.

Concluyó Manríquez diciendo esto con la misma impasible frialdad que le era peculiar en todo lance de su vida que salía de la esfera de los acontecimientos ordinarios ; pero era al mismo tiempo tan imperioso el tono de su voz, que Juan Miguel, como dominado por él, cogió maquinalmente la pistola que el oficial le pasaba.

Al ver esto Inés, abalanzóse sobre su marido, dando un grito y le arrebató el arma de las manos, al mismo tiempo que, por la puerta en que escuchaba Candelaria, apareció su criada.

— Señorita, dijo á Inés, me mandan con esta carta para usted.

Tomó la joven el papel que la criada le pasaba, preguntándole.

— ¿ Quién la manda ?

— Mi señora, contestó la criada.

Manríquez y Juan Miguel se habían quedado inmóviles.

El oficial corrió hacia la criada y apoderándose de ella, exclamó.

— ¡ Ésta nos explicará el misterio !

— Yo no sé, pues, señor, contestó con timidez la criada, á mi me manda mi señora.

— ¿ Quién es tu señora ? preguntó Manríquez.

— Misia Candelaria, dijo la criada.

— Soltóla Manríquez al oir pronunciar este nombre, y dijo á Inés que se había acercado á leer la carta.

— Todo lo comprendo.

Juan Miguel bajó la vista avergonzado, mientras que Inés leía, para sí lo siguiente :

« Señora,

« Estoy vengada, porque le he probado que si Vd. es capaz de quitarme al hombre que quiero, yo he tenido á mis pies á su marido. Siga, pues, amando á Manríquez después de esta lección, y verá si es capaz de darle otra nueva.

« Candelaria Basquiñuelas. »

Oprimió convulsivamente Inés el papel, diciendo á su marido.

— Después de todo, tú tienes la culpa de lo que pasa.

— Pero hija..... dijo Juan Miguel.

— Me parece, dijo Manríquez interrumpiéndole,

que toda explicación será inútil, pues supongo que la carta que usted ha leído le explicará lo que ahora comprendo.

— Así es, caballero, dijo Inés, y espero que ahora nos dejará usted salir.

— Manríquez abrió la puerta que daba al pasadizo con la llave que había guardado, y mostrando la salida contestó :

— Señorita, puede Vd. irse, y espero que me hará justicia : ninguna parte he tenido yo en esta trama vergonzosa.

— Así lo veo, dijo Inés con orgullo : la falta es de mi marido que, á lo que parece, era rival de usted en el corazón de la dueña de esta casa.

Salió después de esto sin inclinarse, seguida de Juan Miguel. Manríquez quedó anonadado con el amargo desprecio de sus palabras.

— ¡ Me despreciará toda su vida ! exclamó con despecho y con profundo pesar.

Dirigióse en seguida á la criada de Candelaria que había quedado el en salón :

— ¿ Dónde está tu señora ? la preguntó.

— Salió para la calle, señor, respondió la criada.

Manríquez tomó una de las velas, y guiado de la criada recorrió toda la casa en busca de Candelaria. Pero esta pesquisa no tuvo resultado alguno, pues la casa estaba completamente desierta.

En vez de dirigir entonces algunas preguntas á la criada para informarse de la vida de Candelaria, colocó en el cinto las pistolas que habían quedado sobre la mesa, echóse sobre los hombros la capa, y salió de la casa sin proferir una palabra.

Mientras tanto, Candelaria, después de ver entrar á su criada con la carta para Inés, había salido á la calle envuelta en un mantón, y dirigídose á casa de su padre, satisfecha de haberse vengado de Manríquez, oponiendo á su amor la barrera insuperable del desprecio de Inés y de los celos de su marido.

XXXII

Casi en los mismos momentos que Manríquez entraba á la casa en que hemos visto desarrollarse las escenas que preceden, entraban Solama y Miraflores á la de don Raimundo Basquiñuelas.

Reinaba en ésta el silencio que se observa, en donde hay algún enfermo de gravedad, durante esos períodos de crisis en que, sin desesperarse todavía de la salud del paciente, las esperanzas de mejoría, sin embargo, van disminuyendo con el curso de las horas.

Felipe y Timoleón entraron al patio de la casa y se dirigieron al modesto salón del empleado, en cuyo interior divisaron luz por la puerta entreabierta.

Golpeó Filipe.

— ¿ Quién es ? preguntaron de adentro.

— Yo soy, dijo Solama.

— Adelante, dijo la voz de la pregunta.

Y los dos amigos entraron á la pieza que se hallaba por varias personas ocupada.

Veíase primeramente á don Cayetano Alvarado, sentado junto á una mesa, en que había dos velas de sebo encendidas, y delante de un brasero de fuego, sobre el cual una tetera y un tacho de cobre llenos de

agua, anunciaban, con su sonido peculiar, la proximidad del hervor. Junto al brasero y frente á don Cayetano, hallábanse sentadas tres mujeres viejas, desconocidas de los que recién llegaban y que contestaron con aire de misterio y compunción al saludo de los dos jóvenes.

— Siéntense Vds. caballeros, díjoles don Cayetano, que al parecer hacía los honores de la casa.

Las viejas les miraron sin darles lugar junto al fuego, que parecían defender como un puesto de honor.

— Están Vds. bien, señoras mías, no se muevan Vds., díjolas Felipe, que casi nunca podía prescindir de burlarse de lo que le chocaba.

— ¿Cómo sigue el enfermo? preguntó Timoleón á don Cayetano.

— Así, así, amigo, contestó éste.

— No hemos podido resistir, dijo Felipe, al deseo de informarnos personalmente de la salud del señor don Raimundo, y éste es el objeto de nuestra visita.

— En estos casos se prueban las amistades, dijo don Cayetano.

— Así es, añadió una de las viejas, ya está hirviendo el agua,

— Yo pasaré el mate, dijo otra; agregando al oído de su vecina: guárdeme mi asiento, comadre.

— ¡Caramba con los fríos! exclamó Felipe; haciendo inmediatamente entrar su silla entre la que había quedado vacante y la que ocupaba una de las viejas; ¿han visto Vds. la cordillera? Sólo de verla se pone uno á tiritar.

— Así es como se prueban los amigos, repitió don

Cayetano, que, preocupado de la evolución que Solama ejecutaba hablando, no se fijó en lo que decía.

Aquí no cabe, dijo entre dientes á Felipe una de las viejas, acercándose más al fuego.

— ¿Ha visto Vd. señora lo que es la condición humana? dijo Felipe mirando con su inalterable seriedad á la que acababa de hablar; en el verano, bú, buú, de calor, y en el invierno, brr brrr, de frío.

La vieja le miró admirada, y dirigió después la vista á don Cayetano, como preguntándole si Solama era loco.

— Y la familia ¿buena? preguntó Timoleón á don Cayetano.

— Para que la mande, contestó éste.

— ¡Lástima que las niñas no puedan cantar! dijo Felipe. ¿Recuerda Vd., mi señor don Cayetano, el paseo á su quinta? ¡Qué día!, me parece que estoy oyendo á la señorita Sinforosa y á la señorita Cayetana! *Fugit irreparabile tempus*, añadió volviéndose hacia la vieja que tenía al lado; lo que quiere decir: « en todas partes se cuecen habas, señora mía, » y que Vd. también se habrá divertido en su tiempo.

— Yo no señor. ¡Ave maría! contestó ésta, repitiendo con la vista la pregunta que acababa de hacer á don Cayetano, acerca del juicio de Solama.

La que había salido en busca del mate entró á la estancia, trayéndole en un plato, en el que había también hierba, azúcar y algunas cáscaras de naranja.

El mate animó la conversación, circulando entre las viejas y don Cayetano con más velocidad de lo que habría podido esperarse del grado de ebullición en que el agua se encontraba.

Hablóse del tiempo, de santos, de sermones y de los puntos donde se vendía la mejor hierba mate, artículo que tenía entonces triple consumo que ahora en Santiago.

Felipe y Timoleón dirigían miradas al patio cada vez que oían algún movimiento, y aun el último salía con frecuencia á la puerta, so pretexto de arrojar su cigarro, que de propósito dejaba apagar, y tosía con estrépito para anunciar su presencia á las hijas de don Raimundo.

— Y en resumidas cuentas, dijo Felipe Solama, interrumpiendo la conversación sobre la hierba mate, ¿de que está enfermo don Raimundo?

— De empacho, dijeron dos de las viejas.

La otra no contestó, porque estaba tomando mate.

— De empacho ha de ser, dijo don Cayetano.

— ¡ Mi señora doña Dolores, señoritas, exclamó al mismo tiempo Timoleón ¿ cómo están Vds ?.

Las personas á quienes este saludo se dirigía eran la esposa de don Cayetano, su hija Sinforosa y Martina Basquiñuelas, que entraron á la pieza.

Doña Dolores venía con la cabeza amarrada con un pañuelo de algodón, y tenía otro de lana cruzado sobre el pecho y atado atrás de la cintura.

Martina y Sinforosa, tomadas de las manos, con el semblante arreglado á las circunstancias, contestaron el saludo de los jóvenes, como personas que no quieren manifestar su sorpresa, y doña Dolores se dejó caer sobre una silla, indicando estar rendida de fatiga.

¡ Caramba ! exclamó, qué tiempo ha que no trajinaba tanto ! Creo que desde el aborto de la madre de esta niña, añadió señalando á Martina.

— Un aborto es cosa grave, dijo Felipe.

— ¡ Dígamelo á mí, que he tenido cuatro, y uno de mellizos, contestó animada doña Dolores; pero á mí no me entra bala así no más. La madre de esta niña, nò, pues : mi difunta comadre era como un merengue.

— ¿ Cómo sigue el enfermo ? preguntó una de las viejas, haciendo sonar el mate.

Doña Dolores meneó la cabeza en señal de desaliento, diciendo :

— Me da mala espina.

— Yo lo encuentro mejor, dijo Sinforosa, alzando las narices hacia los interlocutores.

Oyóse entonces el ruido de las herraduras de un caballo que entró en el patio.

— ¡ El médico ! exclamaron levantándose don Cayetano, su esposa y las tres viejas.

Después de decir esto agolpáronse á la puerta y salieron al patio á recibir al facultativo, que fué conducido por toda esta comitiva al cuarto del enfermo.

Gracias á este movimiento, producido por la curiosidad tan general en Chile, de oir la opinión de boca misma del médico, para poder referirla después á los amigos con aires de autoridad, los jóvenes quedaron solos con Martina y Sinforosa.

Bastóles á Felipe y á Timoleón una sola mirada para entenderse : Miraflores se acercó á la hija de don Cayetano, mientras que Solama decía á Martina :

— Para no perder tiempo, Martina, la diré que el principal objeto de nuestra visita es averiguar el paradero de Candelaria.

— Nosotras no sabemos nada de ella, contestó Martina.

— Eso no es posible.

— La pura verdad.

— Mala noticia para Manríquez, que ha quedado de esperarme en mi casa. Ah, me encargó le despidiese de Vds.

— ¿ Adónde se vá ?

Á la expedición al Perú. Se vá mañana, y cenará esta noche en mi casa para despedirse.

Martina dió un suspiro, recordando las alegres escenas pasadas.

— Si en estas circunstancias, añadió Felipe, viendo la tristeza de la joven, pueden ser de alguna utilidad mis servicios, empléeme Martina con toda confianza : Vd. sabe que la serviré á Vd. y á su familia con el mayor placer.

— Muchas gracias, contestó Martina, dando un segundo suspiro.

Iba Felipe á reiterar sus ofrecimientos sinceros, cuando entró á la pieza Primitiva Basquiñuelas. Su palidez, lo agitado de su respiración y el aire de inquietud pintado en sus facciones, dejaron suspensos á los que en la estancia estaban. Primitiva se acercó á Martina, saludó á Felipe y dijo.

— ¡ Ahí está Candelaria !

— ¡ Candelaria ! ¿ adónde ? exclamó Martina, saliendo precipitadamente de la pieza.

Siguióla Sinforosa, y Primitiva quedó algunos momentos hablando con Timoleón.

— ¿ De dónde llega Candelaria ? preguntó Solama acercándose.

— No sé : dice que quiere hablar con mi tatita, pedirle perdón : qué se yo cuántas cosas ¡ por Dios !

— Aquí viene, dijo Felipe adelantándose hacia la puerta.

Martina y Candelaria entraron abrazadas al salón. Formaban las dos hermanas un contraste notable para el que las había conocido antes de la salida de Candelaria de la casa paterna. La semejanza que en ese tiempo se advertía entre ellas, había casi desaparecido, porque las frescas mejillas rosadas de Martina, no podían compararse con las pálidas de Candelaria, ni su vivo mirar tampoco, á lo que se agregaba la diferencia de trajes, pues el de la última era uno de los elegantes regalos de don Lino Alcunza.

Hubo un ligero instante de silencio. Martina prodigaba tiernos cariños á su hermana, que, al hablar, había prorrumpido en llanto, y procuraba en vano serenarse. Como su aflicción desgarradora fué contagiosa para Primitiva, Martina y Sinforosa, al cabo de medio minuto el llanto se hizo general entre las jóvenes.

Felipe Solama creyó oportuno poner este dolor al abrigo de la crítica y de la curiosa observación de los que habían acompañado al médico, y que suponía, con razón, no tardarían en volver.

— Supongo Candelaria, dijo acercándose á la joven, que Vd. no querrá que personas extrañas la vean en este estado, por esto me atrevo á aconsejarla se retire á otra pieza, porque pronto volverán á ésta, el médico que está con su padre y tres señoras, que creo sean vecinas.

— Tiene razón, vámonos al dormitorio, dijo Martina, enlazando á Candelaria entre sus brazos.

Cuando las tres hermanas, seguidas de Sinforosa

Alvarado, iban á entrar á la pieza contigua al salón, Felipe se acercó á Candelaria.

— Óigame dos palabras, la dijo, pero aquí en esta otra pieza, no sea que llegue alguien.

Candelaria siguió al joven á la pieza vecina.

— Hemos venido en busca de Vd., la dijo Solama, y á nombre de Manríquez. La carta de Vd., y la de su padre le hicieron creer que Vd. vivía aquí; pero habiendo descubierto nosotros el engaño, Manríquez se ha ocupado incesantemente de buscarla.

— Entre él y yo, todo está concluído, contestó Candelaria con amargura, y tratando de contener los sollozos que la embargaban la voz.

— Él se va mañana, repuso Felipe.

— Ya lo sé.

— ¿ Nada tiene Vd. que decirle ?

— Nada ; yo vengo á pedirle perdón á mi padre.

— Debía Vd. perdonar para ser perdonada.

— ¡ Ah, ya es tarde !, exclamó con acento de dolor la joven.

Las otras tres habían quedado en el salón hablando con Miraflores, que hacía inauditos esfuerzos para que no interrumpiesen la conferencia de Solama con Candelaria.

Felipe repuso con viveza, á la doliente exclamación de ésta.

— En fin, Vd. hace bien en venir á acogerse al lado de su familia; pero sepa que Manríquez se marcha con el pesar de no poderla servir como él quisiera. Mas yo quedo aquí, y siempre estaré dispuesto á probarla que soy su verdadero amigo.

Candelaria estrechó las manos de Felipe con efusión irresistible, diciéndole :

— Si mi padre no me perdona y me arroja de su casa, me acordaré de Vd.

— Ya sabe Vd. mi casa, repuso Felipe : esta noche doy á Manríquez una cena de despedida.

— ¡ Ah, no le diga que me ha visto ! exclamó Candelaria.

— Imposible, ¡ cómo negárselo ! Déjele Vd. que lleve á lo menos el consuelo de saber que Vd. queda al lado de su familia.

Candelaria se cubrió el rostro con las manos, y dejó correr el llanto que desbordaba de sus ojos, exclamando :

— ¡ Dígale que no me aborrezca, que me perdone !

Primitiva, interrumpió este diálogo diciendo :

— Ya vienen, salga Felipe.

Obedeció Solama esta orden, despidiéndose precipitadamente de Candelaria, y entró al salón, del que salieron Martina y Primitiva á reemplazarle al lado de su hermana.

En ese momento entraban por la puerta que daba al patio : el médico, doña Dolores, su marido y las tres viejas. Todos luchaban por no separarse del facultativo, como hacen en las procesiones con las andas, á fin de recoger la opinión profesional para divulgarla por el vecindario.

Ocupó el médico la silla que don Cayetano había dejado junto á la mesa, y le rodearon doña Dolores y las tres viejas, preguntándole por el estado del enfermo.

— Si me hacen el favor de darme pluma y papel

para recetar, dijo el médico, sin contestar á las preguntas que se le dirigían, será lo mejor que podamos hacer.

Doña Dolores y don Cayetano corrieron en busca de los objetos pedidos, y que en este caso, como en la mayor parte de los análogos sucede, se hicieron esperar largo rato.

Mientras el médico mojaba la pluma en el tintero para recetar, don Cayetano decía en alta voz, dirigiéndose á Timoleón, pero para que le oyese el de la receta :

— Lo que mi compadre necesita son bebidas frescas, bebidas frescas es lo que el hombre necesita.

— Yo estuve lo mismo después de mi segundo desembarazo, dijo doña Dolores ; ¿ te acuerdas, Cayetano ?, y me lo pasaba tomando cosas frescas no más.

— Eso es, repuso don Cayetano, bebidas frescas es lo que el hombre necesita.

El médico, entretanto, seguía escribiendo su receta sin cuidarse de estas observaciones, ni del cuchicheo de las viejas que seguían el movimiento de su pluma, como si hubiesen sabido leer los signos de la farmacia.

Don Cayetano se acercaba también de cuando en cuando, y decía después á Timoleón.

— Muchas crucecitas le está echando á la receta, y esas crucecitas quieren decir mercurio : yo las conozco pues, no ve que así me hicieron saltar todos los dientes, sin que los tuviese picados...

En medio de estas observaciones terminó el médico su receta. Hízose inmediatamente un profundo silencio para oir las instrucciones que dirigió á doña Dolores, acerca del modo de administrarla :

— Le dará Vd. uno de los papelillos que traigan de la botica en medio vaso de agua de linaza cada media hora, y cada hora un sinapismo al vientre, sobando después con untura de la receta de más abajo, y poniéndolo una franela caliente.

Dijo, saludó fríamente y se retiró, recibiendo en la puerta, de manos de una criada, dos pesetas envueltas en un papel, una de cara y otra de cruz. Por una supercherìa de doña Dolores, que ella creyó muy ingeniosa, la peseta de cruz era de las excluídas de la circulación por ser de cobre. Doña Dolores, como aun entre personas ricas era práctica común entonces con los médicos, se jactaba, en sus adentros, de haberle *pasado* al médico una peseta mala.

Después de la salida del médico, siguieron los comentarios sobre la receta y sobre las instrucciones que había dejado.

— ¿ Y estos papelitos no serán cálidos ? preguntó doña Dolores.

— Vea, yo que Vd., no le daba la receta, contestóle una de las viejas, que no podía perdonar al médico su reserva : dele una buena limonada y verá.

— La receta y después limonada, dijo don Cayetano, que se declaró por el eclecticismo, como lo hacen la generalidad de las gentes, que siempre pretenden enmendar las recetas de los médicos.

— Pobre médico y probre enfermo, dijo Felipe á Timoleón. Después, levantando la voz añadió, dirigiéndose á doña Dolores :

— Vea señora, debemos suponer, sin necesidad de gran modestia, que el médico sabe más en estas materias que todos los que estamos aquí : dele Vd. al enfermo

la receta tal como él la ha dejado, y no se cargue la conciencia con estarle enmendando la plana.

Después de decir esto saludó, y seguido de Timoleón salió de la casa.

— ¿Cómo te fué con Martina? le preguntó á pocos pasos de ella Miraflores.

Felipe se paró, y volviéndose hacia él, le dijo:

— La ocasión no era para hablar de amores. Se trata de la vida de un probre viejo, que nosotros, aunque indirectamente, hemos contribuído á abreviar: si, valido de esta circunstancia, te ocupaste en galantear á Primitiva, eres un bruto. Ahora, vámonos á cenar, porque la tristeza me va abriendo el apetito.

— Eres un chambón incorregible, contestó Timoleón Francisco, compadecido de su amigo, que pretendía tener amores y escrúpulos á un tiempo.

Mientras se dirigían al punto en que iban á esperar á Manríquez, y mientras doña Dolores, don Cayetano y las tres viejas seguían dictaminando sobre la receta del médico, tenía lugar en el cuarto del enfermo una escena desgarradora.

Candelaria, arrancándose de los brazos de sus dos hermanas, salió corriendo por el comedor que, como se sabe, tenía una puerta sobre el pasadizo que comunicaba los dos patios de la casa. Primitiva y Martina, sin poder detenerla, la siguieron hasta el cuarto de don Raimundo, adonde entró Candelaria y se arrojó, anegada en lágrimas, á los pies de su padre, que se hallaba en una pobre cama, sobre un viejo catre de hierro, que rechinó con el nuevo peso que cayó sobre él.

Una vela de sebo, cuya luz se perdía á lo largo de la

pavesa que nadie se había acordado de cortar, iluminaba la triste estancia del empleado, en la que el piso estaba cubierto por una mala estera, que dejaba en varios puntos ver el enladrillado desigual del pavimento.

Al sentir caer sobre sus pies el peso que hizo entremecerse el catre, don Raimundo se incorporó en su lecho, dejando ver su rostro demacrado y lívido, cuyas sombras aumentaba la escasa luz de la vela.

— ¿Quién es? preguntó ¿quién está ahí!

Martina y Primitiva se habían detenido á la puerta del cuarto y Candelaria, que ocultaba su rostro, lo levantó diciendo:

— ¡Yo tatita, yo que vengo á pedirle perdón!

— ¡Tú! exclamó el viejo, alzando al cielo las descarnadas manos; ¡quítate de aquí! ¡sal de mi casa! ¡déjame morir en paz!

— ¡Perdón, exclamó la joven, con lastimera voz, yo conozco mis faltas y vengo arrepentida!

— ¡No hay perdón, tus maldades son causa de esta enfermedad, no hay perdón!

— ¡Le juro que le serviré de rodillas, yo estoy arrepentida; por Dios tatita, perdóneme y no volveré á salir nunca á la calle!

— ¡Fuera, fuera de aquí, malvada! vociferó el viejo.

Y saltando de la cama con extraordinaria agilidad, asió á su hija de la cintura y la lanzó hacia la puerta repitiendo.

— ¡Fuera, fuera de aquí, no hay perdón para las que matan á su padre!

Y cayó extenuado sobre la cama, mientras que Can-

delaria, impelida por el desesperado esfuerzo del viejo, rodó por el suelo arrancándose el cabello, y profiriendo voces inarticuladas de dolor.

Martina y Primitiva corrieron á la cama de su padre, cubriéronle con la ropa que él había tirado al suelo al saltar de ella, y cayeron de rodillas diciéndole.

— Perdónela tatita, hágalo por mi madre que está en el cielo y la perdonará.

— ¡ No, no ! gritó el viejo, su madre no puede perdonarla, y aunque ella la perdone yo la maldigo !

Alzóse Candelaria del suelo al oir esto y fijó en el viejo una mirada de fuego, que pareció con su ardor secar las lágrimas que anegaban sus párpados.

— Yo he venido arrepentida, dijo y no me quiere perdonar ; bueno, yo me iré.....

— ¡ Sí, ándate, ándate ! la interrumpió don Raimundo, incorporándose penosamente sobre la almohada.

Candelaria no pudo decir más : nuevos sollozos ahogaron su voz, nuevas lágrimas brotaron de sus ojos escaldados y, volviendo la espalda, salió de la pieza, mientras que el viejo repetía su anatema :

— ¡ Fuera, te maldigo, fuera de mi casa !

Este esfuerzo agotó lo que le quedaba de energía, pues apenas hubo desaparecido Candelaria, cayó pesadamente sobre la almohada, respirando como un hombre que llega agitado por una larga carrera.

Candelaria no se detuvo en el patio, ni echó una sola mirada hacia atrás. Salió á la calle como animada de febril impulso y se alejó de la casa, redoblando por instantes la velocidad de su marcha, cual

si el eco de la maldición paterna la persiguiese. Instintivamente tomó el camino que acababa de andar pocas horas antes; llegó á la casa de que vimos salir á Manríquez; entró al salón; revolcóse desesperada sobre la alfombra y levantándose de repente, salió corriendo sin escuchar á la criada que trató de detenerla, y que la dijo:

— Señorita, el patrón don Lino estuvo á buscarla y me dijo que.....

Candelaria se alejó haciendo señas de que no quería oir. En medio de su angustia, había recordado que Manríquez debía hallarse á esas horas en casa de Solama, según éste mismo se lo había dicho. Y caminó guiada por esta esperanza, á buscar en los delirios de su amor vengado, el olvido de la maldición paterna.

XXXIII

En el escritorio de Felipe Solama, veíase una mesa dispuesta para la cena, con algunos fiambres y botellas. Habíase esmerado Felipe en dar á las fuentes, á los platos y á las botellas, una disposición simétrica, para suplir con el arte lo que faltaba en abundancia.

— Ya ves, decía á Timoleón, que al entrar se había apoderado del sofá, que si bien mi mesa no podría equivocarse con las que el chasqueado Camacho preparaba para sus bodas, se recomienda por un aire simpático, debido á la prolijidad de tu afectísimo y seguro servidor que no besa tus manos.

— ¿Mucho tardará Manríquez? preguntó Miraflores.

— Lo ignoro; pero si quieres matar el tiempo en ameno pasa-ídem, te leeré una composición poética que he dedicado á tu amiga Brazo de hierro.

— No me gustan los versos, hijito, y tuyos. ¡ Á otro perro con ese hueso !

— Si desdeñas mi rima, te ofreceré prosa vil.

— Déjate de lecturas, vamos hablando.

— ¿ De qué ?

— De amores.

— ¿ Tú tienes ?

— No faltan algunos por ahí.

— Eres un feliz disipado : yo por ahora me dedico á los sudores de la inteligencia y le hago la corte á Temis.

— ¿ Quién es esa ?

— Una señora, madurona ya, pero que tiene sus atractivos legales.

— Yo estoy por las jovencitas, hijo mío. ¡ Son tan diablas las vejanconas !

— Al asno viejo, pasto tierno, dice el refrán que recuerda tu afición. ¿ Es decir que abandonas á Primitiva ?

— Me está pareciendo tonta, y yo no estoy con eso, pues.

— Eres como la electricidad : rechazas á los de tu mismo signo. Es una ley que puede aplicarse á lo físico y á lo moral, dijo Felipe, sentándose junto al sofá en que Timoleón se había recostado.

— No pudo éste replicar, porque se oyó en la calle el ruido de herraduras de caballo.

— Aquí han parado, dijo Felipe corriendo á la ventana.

— ¿Y.... por qué no te asomas? preguntóle Timoleón, viéndole detenerse.

— Porque hace mucho frío y he reflexionado que si es amigo subirá, y si no, ¿para qué me asomo?

— Es amigo, exclamó Timoleón, saltando del sofá al ver aparecer á Manríquez, que entró vestido de viaje y envuelto en la capa con que le vimos presentarse á Inés Arboleda, en casa de Candelaria.

Los sucesos en que le acabamos de ver representar un importante papel, no habían dejado el más mínimo rastro en sus hermosas facciones. Con la entereza de su inflexible voluntad había despejado las nubes de su frente y de su rostro el tinte melancólico que lo cubría desde que se viera despreciado de la mujer que amaba. Saludó risueño á sus amigos, arrojó con aire de alegría su capa, como quien invoca al buen humor, y quitándose la gorra preguntó :

— ¿Mucho me han esperado?

— Poco : vamos á cenar, dijo Felipe.

Los tres amigos se acercaron á la mesa, y como Timoleón iba á sentarse, díjole Solama :

— No te sientes, mal criado, quiero dirigirles de pie una ligera alocución.

— Algún discurso que te habrás llevado estudiando, contestó Miraflores; vaya pues, empieza y que no sea largo.

— Amigos míos, dijo Felipe, el mejor modo de brindar es antes de haber bebido, y por eso quiero hacerlo ahora. Nuestro amigo Manríquez, á quien rodeamos en este instante, va á segar laureles al Perú y á esclavizar en Lima corazones femeniles. Que vuelva de general; pero que no se lance en el caos de la

poligamia del corazón : este es mi voto. Que encuentre su ideal y que vuelva á nuestros brazos cubierto de gloria, por esto brindo, y como dueño de casa ordeno que en toda la concurrencia reine la más franca y cordial alegría : ya dije.

Á pesar de la afectada alegría, con que Solama pronunció estas palabras, su voz traicionaba la emoción de su pecho y resonó como una triste despedida en los oídos de sus amigos, que se sentaron también, esforzándose por reir, pero sintiendo helárseles en los labios la risa.

— ¿Nada nos preguntas por el resultado de nuestra visita? dijo Felipe á Manríquez, viéndole apurar dos vasos de vino seguidos.

— Se me acabó la curiosidad, contestó el oficial, pasándose la mano por la frente, como para desechar enojosos pensamientos y llenando su vaso otra vez.

— Con la falta de curiosidad te ha venido una sed terrible, replicó Solama, al ver que Manríquez apuraba un tercer vaso de vino.

— Así es, dijo éste, mucha sed.

— Yo creo que don Raimundo se muere, dijo Timoleón viendo que sus dos amigos se habían quedado silenciosos.

— Y lo peor es que aunque fallece sin haber hecho ningún descubrimiento, dijo Felipe, morirá pobre como murió Colón, víctima de la ingratitud de su gobierno.

— Ustedes están fúnebres esta noche, observó Manríquez con una pálida sonrisa.

— Por mi parte, contestó Felipe, yo soy supersticioso como Rousseau, lo que me induce á creer que

esa vaga superstición, que tiene gran afinidad con el fatalismo, es propia de las almas huérfanas.

— ¡Adiós diablo, se remontó Felipe! exclamó Timoleón.

— Esto ilustrará mi teoría, continuó Solama, en cuyas alas volará mi nombre á la posteridad más remota. Desgraciadamente, la fórmula para reconocer las almas huérfanas por medio de las manifestaciones exteriores, es todavía un problema para mí, y sin esto mi gran teoría quedará incompleta.

— Pero hombre, eso es muy fácil conocer, exclamó Timoleón : todo tonto es alma huérfana.

Felipe se quedó mirándole un instante y le dijo :

— La ambición te ciega : quieres entrarte de rondón al santuario de las almas á que dedico mi estudio, y por eso me das una fórmula que te comprende.

— Sí, canta no más, tú eres alma huérfana de las que yo digo, replicó Miraflores corrido.

— Vaya, Timoleón, no puedes medirte con Felipe, hijo mío : éste sólo es loco tratándose de filosofía; confiesa que te vence, dijo Manríquez.

— Á mí no me vence nadie, replicó Miraflores, y yo sostengo que las almas que á éste le ha dado la manía de buscar, son los tontos.

— Lo que tu puedes sostener, Timoleón amigo, replicó Solama, es la industria cohetera.

— ¡ Hombre, y no he traído voladores para la despedida de Manríquez !, exclamó Timoleón golpeándose la frente; pero te prometo, hijo, que á tu vuelta te espero con una gruesa.

— Al feliz regreso del general Manríquez, exclamó Felipe levantando su vaso.

— Á su regreso, dijo Miraflores.

Cuando los tres jóvenes empinaban los vasos, oyéronse golpes á la puerta.

— ¿Quién es? preguntó Timoleón.

— No puede ser mi criado, porque no lo tengo, dijo Solama.

— Adelante quien sea, dijo Manríquez.

Abrióse la puerta y apareció Candelaria Basquiñuelas, pálida, agitada y desfalleciente.

Los tres jóvenes se levantaron de sus asientos.

— Bien venida seáis, díjole Felipe, adelantándose hacia ella.

Candelaria cayó de rodillas, abrazándose de Manríquez y prorrumpiendo en llanto.

— El viejo se ha muerto, estoy seguro, dijo Timoleón.

Manríquez levantó á Candelaria, la colocó en una silla y se puso á dar paseos á lo largo de la pieza.

Durante algunos momentos, sólo se oyó el ruido de sus pasos y los sollozos de Candelaria.

— Valor Candelaria, dijo Solama, rompiendo el silencio.

— Vamos, que se acabe el llanto, exclamó Manríquez volviendo á su asiento, continuemos nuestra cena, ya que nos llega tan inesperada, cuanto agradable compañía. Candelaria, añadió llenando de licor un vaso, yo bebo á tu ingenio.

— ¿ Ustedes se habían visto ya? preguntó Timoleón.

— No, dijo Manríquez; pero tengo razones para creer que Candelaria puede darnos lecciones de intriga : aquí, donde Vds. me ven, he pasado esta noche por un infame, gracias á su talento : ¿qué tal?

Candelaria se cubrió el rostro, y Felipe miró al oficial diciéndole:

— No te comprendo: llega á tus pies, y como en demanda de protección, una joven á quien debes amparar, ¿y la recibes de este modo? Siempre te he creído valiente y generoso Manríquez, y por eso no me explico lo que haces ahora.

— Él tiene razón, dijo Candelaria, levantando el rostro inundado de lágrimas, yo me quise vengar de él, porque estaba celosa.

— Y te has vengado, y cruelmente vengado, díjole Manríquez, acercándose á ella con efectuoso ademán. Vamos, Felipe tiene razón: tú eres mujer y tenías derecho de vengarte así. Á los ojos de Inés he perdido la honra: yo te perdono, porque tú también tienes mucho que perdonarme.

La joven, vencida por el sincero acento con que el oficial dijo estas palabras, se arrojó en sus brazos, diciéndole con ahogada voz, que salía de lo íntimo de su corazón.

— ¡Te quiero tanto! perdóname!

— Pobre niña, díjola Manríquez, con el tono dulce de su voz, que había hecho palpitar de amor á tantos corazones de mujer, ¡cuánto has sufrido por mí!

— Mucho, más de lo que tú piensas, contestó la joven mirándole con pasión; pero tú me perdonas, ¿no es cierto?

— Con toda mi alma.

— Ahora te reconozco, exclamó Felipe, golpeando el hombre á Manríquez.

Timoleón Francisco Miraflores imitó con la boca y

golpeando las manos, el estallido de un volador, en señal de regocijo, añadiendo :

— ¡ Qué vivan, qué vivan !

— Hecho este paréntesis, volvamos á la cena, exclamó Felipe con alegría, arreglando los asientos.

Más atención recibieron de los tres jóvenes los líquidos que los fiambres, pues los brindis se sucedían sin interrupción, y casi todos ellos dirigidos á Candelaria, que parecía haber colocado su vida en los ojos de su amante, tal era la amorosa obstinación de su mirar, y tal la alegría inefable que sus palabras la causaban.

— Pero hija mía, la dijo de repente Manríquez, como quien tropieza con una dificultad, ahora es preciso que expliques el misterio que te ha rodeado.

Candelaria, sin contestar, le miró con la ansiedad del reo que espera su sentencia. Ante la vòz y la mirada del oficial, la plácida calma del amor sin celos que en sus facciones brillaba, dió lugar á la palidez de la inquietud.

— Dime, prosiguió Manríquez, sin notar esta transformación, ¿ no me escribiste de casa de tu padre?

Bajó la frente Candelaria y dijo :

— No.

— ¡ Pero yo recibí una carta tuya y otra de tu padre! exclamó Manríquez con admiración.

— Es cierto, contestó la joven; pero yo no estaba en casa de mi tatita.

— ¿ Y adónde estabas, entonces ?

— En la casa en que tú estuviste esta noche.

— ¿ De quién es esa casa ?

— De don Lino Alcunza, murmuró Candelaria, con apagada voz.

El rojo tinte de que se cubrió su rostro inundó el cuello y las orejas, que sólo podía ver Manríquez, quien al oir el nombre de don Lino, exclamó, dando un golpe sobre la mesa.

— ¡ Ah, el viejo maldito !

La alegría de la cena había desaparecido nuevamente. Candelaria volvió á ocultar su frente cargada de rubor, Manríquez á pasearse con aire de despecho y los otros dos á quedarse mudos, esperando el estallido de su cólera.

XXXIV

No fué largo el silencio. Rompióle el oficial de húsares, diciendo á Candelaria.

— Cuéntanos todo lo que te ha pasado desde la noche en que fuimos atacados en la casa de la calle del Carmen.

— Te lo contaré todo, como si me estuviese confesando, contestó Candelaria, dirigiendo á Manríquez su mirada llena de lágrimas y de súplicas.

El oficial apoyó su codo sobre la mesa y dejó caer su frente, cual si el peso de ella le abrumara. Timoleón encendió un cigarro para tomar alguna actitud, y Felipe se puso, como distraído, á jugar con las migas que había esparcidas sobre el mantel.

Candelaria empezó su relato en el momento en que los dos hombres que acompañaban á don Lino, habían atacado á Timoleón y apoderádose de ella.

— ¡ Eran dos no más ! exclamó Manríquez, diri-

giendo una mirada sarcástica á Miraflores, que mudó de color y se atoró con el humo de su cigarro.

— Eran quince por lo menos, dijo tosiendo, yo conté quince.

— Eran dos hombres y don Lino Alcunza, replicó Candelaria con seguridad.

— Así será, pues, yo no les porfío á las mujeres, repuso Timoleón; pero yo sé que conté quince.

— Cállate, no has nacido para estadístico, díjole Felipe.

— Sigue, no le hagas caso, dijo Manríquez á Candelaria.

La joven continuó refiriendo los hechos que en el curso de esta historia hemos visto sucederse, sin olvidar un solo incidente, ni omitir ninguna circunstancia, hasta llegar á la noche de la cita.

— Mucho me admira la confianza que en ti tenía don Lino, dijo Manríquez.

— Yo quería vengarme, y él me daba los medios de hacerlo: ¡él me impuso la ley! contestó la joven, dando libre curso al llanto que, por obedecer á Manríquez y contar lo acaecido, contuvo á duras penas hasta entonces.

El oficial se quedó pensativo durante algunos momentos, y cuando alzó la vista en medio del profundo silencio en que todos habían quedado, hubiérase dicho que en lo interior de su pecho rugía una furiosa tempestad.

— Óyeme Felipe, dijo tomando una de las dos velas que alumbraban la estancia, y pasando al cuarto de dormir de Solama.

Éste le siguió, y de su orden cerró la puerta que comunicaba las dos piezas.

— Ese viejo malvado, debe recibir algún castigo, dijo el oficial, ¿ no te parece ?

— Tú tienes que irte, le castigarás á tu vuelta, contestó Felipe.

— No, sería muy tarde, replicó Manríquez con impaciencia, el castigo debe recibirlo de mi mano y esta noche misma.

— Pero ya es tarde, estará recogido en su casa.

— Mejor, ¿ no te animas á acompañarme ?

— Sabes que para todo puedes contar conmigo.

— Gracias : ahora vamos á otra cosa, dijo Manríquez sacando una cartera. Yo debo marcharme esta misma noche y quiero hacer en favor de Candelaria lo único que me es posible. Aquí tienes todo mi caudal en este pagaré : dos mil pesos colocados á interés ¿ tienes pluma y tinta ?

Felipe salió de la pieza y entró al escritorio á buscar lo que su amigo le pedía. En el escritorio oyó á Timoleón que decía á Candelaria :

— Vaya Candelaria, ¡ que diga Vd. que no eran más que dos, cuando yo conte quince !

— Aquí está la tinta, dijo Felipe al oficial.

Éste se inclinó sobre el lavatorio de Solama y endosó el pagaré á favor de Candelaria.

— Es cuanto tengo, dijo pasándolo á Felipe, y ojalá pudiera salvar á esa pobre muchacha de la desgracia á costa de mi sangre, añadió dando un suspiro : en fin, tú harás por ella cuanto puedas, Felipe, dijo abrazándole, la infeliz ha sido víctima de mi locura y de su corazón.

Dicho esto, abrió la puerta y entró al escritorio seguido de Felipe.

Timoleón les dijo al verles entrar :

— Yo no soy amigo de porfiar ; pero juraría que eran quince. ¡ Miren que yo me había de asustar por dos hombres ! ¡ parece que no me conocieran !

— Bueno, serían quince, contestó Manríquez, ahora vamos á ver si tienes valor, no te apures.

— ¡ Cómo ! ¿ qué es lo que hay ? preguntó Miraflores alarmado.

— Ya lo sabrás, ¡ chitón ! díjole Felipe, acercándose á él con aire de misterio.

Manríquez se acercó á Candelaria, que desde su entrada le seguía con gran inquietud los movimientos. El aire del oficial de húsares era solemne en ese instante, y era la vez primera que sus amigos veían aparecer en su rostro la honda tristeza que desde el principio de la noche le acosaba el corazón.

— Ahora es preciso separarnos, dijo á la joven, pasándola cariñosamente la mano por el pelo : tú has querido que yo vaya á guerrear en el Perú y saldré de aquí bendiciendo tu buena inspiración.

— Yo quiero ir contigo, yo no te dejo, exclamó Candelaria arrojándose en brazos de Manríquez.

— Eso es imposible, no pensemos en locuras, bastantes hemos hecho hasta aquí, replicó el joven con tristeza.

Candelaria se dejó caer sobre la silla, y mirando á Felipe con desesperación exclamó, retorciéndose los brazos :

— ¡ No ven cómo no me quiere ! ¡ no me quiere !

El tropel de sus sollozos, lo destemplado de su voz,

á la que el dolor intenso del alma hizo perder sus naturales, dulces modulaciones ; la mirada de espanto con que la infeliz pareció divisar aterrada el porvenir que la esperaba, todo en ella fué desgarrador al lanzar este grito del corazón herido, que ve caer agotada la última esperanza que sustenta.

— Pero, hija, no se puede. ¿ Qué dirían de él si le viesen llegar al campamento con Vd. ? la contestó Felipe.

— He mirado por tu suerte en cuanto he podido, la dijo Manríquez con tierno acento, y si pudiera comprar tu felicidad á costa de mi sangre, lo haría sin vacilar. ¿ Qué puedo hacer ahora por ti ? Vuelve á casa de tu padre y si...

— Me acaba de echar de ella con su maldición, dijo Candelaria, llorando desesperada.

— No importa, haz este sacrificio por mí : la idea de que estás al lado de tu familia me tranquilizará, yo te escribiré y espero que á mi vuelta, ambos hayamos olvidado los últimos días para acordarnos sólo de los felices.

— Si tú lo mandas, me iré á casa, contestó ella resignada.

— Bueno, te vas con Felipe, dijo Manríquez.

Candelaria se puso de pie.

— ¡ Adiós ! dijo abrazando al oficial con frenesí.

Y como haciendo un esfuerzo inaudito, se arrancó de sus brazos y corrió hacia la escalera, sin poder ahogar los gemidos que de su pecho desbordaban.

— Llévala, aquí te esperamos, dijo Manríquez á Felipe.

Quedaron en silencio el oficial y Miraflores, éste

sentado con la inquietud reflejada en las facciones y Manríquez oyendo con intensa pena el ruido de los pasos que se alejaban. Cuando ese ruido, que formaban Candelaria y Felipe al bajar la escalera, se apagó completamente, Manríquez metió como impaciente la mano derecha bajo su chaqueta de húsar desabotonada, como para oprimirse el corazón y dijo con voz sombría :

— ¡ Pobre muchacha !

— ¿ De dónde habrá sacado que no eran más que dos ?, dijo Timoleón, cuando yo conté quince. ¡ Lo que son las mujeres !

Manríquez empezó á pasearse. Había cogido de una silla un chicote que al entrar había dejado sobre su capa, y con el chicote la gorra, como si en su impaciencia creyese tiempo ganado el que empleaba en tomar estos objetos.

Timoleón, cuya inquietud aumentaba al ver el sombrío aspecto del oficial, le preguntó :

— Y ahora ¿ qué vamos á hacer nosotros ?

— Á esperar, contestó secamente Manríquez.

— Y á esperar ¿ para qué ?, repuso Miraflores.

— No quiero hablar más, dijo con agrio tono el oficial, sin detenerse en su paseo.

Después de esto trascurrió como media hora de absoluto silencio, que llegó á interrumpir Felipe Solama, entrando á la pieza agitado por la marcha que acababa de hacer.

— Quedó en casa de su padre, dijo como en respuesta á la mirada que le dirigió Manríquez. Parece, añadió Solama que el pobre viejo sigue muy mal : sin duda la escena con Candelaria le habrá agravado : por

eso la aconsejé que estuviese en la casa sin que su padre lo sospechase : en fin, después se verá.

— ¿ Es decir que nos vamos ? bueno, pues, se hace tarde, dijo Manríquez. Felipe, añadió, tú harás la defensa del reo.

— Con mucho gusto, contestó Solama.

— ¿ Y adónde vamos ahora ? preguntó Timoleón en voz baja y con timidez á Solama.

Manríquez, que ya estaba en la puerta con la capa en el brazo y dispuesto á salir, alcanzó á oir esta pregunta, y volviéndose hacia Miraflores le dijo.

— Vamos á la única escena divertida que tendremos esta noche : á castigar á don Lino.

XXXV

Caminaron los tres jóvenes en silencio hasta la casa de don Lino Alcunza, situada en una de las principales calles de Santiago.

Don Lino acababa de llegar, después de haber estado dos veces á buscar á Candelaria Basquiñuelas sin encontrarla.

Manríquez se dirigió á un criado que empezaba á cerrar la puerta de la calle. Felipe y Timoleón habían quedado á algunos pasos de distancia.

Durante el camino habían convenido en la conducta que cada uno de ellos debía observar en casa de don Lino.

— ¿ Está don Lino ? preguntó.

— Si señor, dijo el criado.

— Dígale Vd. que necesita hablar con él una per-

sona que viene de parte de doña Candelaria: ¿ se le olvidará?

— No señor, contestó el criado, obedeciendo al tono imperativo del oficial.

Pocos instantes después llegó á la puerta don Lino seguido del criado. El nombre de Candelaria, que éste había trasmitido, le hizo tomar la precaución de presentarse él mismo á ver á la persona que le buscaba.

Al encontrarse con Manríquez no pudo disimular su sorpresa y quiso retroceder. El oficial le sujetó de la levita, diciéndole:

— Tenemos una cuenta que arreglar ahora mismo.

— ¡ Pero señor, ahora es imposible! dijo don Lino, mi señora me está esperando.

— Tendrá que seguir lo mismo, hasta que Vd. me haya oído.

— ¡ Caballero, advierta que estoy en mi casa! exclamó don Lino, que pensó imponer con su aire de autoritaria dignidad.

— Ya lo sé, y si Vd. quiere que su señora presencie nuestra conferencia, no me opongo á ello; pero no crea Vd. que yo desista por nada de arreglar la cuenta que tenemos pendiente: vea si quiere evitar el escándalo, ó si se resigna á que todo el barrio sepa lo que va á pasar.

— Iremos á mi cuarto, dijo Alcunza, intimidado con la amenaza del escándalo.

— Muy bien, llame Vd. á dos amigos míos que esperan en la calle, contestó Manríquez con tono insolente.

Don Lino salió á la calle, encomendándose á ciertos santos de su devoción, á los que rendía su culto hipó-

crita diariamente, con la esperanza de hacerse perdonar sus debilidades también diarias.

Felipe y Timoleón acudieron á su llamado y precedidos de Manríquez y de don Lino entraron á una pieza del primer patio á que éste les introdujo.

Apenas estuvieron en la pieza, don Lino quiso conquistarles á fuerza de atenciones: ofreció la poltrona de preferencia á Manríquez, estrechó con efusión la mano á Solama y á Miraflores, y cuando todos hubieron tomado asiento, coronó sus muestras de solícita hospitalidad, ofreciéndoles cigarrillos, y diciéndoles:

— ¿Quieren Vds. tomar algo? tengo algunos fiambrecitos y buenos vinos: voy á mandarlos traer.

— No se moleste Vd. le dijo Manríquez, y volviéndose hacia sus amigos añadió con acento de sarcasmo:

— ¿Qué amable está don Lino, eh? ¿qué opinan Vds. de su amabilidad?

— Hay un refrán de tripas y corazón que le viene de molde, contestó Felipe, tratando de dar á su voz una entonación fúnebre.

Timoleón Francisco Miraflores sintió helársele la sangre, al ver la sonrisa con que el oficial de húsares acogió la respuesta de Solama.

— Hacer de tripas corazón, dijo con un tono de broma, que formaba extraño contraste con la palidez de su rostro.

— Es lo que está haciendo el seductor que Vds. ven, dijo Manríquez.

— Señores, exclamó Alcunza, llamando á su socorro toda su energía, yo soy un hombre viejo, y Vds. que son jóvenes, debían tenerme más consideración.

— ¡ Vaya si se la tenemos, cuando yo vengo á darle su merecido !, dijo Manríquez reclinándose en la poltrana.

— Yo no sé á qué viene esta visita, repuso don Lino, moviéndose inquieto sobre su asiento.

— Venimos á que Vd. nos cuente una historia.

— ¿ Una historia ?

— Aquella del robo de Candelaria, hecho por Vd. á mano armada.

— ¿ Qué robo ?, preguntó don Lino, cuyos labios llegaron á ponerse verdes.

— Vamos, no se haga Vd. el olvidadizo : todo lo sabemos. Cabalmente es la más bonita página de su vida, y nos la quiere ocultar ! Á fin de abreviar explicaciones y subterfugios, le diré á Vd. que acabamos de hablar con Candelaria; que ella nos ha referido desde el instante en que Vd. se apoderó de ella; los engaños con que la tuvo encerrada en cierta casita que Vd. conoce; la escena del baile á que Vd. la hizo asistir de tapada; el origen de las cartas que ella y su padre me escribieron; todo, en fin, hasta el infame abuso que Vd. ha hecho de su posición, para alcanzar favores que el amor y la volundad le habrían negado eternamente.

Manríquez pronunció estas últimas palabras como una amenaza, lanzando á don Lino una mirada que le hizo estremecerse.

— Y si lo saben todo, ¿ para qué quieren que se lo cuente ? dijo mirándoles con angustia.

— ¿ Con cuántos hombres atacó Vd. á Miraflores para apoderarse de Candelaria ? le preguntó el oficial.

— Con dos no más.

— ¿ Oyes Timoleón ?, tienes ojos de multiplicar hijo mío, díjole Manríquez.

— Así será, pues, ya no porfío, ¡ pero apuesto á que eran quince !, contestó Miraflores.

Manríquez volvió á dirigirse á don Lino :

— ¿ Confiesa Vd. que estamos bien informados ?, le preguntó.

— Y lo que Vds. me habían hecho en el teatro, ¿ les parece poco ?, contestó don Lino para atenuar la gravedad del hecho que no se atrevía á negar.

— Esa fué una broma inocente, dijo Manríquez.

— Sí ¡ bonita broma !

— ¿ Nada más tiene Vd. que alegar en su favor ? Porque advierta que estamos convertidos en tribunal, díjole Manríquez.

— Vaya, dejémonos de bromas y sigamos, replicó don Lino. Un hombre como Vd., añadió dirigiéndose al oficial, no se debe enojar por una diablura como esa ; *dejante* que me hirió dos hombres y que la fiesta me costó más de cincuenta pesos.

— Felipe, dijo Manríquez, ¿ quieres hacerte cargo de la defensa de don Lino ? Tú que eres abogado lo podrás hacer bien.

Felipe reflexionó breves instantes y dijo :

— Bueno : yo cumpliré con ese deber.

— ¡ Vaya, no sean diablos ! : que todo se acabe con una comida que yo les daré para que quedemos amigos, replicó Alcunza, tratando de ocultar, bajo la frivolidad del tono, la turbación de que era presa.

— Principie la defensa, dijo Manríquez, ven acá

Timoleón, siéntate á mi lado: tú, como amigo del reo, serás el otro juez.

Miraflores obedeció; pero al mismo tiempo con una sonrisa forzada, quiso indicar que todo aquello lo reputaba una genialidad del oficial.

Felipe Solama, revestido de su característica seriedad, tomó la palabra en estos términos:

— Suprimiré, señores, las fórmulas del estilo para irme derecho al grano, porque el presente caso debe habérsele escapado á don Alfonso el sabio, y si por ventura lo contienen las partidas, á jueces legos sabe mal el lenguaje del siete veces indigesto monumento del citado rey. Yo voy á buscar la defensa del inocente...

— Pero hombre, miren que mi señora está acostumbrada á recogerse temprano, dijo don Lino: yo les daré las satisfacciones que quieran; pero váyanse luego.

— La voz de súplica que Vd. emplea en su argumentación, señor don Lino, contestóle Manríquez, no quita la verdad á los hechos. ¡ Cuántas veces ha hecho Vd. esperar á su señora en ocupaciones menos graves que la presente! No ha lugar al recurso, y siga la defensa.

— Pero señor Manríquez, yo le prometo...

— ¡ Silencio!. Hable el defensor.

— Señores, continuó Solama, ¿cuál es la facultad más poderosa y general de las especies tanto racionales cuanto irracionales? La *amativa*, responde la creación entera. Ahora bien, en cualquiera de esas dos especies que quiera colocarse á mi patrocinado, le absuelven ampliamente las leyes de la naturaleza; ¡ y

no seré yo quien haga al tribunal que me oye la ofensa de suponerle con pretensiones de enmendar la plana al Creador!. Ora se suponga á mi cliente el más encumbrado de los hombres, ora se le coloque en lo más oscuro de la canina raza : llámesele monarca ó can, lo cierto es que la ley de amor imperiosa le ha arrastrado y, siendo amor ley universal, no veo porqué habría de colocarse á mi patrocinado al margen de la creación y decirle : ¡ tú no amarás !

— Vamos, caballeros, esto ya pasa de... exclamó Alcunza.

— Sentada, señores, esta inconcusa verdad, prosiguió Felipe, ¿ será necesario sacar de ella las consecuencias que de ella fluyen ? Créolo pleonástico. Don Lino Alcunza, lo digo señores con plena conciencia, si alguna pena merece, será cuando más, la de la pérdida del objeto amado. Así fío que lo declare el tribunal, porque es reo sólo de lo que nadie está libre, desde Adán hasta la fecha.

— ¿ Qué opinas tú ? preguntó el oficial á Miraflores.

— Perdónalo, hombre, dijo Timoleón, que temía verse envuelto en algún hecho de graves consecuencias.

Manríquez sacó del cinto el par de pistolas que le vimos sacar en casa de Candelaria y dijo :

— Señor don Lino ; llegamos á lo serio : ¿ quiere Vd., como hombre de honor, cambiar conmigo un tiro ?

— ¡ En casa de mi mujer, Jesús ! dijo don Lino.

— Iremos á la mía.

— ¿ Cómo salgo ? imposible : será mañana.

— Ha de ser ahora, porque yo me voy esta noche.

— Yo no soy militar como Vd., amigo, ¿ cómo quiere que se bata un hombre viejo y achacoso ?

— Soy verdaderamente desgraciado con mis pistolas, dijo Manríquez; pero he traído este chicote, previendo el caso presente.

— Al decir esto, hizo sonar con estrépito el chicote, mirando á don Lino con aire amenazador.

— Señor don Lino, añadió; le voy á castigar á Vd. por libertino y por infame. Vd. ha abusado de la amistad de un pobre viejo para arrojar á su hija en la prostitución. Yo nunca me di por amigo de don Raimundo como Vd.; yo no engañé á su hija, sino que ella me siguió espontáneamente; no me dé pues disculpas de esa clase. Ahora, cuando Vd. refiera lo que Vd. llama una diablura, es decir el rapto de Candelaria, sus mentiras, su trama infame y su seducción, tendrá Vd. que acordarse de lo que va á recibir en las espaldas.

¡ Vamos, campo ! dijo, dirigiéndose á Felipe y á Timoleón : Vds. van á ver bailar á don Lino !

— Manríquez, déjalo, no merece tu cólera, le dijo Solama.

— Perdónalo, hombre, añadió Miraflores.

— ¡ Campo, campo ! dijo el oficial, blandiendo su látigo con airado ademán. Vea don Lino, agregó, aquí sobre la mesa quedan las pistolas, de modo que cuando se decida á batirse, no tiene más que tomar una.

Y diciendo esto, descargó sobre el infeliz Alcunza una lluvia de latigazos tan nutrida y feroz, que la víctima empezó á correr por el cuarto desatinadamente para huir de los golpes; pero sin atreverse á gritar por no dar la alarma á las personas de su casa. Manríquez le seguía, menudeando con viveza extraordinaria, y diciendo al mismo tiempo :

— Vean Vds. qué ágil se ha puesto don Lino. Vds. creían que era sólo un seductor, y es una ardilla. ¡ hola ! ¿ le duele ? no todo es amores en la vida, pues amigo, tome, recoja ese y ese....

Don Lino recibió los dos últimos latigazos sin moverse, y antes que hubiese caído otro sobre sus espaldas, lanzóse furioso á la mesa, cogió las dos pistolas y amartilló una.

— ¡ Ah ! ¿ ya quiere Vd. batirse ?, fué lo que Manríquez alcanzo á decirle.

Y no dijo más, porque don Lino descargó sobre él la pistola que había amartillado, y antes que el oficial hubiese podido hacer ningún movimiento, le asestó el otro tiro que pasó rozándole el hombre derecho.

Todo quedó durante algunos segundos en un silencio sepulcral.

— En fin, exclamó Manríquez, ya ven Vds. que calentándole el cuerpo, don Lino es hombre que sabe tirar.

— ¿ Te ha herido ? le preguntó Solama, acercándosele, mientras que Alcunza, como extenuado de agitación y sobresalto, caía sobre una silla.

— Creo que no, me ha roto la chaqueta no más, contestó el oficial.

Los dos tiros y estas últimas palabras, habían tenido lugar en momentos muy cortos. Inmediatamente se oyeron golpes á una puerta de la pieza en que los actores de esta escena estaban, y una voz de mujer del lado de afuera dijo :

— ¡ Alcunza ! ¡ Alcunza !

— ¡ Mi mujer ! dijo don Lino.

Manríquez abrió la puerta, y entró en la pieza una

señora vieja, seguida de dos criadas. Las tres traían pintado el espanto en las facciones.

— ¿ Qué hay? ¿ qué ha habido ? preguntó la señora, con trémula voz.

— Señora, contestó Manríquez, mientras los demás se miraban sin saber qué decir, yo había apostado con el señor don Lino á que despabilaba una vela de un pistoletazo sin apagarla, y erré los dos tiros.

Saludó al decir esto y salió seguido de sus dos amigos, mientras que don Lino decía á su mujer.

— ¡ Vaya con los mozos locos ! Se le puso que había de tirar á las velas.

Los tres amigos caminaron hasta la casa de Felipe, hablando con animación de la última escena. Se recordará que ahí había dejado Manríquez su caballo. Un asistente le esperaba, teniendo éste y el suyo de la brida. Al llegar á la puerta, los tres amigos se detuvieron y quedaron en silencio.

— En fin, será hasta la vuelta, dijo Manríquez, abrazando á Solama y después á Miraflores.

Saltó con agilidad sobre su caballo, que, al emprender el galope, hizo brotar chispas del empedrado de la calle.

Pronto los dos jinetes se perdieron en la oscuridad de la noche.

Solama y Miraflores se miraron con profunda tristeza.

Y será, quién sabe hasta cuando, dijo Felipe, con un sentido suspiro, que halló un eco de simpatía en el carazon de Miraflores.

FIN DE LA TERCERA PARTE

CONCLUSIÓN

I.

Corre desde aquí la vida de Manríquez envuelta en la infausta revolución de Quillota, cuyo fin desastrado comentan todavía con asombro sus contemporáneos.

Qué causas prepararon ese drama sombrío, en que los protagonistas rindieron la vida en un patíbulo, cuando acababan de lanzar el grito de la libertad, está diciéndolo la historia, que ha recogido su fresca tradición, buscando la verdad entre los recuerdos palpitantes de la catástrofe, y los apasionados documentos que la enemiga y el miedo acumularon con prolijo afán.

Un hombre, á quien su propia audacia sirvió de escala para subir al poder, que hizo de su voluntad la ley de la República, que confundió con su incansable actividad á los que le rodeaban, y que tuvo bastante talento para crearse admiradores entre los que trataba como á esclavos, es el que llena las páginas de la historia de esos años, y el que dió á la revolución de Quillota las proporciones fantásticas que nos hemos acostumbrado á divisarle, los que guardamos sus

recuerdos entre las indelebles impresiones de la infancia.

El nombre de don Diego Portales, que rodean todavía los reflejos de una admiración sistemática, y los resplandores del odio, resuena de un confín á otro de la República, desde los tiempos agitados en que el liberalismo regó las márgenes del Lircai con la sangre de sus mejores hijos, hasta la noche en que el ministro omnipotente tuvo que arrodillarse, para recibir la muerte á la voz de un joven oscuro, á quien el crimen deparó la triste celebridad, con que dejó su nombre para siempre asociado al de su víctima.

El sordo rumor del descontento circulaba de un pueblo á otro pueblo, de un círculo político á otro círculo, de una familia á otra, cuando don Diego Portales había llegado al apogeo de su omnipotencia. La misteriosa voz que predice los acontecimientos, que los que los preparan juzgan sepultados en impenetrable secreto, esparcía la alarma y la esperanza, con el anuncio de revoluciones inminentes, de conspiraciones formidables, de motines en que el poder del dictador debía principiar á desmoronarse por el ejército, que era la base de su poder, como lo es de todos los que buscan en la fuerza, y no en el amor de los pueblos, su grandeza.

Don Diego Portales necesitaba acallar esas voces de siniestras predicciones y afianzar su dominación absoluta, deslumbrando con los destellos de la gloria á los pueblos que oprimía, ya que el darles libertad habría sido entregar las riendas del poder. Su vista buscó ansiosa en lejanos horizontes lo que en los límites de la patria era imposible alcanzar, y halló al Perú

invadido por un usurpador extranjero, que desde su silla protectoral quería conmover las bases políticas de la América. Desde ese instante Santa Cruz fué el blanco de sus ataques; su usurpación el pretexto, y los laureles de restaurador americano el fin de sus designios. Pero Chile creyó un amargo sarcasmo llevar con sus banderas la libertad á otras regiones, mientras que la mano de su señor la había desterrado de su suelo, y de esa expedición, que era popular en su origen y benéfica en sus propósitos ostensibles, hizo el fundamento de sus tímidos reproches, por no unir su causa con la que el opresor patrocinaba.

Así, la expedición destinada por Portales á derrocar el poder de Santa Cruz, se hizo impopular, porque todos vieron el nombre del primero en el pabellón que sólo debía llevar la estrella de la patria.

Pero las críticas de un país que le hablaba desde debajo de su planta, no podían perturbar al hombre que se creía con fuerza para destrozarle si oprimía esa planta contra el suelo. Así, á una palabra suya, el Congreso obediente declaró la guerra: de su orden las tropas empezaron á ponerse en movimiento, los buques á alistarse, los tesoros del país á invertirse en pertrechos, y el cantón de un oscuro lugarejo, que se creyó adecuado para instruir á los bisoños, figuró en los decretos del gobierno poco antes de convertirse en el nombre histórico, al que nuestra generación ha vuelto desde entonces la vista con una mezcla de espanto y de curiosidad, que los recientes estudios de la historia empiezan á satisfacer.

Jefe de ese cantón era el hombre que debía arrancar del firmamento político la estrella refulgente de Por-

tales. Casi enemigo suyo antes de conocerle, unido después á él por lazos de amistad que la violenta simpatía del ministro por el militar ató forzadamente, el coronel don José Antonio Vidaurre abrió á la voz de la patria sus oídos, cerrándolos á los del favor que Portales le brindaba, y si como caudillo no estuvo á la altura de la difícil misión que se había impuesto, en los bancos del patíbulo supo elevarse á la del patriotismo y del valor, que le dictaron sus últimas palabras.

Y al meditar en la sangrienta tragedia en que esos dos hombres ocupan los puntos culminantes, el espíritu se pregunta si fué intento del destino, agrupar en derredor del caudillo revolucionario, esa falanje de jóvenes ardientes y animosos, que le arrastraron al abismo en la corriente desatada de su febril entusiasmo. Ramos, Narciso Carvallo, Arrísaga, Florín, todos jóvenes y temerarios, todos sedientos de renombre, bien que por diversos móviles guiados, formaron ese torrente impetuoso, que fué á estrellarse con sobrado arrojo pero falto de concierto, ante las silenciosas filas apostadas en las alturas del Barón.

Al cantón de Quillota, en que se preparaba el grande acontecimiento cuyos antecedentes y principales personajes hemos querido mencionar, aunque con la rapidez que nuestro propósito requiere, llegó Manríquez el 2 de junio de 1837, pocos instantes después que don Diego Portales bajaba de un birlocho, en la plaza del mismo pueblo, á la casa del Gobernador.

II

Manríquez se presentó á sus compañeros de armas en circunstancias que Portales y Vidaurre tenían la última conferencia, en la que la tradición pinta al uno preocupado de los vastos planes que iba á llevar á cabo, y al otro de las ideas sombrías, hijas de la embarazosa situación en que se hallaba.

Entre los oficiales que recibieron al nuevo ayudante de Estado mayor, reinaba la misma preocupación que hizo á Vidaurre mostrarse frío y adusto en presencia del ministro omnipotente. Manríquez lo notó así desde los primeros instantes, y entregó con glacial urbanidad algunas cartas que dos oficiales de su escuadrón le habían dado para los capitanes del Maipo, Arrísaga y Ramos. Éstos, después de leerlas, se le acercaron, ofreciéndole su amistad con la franqueza del soldado. Manríquez conoció en su acento que se hallaba en presencia de hombres dignos de su confianza.

Después de este saludo, los dos capitanes condujeron á Manríquez á un rincón de la pieza. El capitán Arrísaga, hercúleo mozo de treinta y seis años que parecía llevar en la frente el sello del arrojo con que muy en breve iba á arrostrar la muerte, se sentó al lado de Manríquez preguntándole :

— ¿ Conoce Vd. al coronel ?

— Le conozco y le aprecio, contestó Manríquez. Gracias á la amistad que ha dispensado á mi familia, le debo yo mi colocación en el ejército.

Los dos capitanes del Maipo se miraron como personas que se dirigen una silenciosa felicitación.

Un oficial que había salido llevando al Coronel la noticia de la llegada de Manríquez, entró á la sazón diciendo :

— Mi coronel pregunta por el Teniente Manríquez.

— Yo lo llevaré, dijo el capitán Arrísaga, invitando á Manríquez á seguirle.

Salieron, dejando en profundo silencio á los demás oficiales, que parecían en la expectativa de algún acontecimiento.

Pocos instantes después entraron á la habitación de don José Antonio Vidaurre, jefe de Estado mayor de la Expedición libertadora del Perú.

La persona que se adelantó á recibir á Manríquez, era un hombre joven todavía y de pequeña estatura, cuyo semblante de juveniles colores adquiría el aire marcial que le caracterizaba, por el espeso y abultado bigote negro que realzaba la blancura de su cutis. Después de saludar á Manríquez fijó en el delicado rostro de su nuevo ayudante sus negros ojos de profundo mirar, y como si hubiese leído en la altivez de la frente el indómito valor de su corazón, dibujóse en sus labios una ligera sonrisa, que pareció iluminar su rostro por un momento, y dijo al capitán que con Manríquez había venido :

— Arrísaga, vea modo de alojar á Manríquez.

El capitán y el teniente saludaron y salieron.

— Arrísaga, dijo llamando la voz del coronel cuando los dos oficiales acababan de salir.

— El capitán entró en la estancia, después de decir á Manríquez.

— Espéreme aquí.

Vidaurre se acercó al capitán.

— ¿ Usted conocía á ese joven ? le preguntó, señalando la puerta por la que Manríquez acababa de salir.

— No, mi coronel ; pero en una carta que él me ha traído de Santiago, me dicen que es valiente á toda prueba.

— Así lo creo, dijo el coronel, añadiendo después de breve reflexión : sondee Vd. sus opiniones y avíseme lo que descubra.

Salió Arrísaga y se reunió con Manríquez, que se entretenía en mirar al cielo mientras que su imaginación estaba en Santiago.

Pocos momentos después, el ayudante de Estado mayor, rodeado de sus nuevos amigos, se hallaba en la pieza que debía servirle de alojamiento.

Los capitanes Arrísaga y Ramos se habían sentado en una cama, y Manríquez ocupaba la única silla que había en el aposento.

El capitán Ramos interrumpió el silencio, preguntando á Manríquez.

— ¿ Qué hay de nuevo por Santiago ?

— Se habla mucho de la expedición al Perú, contestó Manríquez.

— ¿ En qué sentido ?

— La reprueban generalmente.

— ¿ Los partidarios del ministro también ?

— No sé : el ministro no tiene ya muchos partidarios.

— Teniente, el ministro de la guerra es nuestro jefe, díjole Arrísaga, que no había tomado parte hasta entonces en la conversación.

Miróle Manríquez con la tranquilidad de la energía, y le contestó.

— Lo sé, capitán; pero esa es mi opinión, y no la ocultaría en presencia del mismo ministro.

Los dos capitanes volvieron á cambiar entre ellos la mirada de satisfacción con que se habían felicitado al saber que Manríquez tenía por Vidaurre sentimientos de gratitud.

— Los militares deben ser francos ante todo, repuso Arrísaga, aprobando la contestación de Manríquez.

— ¡ Por supuesto ! exclamó Ramos, como para romper con la familiaridad de la expresión y del acento, la fría urbanidad de las primeras relaciones entre hombres que apenas se conocen.

— Y ¿ qué dicen de la expedición los que la reprueban, teniente ?, preguntó Ramos, después de un momento de silencio.

— Que don Diego la envía para afianzar su poder y porque teme las revoluciones.

— ¿ También hablan de revoluciones ?, dijo Arrísaga, levantándose á enceder un cigarro en la vela.

— Mucho, contestó Manríquez.

— Se conoce que Santiago es pueblo de ociosos, observó Ramos sonriéndose.

— ¡ Cuando menos dirán que la revolución la vamos á hacer nosotros !, dijo Arrísaga, ofreciendo un cigarro á Manríquez.

— Es lo que dicen, contestó Manríquez, aceptando la oferta del capitán.

— ¿ Qué te parece Ramos ? preguntó á éste Arrísaga.

— Ahí lo verán, pues, dijo Ramos con aire de indiferencia.

Luego se acercó á Manríquez, y fijando en él una mirada profunda, le dijo:

— ¿ Sabe lo que el coronel le contestó al ministro, una vez que éste le contó que andaban corriendo que él iba á hacer revolución ?

— No, dijo Manríquez.

Señor ministro, cuando yo le haga revolución, su señoría será el primero en saberla, dijo el capitán Ramos, dando á estas palabras, que cobraron después la importancia histórica que tienen, la acentuación de un vaticinio amenazador.

— ¿ Qué le parece ?, le preguntó Arrísaga, cuando Manríquez oía resonar aun el acento de la voz de Ramos.

— Que es decir mucho, ó no decir nada, contestó Manríquez.

— Esa es la pura verdad, repuso Arrísaga, tratando de reirse.

— Es mucho decir, replicó Ramos, porque son palabras de un militar, y los militares son los que casi siempre hacen las revoluciones.

— Y un militar no debe hacer revoluciones, ¿ no le parece ?, dijo á Manríquez, Arrísaga.

— Un militar es ciudadano también, dijo Manríquez, y tiene derecho de interesarse por su patria.

— ¿ Es decir que Vd. entraría en una revolución ?, le preguntaron á un tiempo los dos capitanes.

— Si fuese justa, ¿ por qué no ?, contestó Manríquez.

— Vea, teniente Manríquez, díjole Ramos, con esa

franqueza no hará Vd. muy buena carrera en el ejército.

— Puede ser, pero estaré siempre satisfecho de mí mismo, repuso Manríquez, con la altivez que jamás le abandonaba.

Después de esta contestación, quedáronse en silencio durante algunos momentos. Los dos capitanes se miraban de cuando en cuando, hasta que Ramos dijo á Manríquez:

— ¿ Usted sabe que el ministro nos pasa revista mañana ?

— ¿ Ha venido á eso ?

— Sí.

— ¿ Á qué hora es la revista ?

— Á la una.

— ¿ Te parece que quedará contento el ministro de la revista ? preguntó Arrísaga á Ramos.

— Quién sabe, pues, contestó éste; pero nosotros quedaremos, y si no le gusta, peor para él.

Dichas estas palabras con un acento que produjo á Manríquez una impresión extraña é indefinible, los dos capitanes le dieron las buenas noches, asegurándole que la revista del día siguiente, sería un acto de mucha significación para los que iban á tomar parte en ella.

III

No pretendemos invadir el dominio de la historia, ni juzgar á los personajes que figuraron en primer término del sangriento drama, que principió en medio de entusiastas aclamaciones á la libertad, para llegar,

tras de inauditos desaciertos, al desenlace del patíbulo.

Describir paso á paso el rápido desarrollo de los acontecimientos iniciados en Quillota el 3 de junio de 1837, no ha sido nuestro propósito como pudiera creerse, ya que por observar el encadenamiento de los sucesos, hemos seguido hasta el teatro de sus primeras escenas á Manríquez. La tarea que al principiar nos propusimos es más modesta, y sólo hemos tocado la parte histórica de aquel tiempo, por no cortar el hilo de nuestra narración, y por presentar al que es objeto de ella incorporado al ejército revolucionario.

Arrastrado por la fuerza de un entusiasmo contagioso entre pechos juveniles y ardientes, Manríquez tomó parte en la sublevación que estalló en la famosa revista, que los dos capitanes del Maipo le habían anunciado en la noche precedente como un acto de importancia. Desde ese instante los hechos se sucedieron á sus ojos como las visiones antojadizas de un sueño. Vió bajar á don Diego Portales desde su encumbrado puesto á la oscuridad de un calabozo; oyó las voces prematuras del triunfo cuando aun no había llegado la hora del combate; siguió la marcha pesada de un ejército que se creía vencedor, mientras que su jefe vacilaba como anonadado ante la responsabilidad inmensa de la empresa; fué testigo de la tenaz resistencia del Ministro prisionero, á cuyo derrocado poder fueron á pedir los revolucionarios en Tabolango la orden de sumisión de Valparaíso, cuando empezaban á dudar del éxito de su colosal intento; vió en la Viña del Mar á los caudillos revolucionarios buscar en el licor la fe en el triunfo que empezaba á faltarles, y emprendió, por fin, con la hueste sublevada, la última

marcha que la llevó entre las pavorosas sombras de la noche, á estrellarse contra las filas inmóviles de los defensores de Valparaíso.

Manríquez siguió esas peripecias con la alegría del niño que ve llegar la hora de una fiesta. Iba ansioso de combates, porque esperaba acallar con el estruendo de la refriega las últimas dolorosas sensaciones que le aquejaban, y conquistar á fuerza de heroísmo el engrandecimiento que necesitaba para realizar sus aspiraciones. En medio del banquete que preparó la derrota del Barón y que inundó el cerebro de Florín con los vapores alcohólicos disipados después con la sangre de Portales, el altivo oficial de húsares brindó en silencio por sus fantásticos deseos, y olvidó el cercano peligro para fingirse la ventura de encontrar la mujer ideal, á cuyas plantas había de poner los laureles de la victoria. Tenía por esa idea el entusiasmo del artista y la fe que los hombres de corazón abrigan en la posibilidad de realizar sus antojos. Los incidentes de su vida se la habían hecho personificar en Inés. Perdida Inés, la visión dejaba sus formas materiales por los aéreos lineamientos de la fantasía. Á su juicio debía existir en alguna parte esa mujer que le entregase su corazón á una mirada, siendo altiva; que le sacrificase su honra, siendo rica; que nada esperase de él más que amor, siendo hermosa. Engolfado en ese sueño del deseo, que en su espíritu cobraba fuerza prodigiosa, como la del foco en que nacía, Manríquez acompañó al coronel Vidaurre en su marcha, mientras que la columna avanzaba en la oscuridad, recibiendo las brisas marinas á que la estación comunicaba un frío intenso.

No sólo las sombras y el silencio daban á esa marcha un aspecto fantástico. El árido campo que la columna recorría; el bronco ruido de las olas que la distancia apagaba y al cual los oídos de cada uno prestaba notas misteriosas, que acaso sólo del alma eran escuchadas; y sobre todo, esa atmósfera magnética por medio de la cual parecen entrar en misteriosa inteligencia los espíritus en presencia de un peligro común, esparcían en torno del ejército revolucionario las negras tintas de ese cuadro, en que hombres y naturaleza, teatro y actores, tenían algo de sobrenatural.

Y era que había llegado el instante en que los tímidos empiezan á ver un presentimiento funesto en las creaciones multiformes del miedo; la hora de las preces fervientes, del retorno súbito de adormecidas creencias, de los tardíos y abrumadores arrepentimientos; la hora en que los corazones esforzados miran á la muerte frente á frente, pero con ligeras vacilaciones en el alma, semejantes á las de los ojos del que mira al sol; la hora solemne, en fin, en que la proximidad del enemigo hace esperar por instantes el repentino estallido de las armas.

Manríquez era de los últimos, de los de esforzado corazón. Iba sereno, la mirada fija con resolución, animado el rostro y airosa la apostura, en un caballo que parecía orgulloso de su jinete. De repente se acercó al coronel Vidaurre, que caminaba absorto en sombrío silencio:

— Mi coronel, le dijo, voy á pedirle una gracia.

— ¿Á esta hora, Manríquez? preguntóle Vidaurre, tratando de leer en el rostro de su ayudante, á pesar de la oscuridad, el estado de su alma.

— Es que creo que muy luego sería tarde para pedirla, porque según entiendo, el combate principiará sin luz, repuso Manríquez.

— ¿Qué es lo que quiere?, preguntó Vidaurre siempre preocupado.

— Que me destine á alguna compañía.

El jefe revolucionario, absorto tal vez en combinar su plan de ataque, le preguntó casi maquinalmente:

— ¿Qué teme Vd. á mi lado?

Los ojos de Manríquez despidieron en la oscuridad un rayo de orgullosa sorpresa, apenas Vidaurre hubo pronunciado estas palabras en que parecía dudar de su valor.

— Coronel, le contestó, mal puedo temer á su lado, cuando lo que solicito es acompañar al capitán Arrísaga en su avanzada, y la razón de esto es que, como ayudante de Estado mayor, tendré que llevar órdenes de U. S. en un terreno que no conozco y que no veo, mientras que en una compañía podré pelear como soldado, mientras quede vacante algún puesto de oficial.

— Únase entonces á la avanzada de Arrísaga, tiene mucha razón, le contestó Vidaurre, seducido por el tono de dignidad y de firmeza que había resonado en las palabras de Manríquez.

Este corto diálogo tuvo lugar en un momento en que Vidaurre había impartido algunas órdenes por medio de los otros oficiales que le acompañaban, de manera que se hallaba sólo con Manríquez, que le contestó con sincera efusión:

— Gracias, coronel: no quedará Vd. descontento de su condescendencia.

Y partió á trote largo hacia la avanzada que mandaba el capitán Arrísaga.

IV

Los defensores de Valparaíso, entretanto, animados de heroica firmeza y despreciando la intimación hecha á nombre del jefe revolucionario y apoyada en la patriótica carta arrancada al Ministro Portales en Tabolango, habían formado dos batallones cívicos en la altura del Barón, que domina el camino de Quillota á la salida del puerto, y apostado en ese camino al batallón de línea Valdivia con dos cañones, mientras que un buque y algunas lanchas cañoneras podían barrer con sus fuegos la quebrada inmediata por donde debían bajar los revolucionarios.

Hacia este punto marchaba en silencio el regimiento Maipo, á cuya vanguardia iba su jefe. « El cielo, dice el historiador (1) de quien tomamos los pormenores de este memorable suceso, estaba encapotado, y al intenso hielo de una noche de junio, se añadían esas nieblas húmedas de nuestras costas que duplican las tinieblas de la oscuridad. Marchaban en un profundo silencio los amotinados de Quillota, y, á su vez, los defensores del Barón los aguardaban en sus calladas filas, sin que los apagados fogones marcaran el sitio de su campo. »

(1) B. Vicuna Mackenna, don Diego Portales, tomo 2.°

Eran las tres de la mañana.

Manríquez acababa de reunirse á la avanzada que mandaba el capitán Arrísaga. Creyendo éste que el recién llegado sería portador de alguna orden, se le acercó preguntándole :

— ¿ Qué es lo que hay ?

— He conseguido con el coronel, contestó Manríquez, el venir á incorporarme á la tropa que Vd. manda.

— Amigo, le doy la bien venida, repuso el valiente capitán, porque nosotros quemaremos los primeros cartuchos, lo que siempre es un honor en la guerra.

— Por eso he solicitado este favor, dijo Manríquez, satisfecho de ver que Arrísaga le había comprendido.

— Vd. es oficial de caballería, incorpórese al piquete de esa tropa, contestó el capitán, señalándole los cazadores que le acompañaban.

Pasó un momento de silencio :

— ¿ Cómo es que el enemigo no ha puesto alguna avanzada ? preguntó Manríquez al capitán.

— Quién sabe, contestó éste.

Y como para sacarles de la duda, atronó el espacio en ese mismo instante una descarga, que fué contestada inmediatamente por la tropa de Arrísaga. Las avanzadas de ambos ejércitos acababan de encontrarse en un recodo del camino, y habían podido llegar á muy corta distancia una de otra, á causa de la oscuridad de la noche.

— No hay que tirar á bulto, gritó Arrísaga, blandiendo su sable para contener el movimiento de retroceso, efectuado en su tropa por la sorpresa.

— ¡ Adelante, muchachos ! exclamó al mismo

tiempo Manríquez, á quien los disparos causaron una animacion eléctrica.

Pero ambas voces fueron apagadas por el ruido de las detonaciones que sucedieron con rapidez á las primeras descargas.

Arrísaga no pudo dar otra voz de mando, porque cuando acababa de dar la primera, cayó herido de una bala, arrojando torrentes de su generosa sangre por el pecho atravesado.

Al mismo tiempo, los caballos que montaba la tropa, espantados por los súbitos relámpagos que anunciaban cada descarga, y por el ruido de las detonaciones, que repitieron los ecos de las quebradas vecinas, se envolvieron en confuso tropel, aumentando la sorpresa de sus jinetes, á quienes arrastraron, indóciles á la rienda con que los más esforzados querían obligarlos á arremeter contra el enemigo.

En vano Manríquez quiso alentar con sus voces á los que huían para que volviesen á la refriega, sin pensar que la prudencia le aconsejaba retroceder, una vez descubierta la situación del enemigo. Sus compañeros abandonaron el campo sin oirle, y le arrastraron en su torbellino sin darle tiempo de echar pie á tierra, como era su intención.

Al ruido de las descargas de las avanzadas, sucedieron pocos instantes después las voces de mando de los jefes de una y otra parte, que se oyeron claras y distintas en medio del silencio general. Y á esas voces siguió el combate confuso, casi inexplicable, en el que los movimientos de los revolucionarios, que emprendieron la ofensiva, eran contrariados por las ásperas sinuosidades del terreno, por la oscuridad de la noche

y acaso también, como la tradición lo asegura, por los humos alcohólicos, que impedían á los oficiales disponer de esa lucidez de ideas, sin la cual el valor y la pericia pierden su acción irresistible.

No seguiremos nosotros la relación de esa sombría jornada, que el historiador que hemos citado describe á grandes rasgos, sin omitir por esto los pormenores decisivos, que precipitaron la catástrofe. Fusilado alevosamente Portales por el capitán Florín, cuando el jefe de la hueste revolucionaria parecía tener la intención de flanquear al ejército enemigo para apoderarse de Valparaíso, la confusión y el pánico se introdujeron en las filas del Maipo con esta infausta noticia, y la mente del caudillo amotinado, como herida por el fuego del cielo, paralizóse, cual si el ensangrentado cadáver de la víctima le hubiese obstruído con su sangre el camino de la victoria y de la salvación. Desde ese instante los esfuerzos de los revolucionarios fueron desesperados, pero sin concierto; sus marchas temerarias, pero desatinadas; la expresión de su coraje más parecida á la del que busca un fin honroso en la muerte, que á la del que calcula sus fuerzas y dirige sus tiros para destruir al enemigo.

En medio de las atronadoras detonaciones, de las voces alteradas por las emociones terribles del combate, del choque de las armas y del eco de las fragosas quebradas, Manríquez buscó el peligro sin esperar órdenes de su jefe y lidió con fe en la victoria, sin poderse explicar el decaimiento que se había apoderado de la división entera, cuando, como un presagio funesto, corrió de boca en boca la frase con que anunciaron á Vidaurre la muerte de su poderoso prisionero:

¡El capitán Florín ha fusilado á don Diego Portales!

La crónica y la historia colocan esta frase entre los más poderosos auxiliares de los vencedores del Barón, á quienes es imposible negar el denuedo en el combate, como el acierto en las combinaciones estratégicas. Lanzado el regimiento Maipo en columnas á la quebrada que barrían los fuegos de la marina y que dominaban los de la tropa cívica, las compañías se chocaron unas con otras en medio de la oscuridad y de la estrechez del desfiladero, á que la desesperación de su infortunado jefe las precipitó, al despertar del vértigo terrible que la inesperada noticia de la muerte del ministro Portales le produjo. Todo fué entonces confusión y desorden. En vano los valientes oficiales alentaban á la tropa con su enérgica voz; en vano los esforzados arrollaban en su marcha á los medrosos. Las descargas eran desiguales, incierta la puntería, lánguido el fuego graneado, de modo que el heroísmo individual, ahogado por el pánico, impotente contra las tinieblas y la desigualdad inmensa de la posición, fué envuelto en el tumulto de la deshecha hueste, que se desbandó espantada, buscando un refugio contra la venganza de los vencedores, entre las ásperas sinuosidades de aquel campo de muerte y de desolación.

Manríquez arrojó su espada al suelo, lanzando una maldición de soberano desprecio, al verse abandonado de un piquete de tropa que había logrado reunir; cruzó en seguida los brazos sobre el pecho, y levantando el rostro juvenil con soberbia indignación, esperó la llegada de los enemigos con el aire tranquilo del que está resuelto á morir, antes que á buscar su salvación en la fuga. Pronto se apoderó de él un

sargento, que á paso de trote había bajado la pendiente al mando de algunos hombres. Encerrado en un estoico silencio, Manríquez, sin embargo de su aislamiento, supo imponer respeto á algunos soldados que intentaron codiciosos despojarle de su uniforme, y amparado por la autoridad del sargento, que no pudo menos que simpatizar con su infortunio, fué conducido con otros prisioneros al campo de los vencedores.

V

Valparaíso, Junio 8.

Querido Manríquez:

Acabo de llegar con Timoleón á este puerto. Hemos venido desde Santiago en doce horas. No me han permitido verte, y sólo debo la felicidad de poder escribirte á la codicia de un sargento que será nuestro intermediario. He solicitado el honor de defenderte: no sé si me otorguen esta gracia. — ¡ Ah, mi querido amigo, que terrible es la reacción del miedo !. ¡ Portales es un semidiós, según todos aquí, y Vds. son unos verdugos ! Todos, por supuesto, han ocultado los laureles con que pensaban coronar la victoria de Vds. En fin, así es el mundo. ¿ En qué puedo servirte ? Soy tu hermano por el corazón : mándame, que no habrá sacrificio que me lo parezca tratándose de ti. — Tu amigo.

FELIPE SOLAMA.

Junio 9.

Querido Felipe :

Eres mi hermano por el corazón : gracias por tan noble fraternidad. Desgraciadamente, sospecho que nada podrás hacer en mi favor, y creo que no hay necesidad de ser adivino para predecir que muy pronto quedarás huérfano de tu hermano. Esa reacción del miedo de que me hablas, necesita víctimas para curarse del espanto, y nosotros seremos esas víctimas. En tu carta no brilla ningún destello de tu alegre ingenio : háblame en tu lenguaje. ¡ Á un lado la tristeza ! En lugar de ser general, seré fusilado. En la vida me esperaba el problema de encontrar á mi ideal : en la muerte me esperará el gran problema de la inmortalidad. No seré el primer hombre que muera sin haber cumplido sus deseos. Mi abuelo, entre otros, dejó esta vida con el sentimiento de no haber podido hallar una combinación segura para ganar al monte, y por esto no fué rico mi padre. Mi bisabuelo, tuvo la manía de los relojes, y murió despechado de no haber descubierto uno al cual no fuese necesario dar cuerda, sin consentir que para ello era menester, nada menos, que inventar el movimiento perpetuo. Ya lo ves, soy de familia cuyos varones mueren esclavos de una idea fija : yo habría pasado la existencia en busca de mi mujer ideal. Á propósito de movimiento perpetuo, ¿ qué es de Timoleón ? ¿ por qué no me escribe ? ¿ teme comprometerse ? Nada me hablas de Santiago,

en donde quedó Candelaria. ¿Has visto á Inés? Te juro que me pesa más el desprecio que ella debe abrigar por mí, que la suerte que me espera.

Tu amigo MANRÍQUEZ.

Junio 9.

Querido Abelardo:

Pusiste el dedo sobre la herida: Timoleón no te escribe, alegando que, puesto que yo me comprometo escribiéndote, él debe quedar libre para servirnos. Siempre será el hombre asaltado por los quince raptores de Candelaria. — Ésta quedó al lado de su padre, que la maldice á pasto, cuando en vez de este régimen irritante, los médicos le han ordenado el agua de linaza. Yo creo que el viejo no vuelve á salir de su cuarto en la posición vertical que Dios otorgó á la criatura humana para diferenciarla de las bestias. Los remedios son impotentes contra la tenacidad del mal, y las comadres le darán uno de estos días su pasaporte de viajero eterno, envuelto en algún remedio casero. ¿Qué será de esa pobre familia cuando él muera? Será como los ríos que su corriente lleva á la mar: se perderá en el océano de criaturas que sufren y que el hombre prostituye, cuando no las mata la miseria. Todo esto me aleja de la alegría que me pides. Y sobre todo, no seré tu defensor, según esta mañana me lo

notificaron. No obstante, trataré de verme con el que te nombren y le daré mis ideas sobre la defensa. Tú eres un subalterno que has obedecido, no estabas en el complot, etc., ctc. No creo tu causa desesperada, y esto me ha dado un momento de alegría. ¡ Cuidado con que vayas á comprometer tu situación con declaraciones quijotescas! ¡ Acuérdate que don Quijote fué tan ridículo porque fué tan exagerado en su valor! La verdad lisa y llana: esto cumple á tu honor y te conviene. No he visto á Inés, ni he deseado verla. Cuéntame tu participación en los desgraciados sucesos que te han reducido al trance en que te encuentras. Yo, entretanto, no omito paso alguno para preparar el terreno en tu favor.

Tuyo. FELIPE SOLAMA.

Junio 12.

Querido Felipe:

¡ Pobre Candelaria! Si yo me hubiese contentado con su amor y su posición modesta, no habría sido ella desgraciada para siempre, ni yo tenido el trágico fin que espero con tranquilidad. Mucho he pensado en ella y con muy sincera y profunda compasión. Si á lo menos mi muerte le fuese de alguna utilidad, mi resignación se cambiaría en regocijo. Y á pesar de todo, Felipe, yo sé que es mejor que así haya sucedido para ella,

pues no veo una comparación que pinte la clase del mal esposo que yo habría sido. Mi alma tenía necesidad de su ideal, y esta sed, sólo las balas que me arranquen la vida la apagarán. Soy nieto de mi abuelo el de la combinación para ganar al monte, y bisnieto del de los relojes. En la otra vida hablaremos de nuestras frustradas esperanzas. ¡ Por Dios, no te entristezcas ! En mi estrecha prisión, que yo pueblo de los recuerdos de mi agitada existencia, tu palabra es el sol que les da con su luz tristeza ó alegría. No lo pierdas de vista, festivo compañero de mis horas felices. Cuando repaso mi vida, no tengo grandes motivos de quedar muy satisfecho : necesito pues de tu sol para dar sazón á lo desabrido de mis recuerdos. ¿ Qué hay de tu famosa teoría sobre las almas huérfanas ? La mía, que resumió sus aspiraciones en salir de la orfandad, dejará este mundo en que la ventura le fué siempre esquiva, sin tener mucho que agradecerle. La prudencia de Timoleón es admirable : abrázalo por mí. Me pides una relación de los sucesos que ocurrieron desde el día tres. Te la haré de mi participación en ellos para enviártela por separado. ¿ Temes que me comprometa con mis declaraciones más de lo que estoy ? No tengas cuidado : diré la verdad, ni más ni menos. Siento que no hayas visto á Inés para explicarle mi presencia en aquella malhadada casa, en que los celos de Candelaria nos reunieron. Si provoqué á su marido, fué porque mi despecho había menester de un desahogo y él era el único hombre que se me presentaba. De aquí los azotes que di á don Lino, á quien no perdono todavía. Ese viejo materialista y libertino merecía un correctivo más duro que el de mi chicote.

¡ Qué admirable estuviste en tu defensa, y luego en la presentación á la « turbada consorte del azotado anciano, » como calificaste después á la mujer de don Lino ! Vaya, que si me dejo llevar de mis recuerdos, mi carta sería interminable. El papel se acaba : hasta mañana.

Tu amigo MANRÍQUEZ.

Junio 13.

Mi querido Abelardo :

Entre las cualidades sobresalientes que hasta ahora he descubierto al oficial que será tu defensor, descuella en primera línea el apetito. Le convidé á comer para hablarle de tu defensa, y comió como si hubiese sido Tántalo en suspensión del eterno castigo de hambruna, á que los dioses le condenaron por haber ofrecido á su hijo guisado de diversas maneras, á los convidados de su real mesa. Esto me hace pensar que sus facultades digestivas tienen una inmensa superioridad sobre las intelectuales : no se le indigestó una ensalada de coliflores que caía sobre un lastre variado y abundante, y al mismo tiempo no pudo comprender los argumentos capitales en que yo apoyo tu defensa. He ahí en qué me fundo para juzgarle así. En fin, quedamos en que le daría escrita la defensa y que él la aprenderá de memoria. El alma de tu defensor,

Abelardo, no es alma huérfana: pertenece á la gran familia de los tontos, á quienes la preocupación vulgar supone un cántaro en lugar de una alma, de donde toman su nombre. Timoleón te abraza con cariño: aunque me ha encargado que sólo le nombre en mi correspondencia por sus iniciales. T. F. M., te abraza con efusión y su acostumbrada energía. Su alma de volador es buena y generosa en el fondo: te quiere con ternura. Esta cualidad le hace acreedor á una pensión vitalicia de cariño sincero, que le asigno desde ahora con cargo á mis haberes de este dulce capital que es mi único tesoro, fuera del de mi elocuencia forense que reservo para mejores días. Ya que tienes la bondad de pensar en mi teoría de las almas huérfanas, te diré que ha quedado en suspenso en la fórmula del agrupamiento. Vencida esta dificultad, me presento al mundo con ella, ofreciendo en la esfera moral el punto de apoyo que pedía Arquímides para mover la tierra. Acaso sin ser nieto del de la combinación para ganar al monte, ni bisnieto del de los relojes, muera yo también sin haber dado con esa oscura fórmula. De todas maneras, dejo trazado el camino abierto para tentar á los que como yo sean gitanos del pensamiento. Una nueva fatal me comunica el sargento que nos sirve de correo: van á relevarlo. Haré cuanto humanamente se pueda para hacer frente á este contraste.

Tuyo.

Felipe Solama.

—

Julio 2.

Querido Abelardo:

No podría pintarte la desesperación en que he vivido. El que relevó al sargento que conducía nuestras cartas fué inflexible. Por fin, el que le ha reemplazado no ha podido resistir á la tentación de tener el reloj que el otro desdeñó. Nada más pude ofrecerle, porque mis recursos y los de Timoleón están agotados. ¿Qué podré decirte de la inicua sentencia? ¡Los tigres están sedientos de sangre y se figuran que vertiéndola á torrentes, darán á su gobierno la autoridad que la opinión les niega! Inventa un plan de fuga y dispón de mi vida para ejecutarlo: yo no puedo pensar, estoy en un estado de entorpecimiento completo y se me figura que con tu condenación me han arrancado el alma. Te lo repito; inventa y dispón de mí.

Tuyo.

FELIPE SOLAMA.

Julio 3.

Querido Felipe:

¡Adiós, pues! Si eres mi hermano por el corazón, como por tus sacrificios me lo has probado, no me llores. Quiero que mi recuerdo te aliente y fortifique. Dejemos las lágrimas á las mujeres y miremos sin debilidad el porvenir que á cada cual nos espera. Á mí, la muerte; á tí la actividad, el trabajo y la memoria de tu infortunado amigo. Dejo la vida sin pesar y sin miedo. El mal que he hecho sólo me entristece. La tenaz idea de mi capricho me persigue..... en fin, todo se acabará pronto. Espérame en la calle para recibir mi último adiós: éste es el postrer sacrificio que tendrás que hacer por mí. Abraza á Timoleón y recibe lo que pueda dejarte de su alma, tu hermano.

MANRÍQUEZ.

P. D. Te envío tus cartas y la relación que me pediste.

VI

Inmenso fué el gentío que acudió, con ávida curiosidad, á presenciar las represalias con que el gobierno triunfante en el Barón, quiso saciar su vengativa sed, y dejar impreso el terror en el pecho de sus enemigos.

Veredas, balcones, puertas, todo lo ocupaba la turba inquieta y apiñada á lo largo del tránsito que debían recorrer los condenados para llegar al patíbulo. Cada cual quería ver cómo arrostraban la muerte los paladines de aquella rápida epopeya, que habían ofrecido á la libertad, su juventud henchida de esperanzas, sus amores y el reposo de sus familias, y que iban á dejar en la historia la sangrienta huella de su expiación.

Entre esa muchedumbre, dos jóvenes, vestidos de negro, inclinaban al suelo los pálidos semblantes, como esperando resignados el pasaje de las víctimas. De cuando en cuando alzaban los ojos al cielo, cual si dirigiesen á Dios una plegaria muda.

Al cabo de un espacio de expectativa silenciosa, uno de ellos, el de más edad, dijo al otro.

— Mejor es que nos vayamos, Felipe, yo no tendré valor para verle.

— Ánimo, hijo mío, contestó Felipe, en voz baja. ¿Qué diría Manríquez al ver que faltábamos cobardes al último adiós? Él, que tendrá valor para morir como un héroe, nos despreciaría si faltásemos á esta cita tristísima. Vamos, Timoleón, agregó viendo que los ojos del otro se llenaban de lágrimas, debemos mani-

festar entereza, ó somos indignos del último saludo de Manríquez.

¡ Ah, tigres sin compasión ! exclamó Miraflores, pensando en los que ofrecían al público el fúnebre espectáculo que se preparaba. ¿ Por qué no condenan á los jefes, agregó con enérgica indignación y dejan á los subalternos, que sólo han obedecido ?

— Tienes razón, dijo Felipe, al ver que algunos curiosos fijaban su vista en Miraflores, como espantados de su audacia.

Miraflores ocultó el rostro bajo el embozo de su capa y lloró como un niño.

Solama volvió á quedarse inmóvil y con la vista clavada en el suelo.

De repente corrió entre la muchedumbre un sordo murmullo que fué por grados apagándose, y en medio del silencio se oyó el ruido del carro que avanzaba lentamente cargado de víctimas.

Las miradas se fijaban curiosas ó compasivas en ese grupo de hombres, todos jóvenes, en cuyas frentes brillaba la estoica energía de una resignación varonil.

Y á pesar de la graduación superior del mayor número, casi todas las miradas, después de una ojeada rápida, se detenían en el oscuro oficial de húsares, que más parecía el héroe de una justa, arrastrado en el carro de la victoria, que el condenado á expiar con la muerte la exaltación de su entusiasmo juvenil. Sus grandes ojos se fijaban serenos en la multitud de semblantes conmovidos que le miraban; sus cabellos, peinados hacia atrás, parecían aumentar la expresión altiva de su rostro, y el elegante cuerpo, que seguía los

vaivenes del carro, llamaba imperiosamente la atención por la exquisita gracia de sus formas. Todos los hombres tuvieron un suspiro compasivo para Manríquez, y todas las mujeres, que le vieron pasar tan hermoso y tan sereno, con suspiros de veneración indefinible, tuvieron por él momentos de inocente adoración.

Llegó por fin el carro al punto en que esperaban Solama y Miraflores. Nada puede pintar la expresión de íntimo amor con que éstos recogieron los destellos de cariño que brillaron en los ojos de Manríquez.

— ¡Adiós Felipe, adiós Timoleón, gracias por este último sacrificio, mi corazón está con Vds., adiós!

Resonó así, en medio de un solemne silencio la voz de Manríquez y sonó segura, sin las vibraciones del miedo, sin la entonación afectada de la fanfarronería. Los que le oyeron ese adiós sencillo y contemplaron al mismo tiempo su juventud y su valor tranquilo, exclamaron, pensando en su próxima muerte:

— ¡ Qué lástima !

Felipe y Timoleón le siguieron con la vista, y le dejaron de ver, antes que por la distancia, por las lágrimas que anublaron sus ojos.

Y se pusieron entonces á caminar en dirección opuesta á la del carro, luchando contra el torrente humano que se abalanzaba hacia el lugar del suplicio. Á veces, cuando les era imposible caminar, se apoyaban con obstinación á la pared y se tapaban los oídos, para no escuchar la detonación del suplicio que esperaban por mometos.

Manríquez, entretanto, adquirió, durante ese trán-

sito, más celebridad que la que su brillante conducta en el combate le había dado. La multitud le contempló atónita de su serenidad incontrastable, le vió al borde del patíbulo pasear su mirada serena, y le oyó por fin esas palabras misteriosas con que principiamos esta narración, último lamento de sus esperanzas frustradas, adiós tristísimo de su alma al ideal á que había consagrado su existencia.

— ¡ Adiós, amor, única ambición de mi alma ! que dijo golpéandose la frente.

Y luego, mirando con osada entereza los fusiles que le apuntaban, recibió en el valiente pecho las balas que le dieron muerte, no pudiendo causarle espanto.

VII

Así murió en la flor de sus años, este joven, á quien ciertas exigencias de un carácter privado y el deseo que hemos tenido de no desfigurar la verdad histórica de los últimos acontecimientos, han despojado de su verdadero nombre en esta narración. Ante este inconveniente no debíamos retroceder nosotros, que deseábamos preservar el ser moral, estudiándole al través de las vicisitudes de su vida y en medio de la sociedad que le sirvió de teatro. Ese ser moral es el que conocen los lectores, y hallarán que pueden aplicársele estas palabras de un eminente escritor : *No es la virtud la que salva al hombre de la disipación : es el amor.* Á ese amor, que en su ardiente fantasía adquirió las formas de un deseo casi quimérico, consagró su vida el héroe de esta historia, y el doliente adiós que le

envió desde el patíbulo, no fué más que el resumen de su tenaz cuanto poética aspiración.

Por eso dijimos que este libro estaba dedicado á las almas generosas y sensibles.

VIII

Los demás personajes que han figurado en esta serie de escenas, tuvieron suerte varia, y algunos de ellos conservaron con religioso cariño la memoria del que ha figurado en ellas como protagonista.

Felipe Solama, hizo mención especial de su infortunado amigo en las más brillantes páginas de su Teoría de las almas huérfanas, que aun no ha visto la luz pública.

Al regresar á Santiago con el profundo abatimiento que el último saludo del amigo le dejó en el alma, Timoleón Francisco Miraflores juró renunciar para siempre á su afición predilecta, y nadie le vió desde entonces tirar un solo volador.

Don Raimundo Basquiñuelas, exclamó poco antes de morir, al saber el trágico fin del seductor de su hija.

— No podía concluir de otro modo: que Dios le perdone.

La familia de don Cayetano Alvarado siguió cultivando la música en guitarra, con escasa aprobación de los amigos, y doña Dolores repite todavía, recordando á su esposo muerto poco ha, los diversos trances maternales en que la puso su fecundidad.

Al día siguiente de los fusilamientos de Valparaíso,

Inés Arboleda asistió á un baile, para probar á su marido que jamás había amado al oficial de húsares, cuya fama había llegado á Santiago, con la nueva del suplicio.

La familia de don Raimundo Basquiñuelas tuvo después del fallecimiento de éste, la triste suerte que Felipe Solama le había predicho en una de sus cartas á Manríquez.

Candelaria vengó á su amante, disipando á manos llenas la fortuna de don Lino Alcunza; pero en medio de la embriaguez del lujo y en las frívolas relaciones de amor en que buscó el olvido de su oculta pena, jamás pudo desechar de su alma la memoria del pasado, ni borrar de sus recuerdos el primero y único amor de su vida, que el infeliz calavera le dejó impreso en el corazón con caracteres de fuego.

FIN


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
869.4 B61I1918 C001 v.2
Ideal de un calavera novela de costumbr
3 0112 089124421

